

LOS MORIBUNDOS

LOS MORIBUNDOS

César Gilabert

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
2010

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Marco Antonio Cortés Guardado
Rector general

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrector ejecutivo

José Alfredo Peña Ramos
Secretario general

Centro Universitario de la Costa

Maximilian Andrew Greig
Rector

Remberto Castro Castañeda
Secretario académico

Martha C. Bañuelos Hernández
Secretario administrativo

Fotografía de portada: César Gilabert

Primera edición, 2010

D.R. © UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de la Costa
Av. Universidad de Guadalajara 203, Delegación Ixtapa
48280 Puerto Vallarta, Jalisco, México

ISBN 978-607-450-334-0

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

A mi mujer,
por el día a día de un amor sin agonías.

A Jorge Flores,
por hacer que una amistad añeja
conserve los bríos de una salud juvenil.

Este relato está basado en pasiones auténticas y hechos ficticios, cualquier coincidencia de éstos con eso que llamamos realidad es pura distracción del autor. Los nombres de las personas que compartieron sus experiencias fueron modificados, lo mismo que los de los lugares. El dolor quizá sea lo único químicamente puro, y son inventadas las diversas situaciones biográficas no referidas a las enfermedades que fueron dramatizadas, aunque por sí solas, las de verdad, son sobrecogedoras. Las historias clínicas sí que son verídicas tanto como las escasas posibilidades de vida calculadas en sendos diagnósticos. Desde luego, los eventos no se desarrollaron allí donde se señala.

I PARTE
¡Vivir muriendo!

*Oídos con el alma,
pasos mentales más que sombras,
sombras del pensamiento más que pasos,
por el camino de ecos
que la memoria inventa y borra:
sin caminar caminan
sobre este ahora, puente
tendido entre letra y otra.*

Octavio Paz

1. La misteriosa condena

En todo momento deberíamos ser conscientes de que nadie se halla nunca demasiado lejos del estado en que tomaría una espada o veneno para acabar con su vida; y quienes tienen serias dudas al respecto no tardarían en convencerse a causa de un accidente, una enfermedad, un violento cambio de fortuna —o del tiempo—.

Arthur Schopenhauer

J está mortalmente enfermo. No puedo ocultarlo y no lo utilizaría para añadir misterio a algo que no lo tiene. Hay aspectos de la vida en los que uno no puede andarse con rodeos: aquí no hay más musas que las Parcas.

A nadie se le hubiera ocurrido escribir acerca de un personaje tan equis, cuyo nombre hubiera podido ser simplemente una letra, pero es un exceso de concisión que Franz Kafka exploró a propósito de la identidad personal con su innombrable K. Desde entonces no han sido pocos los escritores que han intentado hacer algo parecido, aunque, salvo J.M. Coetzee, sin esa conciencia kafkiana de estar trabajando con un pliegue insondable de la existencia de un individuo: el nombre. Pues bien, no será J, pongamos que de Joaquín se habla; sin duda, un hombre y un nombre más concretos que K, pero también un ser mucho más anodino y vulgar, tanto que incluso él se aburría de sí mismo con un tedio que parecía de otro.

Joaquín nació el 26 de febrero de 1967. Una fecha que no marca el inicio ni el fin de nada. El segundo mes, el séptimo año de la sexta década del siglo xx. Llegó al hospital en el vientre de su madre el sábado 25 por la mañana, pero decidió retrasar la primera nalgada hasta cerca de la medianoche del domingo, a las 11:18 pm. Ninguna cifra estéticamente redonda. Si al menos hubiese postergado su nacimiento un año, habría absorbido para sí la mística de aquel fascinante 68 revolucionario y festivo. Ni hablar del canónico 69, más intenso y nada represivo (el año de Woodstock); o el 71 con su jueves de Corpus y los halcones matando estudiantes en la calle.

Un sujeto tan idéntico a lo común, demasiado anodino y vulgar como ya quedó establecido, a duras penas podría inspirar una narración extraor-

dinaria; ni hablar de los gruesos volúmenes que requiere la autobiografía de García Márquez (eso sin contar del Gabo los eternos años que le faltan por escribir, puesto que, como dicen, la vida es más lo que se recuerda que lo que se vive). En apretada síntesis cabe decir que las desgracias de Joaquín se reducen a tres: 1. Ser él; 2. No ser otro; 3. La combinación de las dos primeras: su triste y vana obsesión de querer ser otro. El error de los novatos: no pueden cambiar porque carecen de la fuerza espiritual para concretar el deseo de ser otro; y si contara con tal energía, no la emplearía para negarse a sí mismo. Bien mirado también de esto podría salir una historia, porque, a final de cuentas, todo el mundo tiene una, e incluso en la de él, tan plagada de vulgaridad, hay escogidos momentos dignos de compartirse, aun si no tuvieran más valor que el de haber sucedido.

Apegado a una rutina exenta de complicaciones y en general desprovista de ingredientes espectaculares, hay que admitir que nuestro personaje, sea que le llamemos Joaquín o simplemente J, carece de una vida intensa en cualquier sentido y, por lo tanto, poco apta para hacer demasiados cuentos. Al menos eso parecía hasta que una sola noticia bastó para alterar diametralmente su gris biografía.

Todo empezó un día, uno como cualquier otro, da igual si era martes o miércoles. Vicente Fox, con apenas unos pocos meses en la presidencia, otra vez había metido la pata con alguna declaración que bien pudo haberse ahorrado. De eso se ocupaban los noticieros matutinos en la televisión. Pero para Joaquín decididamente valía lo mismo una tontería dicha que callada, y probablemente todo lo acontecido en aquella jornada se le hubiera olvidado de no ser por esa novedad insólita que surgiría unas horas más tarde al recoger los resultados de su examen médico. En principio era una tarea de rutina para cumplir con el requisito exigido por un formulario para solicitar trabajo. Quiere decir que estaba desempleado, y lo que es más, su ánimo venía decayendo conforme recibía, uno tras otro, el rechazo de los sitios donde aplicó en busca de una oportunidad laboral. Algo en lo que no me extenderé porque, en verdad, además de inútil, resultaría aburrido...

Como no tenía nada mejor que hacer en la cama, Joaquín decidió ir caminando al consultorio para aprovechar una mañana de cielo capitalino que entonces lucía una inusual transparencia. En la ciudad de México, las

distancias engañan y el tiempo que separa un punto de otro puede ser obstinadamente einsteiniano, pero dejemos la relatividad para asuntos más importantes. Aunque el recorrido no fue muy largo y el ritmo de sus pasos fue más bien pausado, llegó a la cita un tanto acalorado; una incipiente transpiración marcaba una frontera oscura en su cuello blanco, como si hubiera realizado una actividad física más demandante. Quizá estaba un poco nervioso, pero no reflexionó en ello. Ya en la pequeña antesala, tomó asiento. Miró a su alrededor. Era un recibidor totalmente convencional, dos litografías coloridas —una más grande que otra, pero de alguna manera tenían una disposición en tándem—; asimismo, dos lámparas de piso ubicadas estratégicamente alumbraban sin agredir la vista. Un *love seat* forrado de piel, fino pero ya desgastado. Varias sillas con soporte de metal hacían juego con la mesa de centro, cuya pesada base soportaba un grueso y gran óvalo de cristal; sobre su superficie había numerosas revistas, esas que patrocinan las compañías farmacéuticas, esparcidas con desdén por otros pacientes que también aguardaban su turno. Joaquín tomó una al azar, y empezó a hojearla sin poner demasiada atención. En ese momento de brutal aburrimiento lamentó no haber traído la novela que estaba leyendo. No la olvidó, incluso ponderó si debía o no llevarla consigo, pero el grosor del libro le desanimó. No tenía caso cargar *La conciencia de Zeno* de Italo Svevo en la ida y vuelta al consultorio, donde esperaba desahogar rápidamente lo que consideraba un mero trámite.

Quiere decir que no tenía expectativa ni preocupación manifiesta por los resultados. Se sabía sano y su mente distraída examinando las páginas de una revista donde había más fotos que texto, carecía de concentración para inventar angustias a causa de alguna posible enfermedad latente. Entró, pues, desaprensivo a la consulta y en un principio fue incapaz de percibir la atmósfera enrarecida que allí prevalecía, hasta que por la fuerza de las circunstancias se dio cuenta de que algo andaba fuera de su lugar. Para decirlo de un modo tajante: el estupor palpable en torno de Joaquín difícilmente podía augurar más noticias buenas que malas; sin embargo, aún era imposible determinar bien a bien el objeto de tanta alarma. Apenas él se dio cuenta de que, en efecto, algo no encajaba y, sobre todo, de que ese algo se refería precisamente a su persona, la presencia de su ánimo se vino abajo de

una forma tan apabullante que, por un momento, imaginó que eso mismo habría sentido Gregorio Samsa en *La metamorfosis*, al tomar conciencia de que estaba convertido en un bicho miserable y rastrero.

No tenía sentido que estuvieran, además de tu médico de confianza, otros dos doctores, más las enfermeras y los asistentes. ¿Qué hacían todos allí? Ni ellos mismos lo sabían, pero aguardaban con interés las palabras de Moisés Sabaj. En calidad de cucaracha, le preguntaste si podrías sobrevivir al uso excesivo de los insecticidas. Aunque él no entendió lo que le habías preguntado, se sentía obligado a responder. Te dijo que había detectado una anomalía que tal vez fuera insignificante, pero también podía ser algo de consideración. En respuesta a tu semblante de insecto antes de ser aplastado, y con el único fin de tranquilizarte, Moisés Sabaj añadió que era muy pronto para pronunciarse por un diagnóstico definitivo, lo cual acabó por intranquilizarte aún más. Hasta donde él sabía, no sabía qué pasaba, por lo que sugirió mantenerte bajo observación, entretanto enviaría los exámenes ya realizados a unos colegas, que seguramente se interesarían por el caso si las sospechas iniciales resultaban fundadas.

El doctor Sabaj deslizó tan tremenda y gelatinosa noticia con un estudiado tono de voz neutro, quizá el mismo que hubiera empleado para decir: *está nublado, me parece que se acerca un chubasco, aunque tampoco me sorprendería que no lloviera*. Lo cierto es que no hay modo de amortiguar el efecto devastador de una información ciento por ciento devastadora; esa clase de noticias fulminantes que nadie desearía recibir, pero que paradójicamente es vital conocer antes de que sea demasiado tarde...

¡No entiendo!, respondió Joaquín con un desconcierto sobreactuado si se considera que hasta el momento todo era apenas una especulación, pero ¿quién es el macho que lo soporta sin inmutarse, incluso sin entender en absoluto lo que todavía no ha pasado? Ante ese nutrido grupo de personas vestidas de blanco, Joaquín sintió una agitación que no había experimentado antes, como si acabase de correr cien metros a toda velocidad y por más que jalase aire el oxígeno no llegaba a sus pulmones. Hizo un esfuerzo para calmarse, asumiendo que si no restaba importancia al cariz alarmante de lo que estaba sucediéndole, moriría asfixiado. Quería seguir pensando que no tenía nada malo, o no tan grave, o que fuera lo que fuese tuviera un remedio.

Te sentiste peor que una sabandija, Joaquín, luego de preguntarle al doctor Sabaj cuánto te costaría todo esto, cuando lo apremiante era tu salud y no otra cosa. Si bien el endeble estado de tus finanzas es potencialmente mortífero, no había otro curso de acción más razonable que el de dar vía libre a la ciencia, y hacer a un lado la fuente permanente de tus preocupaciones: el dinero. Por suerte, conocías a Moisés Sabaj de tiempo atrás. Fue el doctor de toda la vida de tu abuelo y, en cierto modo, te trataba como si fueras el hijo que no pudo tener o con un tipo de afecto parecido. El punto es que atendió tu pedestre inquietud con empatía y hasta podría añadir la palabra elegancia para describir su respuesta. Con humanidad, mirándote a los ojos, adujo que por el momento *eso* —evitó pronunciar el problema por su nombre— no sería un impedimento, y para tu mayor sosiego se comprometió a buscar la manera de conseguirte algún tipo de apoyo para subvencionar los primeros gastos. Desde luego, él no te cobraría sus honorarios.

Tan agradecido como acongojado, te fuiste a tu casa a digerir la inesperada situación crítica y calcular el crédito que debías otorgarle a la noticia que apenas estaba incubándose. La blancura matutina de las nubes había adquirido una tonalidad ocre, imprimiendo un matiz sombrío que iba perfecto para esos días de mal fario. La teoría de la relatividad volvió a confirmarse en tu sufrimiento. Aunque tu casa y el consultorio seguían en su lugar, la distancia por recorrer no sería la misma que cuando llegaste en la mañana, el camino se había alargado como se estiran las sombras con la caída del sol. Te sentías agotado y quizás lo mejor hubiese sido tomar un taxi; sin embargo, decidiste regresar a pie porque intuías que subir a cualquier vehículo en tu estado de alarma te habría provocado claustrofobia.

Las calles pasaban a tu lado lentamente, como en una escenografía hueca donde los rostros tristes y desangelados de la gente no eran reales, y sus definidos contornos se desdibujaban en tenues manchas de color y sombras, como si formaran parte del *Atardecer en el paseo Karl Johan* pintado por Edvard Munch. Es más: la angustia y el miedo capturados en *El grito* te parecían poca cosa frente al tamaño de la desazón que tú experimentabas. La supuesta enfermedad empezaba a erosionar tu percepción, Joaquín, y aunque todavía la naturaleza de tu mal estaba por definirse, los análisis mostraban las huellas de un agente invasor anidado en tus entrañas.

De repente la presencia de la gente en la calle te lastimaba de forma directa y personal, porque quienquiera que fuere se te aparecía como un representante de los miembros saludables; un grupo en que ya no podías incluirte hasta nuevo aviso. Tal razonamiento era poco menos que absurdo, pero eso no minó el estado de urgencia que se había adueñado de tu cuerpo, provocando movimientos acelerados en tu andar. Tus pasos lentos se convirtieron en una carrera irregular, con trancos rápidos como de quien huye de una barda que está a punto de derrumbarse y luego se detiene para recuperar el aliento. Era imperativo regresar a casa. Imprimías toda la velocidad que te permitía tu cuerpo descoyuntado por la incertidumbre; buscabas un espacio de privacidad donde pudieras dar rienda suelta al cúmulo de emociones que bullía en tu interior como aceite hirviendo.

Aunque se mantenía viva la posibilidad de que la inesperada conjetura de Sabaj fuera sólo una falsa alarma, el miedo era insoportable. Por eso Joaquín intentaba visualizar el momento en que su doctor lo exoneraba y todo regresaba a la normalidad. Entonces caíste en la cuenta de que nada en tu vida volvería a ser igual, incluso si el diagnóstico resulta finalmente benévolo. La otra opción era que realmente podías estar inaugurando una dura época de decaimiento físico y mental, sin excluir la posibilidad de la muerte, a propósito de la expresión que leíste en el rostro del doctor, más intensa y consternada de lo que él hubiese querido demostrar, y que tú hubieras preferido no ver.

Finalmente, estar en casa no te produjo la sensación reconfortante que esperabas. Tu refugio te pareció vulnerable, lo viste más pequeño y desolado, como si el apartamento también se hubiera contraído a causa del dictamen médico. Te desplomaste en tu pequeña silla con brazos estilo Luis xv para recuperarte de la funesta visita al consultorio. Cabía hacer un recuento de lo acontecido. La verdad es que no estaba perfilado el contenido del diagnóstico, en rigor aún no había nada concreto, tratabas de convencerte. Así, cavilando entre lo supuesto y lo confirmado, te topaste con angustiosas interrogantes enmarcadas otra vez con una fisiología caracterizada por la sudoración en todo el cuerpo, dificultades para respirar y el corazón latiendo a todo latir: ¿Estoy realmente enfermo? Y si estoy mal, ¿qué clase de afección padezco?

Como del azar, tu mente afiebrada extrajo una reflexión de J.P. Sartre que habías encontrado en aquella lectura de la revista mientras esperabas tu turno en el consultorio; en aquel momento reconociste que era un apunte interesante, quizá hasta lo hubieras subrayado si el ejemplar hubiese sido tuyo, pero el resto era malo y el argumento se malogró sin llegar a ninguna parte, lo único rescatabable era precisamente la cita del filósofo francés, y pronto la lectura superficial se depositó en un oscuro rellano de tu inconsciente. Unas horas después descubrías que aquella frase no sólo era un razonamiento filosófico atractivo, sino que, por un extraño poder premonitorio, resumía con increíble precisión lo que te pasaba: la vida era como un niño que viaja en tren y es despertado por un supervisor para pedirle el boleto, pero no tiene boleto ni dinero para comprarlo. Eso leíste en la revista, ahora tú puedes añadir la zozobra del polizonte ante el inspector de trenes, la angustia de ignorar por qué y adónde viajabas, y si había otras vías con mejores destinos que te hubieran llevado lejos de aquí. En definitiva, no tienes ni la menor idea de en cuál estación es conveniente apearse.

De las especulaciones metafísicas aterrizaste en cuestiones pedestres. Pensaste en la posibilidad del Sida y en su vehículo de transmisión. Puesto que no habías recibido transfusiones de sangre ni has usado jeringas sin esterilizar como suelen hacerlo los drogadictos desesperados, no te quedó más que hacer un recuento de tu vida sexual. Apenas te tomó tiempo expurgarla, todo hay que decirlo. Con excepción de Miranda, tus relaciones han sido escasas, esporádicas e inocuas. Amores desencantados. Mujeres independientes que apostaron a la autorrealización sin compromisos de pareja, es decir, si tú eras el consorte. A menos que alguna de ellas hubiera ocultado conductas disipadas, el conjunto no representa una amenaza seria para tu salud, como no fuera de orden mental.

Tu silla Luis xv es cómoda para permanecer sentado, pero no da el ancho para quedarse dormido. Como carecías de ánimo para levantarte, permaneciste allí cavilando varias horas. Cuando tu estado de frenesí desapareció, cerraste los ojos como anestesiado, pese a lo incómodo de tu postura, mientras a tu alrededor el día expiraba como un café instantáneo cuyo sabor se pudre no bien se enfría. De un tirón te transportaste a las primeras horas del alba; volviste al estado de vigilia sorprendido y lívido. Tuviste un

sueño profundo tan hondo que todo estaba oscuro, careció de imágenes y de texto, inútil para el psicoanálisis, nada que pudiera acercarse a un guión susceptible de interpretación; ni un argumento de Beckett hubiera podido reflejar mejor este absurdo. Tardaste en ubicar el plano de la realidad en que despertabas.

Detrás de la ventana, la madrugada empezaba a cobrar su pedazo de cíclica vida, entre luces tenues y esporádicos ruidos. ¿Acaso el asunto de la incierta enfermedad había sido una pesadilla? No; la receta del doctor Sabaj autorizando unos somníferos muy poderosos, y el frasco mismo a tu lado, eran evidencias demasiado vívidas para ser sólo una ilusión de Morfeo. Sin espabilarte del todo, casi a tientas querías hacerte del teléfono. Una llamada al doctor Sabaj podría restablecer un poco de orden dentro del caos en que se había convertido tu existencia. Marcaste desde muy temprano siguiendo el dictado de tu ansiedad, pese a que tu parte racional sabía con certeza que a esa hora no habría nadie para contestar. Apenas habían transcurrido unas cuantas horas desde que Moisés Sabaj creyó detectar algo extraño y peligroso en tu cuerpo. Es verdad que ahora no sientes la enfermedad —que tal vez no tienes—; te gana la incertidumbre y el miedo está convirtiéndose poco a poco en terror. Repudias este estado de indefinición. Un asco sube desde el subsuelo del infierno para envolver tu cuerpo como una espuma de leche que se desborda sin remedio de una olla hirviendo. Algo dentro de ti supo que tu vida se había quebrado.

Dominado por la desesperación seguiste pegado al aparato telefónico insistiendo hasta que, pasada la madrugada, la posibilidad de obtener una respuesta empezó a ser factible. Por fin, una voz meliflua atravesó el sistema de cables que conectaba desde lo lejos con tu oreja. El “aún no sabemos nada” fue procesado por tu cerebro con un sencillo y mudo parpadeo; tus pupilas se dilataron como si te hubiesen descargado una corriente de voltaje indefinido.

No querías salir de casa, como si sólo traspasar el umbral de la puerta te depositara en un mundo salvaje a merced de animales depredadores. Desgraciadamente, el teléfono se había mostrado insuficiente como único vínculo con el exterior. Renunciaste incluso al celular, pese a tus temores supersticiosos: era mejor esperar en el consultorio. Te apersonaste allí omi-

tiendo la rutina elemental del aseo y sin probar bocado. Tu descuidado arreglo enfatizaba tu estado de urgencia, pero la desesperación, con todo lo enorme que era, no tuvo el mínimo efecto para apresurar la información deseada o influir en el resultado.

El doctor llegó al consultorio visiblemente contrariado porque él tampoco tenía novedades y lamentaba prolongar tu incertidumbre, Joaquín. Así la espera. Entretanto, Moisés Sabaj se negó a emitir su opinión hasta que pudiera fundamentarla con el apoyo foráneo solicitado. Como no podía diagnosticar lo que tenías, te dijo lo que no tenías. Saber que no era el Sida, te produjo cierto alivio; descartar al temible VIH en el horizonte de las amenazas posibles era un avance tranquilizador. Pero el doctor también se empeñó en su mutismo y no hubo manera de sacarle nada más, pese a que era consciente de que el silencio no era bueno en estas circunstancias; por eso intentó conversar de cualquier cosa, pero el silencio regresaba como un alfiler a un imán haciendo más gravosa la espera. Había que aguardar el facultativo de los colegas para no generar esperanzas falsas ni proferir tenebrosos augurios que luego podrían resultar injustificados. Consecuentemente, la única prescripción que podía surtir efecto positivo en Joaquín era una dosis concentrada de paciencia.

El tiempo transcurría como siempre lo hace, pero para Joaquín cada minuto de espera le resultaba aterrador, poniéndolo en un estado anímico fácil para alimentar su pesimismo con estópidas elucubraciones. Así, mientras imaginaba la peor forma de morir, llegó la ansiada respuesta. A los médicos de Rochester les encantaría recibirte allá, te mandaron decir. Esa era la buena noticia, que en sí contenía todo lo malo, porque ¿qué interés podían tener por ti, simple y vulgar Joaquín, si los análisis hubiesen resultado negativos?

El más elemental silogismo aristotélico permitía concluir que detectaron una anomalía que les llamaba la atención. Es más: ellos te hubieran sufragado el viaje si estuvieran en condiciones normales, pero bajo la administración Bush Jr., aparte de la estupidez, nada es normal. Particularmente, la medicina de carácter público en Estados Unidos afronta una tormenta política poco propicia para viajar como paciente por aquellos rumbos sin contar con recursos económicos propios. Es el efecto colateral del candente y aún inconcluso debate que se ha estado llevando a cabo en el Congreso

norteamericano sobre una posible ley migratoria, en particular se discute acerca de los millones de los dólares que la Casa Blanca eventualmente tendría que distraer de los gastos de defensa a fin de amortizar los servicios de salud para inmigrantes, esos seres extraños que ni siquiera son capaces de poner sus papeles en regla...

Con lo que escuchaste en el consultorio, Joaquín, te bastó. No había más que echarle una mirada al rostro de Sabaj para saber que el asunto no tenía buena pinta. Tomaste el sobre cerrado como quien recibe el pago de una quincena y sabe exactamente a cuánto asciende el contenido, y lo que es más, con la certeza de que no alcanzará ni para la canasta básica. Era inútil abrirlo. Me sabe mal que te vayas así, dijo Moisés. En silencio, metiste el documento en tu ropa en una acción meramente mecánica. Te retiraste diciendo apenas gracias y adiós. Al cabo de unos minutos tu memoria inmediata archivó todas estas imágenes en un cajón, y lo selló con tres candados. El resto del día se esfumó como si se hubiese tirado un objeto en un hoyo negro. Tu memoria no pudo retener ni un solo detalle de esta jornada. Mientras los lentos minutos de la espera se consumían a paso de tortuga, la mente de Joaquín estaba enfocada, a ritmo huracanado, en las peores cosas imaginables hasta perder la idea del tiempo. Por lo mismo, durante ese lapso de sufrimiento absoluto él no fue capaz de hacer nada. Fue en la noche cuando la ansiedad reactivó los focos rojos. Tenía pendiente la lectura del diagnóstico. Ni modo; el sobre estaba en el saco que yacía colgado en la percha, para entonces lucía el efecto del maltrato, completamente arrugado y con los bordes doblados, como si hubiera transcurrido un año oculto en aquel bolsillo. Rompiste el delgado paquete con alevosía, igual que un niño un regalo, sin consideración a un posible reuso de la envoltura.

Tus ojos se toparon con una información complicada que te obligó a irte muy despacio. Como te costaba concentrarte, tenías que releer volviendo cada vez a la primera línea. Cuando esclareciste el dictamen, aunque fuera a medias, le pediste a Dios que no fuera cierta esa verdad allí contenida como una condena, y quisiste creer que no habías entendido la lectura o que la entendiste mal. Sentiste el impulso de gritar, patear como un párvulo berrinchudo y romper todo a tu alrededor; pero te quedaste hecho un guiñapo con tus ojos desguarnecidos manando cristalina pena.

Un repentino sofoco extrajo la última dotación de fuerzas que te sostenían. La idea de movimiento se borró de la memoria de tus músculos. Tus rodillas se doblaron, caíste de hinojos como si fueras un musulmán orando, así te quedaste hasta perder el sentido...

Un par de días después, Joaquín fue informado de que, en los casos parecidos al suyo, el proceso letal nunca había durado más de un año. Esa fue la buena noticia; la mala era que, con base en una de las biopsias que le practicaron, se pudo determinar que la presencia de agentes exógenos databa de unos ocho meses atrás. Era un juego simple de sumar y restar: le quedaban alrededor de cuatro meses de vida. La valoración era cruel, pero hasta J tuvo que admitir que era mejor saberlo que instalarse irresponsablemente sobre las endeble bases de la ignorancia. La hipótesis de la muerte se había convertido ahora sí en un axioma irrefutable. La cuenta regresiva se disparó crepitando un tic-tac infernal.

Demudado, ciego y sordo, el espíritu de Joaquín se desconectó del cuerpo que lo albergaba; ese abandono produjo una pesadez inerte en todos sus miembros. Con los músculos entumecidos el más leve movimiento voluntario se antojaba imposible. Aquel costal de carne y huesos debía sortear por su cuenta y riesgo la repentina celada que el destino le deparó a Joaquín. La conciencia de tu inminente fin te produjo un estremecimiento inverosímil. La novedad de esta experiencia era aterradora y, en efecto, nueva. Ninguna de las palabras que habías utilizado en toda tu vida servía para describir esta herida que atravesaba tu espíritu y quebraba tu cuerpo en pedazos. Una sensación de vacío reverberaba en la caverna de tu pecho. Te pareció que tus pulmones y tu corazón se vaciaban también y convertidos en trampas atrapaban a lúgubres sapos que saltaban torpemente tratando de encontrar una salida. (Un tópico poco afortunado, pero eso era y no otra cosa lo que sentías, y no encontraste otra metáfora para expresarlo).

Desde la adolescencia querías ser escritor, un gran escritor. Eras feliz de sólo imaginar tu nombre en el lomo de un libro; no un bestseller, sino una buena novela del calibre de las de Thomas Mann. Pronto desististe de tu vocación literaria porque tu vida insulsa no te proveía de experiencias suficientes para ser oficiante de las letras. Tampoco fuiste capaz de urdir intrigas ni suspensos, ni inventar grandes amores seguidos de más grandes

decepciones. No se trataba de escribir mucho, sino bien. Desarrollar un estilo propio, como un jugador de ajedrez que descubre una variante personal pese a las muchas influencias de los grandes maestros. El hecho es que jamás pudiste seguir los consejos de Rilke en sus *Cartas a un joven poeta*: sacar del pasado y de las pasiones ayer sentidas el tesoro oculto en tu corazón; extender la tinta en un papel inmaculadamente blanco con el registro puntual de tus pretéritas pasiones. Resulta irónico que ahora sí tengas una historia tremenda para contar, pero obtenida a un costo personal tan alto que te moja las ganas de escribir. Personalmente, no veo qué podría apetecerme si fuera sobre mí que estuviera pendiendo una eficaz guillotina. Con la vista fija en el cesto donde descansará mi cabeza una vez desprendida del torso, no se me ocurre nada. Sólo me queda admitir que la anécdota de la muerte propia es terrible, pero aún así la envidiaría cualquier escritor caído en esos periodos en que la inventiva se adormila. Cuando las musas se van, la realidad dura y fría como un cuerpo inerte nada tiene ya que decir ni inspirar. Tu vida precedente te daba apenas para un pequeño y deslucido prólogo; en la situación actual, lo que resta es literalmente un epílogo.

Como es fácil de imaginar, la prematura expedición del pasaporte para abandonar esta vida provocó en nuestro personaje un estado depresivo. Una depresión cuyo peso aplastó a Joaquín hasta reducirlo otra vez a una abreviada J. Entonces no hacía más que llorar; sus ojos se le hincharon, inyectados de sangre y sal amarga, tornándose al rojo vivo como una bomba hidráulica sobrecalentada de tanto funcionar sin pausa. Una tras otra se acumularon las cajas vacías de pañuelos desechables en cestos llenos de basura, inútiles para absorber los goterones de mar y demás mucosidades que expelía el rostro contrito de este hombre desesperado sabiéndose ya moribundo.

Cuando se cansaba de llorar sentado, Joaquín se acostaba entre húmedos lamentos; lloraba de pie, lloraba en el váter y sentado a la mesa. Cuando probaba algún bocado, irremediablemente lo condimentaba con una sal poco ortodoxa que manaba imparable de su nariz. Era un llanto sin reposo, con espasmódicos suspiros y balbuceos; una exageración rayana en la vulgaridad de un sentimentalismo tan ramplón como el de las “lloronas” a sueldo, aquellas mujeres que solían contratar las familias poderosas en los

pueblos viejos para ambientar de dolorida tristeza la velación de un difunto en vida aborrecido, mismo que al día siguiente del entierro sería olvidado sin cargo en la conciencia de los que le lloraron animadamente durante la velación a cambio de una buena cena y sustanciosa comidilla.

Joaquín, pues, inició una temporada terrible de impotencia y no veo utilidad en recrear día por día ese ambiente fúnebre y desesperanzado; en su flaqueza J no podía concebir el modo ni el incentivo para emprender la batalla por su vida o, en rigor, lo que quedaba de ella. Y es que la actitud de Joaquín no ayuda para elaborar una narración con interés sostenido. Cuando prima el miedo y la consecuente parálisis en un personaje mediocre, es imposible sacarse de la manga una acción valerosa. Sólo cabe anotar que la pasividad de Joaquín era consistente con su manera de pensar, ya que daba por descontado que, debido a su mortal diagnóstico, cualquier esfuerzo sería infructuoso: había perdido su salud irremediamente, y ante eso no hay vuelta de hoja. No se enorgullecía de su razonamiento, y es que por entonces no tenía otra cosa en qué pensar. De hecho, razonar así le hacía daño y en un alarde de rebeldía se aventuró a sugerir para sí mismo que al menos podía adoptar el modelo de vida de Jim Morrison de *The Doors*, consistente en “vivir rápido, morir rápido y dejar un cadáver presentable”. Falto de concentración, no podía llamar pensamiento a eso que le pasaba por la mente. Sabía que llorar era un impulso natural, en cierto modo liberador ante una tragedia irremediable, pero no era una respuesta digna —y si fuera indigna no sería respuesta—. A pesar del miedo, una parte de su conciencia empezaba a insubordinarse. De la multiplicidad de yoes que debatían en el alma de Joaquín, un subconjunto era partidario de obrar bajo una estética de la adversidad, como la de Morrison... ¿Qué tal escenificar una muerte misteriosa?

El desierto de la desesperación te alcanzó en la noche, Joaquín, el manantial de tus ojos se secó de repente, ni siquiera tenías líquido para escurrir los mocos. Ante la escasez de lágrimas, te fue fácil creer que el duelo continuaba su proceso. Habías dejado atrás la negación y la etapa del llanto parecía estar en la recta final, pero antes de alcanzar un estado de resignación más ecuánime te diste cuenta de que también podías seguir llorando por dentro, silenciosamente, sin hipidos audibles, sin ningún gesto notorio.

Llorar como si nada, con el disimulo que te haría pasar desapercibido entre quienes desconocen tu interno desgarró. El drama de tu muerte adquiriría así un nombre de bolero antes que el de un réquiem.

Todo te parece absurdo, Joaquín, de súbito te encuentras en una encrucijada que te obliga a deliberar entre la lucha y la dimisión. Eliges desconectarte del mundo sin atreverte a errar como un ermitaño ni convertir tu casa en una cárcel sin visitas conyugales. De todos modos nunca fuiste un tipo al que le gustara socializar, y te pareció fácil cancelar el contacto con las pocas personas que tenían alguna clase de trato, atadura o compromiso contigo. En honor a la verdad no hay constancia de que alguien te haya echado de menos. Prácticamente no tienes amigos ni amantes, pese a ello la expectativa de una soledad más radical te llena de espanto. De inmediato tu mente reculó: pensaste en Miranda, lo cual tiene su retintín de ironía porque ella, que ayer te amó tan locamente, hoy ni se acuerda de ti; y tú, que entonces no la amaste ni loco ni poco, la añoras con una intensidad inaudita.

Me da la impresión de que en este aislamiento voluntario, Joaquín, hay una dosis de rechazo hacia los demás, así repudias la hipocresía de los otros. Merece tu repudio la falta de decoro de esas miradas que te escrutan con asco y temiendo un posible contagio; los peores ojos son los que te miran con la indiferencia de quien se topa con los restos de un perro atropellado en una carretera de alta velocidad. Pero tú eras como ellos, la diferencia es que eres más ruin, por eso te fuiste quedando solo. No puedo pasar por alto que los demás te habían rechazado antes, adjudicándote los mismos y no otros juicios funestos que tú les disparas. Entiendo que la soledad es una estrategia defensiva deleznable, al fin y al cabo alzar tu puño solitario es un acto más simbólico que útil. Es como hacer un voto de silencio al mismo tiempo que quienes te conocen determinan aplicarte la ley del hielo; en fin, ya sea como soledad elegida o como el castigo del ostracismo, perdiste los incentivos para cuidar tu aspecto, incluso dejaste de bañarte, y a los pocos días hiedes como si tu cuerpo ya hubiese iniciado el proceso de putrefacción.

Desde tu inacción, piensas en lo conveniente que sería hacer algo, pero esa convicción no es suficiente para levantarte. Te hubieras quedado jugando eternamente a las estatuas de marfil sin nadie cerca para desencantarte, de no ser por un acontecimiento desgarrador que te ha sacado de tu letar-

go... Das un respiro para seguir engañándote y creer que todavía estás vivo, pero no es así. Ni sombra eres. Te sientes asfixiado —algo que no es nuevo en ti y que no vino con tu enigmática enfermedad— jalas aire con un movimiento que pretende expandir tu pecho, pero no fuiste tú con tu esfuerzo sino un estornudo el que agita tu cuerpo: un breve espasmo que te permite aspirar igual que un buzo antes de sumergirse. Ya relajado, revisas el calendario porque no tienes conciencia del día en que vives. El propósito de escribir es consignar lo que hoy te ha pasado. Desde que conociste tu diagnóstico, todo ha sido depresión y un peculiar culto a la flojera: la semana completa consumida como un prolongado domingo sin salir de casa.

Tu aire ausente podría indicar otra cosa, Joaquín, pero estás ahí ante tu viejo escritorio heredado de tu abuelo, abriendo un cuaderno. Tu mano tiembla: el abismo del papel en blanco aún es capaz de intimidarte con su vacío. Quieres huir, pero permaneces sentado. Tu cansado cuerpo, tenso y maloliente, anida numerosos nudos en la espalda. Se ha convertido en algo habitual el que sientas los músculos entumecidos, en definitiva se niegan a obedecerte. Quieres moverlos en busca de relajación, pero responden a medias las órdenes que dicta tu cerebro. Te mueves con la coordinación de un ebrio. El encierro te está pasando la factura embruteciéndote. Sería mejor huir, insistes, pero te quedas allí, inmóvil, con la vista perdida. Eres un guiñapo y, por si fuera poco, apestas.

Por fin, determinas que es el 11 de septiembre, martes, y pones la fecha en el margen superior izquierdo. Empiezas a escribir. Sabes, Joaquín, que al momento de garabatear un renglón tras otro aún no acusas ningún síntoma aparatoso o mediano, ni te sientes aquejado por molestia o dolor que tenga que ver con la misteriosa patología que te detectaron. Si salieras de tu casa, nadie en la calle vería algo anormal en ti, salvo la falta de aseo. Decides abrir ventanas y puertas para airear tu cada vez más pequeño apartamento, cuya dimensión se ha estrechado por la pena y los alteros de libros que hay en todas partes; esquivas los obstáculos para alcanzar el ventanal principal. No te explicas cómo pudieron vivir aquí dos personas. Hace poco tiempo que Miranda se fue sin tomarse siquiera la molestia de escribirte una nota. Lo cierto es que notaste su ausencia dos semanas después de su partida. Creías que iba regresar en cualquier momento porque prácticamente no se

llevó nada. Su ropa permanecía ordenada en los cajones que le correspondían y ocupando la mitad del clóset; en el baño aguardaban sus enseres personales, el cepillo de dientes y la botella de shampoo casi llena. Al menos tendría que regresar por sus cosas, pensabas, pero no regresó. Cada vez que sonaba el teléfono o tocaban a la puerta, te parecía que podía ser ella. Tu corazón permaneció impasible creyendo que Miranda no se había ido. Te negabas a aceptarlo porque sabías que su ausencia iba a tener un efecto letal, aunque, claro está, no augurabas un cumplimiento tan literal de la profecía. Pudiste hacer algo para recuperarla, pero el hecho es que no fuiste tras ella, no la buscaste en ningún momento, ni por teléfono. No pasó mucho para que tu premonición de desastres personales se cumpliera: estás rematadamente solo y eso te parece más grave que estar enfermo y casi muerto; o tal vez ya estás muerto, sólo que no te has dado cuenta puesto que no hay alrededor alguien que te lo haga notar.

Podrías bajar a la calle. Quizá te convendría salir a caminar para despejarte, como solías hacerlo con Miranda. ¿Por qué no intentas despejar tu cabeza de cualquier manera? Prefieres quedarte encerrado. En fin, quédate si así lo deseas, Joaquín, pero recuerda que tal decisión confirma que posees albedrío sobre el uso de tus facultades mentales y físicas. No deliras; no todavía. Estás preocupado con razón: el diagnóstico es contundente y debes soportarlo en soledad. No hay señal que delate tu afección o decaimiento, aparte de la mugre. Tu pelo brilla de puro grasiento; en contraste, tu piel ha adquirido un matiz cenizo. Olfateas en tu axila, y recibes un golpe en la nariz que elimina violentamente tu curiosidad. Tienes el aspecto de los niños que se paran en las esquinas para lavar los parabrisas de los coches a cambio de unas monedas. Pero ellos no han renunciado y están luchando por sobrevivir en medio de innumerables carencias y adversidades; en cambio tú representas la inminencia de la nada. Tu voluntad murió antes que tu cuerpo. Si te asearas desterrarías tu apariencia de morbidez. Es más: si te mantuvieras limpio darías la impresión de ser un enfermo muy sano, que morirá pletórico de vida. Y es que la vida y la muerte se deben algo mutuamente, por eso no hay la una sin la otra: su razón de ser es como el envés y el revés de una moneda. Bien mirado, tu aspecto no ha cambiado desde que te enteraste del fúnebre designio, excepto por el miedo brutal que hay en

tus ojos. Te veo mirarte al espejo y te hundes en un estado de sobresalto que no cesa con desviar la vista o cerrar los párpados. Perdiste la cuenta de cuánto tiempo llevas así, un día o dos, quizá ya son semanas que son meses.

Quieres volver a escribir un diario con el afán de preservar el contenido de tu memoria de estos días inciertos y a la vez definitivos. Si los cálculos son acertados te quedan cuatro meses de vida, sólo eso, precedidos de 34 años desperdiciados. Es posible que la enfermedad se coma tus habilidades corporales y tal vez muy pronto no puedas tomar una pluma, o peor, ni siquiera puedas pronunciar tu nombre. Necesitas una señal de vida, un motivo para volver a luchar, y lo quieres como si fuera un negocio, por escrito. No fueron pocos los principios de año en que pretendiste iniciar un diario; pero aún no llegaba febrero cuando terminabas desistiendo vencido por la abulia y la pereza; al poco rato, en esa parálisis, no te quedaba protagonismo por consignar. Eres un escritor frustrado, lo que no necesariamente te hace mal escritor. El silencio de tu pluma quizá encierra ecos de una buena aunque inexpresada prosa.

Si alguien se detuviera a mirarte en este instante, Joaquín, tendría ante sí a un hombre de mediana edad, sentado en una silla Luis XV ante un macizo escritorio de madera fina, recogido sobre sí mismo batallando con las palabras... De repente haces una pausa, miras al techo, te rascas la cabeza. Escribes una línea entre una palabra y otra, la relees y sonríes, pero enseguida retornas al gesto de concentración, serio, quizá demasiado severo. También en tu rostro se dibuja una sonrisa y otras expresiones diferentes se esculpen y se desvanecen en cuestión de segundos, parpadeos en que vas del dolor al gozo; parece que encarnas la rutina de un mimo, un mimo torpe, debo admitirlo. Por momentos, el movimiento de tu pluma es fluido; das la impresión de que tienes una idea clara de lo que quieres relatar. Si tuvieras más ideas, si hubieses nacido poeta, no harías pausas tan largas. Otra vez te quedas quieto como una fiera al acecho, fría y expectante. Se te ocurre que tendrías un tema nuevo si pudieras imaginar quién podría estar pensando en ti, pero no encuentras a nadie pensándote. Ni siquiera te atreves a considerar a Miranda. No puedes engañarte al respecto. Hoy con toda seguridad ella no tiene para ti ni un pensamiento, mucho menos algo más elaborado como odio o recriminación. Se fue sin despedirse, ¿lo recuerdas?

Esa muda separación te convence de que sólo el cruel veredicto que la ciencia te infligió hace que nos ocupemos de ti. O mejor dicho, fuiste tú quien, al escribir, creaste al observador que te describe y recrea a través de tu escritura. No me cabe duda de que escribes porque si no te mueres. Y si dejas de escribir me matas.

Hoy es martes 11, un martes negro, el martes de Marte, la deidad guerrera, y ahora también el martes del terrorismo, el S-11; por lo tanto, tienes material en abundancia para hablar de la muerte de otros y no tener que referirte a tu moroso fin personal. Durante todo el día, los circuitos de comunicación se dedicaron a un solo tema: cuatro aviones comerciales fueron secuestrados en pleno vuelo por sendos comandos terroristas, y los estrellaron (con diferentes grados de éxito) contra varios edificios significativos. Los cálculos preliminares hablan de diez mil muertos.

Las imágenes que pasan por la televisión parecen de película, pero no hay efectos especiales ni trucos de cámara, son lo que se dice hechos de la vida real. Es tan espeluznante que incluso para ti, con todo tu cuadro depresivo, es imposible sustraerte. Los televisores de los vecinos emiten ruidos de sirenas, gritos, estridencias de una tragedia colosal, infausta. Aún sin ver la pantalla puedes palpar el azoro de los periodistas que dividen sus palabras entre opiniones y lamentos; describen imágenes sórdidas de una violencia que es el pan de cada día en otras partes, pero para el imperio es un ataque con escasos precedentes. Es una paradoja que el Tío Sam, tan acostumbrado a bombardear ciudades de otros países, se muestre tan torpe e inexperto para soportar la destrucción en su propio territorio. No quieres seguir escuchando tan detestables noticias. Apagas el televisor —que estaba en *mute*—. A veces lo dejabas prendido para hacerte compañía en las noches de insomnio, pero ahora no quieres saber nada de nada. Te metes a la cama y te cubres las orejas con las almohadas, como si quisieras hacer un enorme emparedado con tu cabeza para taponar tus oídos. El coro del edificio en que vives (o mueres) es todo menos silencioso, y te doblega con intensos zumbidos y rumores. ¡Conoces la noticia! Ya puedes anticipar las primeras planas de todos los periódicos del día siguiente.

En Nueva York, donde nunca has estado, pero que amas y conoces por obra y gracia de la literatura y el cine, desde Tom Wolfe y su *Hoguera de las*

vanidades hasta la película *Manhattan* de Woody Allen. En todo caso, NY es ahora un gigante herido. Reconoces que hay un pesar inmensamente grande que te sobrepasa y achica. Visto así, lo tuyo resulta ser una pena nimia, insignificante para cualquiera, menos para ti. Tomar conciencia de que tú eres una menudencia equiparable a una suspensa mota de polvo, te fustiga y de algún modo es como una puya que te obliga a salir de tu dolor solitario para sumarlo al dolor colectivo, y compactarte en una masa de sufrimiento fieramente humano. La información venida de fuera te impele a pensar más allá de ti mismo.

Eres un moribundo que se descubre sintiendo piedad por la muerte ajena. Te sorprendes por ese gesto espontáneo de solidaridad que se agita en tu corazón, y sientes una indómita repulsión hacia toda forma de terrorismo, estupidez y barbarie, cuyas consecuencias, por cierto, serán manipuladas por el imperio, encargándose de magnificar y esconder el fondo del asunto según sus intereses. Tu odio crece cuando se te ocurre pensar en que mucha más gente inocente pagará los platos rotos por el infortunio de las Torres Gemelas. Por poco que lo caviles, anticipas que esta jornada terrible perjudicará indefinidamente a los miles de personas. Seguro habrá guerra en el Medio Oriente con el pretexto de liquidar a Bin Laden, y hasta paisanos que cada año van al norte en busca de trabajo sentirán el rigor del asedio. No faltará quien piense en la necesidad de levantar un muro que impida la llegada de terroristas por los mismos corredores clandestinos que utilizan los trabajadores ilegales.

La tragedia neoyorquina te indigna, pero no dejas de pensar que es una infamia de algunas facciones políticas aprovecharla como un pretexto para igualar la condición de ilegal con la del delincuente. De súbito, te ataca una comezón extraña en todo el cuerpo, como si te hubieses quedado dormido sobre un hormiguero y diminutas ferocidades se comen a pedazos tu carne; te rascas brazos y piernas con las uñas, y experimentas luego con diversos objetos para ganar extensión. Tomas un lápiz y luego una regla de metal para frotarte la espalda con la punta. Insistes hasta que se te irrita la piel sin conseguir un mínimo alivio. La comezón se elevó a ardor. Das unos saltitos como alguien que encuentra un baño ocupado y siente que su vejiga reventará. Estás desesperado por la comezón, pero nada puedes hacer para qui-

tártela. Agotado de tanto salto, te sientas en el borde de la cama ya con una actitud resignada. En la quietud que producen los esfuerzos derrotados, te percatas de que el malestar no es físico, sino del alma. Sí; te duele el alma. Permaneces sentado unos minutos, perplejo, reconociendo esa entidad enigmática del ser que no es tu cuerpo, permaneces tan inmóvil que te me figuras un monje tibetano en plena meditación.

Cae la tarde, los vecinos no parecen hartarse de la reiteración morbosa de la televisión. Una y otra vez han visto las escenas de los aviones chocando contra los rascacielos. Esta mañana el vuelo 11 de American Airlines se desvió de su curso que iba de Boston a Los Ángeles para ser utilizado como un obús tripulado contra la torre norte del World Trade Center, en Nueva York. Simultáneamente, el vuelo 175 de United Airlines también había sido secuestrado con el mismo fin para atentar contra la otra torre. La mente —esa puta drogadicta que habita en tu cerebro— te jugó una broma ácida al extraer de tu memoria una película de Tintán, y te das cuenta de que el cómico se elevó a la categoría de pitoniso. No hace mucho que volviste a ver *Soy charro de levita*, la dieron por la televisión a la hora de la comida, lo recuerdas porque tiraste la sopa cuando te ganó la risa: Tintán estaba feliz porque su grupo musical, del cual formaba parte su inseparable carnalazo Marcelo, había sido contratado para realizar una gira artística más bien pueblerina, pero él ya se imaginaba presentándose en la Gran Manzana, y presa del júbilo lo explica más o menos así:

[Allá] en la Babel de Hierro, en la ciudad de los rascacielos que se pierden en las nubes y aeroplanos que se estrellan contra los rascacielos.

O sea que Tintán, a fines de los cuarenta, anticipó lo que sucedería hoy, este 11 de septiembre de 2001. ¡Tintán el Nostradamus mexicano!, piensas y te ríes. (Por cierto, la primera sonrisa en sabe Dios cuánto tiempo; una sonrisa doliente que delata un sentido del humor caprichoso y perverso, pero vivo.) La emisión de los televisores y radios sigue taladrando la pared e invade tu cerebro. Parece que sólo tú sabes que el infierno más dilatado fue para los pasajeros secuestrados y para las personas que estaban en las torres y no murieron inmediatamente después de la colisión, todos ellos vivieron

un horror del que poco se sabe: esa conciencia de la muerte inminente que opera de un modo inesperado. Más de cien personas prefirieron saltar por la ventana, empujadas más por la desesperación que por las llamas. Un ciento volando. Aunque las cámaras los captaban en su caída, hay algo que no podía verse por la televisión: el momento más íntimo que precede al salto, o sea, lo que pasaba en el fuero interno de estos repentinos moribundos mientras el acero se derretía a una temperatura superior a los 1000 grados Celsius. En pocos minutos el calor fundiría las estructuras de acero que soportan las torres: el colapso era inevitable, mientras decenas de bomberos ascendían pesadamente por las escaleras.

Cae la tarde, decides salir de tu casa en busca de una tregua silente. Te incorporas del sillón con lentitud, estiras los brazos para desperezarte. Te duelen las rodillas, tus piernas están poco menos que engarrotadas. Te estiras y alguna vértebra cruje al liberar cierta tensión. Tomas la gabardina y abandonas el departamento. Bajas dos pisos para llegar a la calle. Sobre la puerta de cristal ves el número del edificio: Sinaloa 9..., casi en la esquina con Valladolid, a una cuadra del Palacio de Hierro, donde antes se erigía la antigua plaza de toros de la Condesa. La tarde es plomiza; es difícil no considerar que pronto se desatará un clima torrencial, pero tú no piensas en nada. Tampoco la gente parece intimidada por el aspecto gris del cielo; en tanto no cae la primera gota apenas hay necesidad de ir más aprisa.

Por primera vez en mucho tiempo pones atención en lo que pasa a tu alrededor; no percibes en el andar colectivo los rastros de la tragedia importada por los noticieros. De algún modo, eso te relaja. Encuentras, pese a la estridencia de los ruidos urbanos, un poco de tranquilidad. En la calle te conviertes en un transeúnte cualquiera. Quieres pensar que el anonimato te hace igual a los demás, después de todo tú eres el único que sabes en qué consiste tu singularidad: ¡Soy un moribundo!, repites entre dientes, con un gesto parecido a una sonrisa que marca el advenimiento de tu resignación. Casi entrada la noche, las calles de la colonia Condesa presentan un bullicio especial por la enorme cantidad de restaurantes que sirven en las mesas puestas a mitad de la banquetta, imprimiendo un toque europeo aunado al ingenio a la mexicana, para permitir el paso del peatón y no cancelar la circulación de los autos, mientras un valet parking trata de liberar la doble

y hasta triple fila. El comercio de restaurantes no se arredra ante la amenaza de lluvia.

Al llegar a la esquina de las calles Michoacán y Tamaulipas, te detienes para ver a unos niños jugando fútbol. El parque no está lejos, pero en esta ocasión, favorecidos por una zanja hecha para reparar una fuga de agua o algo parecido, los equipos quieren aprovechar que no circulan vehículos y exprimen hasta la última gota de luz para ganar el partido. Los postreros rayos de sol se tornan oscuros, el rosa y el púrpura ceden ante la marea de grises que se extiende en el cielo mientras los niños insisten en luchar por la pelota con un afán completamente ajeno a los futbolistas profesionales (y a los daños causados por el terrorismo en la mañana). Para ellos, este martes es un día como otros, excepto por la calle provisionalmente convertida en cancha. Sin explicación plausible el ocaso del día te concita una reflexión dolorosa. Tu vida también se está apagando, quizá no volverás a ver el sol. Por un momento crees que dramatizas y tratas de restar importancia a ese pensamiento. Repentinamente descubres que no has tenido propósito en la vida, como quien dice estás viviendo para nada. En tus ojos hay un brillo marchito que refleja la aflicción por la formidable cantidad de eventos que queriendo no ejecutaste —no menos que los que hiciste sin proponértelo—. Eres incapaz de reconocer en tu precario transitar por este mundo un protagonismo propio. En ninguna constelación de acontecimientos en que participaste has sentido ser a carta cabal el sujeto que elige. Cumpliste metas, desgarraste objetos —¡vaya que tuviste oportunidades!— pero siempre instigado por necesidades a menudo ficticias e impelido por vectores de fuerzas gravitantes.

Fuiste una víctima del “qué dirán”, prestaste demasiada atención a lo que otros pensaban o podrían pensar de ti, y eso se convirtió, Joaquín, en tu propia ley de gravitación, la cual constreñía tus movimientos como un piloto automático a un avión. Por ejemplo, Miranda te amaba sinceramente pero nunca como eras, sino como imaginaba que podías ser. Nunca te ocultó que quería cambiarte, aunque fue ella la que se hizo autoritaria y mandona; mientras tú te dejabas hacer como una odalisca, experimentando el placer de ser esclavizado, el dulce gozo de que otros tomen las decisiones. Acabó por hartarse de ti, pero no a causa de que la desobedecieras, sino porque la obedecías sin convicción. Es triste decirlo, pero a la vista del camino ya andado

sólo te queda reconocer que tú, Joaquín, eres un instrumento inocuo de cuanto has sentido, pensado y hecho; poco más que una marioneta, menos que el arbitrio de un actor en escena obligado a seguir siempre el guión escrito por otros.

Prosigues tu caminata hasta llegar al Parque México, necesitas un descanso, pero las bancas están ocupadas por parejas que conversan o se abrazan. Te llama la atención ese par que en vez de comerse a besos inicia una disputa. Él es un hombre maduro, está vestido con un traje gris, bien cortado, fino, acorde con los zapatos caros que muy lustrados lleva. Ella es mucho más joven y su vestimenta es más bien sencilla, aunque de buen gusto. No entiendes lo que dicen, te guías por sus aspavientos. La mujer está furiosa. Por lo que parece, él prometió algo que no está dispuesto a cumplir. Nada más por mirar concluyes que esa relación se acerca a su fin. No se necesita ser muy perspicaz para establecer que se trata de un hombre casado y que ella es tan sólo una aventura, una cana al aire. El excesivo cuidado en su aspecto te sugiere que para él su narcisismo es un *hobbie*, tal vez tenga otras amantes, acaso sostiene varias relaciones clandestinas a base de engaños y falsas promesas acerca de un divorcio que jamás tramitará. Con reprobación y acaso con una envidia inconfesa deploras esa vanagloria donjuanesca; te convences de que tú prefieres la soledad antes que adoptar tales argucias para hacerte de una compañía. No viene al caso cuestionar tu ética, en todo caso es un hecho que estás solo. Para los casos como el tuyo, decían los clásicos, la fealdad es la mitad de la virtud. Por fin, una banca libre. Apuras el paso para apoderarte de ella. Ya sentado, la encuentras demasiado ancha para ti. Otra pareja coincide con tu apreciación y se sienta sin tomarte en cuenta. Estás a menos de un metro, pero no reparan en ti. Para ellos, sólo existe el beso y la desesperada unión de sus sedientas bocas. Te conjuraron con esa pasión. Te esfumas, tú mismo eres testigo de que ya no estás allí, aunque el peso de tu cuerpo inerte osa sugerir lo contrario. Creíste que lo habías superado, pero en este momento te duele como al principio la partida de Miranda. Tengo para mí que no la extrañas en particular, más bien echas de menos no tener con quien compartir este paseo improvisado, sin nadie para besar ni con quien pelear. ¿A quién decirle que estás muriéndote y que te mueres de miedo?

Te parece indecoroso mirar a la pareja que tienes a un lado, aunque no encuentras la misma objeción para espiar con descaro a los rijosos de la banca siguiente. La peculiar situación te lleva a lo que entiendes por circunstancia. Precisamente, te viene a la mente Ortega y Gasset con su idea del hombre y la circunstancia, pero tú dejaste de ser hombre desde que te dieron la noticia de tu enfermedad; si algún rastro de ti permanece es la pura circunstancia. Es como si Ortega tuviera razón y Gasset no. La vida te ha vivido sin que pudieras percartarte de un sentido, si lo tuviera; en tu ser y en tu proceder no has palpado el soplo divino de algo que puedas llamar imi vida! La cuestión para ti no es por qué vivir, sino cómo pudiste vivir hasta ahora sin afrontar tales interrogantes... El rumor de los jadeos de la pareja que invadió tu banca alcanza tus oídos; oyes que susurran unos te quiero muy sentidos, sabrosos, entre apretones y mordiditas en los labios. No quieres indagar en lo que eso te provoca porque pasarías la noche masturbándote para no pensar ni llegar a conclusión alguna. Prefieres reanudar la caminata. Te incorporas discretamente para no interrumpir aquel fragoroso intercambio de saliva y placeres sensuales. Caminas con firmeza hacia ninguna parte con tal de salir del parque. Llegas a una esquina. Volteas en todas direcciones como si una mirada, como si mirando, como si Miranda pudiera despejar la encrucijada. Sólo quieres estar lejos de allí, de esos besos y cachonderías de otros. Avanzas raudo hacia la derecha, andas dos o tres pasos. Viras a la izquierda, te detienes... La joven que hace un rato reñía viene hacia ti. Está desolada. Sin saber por qué te sientes obligado a hablarle, no tienes idea de qué decirle, pero estás decidido a ofrecer tu solidaridad. Adviertes que corre peligro caminando sin compañía en esta parte poco alumbrada del parque. Quizá te corresponde protegerla. Te quedas con tus palabras en la boca cuando, a la distancia, descubres que está llorando, el maquillaje se le ha corrido, acentuando la desazón de su rostro. Bajas la mirada. Titubeas. Ella sigue acercándose, finalmente, pasa a tu lado, muy cerca, quizá rozó tu hombro sin darse cuenta, como si tú no estuvieses allí o como si fueras una piedra que hay que bordear. Giras para verla alejarse, pero sólo te ves a ti mismo en esa tristeza inmensa huyendo del abandono. No bien la pierdes de vista, vuelves a tu realidad. A tu soledad, a tu descontento, a tu muerte. Haces un gesto como si descubrieras una cucaracha entre las sába-

nas. (No tú; otra cucaracha Joaquín Samsa). Sales del letargo como si hubieses estado en un sueño. Tu reacción corporal fue exagerada, teatral, pero puedes permitirte porque está visto que hoy nadie te ve.

Sigues con la representación de ti mismo en medio del parque; das la impresión de haber olvidado algo y regresas sobre tus pasos con un andar ágil que parece despreocupado. Lo cierto es que emprendes la huida, igual que la chica a la que no pudiste reconfortar. Deambulas como un autómata, errático, chocas con los transeúntes que te salen al paso; incluso estuviste a punto de perecer atropellado al cruzar la calle de Ámsterdam; te desconcertó su ancho camellón y te ganó el semáforo. El conductor que casi te arrolla se asustó y encolerizó simultáneamente. No oíste lo que te gritó, pero le viste mover los labios con furia. Como mínimo, te dijo: ¡fíjate, pendejo! Habría sido una anécdota curiosa para esta avenida circular que alguna vez fue parte de un hipódromo: “un moribundo a causa de una enfermedad exquisita, muere una muerte vulgar, atropellado”.

A medianoche, traspasa el umbral de tu casa. Tardas en encontrar las llaves. Te desesperas aún sin tener prisa. El nervioso movimiento de tus dedos te impide sujetar la llave adecuadamente. Caen al piso. Si fuera la clásica escena de persecución de las películas gringas, aquí te habrían atrapado. Por fin logras entrar, y te derrumbas inmediatamente en un sofá. Rompes en llanto hasta quedarte dormido, exhausto por la caminata y la angustia dilatadas. Sin somníferos duermes poco y mal. Te despiertas sobresaltado actualizando el tema de los noticieros, como si lo sucedido en Nueva York te concerniera formando parte de una pesadilla personal. No te interesa que se cuenten por miles las víctimas, piensas en la agonía de cada uno. Tratas de imaginar la muerte individual oponiéndola a la colectiva: ¿qué sintió cada una de las víctimas en los instantes fatales? Uno por uno experimentó algo diferente respecto de su propia muerte, incluso los que no se percataron de lo que venía habrán tenido tiempo de hacer un último gesto, como tú en el parque hace unas horas. Tal vez sólo contaron con el instante necesario para ahogar un ¡ay! que se quedará atrapado por la eternidad en una garganta cuyo cuerpo se desintegró en milésimas debido al infernal calor de la explosión. No te dejan dormir las víctimas que quedaron atrapadas en los pisos superiores al impacto del avión, y que sobrevivieron hasta

que las torres se derrumbaron; o peor, quienes estaban en los pisos inferiores pero que recibieron la indicación de que permanecieran en sus lugares, en obediencia a que el problema que afectaba a las oficinas de arriba necesitaba que las escaleras estuvieran libres.

Piensas en los bomberos que intentaban ascender sabiendo que no había manera de combatir el incendio, pero sin saber que de allí no saldrían vivos. El edificio se comprimió como un enorme acordeón: un colapso que no duró más de diez segundos convirtiendo en polvo estructuras de acero, vidas humanas y millones de dólares. Estás inmerso, Joaquín, en un horror a la vez colectivo e individual, que te produce náusea. Te cuesta volver en ti. Mueves tu cabeza como un boxeador que recién se levanta de la lona y sus miembros aún no le responden coordinadamente. Te das unas palmaditas en las mejillas para despejarte. Tu cuerpo no te habría dolido más si hubieses corrido un maratón. Además de la agotadora jornada, las hondonadas de tu improvisada cama te descoyuntaron la columna vertebral. Tensados al máximo, los músculos del cuello y de la espalda parecen de madera. Tienes los pies hinchados, uno descalzo y otro con el zapato puesto, por un momento no sabes si te estás levantando o te dispones a dormir. Miras el reloj: las cuatro de la mañana. Insomnio. Sabes que es inútil luchar contra él sin sedantes; en lugar de dar infructuosas vueltas en la cama, te levantas y te diriges a la mesa de trabajo, en los cajones buscas los arreos del escritor.

Se escuchan unos truenos, como un eco tardío de la tragedia. Empieza a caer una lluvia trémula que no alcanza para empapar a nadie. Te asomas por la ventana y no ves gente correr, no estaba Miranda ni estará al amanecer ni en la tarde y tampoco mañana. Sólo está tiritando tu soledad con las ganas mojadas imaginando hacerle compañía a otra soledad. Resulta fácil visualizarte, Joaquín, sentado en tu silla Luis xv con brazos, con aire ausente y tu mente en plena vagancia, dando miles y miles de vueltas a los detalles presuntamente implicados en tu proceso de extinción. Una y otra vez has desandado el camino para rastrear el origen de tu mal, si hubiera un remedio no volverías a dudar de la existencia de Dios. El problema es que no encuentras ni siquiera una razón que sostenga la pluma en la mano. Necesitas un principio para romper el atasco en el primer renglón. Se te ve indeciso, parándote o sentándote con movimientos arbitrarios. Intentas

recomponer la cadena de sucesos que te condujeron a este callejón sin salida. Te esfuerzas por entender, pero no puedes. Otros enfermos tienen su dolor. No piensan; se duelen. Conocen el parte médico, tienen instrucciones y constreñimientos que regulan su actividad para sobrellevar la postración. Pero tú no sabes de qué estás infecto ni tienes todavía accesos de dolor; sólo tu propia reflexión te abate. Las heridas de la soledad, el tedio, la desesperanza y el miedo cerraron sin sanar. Te has vuelto obsesivo y ferozmente monotemático: sólo piensas en la muerte. Solo, piensas en tu muerte, para ser precisos. La tragedia del WTC fue apenas una tregua, por eso ruegas para que tu corazón detenga sus latidos y ponga fin a tan tremendo agobio. No has sabido vivir, pero careces de la determinación de los suicidas para precipitar el final. Y te falta cordura para volverte loco.

13 de septiembre

Es cosa universalmente sabida que los seres humanos son mortales, de lo que se desprende la falta de novedad en eso de *estirar la pata*. Con todo, los medios de comunicación suelen apuntalar sus niveles de audiencia con las noticias más sangrientas, especialmente ahora con la ayuda de los terroristas: los ríos de sangre que corren sin ton ni son en un cauce mortecino cada vez más ancho. Asimismo, la infatigable nota roja se regodea con el comportamiento imprevisible de las *Parcas*. Aunque, por otro lado, como bien lo sabes, Joaquín, el heraldo de la muerte no es muy afecto a emplear su gaudaña para responder a ruegos personales ni se conmueve por súplicas inspiradas por adversidades pasajeras. Por fortuna, la *gran segadora* es perezosa para actuar por motivos banales, porque si ella atendiera con largueza nuestras peticiones, en polvo ya todos estaríamos convertidos.

Quizá lo más curioso de tu condición moribunda, Joaquín, es que tus signos vitales califican dentro de los parámetros idóneos. Tu corazón se muestra vigoroso. Ningún problema con el colesterol, nivel de glucosa, ácido úrico y minerales, en correspondencia con tus hábitos regularmente sobrios. Es cierto que últimamente has perdido peso, pero no te ha demacrado, y si me apuras, hasta admito que te ha sentado bien, luces mejor sin esos

kilos que tenías de exceso. Ni hablar de los montones de personas que llevan años consumiendo un cigarro tras otro y que beben como si en todo el mundo se festejara la Independencia; otros sujetos se meten de todo, además, son irresponsables con su conducta sexual y sin embargo morirán de viejos. Tal es la paradoja, por eso no sabes qué pensar de Dios, e ignoras qué es peor: que exista o que no. Tu enfermedad, Joaquín, empezó de la nada con una inexplicable formación de quién sabe qué entes microscópicos dentro de tu organismo, sólo perceptibles a través de complejos instrumentos médicos. Los doctores no están seguros de dónde provino o cómo se originó el padecimiento. Ni siquiera se ponen de acuerdo en cómo llamarlo. Coinciden en que tu caso es irremediable, lo cual no deja de ser extraño, pues ¿cómo acceden a un consenso acerca de algo que no saben qué es?, y ¿cómo es qué saben con tanta certeza que es mortal aquello que no saben ni cómo llamarlo? Así la situación. En resumen: el cuadro es alarmante en opinión de los especialistas; no obstante, ignoran lo que viene y lo queda por hacer.

La terminología para referirse al estado de Joaquín resulta perturbadora, a pesar de que es inaccesible para los legos. Los médicos parecen generales trazando las estrategias victoriosas en el Golfo Pérsico, indiferentes a la suerte de la tropa; lo malo es que el cuerpo del paciente es el campo de batalla y no tiene manera de salir indemne de la madre de todas las batallas. Las metáforas bélicas se prestan que ni pintadas: una invasión de agentes extraños decodificó el sistema de defensa inscrito en el código genético de las células nerviosas, por lo tanto, es conveniente responder con un contraataque a base radiaciones, aunque eso conlleve numerosas bajas de leucocitos y estropicios en la redes de membranas que comunican, bla-bla-bla... Al igual que los militares ante el terrorismo, los médicos conjeturan con pasión para imponer su perspectiva en una supuesta guerra química, bacteriológica o radioactiva, pero en el fondo todavía no saben ni jota de la célula terrorista que próximamente atacará, y ninguno puede precisar a qué clase de bichos o enjambre de moléculas asesinas se están enfrentando.

Joaquín escucha con la mayor atención, pero no logra involucrarse con ese coro extravagante; es como si hablaran de un enfermo hipotético, y fuera de otro el destino que estuviera dirimiéndose. En todo caso, para el paciente no hay ni para adelante ni para atrás, situación que le hace confe-

sar que antes de la enfermedad no había pensado mucho en la muerte y menos en morir. La experiencia de Joaquín le indicaba que usualmente eran otros los que estaban inmiscuidos en fatídicos trances. Lo acontecido anteayer en el World Trade Center no sólo revela la vulnerabilidad de los sistemas de seguridad del imperio, sino la fragilidad de la vida. Tal vez el desconocimiento de cuándo llegará el turno de “colgar los tenis”, hace pensar que nunca nos tocará bailar con la Pelona, la Huesuda, la Flaca, la Patas de catre, la Calaca, la Catrina, la Dientona, la Chirifusca, la Tilica, o como quiera que se le nombre. Esa sensación de que la Copetuda no ha venido todavía a enlutarnos, de algún modo fomenta una vana creencia acerca de nuestra inmortalidad, en flagrante contradicción con la esencia inexorable de todas las formas de vida: ser la materia prima de la muerte. ¿No fue Martín Heidegger quien dijo que la vida es ser para la muerte? Sea quien sea que lo haya dicho antes y repetido después, lo cierto es que, con todo lo filosóficamente profunda que sea esta reflexión, a ti, Joaquín, la frase de Heidegger no te hace la menor gracia. Francamente es de lo más inoportuna dentro de un hospital.

Fue necesario que te declararan enfermo terminal, Joaquín, para que tomaras conciencia de algo tan sabido como ignorado: ¡la vida es frágil! Por supuesto, la vida también puede ser agradable, generosa, bestial, tediosa, injusta, abominable, feliz, electrizante, pero sea lo que sea, sobre todo es frágil. Entonces la muerte todo lo ensombrece, es la Igualadora. Elemental verdad, ¡oh, World Trade Center!, que vino a trastocar el alma del Tío Sam... Déjame ponerlo de esta manera, Joaquín, esa muerte multitudinaria, vestida de otro modo, es la misma que anda tras tus pasos. Así es: Doña Huesos está coqueteando contigo. Para un ser esencialmente finito, lo sabes ahora Joaquín y lo sabías también antes, morir debería ser un acto baladí; el problema reside en el hecho de que nuestra naturaleza mortal se manifiesta de repente: en este momento respiras; un segundo después, ya no. Ayer les tocó a las víctimas de los atentados, incluidos los 342 bomberos que perecieron en el cumplimiento de su deber, mientras tú, el agónico, el desahuciado, el moribundo, *whatever*, permaneces aquí indemne, penosamente vivo.

La Cabezona es juguetera y porfiada; la Copetona es muerte segura; a la Tembeleque le basta un segundo para inventar un pretexto que justifique su

presencia. La vida discurre entre tantas amenazas incesantes, por eso es difícil anticipar por dónde vendrá la mortaja: sea un medio ambiente infestado de partículas radioactivas, o por los sobres con *Ántrax* enviados dolosamente. Los gigantescos conglomerados urbanos del imperio son tan vulnerables como un campesino sorprendido por la mordida de una serpiente venenosa en la soledad de un surco. Hablar de la estupidez de la guerra es sobreañadir; no me extraña que esa sea precisamente la solución que ofrece Bush al mundo. La proclamación de la guerra permanente contra el terrorismo activa los costosos juguetes de destrucción masiva y la paranoia de millones de personas que, dicho sea de pasada, movidas por el miedo, se dejarán arrebatar cuanto libertad y derechos determinen los arcanos del imperio.

Después de varias horas de escribir, Joaquín se levantó del escritorio. Era su manera de recuperar el tipo de vida a que estaba acostumbrado, en el que era habitual realizar una caminata cada día. Bajó a la calle, pero debido al cansancio que arrastraba después de varias noches de insomnio y de mal comer apenas podía arrastrar los pies. Ignoraba que escribir pudiese ser tan agotador. En esta ocasión salir a caminar resultó ser una mala decisión. Regresó sobre sus pasos antes de lo previsto. Subió trabajosamente los dos pisos para entrar a su departamento. En su cabeza sólo cabía un deseo: irse a la cama. Sus piernas y brazos le pesaban como si fueran de plomo. Sin reunir el ánimo suficiente para desnudarse, se tiró cuan largo era sin ni siquiera desdoblar las cobijas. Permaneció inmóvil unos segundos hasta que comprendió que los zapatos puestos le impedirían conciliar el sueño. Tuvo que hacer un esfuerzo adicional para descalzarse. Acurrucado, somnoliento, entre luces mortecinas, se puso a cavilar: otra vez apareció Manhattan en su mente, los aviones utilizados como bombas, los edificios cayendo estrepitosamente, el terrorismo, el miedo y los muertos, sobre todo la muerte. Presa de un ensombrecido ánimo, Joaquín estaba lejos de considerar asunto, objetivo o aspiración, que lo desembarazara de los pensamientos más lúgubres y mortificadores. A pesar de su obsesión —¿o justamente por ella?— algo dentro de él clamaba por liberarse del miedo como quien se desprende de unas cadenas. Una presencia inefable y superior, parecida a lo que muchos conocen por la voz de la conciencia, ese *daimon* socrático, le imploraba para que no desmayase.

La voz interior, silenciosa como el llanto árido de Joaquín en las últimas horas, exigía al moribundo que no claudicara. Era entendible aquello de tener miedo, estar angustiado, sentir ira y todo eso que acarrea el saberse en el patíbulo; pero al menos en el papel se esperaría que nuestro personaje intentara morir con dignidad. Este atisbo de lucidez, por llamarle de algún modo, evidencia que el martirio que se inflige en la soledad homicida en que está recluido lo está matando más rápido que la afección misma.

La civilización occidental está herida de muerte, no hay remedio, pero sí hay diferentes maneras de afrontar el fin. Las Parcas fueron de turistas a Nueva York, y no hay duda de que sus pasatiempos son perniciosos para la salud de quien se atraviese por su camino. Para ser un testigo lúcido de tu propia extinción, Joaquín, estás obligado a separar tu padecer del padecimiento. Como ya no querías más imágenes repetidas de las Torres desplomándose, prendiste la radio para enterarte de lo que estaba pasando en el mundo después del S-11, las repercusiones, los responsables, la venganza, la guerra y la muerte multiplicada. El hambre de justicia te abre el apetito, Joaquín, enseguida te diriges a la cocina, la encuentras sucia y deprimente; abres el refrigerador sólo para aumentar tu desolación. Exclamaste —o más bien pensaste—: ¡no puede ser! Tus labios permanecieron cerrados, pero un movimiento de tu cabeza revelaba toda la incredulidad y la impotencia de un individuo que quiere vivir y no encuentra la manera de hacerlo: ¡No puede ser!, repetiste. Tomas conciencia del abandono y descuido de la casa, y de ti mismo. Te asaltan las interrogantes típicas de Kant: ¿Qué puedo saber?, ¿qué puedo hacer?, y ¿qué me es permitido esperar? El refrigerador luce desangelado, únicamente habitado por una botella de leche ya cuajada y maloliente. Tengo que hacer la limpieza y volver a dotar la despensa, pensó Joaquín. Debías responder pronto a la urgencia, pero postergaste toda tarea a causa del agotamiento. Literalmente se te acabó el gas. El moribundo abandonó la cocina con pasos increíblemente lentos, se recostó en el sofá que le quedaba más cerca y se rindió al sueño. Fue un descanso fatigoso, tenso y entrecortado.

Al despertar, Joaquín, te costó decidir si permanecerías así más tiempo o te levantabas. Ganó la modorra. Te tumbaste otra vez en la cama, aunque sólo por unos minutos. Te resultó imposible dormir o siquiera descansar. Quedarte postrado se volvió torturante. Te incorporas. Entre sonoros bos-

tezos, estiras tus músculos y te tallas los párpados. Algo extraño te pasó: ¡tienes ganas de vivir! Quizá la espantosa y sorprendente caída de las Torres Gemelas aclaró tu mente. El terrorismo y la sociedad de la información te fueron útiles de un modo concreto, empujándote a la conclusión de que era imperioso otorgarle sentido a tu desgracia personal, o vivirla como si fuese natural que no tuviera sentido. Una nueva actitud germinaba en el estado de ánimo de Joaquín; lo notó en su cuerpo antes que en la cabeza. Por primera vez en mucho tiempo sintió que sus músculos estaban relajados y ágiles. Un renovado vigor interno te dio la sensación de que podías buscar como si fueras a encontrar. La desgracia colectiva del aciago S-11 se apareció en tu fuero interno como una provocación a la dejadez con que habías actuado desde el anuncio de tu enfermedad. Tengo que escribir, te repetías en obsesivo monólogo: el desorden en tu metabolismo te ha obsequiado una muerte para contarla. Por fin aceptaste el reto. Tomar la estilográfica, sin embargo, no fue un acto voluntario; era una energía latiendo y fluyendo sin gobierno aparente; por lo tanto, tampoco podía considerarse como un propósito o una meta, si acaso fue un recurso fortuito adoptado para ayudarte a bien morir. Intuías que la necesidad de tomar la pluma era motivada por la proximidad de la muerte acorralando a los moribundos, aunque al final sólo la Tilica puede liberar a los condenados del engorro de seguir siendo los seres frágiles que son. Si me apuro, pensó Joaquín, tal vez tenga tiempo para dejar concluidas mis obras completas. Serían breves, no más de unas cuantas decenas de cuartillas, pero no por pocas dejarían de ser genuinamente completas, la obra definitiva. Borges aspiraba a sólo seis páginas que lo justificaran; tú quedarías conforme con la mitad de un párrafo; incluso una sola frase afortunada sería suficiente para validar tu paso efímero por la literatura. Escribir lo más posible para eliminar el dilema entre la extensión o la calidad. Se trata de escribir bien, recuerda.

14 de septiembre

Un diario le venía muy oportuno para familiarizarse con la excitación de la calavera que todos llevamos encubierta, pero en este caso ella, la Calaquita,

se muestra avariciosa: quiere desprenderse de la carne que la envuelve y ser sólo huesos desnudos... Luego de tomar un baño, actividad que juzgaste placentera y sensual, te preguntas, Joaquín, cómo pudiste perder el gusto por este tipo de experiencias corporales que por poca atención que les dediques se convierten en una fuente de gozo. Encontraste, por ejemplo, indecible placer en el chorro de agua caliente rebotando en tu pecho, y te prometiste hacer un inventario de esta clase de vivencias sencillas y maravillosas a las que tal vez sólo de niño habías prestado suficiente atención. Una vez cubierta la rutina del aseo, y con la mente inusualmente despejada, Joaquín decidió adentrarse en los más oscuros meandros de su existencia. Volvió a su pluma predilecta, una MontBlanc Meisterstück, de edición limitada, con la firma de Oscar Wilde grabada en la vieja y desportillada tapa. La estilográfica con punta de oro de 14 quilates había vivido mejores tiempos, sin duda, pero todavía demostraba ser impecable para el uso que los diseñadores alemanes le destinaron. Al pulsarla te vinieron un montón de recuerdos, empezando por el día en que recibiste de tu abuelo este fino instrumento, ahora elegantemente desgastado y fuera de tono con la condición económica en que literalmente yaces. La experiencia fue tan vívida como la memoria involuntaria explorada por Marcel Proust, sólo que sin magdalenas ni tila. Son otros aromas los que te hacen pensar en tu abuelo: el olor a puro, un buen tinto y rodajas de Jabugo. De tu abuelo heredaste también el amor por los libros y un franco odio a Franco, porque la memoria de un republicano refugiado está esparcida en este departamento sin el cual no habrías tenido dónde vivir, ni biblioteca personal ni donde caer muerto. Aparte de este legado, Joaquín no tiene sentido de familia ni preocupación por sus orígenes. Aunque seguramente lo vio cuando era bebé no conserva recuerdo en su cabeza. Sólo por pláticas, sabe que su padre fue un hombre apolítico que fue detenido por equivocación durante el 68, y ultimado por otro error en algún sótano de la Policía Federal de Seguridad. Su madre sí que estaba metida hasta el cuello en el Movimiento, y no iba quedarse con las manos cruzadas esperando que el Régimen le devolviera a su marido. Tal era su rabia que decidió incorporarse a la guerrilla. No sin un enorme dolor dejó a Joaquinito con su abuelo paterno, alguien que sabía lo que es pasar por las trincheras y ser perseguido, pero que no estaba de acuerdo con tal decisión. Eras un bebé

que aún no cumplía los dos años. En realidad no fue una decisión, puesto que sobre ella pendía una orden de aprensión y tenía por seguro que si la atrapaban sería desaparecida inmediatamente. De allí sólo había un paso a su inmersión de tiempo completo en la lucha clandestina. Por eso le fue prácticamente imposible ponerse en contacto con su suegro para saber cómo estaba el niño. Pocos meses después nada se supo de ella. En 1971 apareció su nombre en la lista de desaparecidos. Oficialmente nunca estuvo encarcelada y su cuerpo jamás fue encontrado. Poco a poco Joaquín dejó de escuchar de ella y de su padre, y terminó por olvidarlos; es decir, perdió a su madre antes de aprender a quererla, por lo tanto, no la amó ni la echó de menos. Este destino trágico no fue óbice para el rotundo afecto que le merece el legado familiar, entendiéndolo por ello algunos muebles, dos o tres pinturas espléndidas, pero de escaso valor comercial por carecer de firma; la silla Luis XV con brazos y especialmente la estilográfica recibida como heredero universal. Mención aparte es lo que hoy conforma tu biblioteca, Joaquín, quizá tu único orgullo o cuando menos tu apego más visible, que destaca no tanto por su cantidad, sino por lo selecto de los títulos. Allí conviven en un maridaje extrañamente armónico: Cervantes, Kant, Shakespeare, Platón, Voltaire, Maquiavelo, Neruda, Heidegger, Proust, Freud, Hobbes, Alberti, Durrell, Rilke, Nietzsche, Dostoievski, Jung, Faulkner, Marx, Kawabata, Spinoza, Borges, Deleuze, Camus, Coetzee, Weber, Paz, Bernhard, Pessoa, Bitov, Rulfo, Schopenhauer, Broch, Ortega y Gasset, Carpentier, Bolaño, Foucault y Miguel Hernández Gilabert, el poeta con quien tanto quisiste. Vas a morir casi a la misma edad que él, aunque en otra clase de cárcel.

Es una costumbre algo rara que inicies cada día dedicándole un vistazo a la biblioteca, notarías de inmediato si algún ladrón hubiese robado un volumen. Los libros son también tu íntima radiografía intelectual, es tu red de apoyo más cercana a eso que los demás llaman amistades. Los estantes repletos de libros formados disciplinadamente como soldados, revelan no sólo tus gustos y gastos, sino tu carácter. Basta leer los lomos para rastrear tu personalidad, descifrar tus secretos y mostrar tus debilidades. En el desorden de los títulos se esconden los vestigios de tus intentos por estudiar filosofía, literatura y política. Tres licenciaturas, tres deserciones. Hay mucha poesía y poco teatro. Incluso llegaste a pensar en que tú mismo podías ser

poeta, era buen indicio el que constantemente arrastraras tu roto corazón hilvanando uno tras otro fracasos sentimentales; pero tus mejores poemas, en todo caso, fueron los que jamás escribiste.

No siempre fue culpa tuya el abandonar las aulas, pero tampoco puedes cargarle todas las facturas a las huelgas en la Universidad ni a las crisis económicas y políticas del país. Naciste un año antes del 68, pero fuiste “post” desde entonces, y de tanto posponer se explica tu tendencia a fosilizarte antes del cuarto semestre de las carreras en las que aplicaste. Tu madre, activista profesional sesentayochera, pero también estudiante modelo, se habría escandalizado. A ti te tocó padecer la labor perniciosa de sujetos como el Mosh: la comedia sin saber de nada de la tragedia...

Joaquín tuvo la impresión de que la estilográfica tenía voluntad propia, que se movía por sí sola destilando en cada movimiento un gozo extraño. Pese al dolor espiritual que te oprimía el pecho, al escribir te olvidabas de esa existencia mórbida que pronto sería nada. Consumiste así, embebido, cualquier cantidad de minutos pensando en naderías mientras la pluma se desplazaba soberanamente sobre el papel. Diversos fragmentos de tu vida, Joaquín, aparecieron como retazos de novelas. A falta de una vida familiar propia: un poco de Thomas Bernhard con *Extinción*; párrafos de la *Montaña Mágica* de Mann; citas de *La noche del oráculo* de Paul Auster; una frase de Musil extraída de *El hombre sin atributos*; otra de la *Servidumbre humana* de Somerset Maugham. También se colaban secuencias de algunas películas, óperas, poemas e incluso canciones, esas pequeñas cosas, sin faltar Sabina, el tocayo —palabra náhuatl, por cierto— del Joaquín, kinky, bueno y políticamente incorrecto como su canción del pirata cojo. Pero en tu diario nada había de tu niñez, no mencionas a tu padre ni a tu madre, como si tú hubieses nacido por generación espontánea en la casa de tu abuelo. Tu abuelo estaba demasiado cansado de vivir en exilio, aunque no le apetecía volver a España ni de vacaciones. Además estaba triste por la pérdida de su hijo, aunada por la irresponsabilidad de su nuera teñida de un compromiso político responsable. Te tenía afecto, pero no podía darte amor. Asumió sin chistar la responsabilidad de mantenerte y educarte, aunque creía firmemente que tu madre debía ponerte en primer lugar a ti y luego la política. En fin, veló por ti y te transmitió su amor por las letras.

Mientras la pluma bailaba una danza agitada e imprevisible, buscabas una estrategia para afrontar mejor tu condición mortal. Recordaste muchos libros, los únicos amigos fieles que has tenido, pero ninguna lectura te sirve ahora para resolver el enigma en que se ha convertido tu vida. Ni siquiera el recio existencialismo europeo es útil para hacerte comparecer sereno a la cita con la muerte. Nada te dice Kierkegaard con su concepto de angustia ni Schopenhauer con su concepción del mundo como manifestación de la voluntad de vivir. Voluntad de vivir no te falta ahora, Joaquín. De pronto te asola un vértigo acompañado de un retortijón en el estómago. Pusiste una mano en el escritorio para detenerte en el caso de que perdieras el sentido, cosa que empezaba a hacerse una costumbre. El peso de tu cabeza era tal que no podías mantener la frente erguida. Las vueltas de la pluma, la caída en un pozo sin fondo. Por primera vez se manifestaba algo que pudiera ser una disfunción corporal, un síntoma que nadie te había anticipado. En tu mirada aparecieron numerosos puntos blancos, como un flash que te deslumbra. La pluma cayó de tu mano como cae el libro de alguien que se ha quedado dormido mientras pretende leer en la mitad de la noche. Ignoras cuánto tiempo duró esta especie de caída libre. Perdiste la conciencia. Cuando vuelves en ti, estás recostado en el piso. No te sientes mal, si acaso un poco mareado. Tardas en descubrir que no fue la enfermedad, sino el ayuno. Metido como estabas en la orgía de la escritura, tu único alimento fueron los libros y de postre los periódicos, la principal fuente de la náusea. Náusea sartreana, para colmo. Finalmente, no fue la enfermedad misteriosa que se manifestaba, sino algo totalmente pedestre: hambre.

Los noticieros manejan cifras provisionales, pero nadie se atreve a sostener menos de cinco mil muertos a causa de los atentados. Cuántas vidas segadas en una ráfaga de odio, individuos oprimidos obedeciendo ciegamente a sus mentores fundamentalistas, mientras tu muerte, Joaquín, se demora indefinidamente. Tomas el asunto del terrorismo como algo personal; desde luego no irás por allí buscando a las huestes de Bin Laden. Tu reto es más íntimo y complicado: hacer algo útil con el tiempo que te resta de vida. El cálculo era que durarías apenas unos pocos meses, y desde entonces nada o casi nada has hecho, muerto de miedo, eso sí. Quieres emular al protagonista de *Vivir*, la película de Akira Kurosawa. Se llamaba Watanabe,

quien al igual que tú padece una enfermedad mortal, por lo que se esfuerza para darle sentido a sus últimos estertores ayudando a los demás. Eso podrías hacer Joaquín, aunque no dispones como él de una posición estratégica en el gobierno... Te sorprendió descubrir que tu letra aparecía sólida en el papel y que tu mano conservaba la firmeza impersonal de un burócrata rellenando formatos impersonales, como el tal Watanabe. Soltaste la pluma. Hiciste una pausa para mirarte al espejo. Te estudias con imparcialidad científica. El gesto indulgente de tu rostro muestra el regocijo de quien ha descubierto un pasatiempo insospechado después de muchos años de tedio. Te complace descubrir que el milagro de expirar el último aliento puede todavía burlar el control de la ciencia médica y convertirse como antaño en un asunto privado. Te apetece morir en casa con una pluma en la mano, igual que Marcel Proust puliendo *En busca del tiempo perdido* y luchando por no ser otro; y tú como él, morir como Proust para no morir como otro cualquiera. Por primera vez, Joaquín, deseas que en el curso de la fatalidad intervenga tu deseo de vivir. La verdad te hace libre, y saber que vas a morir rompe un montón de trabas. Antes de decir tu último adiós puedes aprovechar el poco tiempo que te queda para gozar de una libertad absoluta.

Este día escribirías en tu diario que no te disgustaría perecer en un mitin por la defensa de viejos y encarecidos ideales, hoy hacinados en el concepto de “derechos humanos”; o meterte a la cama como si cualquier noche y no despertar al siguiente día; o, para el caso, resbalar fatalmente en la tina del baño y terminar aseado entre pompas de jabón. ¡Qué más te da cómo morir si a la muerte estamos abocados!, tal como lo muestra la televisión de manera obsesiva; y por eso mismo la vida te empezó a importar, Joaquín, como a ningún otro ser vivo, incluso sabiendo que la tuya, ya reservada por la fatalidad, no es otra cosa que la ilusión de libertad, aquella que se consigue y experimenta en espacios íntimos, independientemente del tumultuoso acecho de incontables amenazas y de la volátil duración de cuanto sucede. Un segundo espera una eternidad encerrado en un reloj para durar sólo un segundo. La cuestión es poder morir sin pensar en la muerte; aunque la pienses, de todos modos, la Tilica llega sin ser llamada ni pensada. Pero cuando finalmente llegue, es bueno que no te espante ni altere. Morir no es importante, simplemente es algo que pasa.

15 de septiembre

Pasaste casi todo el día escribiendo, mientras en las calles había un clima de festejo. Como el vuelo efímero de una serpentina, el S-11 empezaba a diluirse y pronto sería marginal en la opinión pública, siempre ávida de novedades. La repetición perdió su utilidad, ahora produce aversión: ¡ya chole!, exclamó un vecino cuando la Torre norte volvía a desplomarse en la televisión. Aferrado a la libertad que te da la pluma, Joaquín, apenas hiciste un breve paréntesis para comer. Lo último que querías era interrumpir el caprichoso canto de las musas. Únicamente la urgencia de la vejiga te obligó a hacer una pausa. Mientras orinabas, continuó el arrebató creativo. Sientes un escalofrío más placentero que el habitual en estos casos. Te sacudes el pene de manera discreta, lo sientes inerte, como un animalito recién muerto. Lo miraste. Sólo se te ocurrió recitar socarronamente: “Me gustas cuando callas y estás como ausente...” Sales del baño sin lavarte las manos (volviste a obviar el respeto por las reglas de higiene). Una disposición de ánimo novedosa moldea las imágenes que luego intentarás atrapar con palabras. En la televisión, una vez más, transmiten el instante en que el avión se estrella contra la torre. La vida es una eternidad pasajera e incierta, incluso para los imperios, pensaste.

16 de septiembre

Joaquín, por fin, hace el aseo de su casa; entretanto la gente veía pasar el desfile militar. Al caer la noche, lucías cansado por las faenas domésticas realizadas, pero no tenías ganas de meterte a la cama. Estabas de buen humor. Salir a caminar te vendría bien. Habrías recorrido las calles durante horas, pero te detuviste ante un provocativo letrero en la onda *dark* que, en resumidas cuentas, decía que no hay que tener miedo a conocer lo que el futuro depara. Te pareció oportuno retar a los arcanos y te enfilaste con pasos seguros hacia el café esotérico; la propaganda comercial justificó su costo. Una mujer estafalaria te atendió. Antes de tirar las cartas, te observó las palmas de las manos y no le pasó inadvertida la ruta incierta de la

línea de vida. Eso le produjo un estremecimiento insospechado: a usted le quedan pocos días bajo la apariencia que actualmente tiene, dijo. Lo más raro, añadió, es que tendrá tiempo de sobra para encontrar lo que siempre ha buscado. Joaquín se quedó consternado, pero más por la gitana de marras que por él mismo, la notaba lívida, como si se le hubiera aparecido un muerto (cosa que en cierto modo estaba sucediendo). La mujer se le desmayó en los brazos; él la asió como pudo, o sea mal; pero al menos impidió que azotara en el piso. Por más aspavientos que Joaquín hizo, la mujer no reaccionaba. De la mesa tomó una botella de agua, y la vació sobre el rostro de cera de la adivinadora, quien apenas reaccionó al improvisado duchazo. El incidente llamó la atención de la escasa clientela, y otra mujer vestida con trapos extravagantes, collares de piedras y llena de anillos en ambas manos prestó su apoyo. Entre tanto jaleo, Joaquín no reparó en la desconcertante clarividencia con que hurgaron su destino. Lo que inició como un juego de tarot tomaba un cariz serio, ¿qué debería pasar para que la premonición de la vidente que yacía casi sin aliento resultara verdadera? El destino parecía conspirar para no darle una tregua a Joaquín. Ahora se sentía víctima de un conjuro, aunque encontró una consecuencia positiva. Si le habían echado mal de ojo o si estaba embrujado, entonces bastaría con romper el maleficio para recuperar la vida que se le fugaba sin remedio. Se lo tomó tan en serio que empezó a atemorizarle la idea de volver a tener esperanzas, debido al mucho sufrimiento que le había costado aprender a resignarse. En su rostro escéptico se dibujó un gesto difícil de interpretar, un rictus que marcaba la salida de ese alud de sensaciones confusas.

Joaquín se rehizo con mayor éxito que la mujer, que si bien ya había recuperado el sentido, aún le quedaba toda la noche de espanto; esa sonrisa turulata de ella indicaba que volvía en sí. Joaquín jamás se había interesado por el misterio ni nada que le diera significado a su vida. Alguna vez deseó ser feliz, vale apuntarlo, pero ahora ya no tenía tiempo, pese a lo dicho por la nigromante. La felicidad no es algo que puede conseguirse como una mercancía. La felicidad es muy tímida, si intentas ir por ella directamente, huye. Por eso hay que avanzar con sutileza, haciendo otras cosas, sólo así se deja ver, como cuando caminas tomado de la mano de la persona que amas. Es sólo caminar, es una mano asida a otro, pero te puedes sentir perfectamente

feliz por eso. Entonces esa mano entrelazada en tus dedos te hace volar y desde lo alto puedes ver esos lugares en los que, sin saber cómo, sabes que podrás visitar. En esa mano tomada por la tuya hay algo que no podrás encontrar en otra parte. La felicidad es un resultado colateral de vivir haciendo lo que se desea. Es el sentimiento añadido que deriva de salir airoso ante los riesgos y obstáculos que alejan de la vida deseada. La felicidad es como el amor, y el amor es como el horizonte, que se aleja cuanto más directamente uno intenta aproximarse. Así lo consideró Joaquín en ese momento, en acuerdo con el poeta Fernando Pessoa, quien escribió que ser feliz es haber sido feliz. O sea, que si no fuiste feliz antes, no lo serás ahora ni después. Concluyó. Con el apremio de la agonía, las urgencias mundanas retornaron a sus contornos originales, es decir, a su pequeñez y trivialidad. Después de ver las imágenes de los edificios cayendo, de hombres tirándose por la ventana desde los pisos 90 ó 100, Joaquín comprendió como nunca que filosofar con la muerte ajena era un ejercicio especulativo de alcance muy reducido. ¿Qué podía meditar mientras veía por la televisión a la gente corriendo para salir de una espesa nube de polvo, dejando atrás, entre varillas retorcidas y toneladas de escombros, la masa inerte de miles de cuerpos? Imaginaba la degradación de los aromas en la llamada Zona Cero. El primer día olería a carne quemada, una semana después la fetidez de las calles no sería muy distinta del amoníaco. En su parecer, sólo la vida propia asumida en su fragilidad logra constituirse en un objeto de reflexión capaz de modificar drásticamente el sentido de la existencia, si lo hay. Es una meditación hasta los huesos que borra la contraposición entre ser o no ser. La pregunta de Hamlet no es relevante. (*To be or not to be? That is **not** a question*). Pensar ya es morir, y pensándose como un ser para la muerte se vive... Para algo le sirvieron a Joaquín las maratónicas y pesadas lecturas de Heidegger. Al regresar a casa vació la experiencia del café esotérico en tres párrafos, y cerró el diario sin estupefacción. La suerte estaba echada.

17 de septiembre

Joaquín tiene la suerte, por decirlo de alguna manera, de padecer una enfermedad excepcional. Los vastos bancos de información en el mundo dan

cuenta de sólo una docena de casos relativamente semejantes; y en todos, como ya quedó establecido, el desenlace ha sido siempre fatal. Lo que no se sabe y no es posible deducir es que una de esas víctimas era hijo de un influyente senador demócrata, cuya dolorosa implicación operó favorablemente para Joaquín. Mediante la valiosa intercesión del senador se había constituido un fideicomiso para la investigación de enfermedades desconocidas. Huelga decir que por las gestiones de Moisés Sabaj nuestro Joaquín consiguió entrar en ese proyecto rebosante de dólares, por lo que se obtuvo una partida de siete cifras para estudiar la rara patología.

Esta fundación internacional se haría cargo del estipendio que la muerte de Joaquín genere tanto en la víspera como en los momentos póstumos, a cambio de que él permita que lo investiguen a fondo, lo cual incluye la donación del cadáver para uso exclusivo de los especialistas que el patrocinador designe. Le otorgan voz, pero no voto ni derecho de veto en la toma de decisiones. Se trata de un acuerdo de buena fe. El moribundo apenas reparó en posibles complicaciones legales. No dispone de tiempo ni del humor para aumentar la nómina de algún abogadillo que acepte asesorarlo, por lo tanto, asume que no hay intenciones aviesas y que en este *quid pro quo* ambas partes obtendrán algún beneficio, al tiempo que intentan contribuir al esclarecimiento de un trastorno fuera de lo común. Con un arreglo de esta naturaleza, al fin y al cabo, lo peor que pudiera sucederle al enfermo sería sobrevivir. Desentendiéndose, pues, de posibles controversias jurídicas, Joaquín se limitó a aceptar los inesperados viáticos como caídos del cielo. Aún sin creer en la Providencia, los milagros suceden.

Los médicos se disputan la custodia de Joaquín atraídos por el espejismo del fideicomiso; y él no sabe si sentirse tranquilo o asustado por la vehemencia mercenaria con que los galenos compiten. En su diario, relató la forma en que los médicos se enfrentaron con verdadero encono en pos de la tutela. Recuerda que daban manotazos al aire y la agresividad de aquellos rostros enrojecidos se asemejaba a los gestos de un macho dominante en el ritual de apareamiento. No se necesitaba demasiada perspicacia para percatarse de que el nivel de la discusión se adulteró no bien fue lanzado el apetitoso anzuelo del dinero. Llegado al punto en que los argumentos científicos cedieron su lugar a las obscenidades de cuartel, Joaquín empezó a entender.

En la primera mentada de madre, se dijo ¡por fin hablan en cristiano! Tampoco le fue difícil comprender que tanto el Dr. Walter Arroabarrena (neurólogo argentino egresado de la Universidad de California y miembro de la Sociedad de Médicos de Estados Unidos), como el Dr. Juan Lamparero (oriundo de Puebla, formado en la Facultad de Salud Pública de la Universidad de Harvard), se disputaban únicamente los créditos personales y el monto que recibiría el equipo que se encargue de la investigación. Joaquín se descubrió como un conejillo de Indias muy cotizado. Cuando la guerra verbal arreció, se redujeron las posibilidades de una solución negociada. Luego de maratónicas sesiones de tortuosa discusión, el panel se enfrascó en una bajobarriera confrontación por unos dólares que nadie ha visto, toda vez que la compostura y los principios de la civilización pasaron a un segundo o tercer plano. Cuando Joaquín vio que estaban a punto de irse a las manos, intentó mediar sin conseguir su propósito porque con ásperos ademanes el doctor Lamparero le exigió que no se entrometiera y que cerrara el pico.

Siento escalofrío al imaginar el temor que sacudió a Joaquín, quien no podía dejar de pensar en que resultara lo que resultase al final caería en las manos de estos carniceros por algún lado emparentados con el Dr. Menguele. Moisés Sabaj, hasta entonces su médico de confianza, no tiene ventaja en la competencia a pesar de que fue él quien detectó los primeros síntomas e hizo la gestión para conseguir un financiamiento realmente extraordinario, cuya tutoría ahora se disputa. De edad proveya, no está en condiciones para pelear en semejante arena. Se le nota el fastidio en la cara, transpira como si hubiera subido tres pisos, pese a que sus movimientos son lentos. Y lentamente se quita los lentes, examina los rastros de grasa corporal que empañan los cristales. Se demora una eternidad buscando un pañuelo en el bolsillo trasero de su pantalón. Fija su mirada en el horizonte recortado por las ventanas, quizá para simular que aún pone atención al debate, pero su aire ausente lo delata: ya arrió sus banderas. Ni cuando era joven tenía el fuelle para aguantar discusiones bizantinas. Parpadea, se pone los lentes ya libres de manchas, pero el panorama no mejora. De hecho, lo ve peor: la molicie y la avaricia, como si no fuera bastante una enfermedad mortal. Sabaj acreditó una paciencia titánica soportando la insolencia de sus destructores, muy versados en lo referente a la tecnología de la salud, pero

inexpertos en el arte de atender el espíritu atribulado de los pacientes en fase terminal. A diferencia de aquellos médicos cuyas prácticas los emparentan con los ejecutivos de ventas de las farmacéuticas, él ayuda a sus pacientes recordándoles la formidable capacidad que el cuerpo posee para auto curarse. En este caso, ofrece argumentos basados en un orden teórico desconocido, pero afín a una enfermedad desconocida. Es de lamentarse que entre la concurrencia no despierte afinidad. Pese a ser un conservador en casi todos los aspectos de la vida política y social, Moisés es audaz cuando se trata de la vida-vida: en diagnósticos difíciles vota por la izquierda. Pero en la lucha por el fideicomiso, él sabe que no tiene cabida. Fija su mirada en Joaquín, hacen contacto visual, y aprovecha ese instante para hacerle un guiño a manera de disculpa, al tiempo que se levanta de la silla y emprende la retirada. Adrede lo hace con gran estrépito, sin dar explicaciones; empero, su salida no causó mayor impacto. Apenas cerró la puerta, Sabaj redujo la lentitud que lo caracteriza a una inmovilidad total. Se quedó como petrificado mientras convocaba hasta la última gota de energía para digerir la situación. Lo que acababa de ocurrir, pensó, es el prelude de los maltratos con que Joaquín será vejado en ocasión del costoso tratamiento experimental.

Lamparero, el especialista más joven y bullidor, se dirigió a Joaquín con voz estentórea para pedirle que se estuviera quieto, con olímpica desfachatez le espetó en la cara: “los pacientes no tienen vela en este entierro”. ¡Ojalá tuviera razón! Ante esa reprimenda, Joaquín se quedó temblando de ira e impotencia. Habría estallado de no ser por la risa que le ganó a causa de esa terrible perla de humor involuntario. Reía como un loco. Los demás voltearon a ver al enfermo, diríase que sorprendidos, incluso estupefactos. La tensión que reinaba se rompió a punta de carcajadas. Al cabo de pocos minutos, los doctores reían contagiados sin saber por qué de una risa contagiosa. Lo que apenas unos momentos antes parecía una olla a punto de ebullición, si no París, era una fiesta. Menudearon las disculpas y los llamados a la cordura. Cuando las aguas volvieron a su cauce, los médicos accedieron un tanto a regañadientes a escuchar al enfermo. No bien Joaquín comenzó a hablar se le arrasaron los ojos, el color se le fue de cara y también las palabras. En honor a la verdad, poco pudo decir. Habiendo transcurrido

mucho del plazo que supuestamente le restaba de vida, su único deseo es que alguien se apiadase explicándole los pormenores del inminente deceso, pues ya ni siquiera podía pensar en la remota posibilidad de recuperar la salud. A él le importaba un rábano que su padecimiento se denominara equis, ye o zeta, cosa que la mayoría de los médicos discutía con un celo digno de mejores causas. Cada uno de ellos, secretamente, acariciaba la ilusión de colarse en los anales de la medicina con el conspicuo descubrimiento de la “Enfermedad de Lamparero” o “Mal de Arroabarrena”; entiendo que cualquier prójimo se sentiría al borde de la muerte atacado por algo que se llamara así. Joaquín estaba interesado en saber si el final que se aproximaba sería doloroso y cuáles serían las señales que lo alertarían. Hacía poco había sufrido ese leve desmayo que lo angustió, porque no podía interpretarlo. Sumido en la ignorancia era incapaz de anticiparse a las posibles consecuencias y tomar alguna precaución, quién sabe, acaso pronto quedaría ciego y en tal caso le sería útil saberlo para prepararse o por lo menos para empezar a hacerse a la idea. Acaso venía en camino una afasia o una parálisis general. También quería saber si corría el peligro de perder el habla o si entraba en los cálculos de los especialistas una caída en coma, porque de ser así, manifestó su voluntad de que no lo mantuvieran con vida a base de aparatos, salvo que fuera indispensable para estudiar la evolución de la enfermedad, pero eso ya no podría decidirlo debido a una de las cláusulas del fideicomiso. El temblor de su voz mostró que le atemorizaba la idea del dolor y no tanto el advenimiento de la muerte. Recordó a Woody Allen: “no es que le tenga miedo a la muerte, simplemente no quiero estar allí cuando suceda”. Más por la apesadumbrada gesticulación que por el atropellado discurso, la intervención de Joaquín resultó conmovedora al grado de que varios doctores se dieron cuenta, quizá por primera vez, de que estaban tratando con una persona que siente y piensa. Algo obvio para el aquejado, pero para ellos era toda una novedad, puesto que se formaron como profesionales de la salud asumiendo que el enfermo es un objeto unidimensional definido por el mal que lo afecta: quien tiene tuberculosis es por encima y por debajo, por dentro y por fuera, un tuberculoso; y es “paciente” porque es un ente pasivo, como si estupefaciente y estúpido paciente fuera más que una rima, una identidad.

Joaquín luchaba contra el fantasma de la enfermedad y por defender la singularidad de su alma ante esas tradiciones médicas despersonalizantes, si es que tal palabra existe; además, por dentro libraba otra batalla para someter a los demonios internos que le atormentaban erigiendo miedos y supersticiones, empujándolo al camposanto con mayor prontitud que los elusivos agentes patógenos. En otras palabras, los ocho meses de depresión que anulaban a Joaquín en este tramo de su vida (*¿o de su muerte?*) no fueron cosas del azar. La envidia del enfermo, sin embargo, no fue suficiente para que los médicos pudieran comprender que a la tremenda angustia de la muerte había que añadir la zozobra de la incertidumbre en que lo han mantenido durante todo este tiempo y que, para Joaquín, era una losa todavía más pesada de arrastrar que la del propio fallecimiento. En atención a la ardorosa súplica, los doctores intentaron —con muy poco éxito— despejar las incógnitas. De la jergonza médica destacaron las palabras recurrentes para encubrir la confusión que produce un conocimiento parcial de los síntomas: ¡infección por virus ambiental! Desalmada revuelta que avasalla y elimina los componentes del equilibrio corporal. Virus: una celada inhumana, pero inteligente. Un poder invisible que avanza conquistando el cuerpo y la mente a través de alteraciones químicas que contaminan la fuente de las venas y sus capilaridades. Lo único que Joaquín sacó en claro de este berenjena es que tenía un problema viral, a la fecha sin tratamiento positivo.

A decir verdad, siguiendo con ese lenguaje diabólico, tampoco las gráficas de las sístoles y las diástoles, ni el alfa y beta de los encefalogramas le ayudaron a desvanecer la incertidumbre que oprimía su pecho. (Sólo un léxico perverso puede referirse a un recién nacido como un “producto”. ¿Producto de qué? De la calentura, de la liviandad, de omitir el uso del condón o del deseo de procrear; o simplemente, la seducción, el engaño y la violación). Después de una espera áspera, unas tomografías detectaron las primeras huellas relativamente palpables de aquello que los médicos definían con esa jerga científica ininteligible: una diminuta constelación de sombras y finísimas ramificaciones extendiéndose como una hiedra invasora sobre los centros neurológicos de Joaquín confirman la irrevocabilidad de la sentencia.

Finalmente, el doctor Arroabarrena (argentino de padres vascos para redondear el infortunio, comentó el judío Moisés Sabaj, con un coraje políticamente incorrecto, xenófobo) programó la ejecución de un segundo estudio general. La falta de objeciones confirmó su victoria. Lamparero, el cabecilla del equipo médico derrotado (otro mexicano que pierde la final en penaltis), se acercó a Joaquín en plan condescendiente. Podía esperarse que ofreciera una disculpa por la conducta impertinente que había exhibido antes, pero fue exactamente lo contrario. Alterado por su exclusión, no hallaba con quien desquitarse hasta que se acordó del paciente (aunque no de su nombre), y en un tono cuidadosamente cruel le dijo al oído: “Para que me entiendas: algo se te metió en el cuerpo y te está aniquilando, como no hay remedio conocido ni experimental, sólo cabe esperar lo peor... ¿entendido?” Cristalino, contestó Joaquín. Aquel desplante merecía otra respuesta, el problema era que J no tenía de dónde sacar fuerzas para repeler ese gratuito acto de cólera. Como sus tembleques piernas lo estaban abandonando, resolvió no devolver la agresión. Utilizó el combustible que le quedaba para buscar un asiento. Más derrotado que Lamparero, se quedó sentado en una desolada sala de espera —nunca mejor nombrada— a esperar que transcurrieran los aciagos minutos de la decepción o, mejor aún, aguardar el cachetazo definitivo, el acero salvaje que en la base del cráneo incruste tanto como un palmo el espesor de la muerte. Le urgía a Joaquín que apareciese el estertor final para acabar de una vez con esta lenta agonía; pero lo peor decidió llegar parte a parte.

18 de septiembre

El día comenzó con la desagradable confirmación de que la investigación quedó a cargo de Walter Daniel Arroabarrena:

—Espero que no lo tome como algo personal —le dijo Joaquín con serenidad— de antemano le aseguro que no dudo de su destreza, pero el Dr. Sabaj atendió a mi abuelo en sus últimos años; y a mí desde que era niño. Por eso me inspira una confianza especial, una sólida afinidad que no tengo tiempo de cultivar con usted.

—Lo entiendo —cortó de inmediato el interpelado, improvisando el discurso que había ensayado por la mañana—. Yo también respeto a Moisés, él siempre se mostró muy interesado por vos, sin embargo, en esta profesión las cargas de trabajo a menudo nos rebasan —subrayó con un tono amostazado que reforzó con un ademán que unilateralmente daba por satisfecha la inquietud—. Le prometo que lo trataremos muy bien, tanto que le será difícil echar de menos a Moisés —añadió con una mueca indescifrable.

Joaquín estuvo a un tris de contestarle: ¡cómo no, idiota, a quién voy a extrañar si sólo me quedan pocos días de vida!, pero comprendió que poco podía hacer para alterar las disposiciones de la Junta de Administración del Hospital que tutelaba el fideicomiso. Por toda señal de rebelión, apretó los puños e imperceptiblemente se mordió los labios para mantenerse en un digno silencio. Sabía que no era el mejor momento ni el lugar adecuado para hacer valer su opinión, pero tampoco se le escapaba que tal vez ya no tendría otra oportunidad. Juzgó urgente concertar un encuentro con Moisés para subsanar juntos los efectos de esta desatinada decisión burocrática. Mientras tanto se dejaría realizar los estudios ya programados para no complicar aún más la situación.

En plan de paciente ejemplar, Joaquín se sometió estoicamente a todos los avatares del examen: la desnudez, la auscultación, los pinchazos, la intromisión en su intimidad. Repitieron las pruebas de laboratorio, radiografías, encefalogramas; le revisaron la composición de la sangre, las funciones renal, hepática y tiroidal, resistencia física pulmonar y cardiovascular, cifras de lipoproteínas, más un extenso etcétera. En general, los estándares del paciente eran cercanos a lo óptimo, y por eso era más difícil explicar la conclusión fatal que lo sentenciaba, como si en un juicio de pena capital el acusado hubiera desechado todas las pruebas en su contra, menos la de un testigo anónimo que aseguraba haberlo visto en la escena del crimen. En otras palabras, el estudio tuvo la virtud de transmitir una densa vibración de mortal intranquilidad que asoló sin remedio al paciente.

Relata Joaquín: Estuve en las entrañas del hospital, a fin de completar unos exámenes que derivaban a otros más. No se quería dejar un sólo cabo suelto, aparte de hacer crecer la factura que más tarde cobraría la Junta a mi fideicomiso, si me descuido hasta un *Papanicolau* me habrían endosado.

Con morbosa curiosidad, Juan Lamparero asistía a cada una de las pruebas y se burlaba sin recato cada vez que un resultado confirmaba lo que él pensaba, mientras que un impasible Arroabarrena se apegaba al protocolo sin hacer la más mínima concesión a la ternura. Estuvo cerca de lo cordial; fue políticamente correcto en su trato, justo es reconocerlo, pero así como no tenía nada de reprochable tal actitud, tampoco tuvo una pizca de amabilidad. Nada lo obligaba a prometer una recuperación a todas luces imposible; de todos modos, la máscara de hielo con que miraba a los pacientes —ese absurdo símbolo de ecuanimidad profesional— tenía pocas posibilidades de infundir sosiego al cadáver en ciernes que era Joaquín.

19 de septiembre

El día amaneció nublado como las almas tristes que tienen todavía heridas no cicatrizadas, prestas a rememorar a los miles de difuntos de los sismos de 1985. Desde la ventana, Joaquín contempló libre de melancolía una mañana sin sol. Mientras miraba, pensó en dónde estaría la claridad que las gotas de lluvia ensombrecían en este momento. Cerró la persiana y volvió a acostarse. Oprimió los botones para cambiar la posición del colchón hasta casi convertirlo en un asiento. Se entretuvo más de la cuenta en los controles, moviéndolos como si tratara de un coche con mandos a distancia. Súbitamente, la memoria involuntaria le obligó a recordar a los más de cinco mil muertos del sismo de 1985, un 19 de septiembre como hoy, estaban completamente enterrados en el olvido. Con mayor razón y más hondo yacían los desaparecidos y asesinados durante el golpe militar en Chile, cuyo inicio se remonta al 11 de septiembre de 1973. En cambio, los muertos frescos del martes 11 pasado, a poco más de una semana, en este mes y en este 2001, resonaban en la mente de Joaquín como si estuvieran vivos.

Sólo la insípida comida le infundía cierto dramatismo a la estancia de Joaquín en el hospital, por lo demás la decoración y el trato gentil de lo que vendría a ser una distinguida y bien uniformada tripulación le hacía sentirse como un turista en un crucero de lujo, sólo que sin mar. Allí dentro él parecía tranquilo, pero tarde o temprano afloraría el tremendo coraje que

tenía almacenado en su pecho desde hacía quién sabe cuánto tiempo, y que el doctor Lamparero había asaeteado recientemente. El tema es que hoy, sin discernirlo conscientemente, el enfermo tendría la oportunidad de canalizar sus desvaríos; desde luego, en ese preciso instante no sabía a dónde lo conducirían tales impulsos destructivos.

Joaquín salió de la habitación para dar su acostumbrado paseo. Desde que era adolescente caminar lo relajaba; el chaparrón que estaba por caer no sería un obstáculo, por el contrario, las calles tendrían el atractivo adicional de estar vacías. Apenas se había alejado de las inmediaciones del hospital, cuando en medio de una calle desierta se topó con el medicucho que había tenido a bien descender del *Olimpo* para “explicarle” la enfermedad. Al verlo, Joaquín sintió instantáneamente un piquete de ira que hería su pecho. Sin decirle *agua va* fue directamente sobre él y ¡zas!, le plantó un potente puñetazo entre ceja y oreja; Lamparero se desplomó enseguida. El émulo de Hipócrates estaba más espantado que lastimado, con sus nalgas contra el piso. En toda su vida Joaquín no había golpeado a nadie con los puños, quizá eso reforzaba la hipótesis de que era un pasivo-agresivo, en opinión de Miranda. En todo caso, Joaquín ignoraba la confusa sensación de placer y dolor que produce castigar a alguien para hacerse justicia con propia mano. Ya sin el efervescente coraje, movido más bien por motivaciones morbosas, se acercó a su víctima y le tiró una feroz patada en el estómago, haciendo que Lamparero se revolcara de dolor. El rostro del agresor se transfiguró con las señales de un odio incontenible. Cuanto más golpeaba a Lamparero, más crecía la ira del novel verdugo... y el placer. En medio de la vorágine, el reflejo de unos cristales rotos amontonados al lado de un bote de basura alcanzaron los ojos de Joaquín. Poseído, sin conciencia de sí mismo, corrió hacia el bote. Maquinalmente se protegió la palma de la mano con un pedazo de cartón, y tomó el fragmento que consideró más punzante. Con la mente en blanco, como un autómatas, aunque ágil y vigoroso, se acercó al cuerpo inconsciente del médico que yacía en el piso cara abajo. Lo volteó sin dificultad, como si una fuerza sobrehumana lo impulsara, le dio unas palmadas suaves en la cara para reanimarlo. Aunque un golpe habría sido más que decente para resarcir el agravio, Joaquín traía adrenalina para mentarle unas cuantas verdades. Lo tachó de soberbio, prepotente, fatuo,

más otras lindezas que omito por impublicables. El rostro encendido del moribundo no sólo daba una falsa impresión de recobrada vitalidad, sino que indicaba que aún no había encontrado la satisfacción que buscaba. Sin saber qué resortes lo movían, una sed salvaje dentro de él necesitaba verter la sangre de su presa. El doctor recobró el sentido por las sacudidas que le infligían, pero no entendía lo que estaba pasándole. Joaquín se percató de que su contrincante ni siquiera le había reconocido, pues ofrecía su cartera a cambio de que lo dejaran en paz, lo cual restaba importancia al incidente reduciendo el original propósito vindicativo a un vil acto de violencia callejera. Para cerciorarse, Joaquín le preguntó si tenía idea de quién lo estaba agrediendo. Ante la negativa, le refrescó la memoria: ¡soy el que no tiene vela en el entierro!, y le exigió una disculpa. El médico capituló sin oponer resistencia ni excusa. Pidió perdón. Satisfactoriamente desagraciado, Joaquín le permitió incorporarse; entonces la sombra del doctor hizo una leve genuflexión, dio la media vuelta y se fue con la cabeza gacha dando bandazos a lo largo y ancho de la calle, como un borracho bajo una lluvia pertinaz.

Joaquín lo dejó alejarse unos metros, pero una inefable fuerza interna no estaba dispuesta a que la presa se le escapara por completo. Corrió tras Lamparero, le cerró el paso y sintió una especie de orgasmo mientras el filoso cristal, como en cámara lenta, horadaba el abdomen del doctor. El agresor no pudo ver el rictus de dolor y sorpresa de la víctima porque Lamparero cayó de hinojos instantáneamente, rodando un poco hacia su izquierda antes de quedar quieto, desangrándose. No se sabe si el desenlace fue rápido o prolongado. El único testigo era el propio Joaquín, quien se retiró con paso seguro, firme y muy lento, como si nada hubiera pasado. Regresó al hospital empapado. La lluvia disimuló los pocos estropicios que la agresión había dejado en su ropa, los restos de sangre sólo alcanzaron sus manos, de modo que se lavaron durante la huida. Sin desasosiego, Joaquín entró a la recepción. Oprimió el botón del elevador y esperó con una paciencia proverbial que se abrieran las puertas, cosa que sucedió después. Entró. Oprimió el botón correspondiente. Subió. Llegó a su cuarto y se fue directo al baño. Allí se quitó la ropa, tomó un baño caliente. Estuvo más de diez minutos bajo el chorro caliente de la regadera. La piel se le humedeció. Se frotó con una enorme toalla, la tiró al piso y se paró sobre ella para

terminar de secarse los pies. Se puso un pijama y, presa del cansancio, se metió en la cama para disfrutar de un sueño reparador. Punto final del día.

Joaquín durmió el sueño de los justos sin sobresaltos; esta vez el insomnio no pudo tenderle trampas. Al despertar se sentía libre y ligero, sin muestras de remordimiento; su memoria registraba los hechos del día anterior sin comprender lo que realmente había pasado. El máximo efecto resultante de esta conmoción fue un poco de nerviosismo, no mayor que el que suscita la falta de café en el cuerpo, nada más. Tal vez la responsabilidad aún no se manifestaba en la conciencia del asesino con todo su peso. La circunstancia, esta sí mortal, se redujo a algo tan banal que no mereció ni siquiera una mención en su diario. Cualquiera hubiese pensado que tal omisión respondía al intento de ocultar las evidencias, pero lo cierto es que Joaquín no se escondió, tampoco intentó huir ni tuvo la intención de negar su responsabilidad; pero ninguna pista lo relacionó con el homicidio y nadie le preguntó nada. No hay manera de interpretar, justificar ni disminuir la gravedad de este acceso de locura que llevó a Joaquín a cometer el asesinato. El móvil de la venganza resulta exagerado, tampoco la impotencia ni la ansiedad son por sí solas hipótesis convincentes.

Transcurrió el tiempo sin que pasara algo anormal, entonces Joaquín decidió tomar la iniciativa. Se presentó al juzgado correspondiente por propia voluntad e hizo una declaración amplia ante el ministerio público. Procedió con cierta frialdad, sin ninguna sensación de remordimiento; simplemente le pareció que debía confesar su crimen y pagar por ello. Tenía una relativa conciencia del gravísimo exceso que había cometido, pero por más que se esforzaba nunca pudo introducir una sola brizna de sentimiento en su conducta. Fue el típico homicidio afectivo, dirían los psicólogos, caracterizado por la mucha emoción, la baja actividad, la falta de planeación y el cometerlo contra una persona conocida. Él terminó por olvidar el asunto tan pronto como un paciente que despierta de un tratamiento hipnótico.

El director del hospital también acudió al Juzgado; explicó la delicada e irreversible situación personal de Joaquín y lo poco que le quedaba de vida. La conclusión final fue que estaba algo deschavetado y que por eso quería inculparse de un crimen que no tenía motivos ni fuerza para realizar. Esa misma tarde el propio director expidió la “recomendación” de que Joaquín

asistiera a una terapia para enfermos terminales. La directiva del hospital estaba interesadísima en que él permaneciera en el programa de investigación financiado por el fideicomiso. Joaquín no abogó por demostrar su culpabilidad, pero tampoco se hizo pasar por inocente. Le sorprendía que no lo encarcelaran después de su pormenorizada confesión. Le costaba asimilar la respuesta transigente del cuerpo colegiado en relación con las conductas delincuentes; por eso el país está como está, pensó. También concluyó que, fuera en un sentido o en otro, ya todo estaba consumado tanto para la víctima como para él en su calidad de victimario. Jamás tomó como excusa las humillaciones venidas de parte del hoy occiso, pues admitía sin dificultad que ni toda la maldad de Lamparero le hacía merecer el desfogue que a final de cuentas resultó. Joaquín entendía que el asesinato era tremendamente desproporcionado si eso se lo consideraba como efecto de las ofensas recibidas. No parecía que hubiera causalidad; era demasiado efecto para tan poca causa. En todo caso, era tarde para rasgarse las vestiduras. Joaquín decidió que dejaría que las cosas tomaran su propio rumbo con la convicción de que no pediría clemencia ni consideración especial en el caso de que revocaran su absolución.

El crimen que acabó con la vida de Lamparero no pasó de ser considerado como un dato estadístico de la violencia urbana. Fuera como inocente o como culpable, el director había decidido que la incesante tortura debida al desahucio estaba cobrando su tributo desquiciando la mente estólida de Joaquín; de otra manera no podía entenderse su intención de auto culparse por lo sucedido a Juan Lamparero. En el hospital causó extrañeza el infortunado fin del médico, sin llegar a extrañarlo del todo ni en partes. La noticia fue comentada con la caducidad de un periódico de ayer. El homicidio quedó registrado como un incidente confuso, que se olvidó en menos de una semana. En un nosocomio la muerte es algo cotidiano, así que lo extraordinario del caso fue degradado a un deceso como cualquier otro, lo cual permitió a la mente de Joaquín clausurar el hecho sin la intervención de su voluntad.

2. La tanatología

Y en el silencio escucho dentro de mí el trabajo de un minucioso ejército de obreros que golpean con diminutos martillos mi linfa y carne estremecidas.
Xavier Villaurrutia

2 de octubre

Con el fin de no exacerbar la lógica en que Joaquín había sido inscrito por el director del hospital que, si en sus manos estuviera también le habría suministrado un tratamiento intensivo de electroshock, él se presentó puntualmente a la terapia destinada a refrenar sus impulsos agresivos. A partir de ese momento el problema no fue ya la muerte, sino el muerto. El fantasma de Lamparero se había infiltrado en la conciencia de Joaquín, colonizándola a través de la culpa. La angustia consecuente no le dejaba en paz, hostigándolo como un par de espuelas sobre los flancos de un caballo, pero de algún modo ese espectro esclavizante le instaba a librarse de la pena con algo más activo que el mero arrepentimiento, aunque, a decir verdad, estaba lejos de arrepentirse y no sentía remordimiento alguno. Era una tarea inútil buscar el perdón del muerto o siquiera disculparse con sus deudos, Joaquín no sabía qué hacer pero intuyó que antes que nada necesitaba perdonarse a sí mismo, y lo haría a través de la aceptación de los demás. Parece algo simple, pero en su caso el costo de transacción era más alto que sus fuerzas. Necesitaba amar con un tipo de amor que le permitiera vivir y perdonarse: un sentimiento extraño que no había tenido para sí, y lo peor es que ignoraba cómo buscarlo si es que esa era la tarea por realizar. La meta se le figuraba imposible, sin olvidar que la pasividad había sido el sello distintivo de su carácter, algo que saltaba a la vista en las tareas más sencillas. Por eso nunca pudo hacer nada en equipo sin convertirse en un polizón, y cuando lo intentaba en pareja él terminaba en calidad de lastre. Allí relucía esa

indolencia que paulatinamente lo fue aislando del mundo hasta colocarlo en este nicho solitario. El homicidio no sólo fue un golpe mortal para Juan Lamparero; también para Joaquín, como verdugo, hizo las veces de una demolición que derrumbó la idea de persona que se había construido, aunque nunca desarrolló un alto concepto de sí mismo, tomando por virtud autocrítica el reconocerse inútil y apocado. Si pudiera escoger habría cambiado su lugar por el del doctor ya muerto. Pero no puede hacer nada para cambiar las cosas y él mismo no se reconoce e ignora cómo ha llegado a ser el tipo que es.

El único antecedente que podría vincularse a la comisión de un delito que requería saña y rencor era la pérdida de sus padres antes de los cinco años, pero ni siquiera apelando a las teorías que hablan de una explosividad latente de los deseos reprimidos podrían convertirlo en un homicida, y en ese supuesto habría protagonizado algún crimen sexual. El caso es que Juan Lamparero estaba muerto, era un hecho; y él lo había matado, otro hecho. Y ambos hechos estaban encadenados a un sólo símbolo: la muerte. Todo eso representa para el victimario, a la vez voluntario e involuntario, la ruptura del precario equilibrio en que cada día uno debe transitar para mantener la cordura, pues el corazón humano es el cuadrilátero en el que cada ser civilizado presenta a su Dr. Jekyll enfrentando a Mr. Hyde. Aunque el resultado nunca es definitivo, las tarjetas de los jueces indicaban claramente que el mal estaba imponiéndose en el interior de Joaquín. Si esto se resolviera por decisión, él perdería por indecisión. En cada asalto la sombra del asesino crecía como una negra noche sin luna.

Los humanos son seres geminados, tienen el espíritu repartido entre la bondad y la malicia, y ambas forman una amalgama que llamamos templanza y carácter cuando lo bueno se impone a lo malo; o liviandad y cobardía, por el otro extremo, pero sin llegar a separarse nunca. Hay seres malvados y santos de formidable gentileza, pero ni unos ni otros son completamente buenos o ciento por ciento malos. La pureza en un polo u otro es una monstruosidad. Un individuo bondadoso es perfectamente capaz de cometer la mayor de las canalladas, eso es ser humano: elegir cada vez ser o no un canalla. Así pensaba Joaquín, y al cabo de un rato su imaginación convocaba a los grandes autores. En la literatura se ha experimentado con persona-

jes de doble personalidad que intentan aislar el mal puro, quizá *El doble* de Dostoievski, por supuesto, *El retrato de Dorian Grey* de Oscar Wilde. En especial, la narración de Robert L. Stevenson que describe cómo Henry Jekyll es cada vez más débil a causa de la culpa y la frustración, mientras su propia escisión Edward Hyde —donde se concentraba el mal— se fortalecía a base de brutalidad; sus víctimas quedaban tiradas en la calle como consecuencia de su malvada purificación.

Ahora eres Joaquín Hyde, un asesino ¿o lo fuiste siempre? Quiero pensar que tu crimen fue una acción aislada, un homicidio afectivo, que no fue la detonación de una bomba de tiempo ni el efecto de una erupción vomitada por un volcán largo tiempo inactivo. No sabes por qué mataste a Lamparero. Así de simple. Sí; te hizo enojar su insensibilidad y lo grosero que fue contigo, *and so what?* Lo acontecido no derivó de las impertinencias del doctorzuelo —q.e.p.d.—. Algo dentro de ti se vampirizó, si me permites la expresión: te fue preciso matar para seguir viviendo. Esto es preocupante porque encuadra con el tipo de homicida depredador, cuyas características son la carencia de afectividad, la planeación y la actividad alta en contra de personas desconocidas. Piénsalo con calma, Joaquín, después del crimen te convertiste en alguien más fuerte, como si te hubieses alimentado de la energía vital del hombre al que arrancaste la vida. Ninguna psicoterapia, medicamento o técnica de meditación habría producido un resultado parecido en una sola dosis o en la primera sesión en el diván. Nunca, ni cuando estabas supuestamente sano, te habías sentido tan dispuesto a vivir. Lamentablemente, el homicidio como fórmula terapéutica no puede recomendarse, el daño colateral que sufre la persona sacrificada es una poderosa objeción.

Tu mente, Joaquín, es un hervidero. Reconoces el cambio positivo que estás experimentando, y, aunque no puedes explicar con claridad la relación causa-efecto, parece que tu transformación proviene del asesinato. ¡Bienvenido Mr. J. Hyde! Sin duda, el final de Lamparero es una desgracia —hasta el occiso estaría de acuerdo— pero además entrevés un valor simbólico que subyace en el homicidio, como la muerte del padre a manos de sus hijos en los relatos freudianos; o en la interpretación del destino de Edipo y toda esa cháchara de incesto y asesinatos, antes de que los psicoanalistas lo convirtieran en un complejo; pero en lo tuyo no hay ni de lejos

ropaje de tragedia griega. No hay resarcimiento ni búsqueda de justicia, nada que vindicar ni reivindicar; de Edipo, sin necesidad de sacarte los ojos de sus cuencas, sólo tienes la ceguera.

Estamos ante un crimen sin atenuantes, algo abominable, cruel, carente de la predestinación que condujo a Edipo a matar a su padre y compartir luego el lecho con su madre. No hubo en ti, Joaquín, oráculos o siquiera coartada; ni puedes alegar locura pasajera. Estabas consciente como ahora. Sabes que la Dientona está enfilada sobre ti, te rastrea como esos obuses programados por computadora que se guían por el calor corporal. Es que la Huesuda te buscaba a ti cuando se atravesó Lamparero; fuiste tú, es verdad, pero te escogió una Parca como su brazo ejecutor, ella te tendió la guadaña de cristal. Matar a Lamparero fue un despropósito en tu lucha contra ti mismo. Después del primer golpe que le diste, tu cuerpo siguió su propia ley de la gravedad sin la mediación de tu voluntad. La Chirifusca venía con una inercia imparable y no ibas a ser tú quien la detuviera, había que seguir hasta el fin, al costo de cargar esta culpa imposible expiar. Antes que tu propia muerte, Joaquín, tu principal temor es la posibilidad de volver a ser presa de esa vorágine destructora. ¿Cómo contener a tu Mr. Hyde? La condición de asesino te pesa más que la anterior etiqueta de moribundo. Paradójicamente, así redujiste el agobio que te provocaba la agonía, ahora puedes emplear todas tus energías para neutralizar ese instinto asesino recién descubierto. En lo demás, prefieres como siempre, o como casi siempre, los métodos incruentos para solventar las discrepancias, sólo que ahora no estás seguro de tener el control sobre ti mismo. La posibilidad de matar a otra persona inocente te acongoja, pues ese o extravíos peores se presentan como algo posible, incluso inminente. Quizá tu corteza prefrontal acusa un problema que modifica las funciones de tu cerebro, acaso tienes alexitimia, es decir, un desorden neurológico que consiste en la incapacidad para identificar las emociones propias. Y es que Joaquín no es capaz de establecer si lo atormenta más el haber matado a Lamparero o la idea de lastimar arbitrariamente a otros inocentes. La ansiedad activó unos sutiles mecanismos de supervivencia que modificaron la temerosa conducta del eterno moribundo. Por eso Joaquín se convirtió en un severo observador de sí mismo, examinaba con exagerada atención cada uno de sus sentimientos, palabras y

acciones. Se castigaba vigilándose. La culpa y el auto desprecio llegaron como viajeros de paso, pero al tercer día estaban instalados como barones bandidos adueñándose de todos los castillos y fortalezas del reino usurpado. Sólo el contacto con otras personas podría invocar la fuerza interior para expulsar de ti estos demonios expropiadores. Sólo el amor podría eliminar de raíz la propensión a la maldad, pensó Joaquín. Y sólo cuando llegó a esa conclusión, independientemente de que fuera cierta o falsa, su espíritu se clarificó y los tonos deslavados de su aura alcanzaron vívidos colores, hasta su mirada, antes brumosa, se tornó límpida.

En resumen, la muerte, o más bien el muerto, inauguró para Joaquín una nueva vertiente de preocupaciones y ansiedades. Si bien podía esperarse que acosado por la culpa cayera en un nuevo cataclismo depresivo, lo cierto es que el moribundo tomó un segundo aire apenas salió del Juzgado donde recién había confesado su crimen. El Dr. J. Jekyll salió avante desde el punto de vista judicial, advirtió entonces que cualquier evento que hiciera peligrar el flujo de dólares que recibía el hospital de parte del fideicomiso, le podía crispar los nervios a más de un funcionario; de otra manera no podía explicarse su meteórica exoneración tratándose de un crimen que merece cadena perpetua o incluso, en las legislaciones que lo estipulan, ameritaría la pena capital con inyección letal. En verdad le sorprendía a Joaquín conservar su libertad, si esa palabra es capaz de decir algo a un condenado a muerte.

Joaquín no objetaba los tratamientos psicológicos, admitía que ofrecen explicaciones que casi nadie por sí solo consigue, y sabe que al bienestar consecuente le llaman cura. Aunque, por obvias razones, aquí esa meta es un acontecimiento improbable; además, la terapia pierde eficacia cuando, como en este caso, es una coacción prescrita por intereses ajenos, y no una alternativa para encontrar sosiego, si existe, antes de ser ultimado por una enfermedad irremediable. Era natural que un sinfín de suspicacias revolotearan en la mente de Joaquín. Por fortuna, la tanatóloga Trinidad Stein eliminó las reservas iniciales. Él esperaba encontrarse con otro profesional de máscara inexpresiva, como Arroabarrena, quien escucha las peores confesiones sin hacer un solo gesto, dizque por la obligación de esconder las preferencias y aversiones personales a fin de cercar las transferencias y con-

tra transferencias. Pero esa vieja escuela psicoterapéutica no formaba parte del temperamento ni de los métodos de tratamiento de Trinidad. Para ella, la terapia es una relación humana que ayuda a los enfermos terminales a expresarse, desatando un proceso de cambio personal en la mente y el espíritu, aportando valiosas cuotas de serenidad y consuelo.

Dueña de una personalidad fresca, Trinidad recibió al nuevo paciente con una disposición afable completamente opuesta al estilo del doctor Arroabarrena y del extinto Lamparero. Ella tenía conocimiento del homicidio de éste, y compartía la opinión de que la autoincriminación de Joaquín era producto de una transferencia ocasionada por la fuerte presión que provoca su estado. Eso la condujo a una estrategia en la que mientras su paciente no tocara el tema no haría preguntas, asumiendo que el apresuramiento de un *a priori* suele terminar en un error *a posteriori*; sobre todo en un asunto que debía manejarse con pinzas como un asesinato sin esclarecer.

Sería exagerado suponer que la antipatía que ella sentía por Juan Lamparero es suficiente para bajarle la guardia, así fuera de manera inconsciente. De la víctima, Trinidad sólo recordaba sus ínfulas: un mentecato que escondía su personalidad perversa bajo la aureola de humanitarismo que suele adjudicarse a los hombres de blanco. Más allá de los rumores, era sabido que desde practicante Lamparero se divertía con los cadáveres y no le importaba hacer el amor en la morgue si encontraba la enfermera que cediera a sus extraños apetitos; por si fuera poco también sentía un placer obsceno cuando en sus investigaciones llegaba el momento de sacrificar ratones, ranas o cualquier ser vivo. El interfecto tenía, pues, una mente torcida; no obstante, por principio, la doctora lamentó el deceso con sinceridad. Nadie merece morir con el vientre convertido en una coladera.

Huelga decir que Joaquín se refirió de inmediato al asunto de Lamparero, ya que era una cuestión que no salía de su cabeza. Pero en vista de la conjura que había en contra de una verdad que no quería ser admitida por nadie, esta vez exageró un poco en la descripción de los hechos, evitando las aclaraciones basadas en una versión realista de lo acontecido porque carecían de los ingredientes fascinadores de la invención, en cambio enfatizó en aquellos detalles que excitaban la imaginación de quienes no presenciaron el suceso. Joaquín reiteró su culpabilidad como el presidente Díaz Ordaz su

inocencia por la represión de 1968. La doctora tomó nota como si se tratara de una consigna, precisamente en un día como hoy —¡2 de octubre no se olvida!—. De todos modos, le pareció que el paciente se esmeraba por crear un relato que de tanto apearse a los pormenores resultaba barroco y fantástico. Durante la sesión, Trinidad le hizo preguntas específicas de por qué mató a Lamparero, cómo y qué sintió mientras realizaba el crimen. Joaquín se desconcertó al caer en la cuenta de que carecía de las respuestas. Expurgó en su memoria con sincero afán, pero su esfuerzo fue infructuoso; descubrió no sin sorpresa que el episodio del crimen se le había borrado de la mente. De aquel día fatídico, aún muy cercano, sólo recordaba la lluvia y que él era el homicida, pero todo lo demás se le había borrado, como una información que se guarda desaprensivamente en la memoria RAM sin respaldarla en el disco duro. Llegó a creer que tal vez sólo lo había soñado, con una convicción que fácilmente habría pasado la prueba del detector de mentiras. La tanatóloga observó y escuchó cuidadosamente. No sólo analizaba las palabras de Joaquín, sino la entonación, el énfasis involuntario, la gesticulación, incluso el silencio. Se fijó en la dilatación de las pupilas, el ritmo de la respiración, el movimiento de las cejas y de las aletas de la nariz, pero no hubo indicios delatores; al contrario, detectó evidentes contradicciones y notorias lagunas en la confesión. Varios elementos torales no concordaban con la reconstrucción de los hechos avalada por las autoridades judiciales en los archivos que ella estudió acuciosamente; por lo tanto, interpretó la conducta de su paciente como un llamado urgente de ayuda, al apreciar la falta de correspondencia entre la actitud corporal y los datos verbales que vertía; de modo que Joaquín podía ser un psicópata en toda la regla; o bien, sólo inventaba el relato de su culpabilidad por razones todavía no esclarecidas, aunque todo apunta a que se trata de un intento de llamar la atención. Después de todo, el historial clínico y el resto de los indicadores que ella analizó conducían más a lo segundo que a lo primero. Lo anterior refuerza mi opinión de que los psicoterapeutas son relativamente fáciles de engañar; quizá porque tienden a pensar que un paciente que gasta su dinero, su tiempo y su esfuerzo en la terapia no tiene interés en engañarlos, como no sea por las razones defensivas del inconsciente; otra cosa es que los pacientes se esfuercen en ocultar sus debilidades y traten de esconder lo

que quisieran no tener dentro sí. La particularidad de este caso es que el contrato terapéutico reside, además, en que si bien el tratamiento no es gratuito, Joaquín no lo paga directamente de su bolsillo. A ojos vistas, no fueron esas las razones por las que Joaquín pudo engañar a la doctora con la verdad. Lo logró a sabiendas de que los sociópatas violentos tienden a causar buena impresión en los primeros encuentros.

Durante un buen rato la plática con Joaquín giró en torno de las habilidades físicas y perturbaciones mentales del boxeador Mike Tyson; ella lo permitió porque supuso que era un tópico que podría enganchar con una personalidad violenta y el trastorno disocial que minimiza los hechos negativos y carece de remordimientos, pero su paciente repelía semejante identificación. Esos primeros minutos son clave en el proceso terapéutico, la conversación es más que las palabras que se dicen y las que se silencian, es una serie alternada de observación y empatía para decodificar las entrelíneas del texto, en la que quizá una sola pregunta anuda el conjunto de la trama: ¿cómo se siente al expresar lo que siente? Abordaron otros temas con la misma efusión, y ya en confianza la doctora hizo, como si no se diera cuenta, sus propias confidencias. Se refirió, en plan de complicidad con la situación que enfrentaba Joaquín respecto de sus supervisores, a los obstáculos que la Junta le procura sistemáticamente para impedir que siga realizando su actividad en el Hospital.

Vistos desde lejos Joaquín y Trinidad no harían pensar en una terapia, sino en una charla de viejos amigos que se reencuentran después de años de no verse. Él ríe a cada instante, bromea y quizá hasta flirteó un poco, aunque sin las intenciones usuales. Jamás la invitaría a salir; simplemente se sentía a gusto y quería que ella lo supiera, porque para él era un estado raro en extremo el sentirse cómodo estando con alguien. La doctora Stein es una mujer muy joven para contar con tanta experiencia profesional; de rebotante energía, cuerpo menudo, el pelo cortó echado hacia atrás; sus radiantes ojos claros sonríen más que su boca pequeña. Desprecia las argucias del maquillaje, pero no hay quien se lo eche en falta. Debajo de la bata blanca, viste con desparpajo unos pantalones holgados y una estrecha camiseta estampada de flores multicolores, inconsciente de que la ajustada prenda ciñe sus senos de un modo capaz de revivir deseos lúbricos. (Eso fue

precisamente lo que percibió Joaquín en más de una ocasión). Por su ropa se deja ver que ella habría sido feliz siendo una *hippie* de los años sesenta; iconoclasta y ajena a la solemnidad de sus colegas.

Al principio, vale decir, la doctora había causado muy buena impresión en la directiva del hospital con su proyecto humanitario, ideal para encabezar las campañas de recaudación de fondos; pero el éxito acarrea también consecuencias ingratas. La fama de la tanatóloga atrajo montones de gente necesitada. Pronto las inmediaciones del hospital se poblaron de presencias poco favorables para aumentar el prestigio del lugar, ya sea por su mal gusto de asemejarse a los pobres o, peor todavía, por serlo.

La hora de la terapia, en rigor no es tal, suele oscilar entre los 45 y 55 minutos; son pocos los terapeutas que conceden 60 minutos. Esta primera sesión se prolongó extraordinariamente; transcurrió entre anécdotas, risas, simpatía y confianza, ingredientes básicos para la confianza honesta. Hacia el final, la terapeuta explicó el objetivo principal de su labor: la tanatología, según lo anotó Joaquín en su cuaderno, es un cúmulo de conocimientos científicos acerca de la muerte que, entre otras aplicaciones más, es útil para ayudar a un buen morir. Supongo, dijo Joaquín, que se necesitan muchos “tanates” para partir de este mundo, ¡ja, ja, ja...! provocando a su interlocutora un ataque de risa que casi le induce contracturas en el abdomen. No era una frase demasiado ingeniosa y muy probablemente no era la primera ocasión que la doctora escuchaba ese juego de palabras, por lo tanto, la algarabía de Trini (la tuteó, de inmediato) no guardaba proporción con el gracejo. Lo relevante aquí es que en últimas fechas la sola presencia de Joaquín causaba reacciones insólitas, como la exagerada animadversión de Lamparero, por citar un tenebroso ejemplo. Tal vez los procesos internos que consumían la materia orgánica de Joaquín habían liberado una emanación rara que influía para que la gente lo viera y sintiera de una manera especial. Quizá esta misma transformación produjo la energía ingobernable que poseyó a Joaquín durante el asesinato de Lamparero; la muerte, en fin, tenía formas inesperadas de manifestarse. Debido a un instinto de muerte o al puro delirio, además de la enfermedad, un flujo ajeno a aquel cuerpo amenazado operaba secretamente sobre su aura, distorsionando la percepción de quienes por diferentes razones tenían que relacionarse con él.

Mientras el combate entre el Dr. Jekyll y Mr. Hyde seguía sin definir un resultado tajante e irreversible, Joaquín no quiso confinarse en su etiqueta de moribundo ni mucho menos en la de asesino. El inicio de la terapia contribuyó a que mutara su personalidad, preparándola para hacerla más sociable y abierta; bastaba una sola mirada para concluir que la antigua coraza que protegía a Joaquín se había desprendido de su cuerpo y, por lo tanto, ahora era ya un ser transparente, y todo a causa de un giro trágico del destino que trajo de la nada una súbita enfermedad mortal, aunada a la igualmente inesperada mácula de un terrible crimen. No es que Joaquín, usualmente solitario y egoísta, se volviera generoso de repente. De hecho, tendríamos que admitir lo contrario tomando en cuenta el homicidio. Si hubo una transformación positiva se debe a que las pequeñas mezquindades que antes dominaban su vida cotidiana fueron desplazadas por la urgencia de encontrar motivos que justificasen una existencia tan vana e inconsistente; y que, contra la pared, en la fase de extinción su cuerpo, clama por una redención que no hay quién se la otorgue. Quienes llegaron a saber de la terrible verdad que empañaba el alma de Joaquín, por más que se esforzaron no fueron capaces de identificar los rastros de maldad que permitieran atisbar esa personalidad oculta del tipo Mr. Hyde. En cualquier caso, un moribundo produce haces de luz y sombra, así como una conducta cualquiera puede generar afinidad o repulsa.

Había escuchado la expresión “mearse de la risa” pero es la primera ocasión que lo veo, dijo Joaquín. Todavía sonrojada por la hilaridad de su vejiga, Trinidad no hizo comentarios, se limitó a decir que encontraba conveniente para él incorporarlo a una terapia de grupo. Algo que a Joaquín no le agradó en absoluto, pues ya había anticipado momentos deliciosos en las futuras sesiones individuales. De la tanatóloga sintió aceptación y escucha, pero como esa sensación carecía de componentes eróticos él mismo restó importancia a tal afinidad. Si acaso le inquietó el hecho de que su desinterés por el sexo pudiera ser tomado como una confirmación de un goce irrevocablemente clausurado por la enfermedad. Preocupado, forzó a su mente a generar algunas imágenes obscenas. Fantaseó en cómo se vería la doctora en un calendario, pero aparte de algunas posturas más complicadas que la del misionero, su imaginación no dio para mucho. Le sentaron mal esos

ejercicios mentales. Sí, quería la compañía de Trini, pero sólo para no estar solo. Esa expectativa de platicar con ella a solas era razón suficiente para oponerse a la terapia grupal. Así lo expresó, entonces Trinidad le repitió textualmente las palabras de un destacado psicoterapeuta que hizo la analogía entre la labor de un pelotón dedicado a construir puentes durante una guerra y el grupo terapéutico: aunque puede haber algunas bajas durante la construcción del puente, una vez instalado, puede transportar a mucha gente a un sitio mejor.

3 de octubre

Joaquín acudió al consultorio antes de la hora acordada, aún tenía una leve esperanza de persuadir a la doctora para cancelar su ingreso al grupo y quedarse únicamente con la terapia individual. Trinidad se sorprendió al verlo con tal premura.

—No lo esperaba tan temprano, dijo sonriendo.

—Tengo algunas inquietudes que quería plantearte antes de la terapia grupal —contestó Joaquín forzando su voz para fingir tranquilidad.

Trini escuchó el alegato sin interrumpirlo. Entendía el resquemor del paciente y no quería imponerle una decisión por muy conveniente que le pareciera. Planteó los términos de la negociación:

—Me hablas como esos niños que dicen que no les gusta la sopa sin haberla probado —dijo con un tono casi infantil, pero inmune al rechazo...

—¿Qué te parece si vamos a la primera sesión del grupo y luego fijamos un nuevo plan?

No hubo réplica. Trinidad tomó el silencio por anuencia, y condujo a su nuevo paciente hacia la sala de sesiones. Allí aguardaba el grupo. Tal como lo había anticipado, Joaquín no vio con buenos ojos la terapia colectiva, había estado tan encerrado en su propia desolación que le costó aceptar sin recelo la existencia de otros individuos que también debían sortear las trampas que la Tilica les tendía un día sí y otro también; por eso eran moribundos, reconoció.

Joaquín no se molestó en ocultar la molestia que le provocaba la molesta sesión; una feroz expresión corporal delataba su incomodidad, en contraste con lo bien que se había sentido en la terapia individual. En realidad, sólo era el miedo de integrarse a un grupo de enfermos terminales. Trató de concentrarse en imágenes tranquilizadoras; quiso pensar en el mar, en el vuelo de una mariposa, incluso retomó las escenas eróticas truncas del día anterior, pero sus esfuerzos fueron tan vanos como cuando en el momento de la verdad más viril nada de lo usualmente efectivo logra una erección.

Sin que abogara por ellas, aparecieron en su mente vívidas imágenes de los bomberos que perdieron la vida en el World Trade Center. Sintió una sacudida parecida a la que produce un escalofrío; fue lo único que le ayudó a disciplinarse y contener el miedo que lo habitaba en cada pliegue de su piel. Ante sus nuevos compañeros Joaquín experimentó un dolor diferente, nuevo, profundo y terrible, como si por fin empezara a expiar la pena por el homicidio. Una especie de karma, pensó. No era la terapia, sino sus integrantes, o más bien, el aspecto que ofrecían como grupo lo que imprimía esa atmósfera turbia: un ruinoso cuadro compuesto por seres atorrantes y disminuidos le produjo un sobrecogimiento hasta la médula. La reciente visión del infierno en la Zona Cero no le produjo un impacto mayor.

Avergonzado de la vergüenza que sentía, fue incapaz de sostenerle la mirada a ninguno de sus nuevos compañeros. El círculo de enfermos, que hasta entonces mostraba cierta animación, se contuvo. Un silencio expectante creció como una nube negra que precede a la tormenta. Las bocas cerradas dieron a los ojos una oportunidad de hablar. Todos miraban atentamente a Joaquín, pero a la vez con naturalidad. Él notaba cómo lo escrutaban de pe a pa, pero sólo atinó a entornar sus ojos en la punta de los zapatos.

“¿Qué diablos pinto aquí?”, escribiría Joaquín esa noche en su diario. A todos esos seres acribillados por enfermedades mortales los vio tan maltrechos, que por un instante se olvidó de que él era uno de ellos, pareciéndole un error estar allí robando tiempo a un grupo que lo que menos tiene es eso: tiempo.

La idea de volver a estar solo ya no le parecía tan atractiva como antes, pero tampoco quería pertenecer a un grupo como este y recibir por ello la

etiqueta de “enfermo terminal”. Aunque en su vida cotidiana prácticamente no congeniaba con nadie, estaba convencido de que era mejor convivir con personas rebosantes de salud que estar en un lugar atestado de moribundos, algo que con toda seguridad acabaría por deprimirlo. En la siguiente sesión individual, pensó, le diría a Trini que había confirmado todo lo que pensaba. Para él no valía eso de que uno se siente mejor cuando se entera de que otros están pasándolo peor. Contra lo que Schopenhauer sostenía, a Joaquín no le aportaba ningún consuelo el sufrimiento ajeno. Además, no le parecía decente en absoluto que los asuntos íntimos se ventilasen en público, ni mucho menos pregonar él los suyos a los cuatro vientos... Para qué vamos a engañarnos, le dijo una voz interna a Joaquín —que resonó en su cabeza como proferida por un aparato cuorafónico—: “el fondo de tu molestia no es el grupo, sino el miedo”.

Un miedo múltiple: miedo a morir, miedo a que los demás sepan de tu miedo, miedo al miedo. En definitiva no quieres que nadie sepa del terrible pavor que te doblega; desearías guardar para ti, como si fuera un terrible pecado, el profundo resentimiento que envenena tu espíritu y que incluso te convirtió en un asesino —resonó esa voz interna con una fuerza que parecía la manifestación de esquizofrenia en grado avanzado—. ¿De dónde había salido esa voz?

Te parece que divulgar tus temores a gente desconocida es tan impúdico como exhibir las partes pudendas en una aglomerada plaza; con todo, este diálogo interno —soliloquio, para ser exactos— te arruinó la determinación de abogar por la terapia individual. Eres consciente de que tanto tiempo de agonía solitaria e indolora te convirtió en un criminal. Entonces aceptaste el ingreso al grupo como una oportunidad de redención y para acallar esa voz que empezaba a enloquecerte.

Mientras los demás hablaban, la mente de Joaquín fue sacudida por un pensamiento espeluznante: ¿y si mataba a todos los moribundos? Se lo pensó quizá como una broma, grotesca y malévol, igual que una película de Quentin Tarantino, pero en parodia. El problema fue que durante varios minutos, Joaquín no pudo desprenderse de esa idea descabellada... Tu ansiedad le roba oxígeno al cerebro. Empiezas a transpirar, en un instante quedas empapado como si salieras de un baño sauna. En un resto de con-

ciencia dijiste para ti mismo, “estoy delirando...” La frente se te había perlado, tus manos temblaban sin control, te sentías al borde del colapso, aterrorizado por las imágenes de un funesto crimen colectivo bajo tu autoría, y por el piquete que atravesó tu pecho, creíste que te infartarías. La naturaleza homicida estaba reapareciendo en ti como un brote sicótico, acompañado de algunos atisbos de lucidez, en los cuales te preguntas si serás capaz de segar otra vida o cometer un crimen todavía más grave que el homicidio de Lamparero, en serie y en serio...

Como en una película macabra desfilaban en tu mente las pérfidas hazañas de Theodore Kaczynski, el Unabomber, quien durante 18 años mandó indiscriminadamente cartas bomba con efectos letales para quien abría su correspondencia; o Richard Ramírez, conocido como el “merodeador nocturno”, que se ganó un lugar en tu memoria por el asesinato de 14 personas; o John Wayne Gacy, un hombre de fachada inofensiva, bajito de estatura, regordete y con un bigotito gracioso, considerado por sus vecinos como una persona de lo más afable, pero dentro de sí escondía al verdugo de más de treinta jóvenes, cuyos cuerpos enterró en su propio jardín.

Los demás moribundos ignoraban la tormenta interior que se desarrollaba en la cabeza de Joaquín; no tenían idea de que hablaban con un hombre que potencialmente podría ser uno de esos desquiciados que entran a un lugar y matan a mansalva a todo el que se cruce en su camino. Saberlo mataba a Joaquín. De repente las luces se apagaron; él no podía saber que mientras emulaba a una distinguida cohorte de asesinos seriales sufrió un ataque de ansiedad que le provocaría un desmayó. Sobra decir que la sesión concluyó en ese instante.

La muerte de Joaquín se manifestaba suave y sin codicia, como una mera conjetura de los médicos: una enfermedad asintomática, insoportable en su decencia, indolora sin dejar de poner en vilo la existencia, y por ello capaz de asaltar la razón y posiblemente convertir al cuerpo sitiado de Joaquín en un asesino serial. Cuando recobró la conciencia yacía en su cuarto. Se sentía desorientado y tardó en darse cuenta de que estaba en el hospital. En medio de esta situación confusa y delirante, pudo percatarse de una novedad difícil de clasificar: los demás enfermos aprendían de su enfermedad, mientras él se sentía incapaz de manejar su condición crítica. Atribuyó

esa impericia al miedo —¿qué otra cosa si no el miedo?— Entendió que, fuera trastorno mental o temor, o ambas cosas, no podía luchar solo. Tenía demasiado miedo y demasiada ira para poner en orden sus pensamientos. Tuvo que admitir que lo más conveniente era no sólo asistir a las sesiones colectivas, sino cancelar las terapias individuales.

El único bálsamo que se permitiría conservar sería la escritura. Un ejercicio liberador que parece una excentricidad porque la gente no suele escribir, y en efecto, no escribe porque habla; pero Joaquín no tenía a quien hablarle, por eso escribir le gratificaba con la ilusión de sostener un diálogo cordial y acaso íntimo con los lectores: una sustitución de aquello que no pudo comunicar cara a cara a Miranda.

4 de octubre

Antes de tomar la pluma, Joaquín languidecía en completa inactividad; ajeno a su pena, entretanto, el tictac de un reloj inexpugnable, aplastado y derretido a lo Dalí, goteaba postreros instantes. Le correspondía a Joaquín y únicamente a él decidir si quería que las cosas continuasen como iban por sí solas o por fin se hacía cargo. Era el momento de dar un salto al asiento del piloto, arriesgarse a tomar el volante para conducir su vida; por poca gasolina y poco trecho que le quedara era más que lo que tenía el cadáver de Lamparero.

Fue inocultable el apuro de Joaquín para reintegrarse al círculo formado por una veintena de personas a cual más de aspecto famélico. La doctora completó la presentación inconclusa de la primera sesión, en la que se incumplieron las formalidades que imponía el ingreso de un nuevo miembro. Todos parecían dominar las reglas del juego, asimilado como un ritual. Los que hicieron uso de la tribuna dedicaron unas palabras de solidaridad al nuevo integrante, pero enseguida volvían a sus propios temas.

Joaquín entendió que si no se hablaba más de él y de lo sucedido ayer obedecía a la intención de no abrumarlo. Con un gesto agradeció la cortesía que le dispensaron. Antes de decir nada, se sabía comprendido. Saboreó así la experiencia de la aceptación aún sin comprenderla. Sólo más tarde iría

reconociendo el valor de estas reuniones, en primer lugar, por la capacidad para descubrir algunas facetas oscuras de la personalidad; y en segundo, porque se establecen entre los compañeros poderosos vínculos y puntos en común más allá de la gravedad de sus respectivas enfermedades. Las descargas emocionales tienen aquí un espacio propio, un remanso de seguridad y confianza que sólo los grupos de apoyo pueden crear; por lo mismo, los enfermos incurables en terapia suelen sobrevivir el doble de tiempo que los enfermos solitarios.

Después de las primeras impresiones, Joaquín fue sensible al ambiente de camaradería que campeaba en la terapia. Si bien, la población del grupo era flotante por definición, se notaba la interpenetración que habían conseguido algunos miembros, como si se trataran de toda la vida. Tal sensación de solidaridad, quizá por llegar tarde a ella, inhibía a Joaquín, por eso prefirió aguzar el oído antes que la lengua. Desde su silencio, tomó nota de cada participación. Se sintió francamente honrado por la acogida del grupo que, dicho sea de paso, en los bajos fondos de la institución era conocido como "*La plaga*".

Hizo una lista de los que más le llamaron la atención: en la cima Sibel y la pequeña Rous; después Cheo y Porfirio. Al final el viejo Jorge, por quien no sintió empatía, lo encontraba demasiado pesimista y colérico. Le parecía un anciano tonto, engreído y odioso, que después resultó ser una persona de brillante inteligencia, la más sencilla y amable, pero eran apenas las primeras impresiones.

Lo fundamental es que los temas afines y sobre todo las preocupaciones comunes permitían una identificación profunda entre los miembros del grupo. Pese a sus reparos iniciales y al desmayo del día anterior, Joaquín sintió que podía encajar en el colectivo hasta encontrar su propio lugar. Siguiendo la metáfora de Trinidad acerca del niño que no quería comer, él debió admitir que aquel guiso de aspecto vomitivo no sólo era nutritivo, sino que tenía un agradable sabor. (En general, para una terapia grupal el número ideal de integrantes oscila entre 8 y 10, asimismo, el proceso de integración de cada uno puede requerir varias sesiones, incluso meses de trabajo continuo y al final no resultar, pero con los enfermos terminales todo sucede al ritmo de instantáneas fotográficas).

Joaquín percibió una especie de confabulación en el interior del grupo, como si intentaran develar una intriga esotérica al estilo de los cuentos medievales: ante sí tenía una cofradía integrada por iniciados —más destemplados que templarios— que conocían profundos secretos de la vida y de la muerte, y acaso juntos buscaban el Santo Grial. También se dio cuenta de que nada en esta terapia llevaba mucho tiempo o podía acaparar la atención. Los participantes saben que cada día, hora, minuto, incluso cada segundo, puede ser la última oportunidad de vivir. Cualquiera con salud lo sabe, pero no se lo toma en serio, y en el fondo no lo cree. El moribundo vive con esa sensación fugaz de lo efímero.

Las dificultades que afrontan los enfermos en el seno de cada sesión son tomadas como reproducciones *in vitro* de las dificultades creadas en la vida cotidiana. Es decir, si alguno de los miembros tiene problemas de comunicación aquí dentro, es muy probable que los tenga también afuera, y viceversa. Claro que los problemas de Joaquín para relacionarse no le eran desconocidos, en especial por la evidencia de que estaba solo, y solo afrontaba su propio y personal trance mortal. Pero en la terapia, y en lo que sucedía en torno de ella, él descubrió aquellos aspectos de su conducta que tendían a reproducir esos resultados. Identificó, pues, un patrón de aislamiento. Eso explica en parte las suspicacias que alimentó para no ingresar al grupo y se congratuló sinceramente de superar esas reservas que le hubieran impedido penetrar en este universo fascinante que a la vez lo llena de júbilo y horror.

Lo más interesante para Joaquín fue descubrir que en los demás moribundos el factor de perentoriedad que tiñe todos los aspectos de la vida de un enfermo, alimenta una curiosidad tan vivaz como la infantil. Descubrió, no sin perplejidad, que tener pocas expectativas de vida no necesariamente debe producir angustia o fomentar la desesperación. En este lapso compactado de la existencia también hay oportunidades para experimentar sensaciones de armonía y plenitud; pero es necesario luchar a brazo partido contra el miedo para abrirles camino a las experiencias gozosas. Él personalmente no las había sentido aún (armonía y plenitud), pero las apreció de inmediato en algunos de sus compañeros.

No tenían que solicitar la tribuna para que se notara el asombro constante en algunos de los moribundos, una disposición de apertura y entrega

para vivir el aquí y ahora. Expertos en el hoy, cada día tenían la energía de partir desde una *tabula rasa*: todo era nuevo cada vez, un extra que aumentaba la intensidad y la pasión de vivir. A su modo, el moribundo tiene también una vida emocionante e irreplicable; una emoción nueva llega pronto, y pronto se va, casi sin dejar huella. Por eso un instante tras otro parecía intensificar la fruición de experimentar, por irrelevante que pareciera el motivo: los moribundos viven como si todo lo que sucede fuera la última vez y por lo tanto con la emoción de la primera. Tal vez eso sea la clave, pero hay que trabajar para decodificarla y además tener la entereza para usarla.

Joaquín diferenció en el grupo a los pesimistas de los ingenuos. Los primeros eran verdaderamente recalcitrantes, nada les parecía bien y cada día todo empeoraba para ellos, hasta que lo peor en la vida era peor que la muerte misma. A final de cuentas, todos vamos a morir, pensó, pero quiero ir a mi aire. Los ingenuos, en cambio, tenían una actitud exageradamente afable y considerada, por momentos casi alegre, lo cual no dejaba de ser sospechoso.

La división era más bien esquemática. A los pesimistas no les faltaba razón en muchas de sus conclusiones, en la manera desgarrada de ver la vida y avizorar la muerte como una condena arbitraria. Por otro lado, los ingenuos mostraban un incomprensible buen ánimo la mayor parte del tiempo, y eso despertaba las suspicacias de Joaquín, resistiéndose a aceptar esa tranquilidad ante lo inexorable como algo auténticamente virtuoso: el estoicismo no era lo suyo, entendiendo que allí había quizá un fenómeno psicológico no resuelto: negación, máscaras, falsedad o hipocresía por no llamar las cosas por su nombre, al pan, pan. ¿Acaso es tan difícil?

Con todo, Joaquín no le veía lógica ni provecho a formar grupos dentro del grupo. Notaba cómo las posturas pesimistas se alineaban con mayor consistencia durante las sesiones, pero luego cada uno se iba por su cuenta, especialmente el viejo Jorge, quien por ser un adulto mayor o por ser richón, no parecía tener interés en involucrarse con los demás. Justo es reconocer que estaba aquí cuando podía pagarse una terapia personalizada en cualquier lugar del mundo que se le antojara.

Por su parte, los ingenuos tendían a ser más individualistas en la terapia, se preocupaban por ser políticamente correctos y cuidar las formas hasta el

rebuscamiento; pero afuera se reunían sin formalidad, y seguían trabajando con más entusiasmo del que se puede esperar para quienes no tienen remedio, dando la impresión de que disfrutaban de la vida juntándose, por decirlo de algún modo.

La convivencia surgida de la terapia, con todos sus aspectos singulares y atípicos, puso freno a los miedos y angustias de Joaquín; progresó entonces como un niño que ha descubierto su capacidad de flotar en el agua y no sólo pierde el temor a ahogarse, sino que quiere experimentar su habilidad separándose poco a poco de la orilla. Así se dio la oportunidad para apreciar otros placeres hasta entonces vedados por el miedo. Sobre todo en la compañía de la pequeña Rous, a quien conocerá a fondo y con quien establecerá sólidos lazos de amistad. En todo caso, sintió un gozo inédito por un montón de emociones que experimentaba como si acabara de inventarlas.

No fue menor el asombro de Joaquín al descubrir que en los días subsiguientes volvería a experimentar esa clase de emociones con igual o mayor intensidad, aunque fueran inspiradas por circunstancias de suyo banales, tales como el tañido de la pequeña campana que anunciaba el inicio de cada sesión, y que desaparecían junto con las percusiones metálicas para dar lugar a otras sensaciones igualmente sencillas y preñadas de maravilla.

Un inexplicable entusiasmo iluminó la sonrisa de Joaquín al tomar conciencia de su pertenencia a este grupo de moribundos; sin embargo, en la redacción de su diario fue mesurado porque no quería idealizar la experiencia de convivir con seres sentenciados que comparten un mismo destino fatal de cuerpos menguados. Estar enfermo es una tragedia y punto. Ser un enfermo terminal supera mi entendimiento, no es algo que le haga bien a nadie y desde luego no hace ni más bondadoso ni más inteligente a quien cae en la condición de desahucio con el tiempo suficiente para tomar conciencia de su precaria situación.

La enfermedad terminal, comprendió Joaquín, equivale a un exilio riguroso que destierra del mundo al desahuciado, es decir, le arranca todo aquello que al individuo sano le interesó. El *pathos* no desea compartir el pulso de la experiencia vital previa, y si se lo pone fácil asumiendo actitudes presididas por la ira, el miedo, la desesperanza, la impotencia o la culpa, cualquier deficiencia orgánica, incluso sin ser necesariamente mortal, sitúa

la mente reduciendo la esperanza a un par de pronombres posesivos y feroces: ¡mi enfermedad!, ¡mi muerte!

Después de los ejercicios de meditación con que inicia la terapia para hacer contacto con el cuerpo a través de la respiración, los enfermos conspiran. Sería muy complicado hablar de cada uno, pensó Joaquín, por lo que consideró útil extender su diario personal y convertirlo en una especie de acta de las sesiones. De este modo, haría del conocimiento de los lectores al menos un esbozo de la personalidad de cada uno de los miembros de la terapia. Le interesaba relatar la manera en que ellos respondían a los imperativos de sus respectivas enfermedades. Incluso se permitió una reflexión de técnica literaria: el verdadero conocimiento se desprende más de la conducta que de las declaraciones, así como no hay mejor pedagogía que la del ejemplo; por lo tanto, las líneas del diario colectivo derivarían del proceder y de las respuestas de los moribundos ante la adversidad, se dijo a sí mismo.

5 de octubre

Una mujer tomó la palabra, dijo llamarse Sibel, y con la soltura de una conductora de televisión desahogó los asuntos personales que la inquietaban ese día. Ni una mención al pasado ni al futuro. Lo más importante para ella era lo que estaba haciendo en ese momento. Joaquín observó que los demás enfermos la escuchaban con la mayor atención, concentrándose en examinar sus propias experiencias para encontrar conexión, similitud, equivalencias, simpatía o rechazo, con el relato. La idea principal consiste en detectar los sentimientos y compartirlos; en contraste, los pensamientos o construcciones racionales son aquí considerados como obstáculos para liberar las sobrecargas emocionales; “racionalizar” se toma como pretexto para evadir la realidad en su sentido más profundo, donde no caben medias tintas. En este caso, la realidad de la muerte. Sobre este hecho no se piensa, sólo cabe hacer cosas como sentarse al sol y sentir el calor, tomar la mano del ser amado y apretarla tiernamente.

En el mismo tenor intervinieron otros enfermos, sin que ninguno intentara regodearse en su opulenta condición agónica. Hubo alguien —no el

único ni el último— perteneciente al bando de los pesimistas, que demandaba compasión de los demás. Parecía una momia, su semblante era en verdad inquietante, y de ese cuerpo salía una voz ronca, rasposa, que reclamaba al grupo y a la terapeuta en particular la falta de resultados. Dijo que había seguido al pie de la letra cada recomendación y hecho una por una cada tarea; asimismo, no hubo ejercicio o ritual que dejara de acometer con total entrega, pero de todos modos seguía sintiéndose no sólo aterrado, sino vacío. Entre lágrimas se dirigió a la doctora como si el resto de los oyentes hubiera desaparecido: no le pido que me cure, sé perfectamente que voy a morir de un momento a otro, lo único que espero es que usted o alguien me ayude a tolerar esta desesperación que siento... el vacío creciendo en mi alma, esta falta de esperanza. Si Dios existe, no veo por qué no me ayuda, dijo.

Sin pedir su turno, don Jorge aventuró una respuesta que en parte contradecía lo que había sostenido desde que llegó al grupo. El anciano dijo que entendía perfectamente lo que le pasaba al compañero que tenía el micrófono. Remarcó que él tampoco tenía fe ni le preocupaba tenerla en el futuro. En su opinión, la miseria de este mundo era una de las pruebas de la demostración de la inexistencia de Dios. O bien, en el caso de que sí exista es comprensible que Él nada tenga que ver con lo que pasa en el mundo, al fin y al cabo Dios sólo se ocupa de lo bueno. El viejo Jorge concluía que no es con desesperación como se puede salir del hoyo, pasaría lo que a un nadador inexperto que en lugar de esperar una ola que lo impulse, bracea desesperadamente contra la corriente hasta que el cansancio acaba por hundirlo. Finalmente, recalcó, dirigiendo un guiño cómplice a la doctora, que la respuesta no está en los demás, sino dentro de uno mismo.

Los escauceos metafísicos y cismas religiosos aparecen con frecuencia en las sesiones de tanatología, por eso es importante que el terapeuta tenga la habilidad para reconducir tales dudas y planteamientos abstractos hacia situaciones existenciales concretas y manejables para los involucrados, a fin de abonar a la calidad de vida y serenidad ante la muerte. Por lo mismo, es irrelevante saber quién ha perdido la fe o en cuál Dios creía si ello no remite a lo fundamental, a lo sagrado de la vida que, por breve que sea, ofrece oportunidades de eternidad, precisamente como la experiencia de formar parte de una comunicación plena, reduciendo la sensación de aisla-

miento y vulnerabilidad cósmica, con lo cual se genera un cambio de actitud que si bien no alcanza para curar el cuerpo, sana el alma.¹

Sibel aparenta unos cuarenta años, aunque tiene diez menos, pues nació el 10 de junio de 1971, dicho sea de paso, justo cuando los “halcones” mataban varias decenas de estudiantes en las calles de la ciudad de México. Pese a los efectos corrosivos de una larga insuficiencia renal que ha quebrantado su físico, no sólo conserva destellos de singular belleza, sino que el aire infundido por su estado de permanente convalecencia acentuó la hermosura que la caracteriza. Si antes sus ojos eran azul turquesa, hoy son de un color gris claro indescriptible que confiere a su mirada una profundidad inquietante. Ante esta presencia casi etérea, delicada flor accidentalmente arrancada de un Edén perdido, diría el poeta, con facilidad uno pasa de largo las sondas que en diferentes alturas salen de pequeñas bolsas y frascos que penden de un pedestal móvil colocado a su lado, cuyos otros extremos se insertan con agujas y pequeñas cánulas en los delgados brazos y en el costado de la que, más que una paciente, se me figura una reina egipcia recién depuesta. Incluso la ictericia ha respetado la expresividad de sus finas facciones, yendo del habitual color amarillo del enfermo común a los destellos dorados con que se perfila una presencia iconográfica que recordaría a la reina Nefertiti no sólo por la hermosura, sino por la desgracia. (Un tema que trabajó Terenci Moix al escribir su novela *El amargo don de la belleza*. Si

1 Nada de lo que a continuación se mencione acerca de los participantes corresponde a la terapia, sino a los relatos que hicieron los integrantes posteriormente con el ánimo de colaborar en el proyecto de Joaquín de escribir memorias y anticipaciones sobre la muerte, compartiendo sus experiencias fuera de las sesiones y permitiéndole al escritor hacer los ajustes necesarios para depurar las reiteraciones y vacíos propios de las libertades que ofrece la expresión oral, así como intercalar sin censura impresiones personales a la hora de redondear el texto, todo bajo el amparo de la amistad y confianza. Desde luego, se cambiaron algunos nombres y lugares, conservándose así el inalienable derecho a la discreción y anonimato de cuanto se dice y sucede en el trabajo terapéutico. Sin embargo, el personaje Rous sólo podía ser la Rous de carne y huesos con cáncer, de modo que fue imposible designarle otro apelativo.

Nefertiti literalmente significa “la belleza que viene”; Sibel es la belleza cuya vida está yéndose y apagándose).

Ella es una de esas personas que se comunican con el rostro y las manos antes que con las palabras. De vez en cuando hace unos respingos con su nariz recta y afilada o enarca sus cejas sutiles para condimentar alguna frase ambigua con un sabor unívoco y rotundo. Sus delgados labios se mueven con una gracia lánguida susurrando palabras apenas audibles, así como las venas azules de sus brazos blancos como papel de seda añaden distinción a sus delicados ademanes. El largo cuello de Sibel le hace pasar por alta aun sentada. Frente a ella es fácil entender a los espíritus románticos que admiraban una piel cérea y ese semblante quebradizo al estilo de Margarita Gautier en *La dama de las Camelias*; cualquiera se dejaría contagiar de tuberculosis si a cambio es besado por tan dulcísimos y mortales labios.

Portaba unos lentes oscuros que le iban de maravilla: una elegancia sencilla que sólo podía ser de marca, una marca muy cara. Las lentillas opacas ocultaban la profundidad de sus pupilas y, a medias, disimulaban el tono violeta de sus ojeras. La impresión que causó en Joaquín fue telúrica. Apenas la miró, loar tal belleza fue para él un mandato imperioso. Joaquín sucumbió ante esa majestuosa presencia imposible de soportar, como el sol abrasador de Egipto que se siente en la piel, pero en el que no se puede fijar la vista. Él la miró y quedó cegado en la medida en que el amor es ceguera. Sí; fue amor a primera vista, la mitad de la vista, porque ella no le devolvió la mirada. Lo dicho: el amor es ciego, consiguientemente no hay amante que mire con claridad. El ansia de encontrar impide ver el amor aún teniéndolo enfrente. Con el arrobamiento de quien es cautivo de un poder mágico que impide distinguir la realidad de lo fantasioso, Joaquín olvidó los motivos que lo habían llevado a la terapia, en un sentido completamente diferente a como se había sentido con Trinidad. Desde luego, que la doctora tenía unas tetas (esa fue la expresión que su mente empleó) magníficas y todo eso, pero la extraña belleza de Sibel exigía una adoración sin reservas. No tuvo más remedio que abandonar su ser para rendirse ante aquella criatura celestial. Por su parte, Sibel actuaba como siempre, tirana, indiferente al colapso que había producido. Pero esta vez se topó con alguien que necesitaba semejante despotismo.

Sibel estaba habituada a llamar la atención, por lo que ignorar el efecto que produjo en Joaquín era una consecuencia lógica de su manera de ser, una de las pocas actitudes que conservaba de cuando su salud era cabal. Contra lo que pudiera pensarse por albergar una enfermedad ya muy avanzada, ella tenía un no sé qué que embelesaba, y muchos sí sé qué seductores e irresistibles por los que los hombres podían comportarse como unos idiotas, subyugados por semejante encantamiento. Llegado el caso, harían fila para tirarse por la borda con tal de captar, aunque fuera por un segundo, el favor de su mirada. La indiferencia de Sibel creció precisamente como un mecanismo para repeler el constante asedio masculino y, en no menor fragancia, la envidia femenina. En el fondo, ella también se sintió extrañamente atraída por el tal Joaquín. Si me preguntan por qué, no lo sé; y tampoco creo que ella hubiera podido explicarlo.

Sibel actuaba con recato de monja, pues en su estado encontraba ridícula la mínima tentativa de amar. Y el amor que casi instantáneamente surgió entre ellos se le presentó en medio de una atmósfera enrarecida; cuando estaba sana todo lo que tenía que ver los hombres incluía las escenas de celos de otras mujeres, como si ella fuera la culpable de que la asedia- ran. Un saludable desdén fue la respuesta única a la infinidad de intentos de seducción. Hubo algunos conatos interesantes que le hubiera gustado que progresaran e ir más allá del inicial flirteo, pero fueron la excepción; en todo caso Joaquín era uno más, aunque su enfermedad lo ponía en camino de ser uno menos. ¿Cómo una personalidad tan esplendente pudo fijarse en alguien tan anodino? Normalmente Joaquín hubiera pasado inadvertido, pero en esta ocasión se favoreció con dos reflectores: uno, porque salió a relucir el escándalo de los periódicos; y el dos, el detalle irresistible para ella de que él también escribiera un diario.

La nota periodística sobre la muerte de Lamparero y la presunta participación de un enfermo terminal cuyo nombre era Joaquín, captó la atención de Sibel; y una vez que él cobró esa identidad, ella sintió un interés parecido al que despiertan las celebridades al ser reconocidas en un lugar público. Al menos eso fue lo que Sibel describió en su diario al finalizar el día, siguiendo la arraigada costumbre de resumir las experiencias de la jornada en un cuaderno. Ella reconocía que había algo raro, un sentimiento inexplicable ha-

cia un tipo que veía por primera vez, pero no quiso o no pudo describirlo. Después de todo, las personas a las que amamos al principio son siempre desconocidas.

La inclinación de Sibel por los diarios íntimos comenzó en su adolescencia de una forma tan integral como los cambios hormonales. Sentía una brizna de eternidad cada que lograba atrapar recuerdos de cada día que pasaba. Así llenó varios cuadernos que atesoraba con puntilloso celo. Con el correr de los años, la manía coleccionista se extendería a cosas diversas, imprimiendo un recargamiento barroco en su hábitat, el cual denunciaba, en su yo, el mexicanísimo pavor a los espacios vacíos, y que a la brevedad rellenaba con incontables objetos: caracolas, cuentas de mar, muñecas, caleidoscopios, brújulas, toda clase de reliquias como la pedacera de alguna pirámide egipcia, agua del Nilo (evaporada) y otras remembranzas de viajes, entre las que destacaban doscientas tres cartas de amor, un poema de puño y letra de Jaime Sabines, cenizas del Popocatepetl, una bola de cristal, un reloj de arena...

Intimidado por aquella belleza que hubiera preferido menos perfecta, Joaquín no encontraba el modo de acercársele sin empezar a temblar. Le parecía inconcebible que en su condición de moribundo pudiera experimentar una pasión tan poderosa, algo que no había sentido ni cuando estaba sano. El recuerdo de Miranda quedó instantáneamente eclipsado. Hizo un esfuerzo para verificar si ella en el mejor momento le había infundido algo así, y concluyó que ni de cerca Miranda le había inspirado esto que es lo más parecido a lo que había leído en tantas novelas románticas, pero que nunca le pareció posible para su propio corazón.

Como si fuera un detective, Joaquín se dedicó a preguntar a todos los compañeros acerca de lo que sabían de Sibel, y cuanto más conocía de ella, aunque fuera por los relatos de terceros, más fuerte era el embrujo. Sentía que este vuelco no sólo era algo inexplicable, sino hasta un poco estúpido dado el contexto. Pero por increíble que fuera, era real, único, algo por lo que valía vivir. Joaquín no puso en cuestión la autenticidad de su sentimiento, sentía valerosamente, es decir, con el temor de sentir que no podría dejar de hacerlo si quisiera. Un temor paradójico, pues sabía de antemano que nunca querría no quererla.

Durante su tiempo en tribuna, Sibel respetaba escrupulosamente las formalidades, pero después de la terapia los «ingenuos» se reunían en la cafetería para hablar de cualquier cosa. Contra su costumbre, Joaquín se mostró osado, buscando la manera de integrarse al pequeño grupo. Y lo consiguió, para su sorpresa, con suma facilidad. Sentados a la mesa, la tertulia carecía de orden y cada quien hablaba de lo que quería con quien estuviera a su lado, cada uno a su aire tanto si se sentía enfermo como si no.

Joaquín calculó mal y su descuido permitió que Porfirio se sentara entre él y Sibel, lo cierto es que entre aquellos había una amistad consolidada. Joaquín apenas pudo inducir la plática hacia el tema que le interesaba: todo lo relacionado con ella. Así se enteró del calvario de peripecias y decepciones sufrido en la búsqueda del riñón. Algo que Sibel no hubiera hecho en una sesión. Después de las pormenorizadas narraciones de fracasos y frustraciones, él llegó a una conclusión: dar con el agua de la eterna juventud habría generado menos contratiempos.

Porfirio comentó que sabía de una persona que había atravesado por un problema similar de trasplante de órganos y obtuvo un riñón de un familiar —él necesitaba un hígado—. Si bien ignoraba los detalles, hasta donde estaba enterado aquello tuvo un resultado exitoso. Sibel le respondió que eso ya lo había intentado; incluso un antiguo pretendiente le había ofrecido su riñón, pero resultó incompatible. Inmediatamente Joaquín se preguntó si el suyo podía servirle y le ofreció uno de sus riñones con el corazón en la mano. Sibel se quedó callada. No supo qué responderle, estaba confundida porque registró la pureza del ofrecimiento. Notó que no fue una pose, sino una oferta totalmente franca, y nunca había sentido tanta sinceridad a pesar de que se trataba de una plática de café. Para salir de su contrariedad, Sibel prosiguió con su relato. Tengo una prima lejana, dijo, que estaba dispuesta a ser donadora a cambio de una compensación que le ayudara a solventar sus apremios financieros. La prima hizo lo posible para demostrar que su motivación era altruista, pero bueno, las letras de cambio vencidas le delectaban noche y día la palabra bancarrota en sus oídos, y no veía inconveniente en recibir un apoyo desinteresado de su gente, por algo llevaba la misma sangre. Así lo contó Sibel.

Al contrario de la iniciativa de Joaquín, el doblez con que aquella hizo la oferta hubiera bastado para despertar todo género de dudas, pero el horno no estaba para bollos, tomándose por buena. El caso es que durante varios meses la prima vivió a expensas de Sibel sin que, por un motivo u otro, se concretara el trasplante. Una vez que las excusas y pretextos se acabaron, se amarró la fecha para la cirugía. Con sobrados motivos para desconfiar, cundió el presagio de que la donante no acudiría al hospital.

La prima se presentó con ánimo colaborador y una petición para que se depositase en su cuenta una cantidad de dinero más que respetable, pues en el acuerdo inicial no había considerado que después de la operación estaría impedida para trabajar. Tampoco había dado un golpe antes, pero no era el momento de discutir; se accedió a lo pedido con indignación, pero sin regateos. Así tanto la donante como Sibel fueron internadas. Pocas horas antes de la cirugía la oportunista se negó a firmar los documentos para autorizar la donación. Pese a los pagos que se le hicieron, no había ley que la obligara a cumplir con un “pacto de caballeros”; la infeliz se fugó del hospital.

Joaquín escuchó diversas historias de otros compañeros, mientras encontraba la oportunidad para acercarse a Sibel; cuando finalmente lo logró, no tenía una historia para contar, al menos no de su enfermedad. Tras muchos rodeos, carraspera en la garganta, titubeantes “sí, no, perdón, bueno...”, la invitó a comer. Ella no tomó mal la proposición, aunque le era imposible aceptarla porque ya tenía comprometidas un par de tardes con el grupo, especialmente con Porfirio por quien sentía un aprecio sin igual, cuya estrecha amistad nacida de estar ambos interesados en todo lo concerniente a los trasplantes los hacía como hermanos. Joaquín interpretó la negativa como algo definitivo, y francamente se apocó, fue más J que nunca. Asintió con un gesto sin elaborar siquiera una frase conciliatoria, le habría encantado que la tierra se lo tragara en ese instante.

Pasado mañana era una eternidad y un “después” fácilmente podía tomarse por un nunca. Joaquín se retiraba como un chuchito con el rabo entre las patas, pero Sibel lo detuvo conmovida por esos ojos que se despedían con indecible tristeza. Lo miró de frente con absoluta fijeza, sosteniéndole la mirada durante un breve instante, ese momento efímero y eterno en que dos soledades se tocan. El transcurrir del mundo se detuvo, y nada fuera de

esos ojos mirándose existía... ¿Por qué no vienes con nosotros?, no creo que a Porfirio le moleste, dijo ella. Joaquín asintió todavía con la expresión triste en su rostro, y ahora también desconcertado.

Sibel llegó al restaurante con retraso y tras ella apareció Joaquín, emocionado como un adolescente. En una gran mesa los esperaba el grupo. Porfirio, desparramado en su silla, llevando como siempre la voz cantante, los demás compañeros dividían su atención entre lo que decía él y lo que se intercambia en corto con el vecino. Habían reunido varias mesas para formar una sola en forma de herradura y dar cabida a catorce personas. Después del intercambio de saludos, la conversación fue copada por el tema de los trasplantes. Joaquín permaneció callado; la camaradería entre Porfirio y Sibel era como una cachetada para él. Se sentía intruso, y no pudo evitar un pellizco de celos por ser espectador de una profunda identificación, mientras él navegaba al margen.

Porfirio frisa los cincuenta y tantos años. Sus ojos almendrados, muy vivos, se ven pequeños en ese rostro redondo de tonalidad rosa. La corpulencia viscosa que soporta sugiere un prolongado sedentarismo, dieta con altos contenidos calóricos y una exigua afición por la práctica del deporte. Es un impresionante hombrazo de unos ciento cuarenta kilos de peso. Un ser colosal y apocalíptico. A su lado, las madonas de Rubens son esbeltas. Y es que su régimen alimenticio ha sido muy severo: mientras pudo comió todo lo que hace daño.

De natural es compasivo, pero a la mínima provocación puede dar un quiebro insólito hacia un talante de capitán sofocando una insubordinación. Zalamero y espontáneo, cada vez relata dolencias increíbles que acaban siendo derivaciones de enfermedades comunes y corrientes. No hay secuencia mórbida que le sea ajena, como todo buen hipocondríaco.

Informado de los demás, conoce al dedillo los cuadros clínicos vigentes en la terapia colectiva, pregunta con pertinencia por la evolución de los calvarios ajenos antes de entrar en la materia de su predilección: los padecimientos propios, persuadido de que todo el mundo se preocupa por los

altibajos de su salud. Infatigable para quejarse de un cansancio crónico que le amenaza con hacerlo desfallecer en cualquier suspiro, dice, o para ser precisos, va diciendo, puesto que no le concede reposo a la danza continua de su lengua sibilante, que el único lugar en que podría sentirse a sus anchas es el quirófano. Consciente de que tal afirmación es provocativa, aguarda para deleitarse con la reacción de sus interlocutores, y luego acomete con más verborrea. Si regreso otra vez al quirófano es que encontraron un hígado para mí, dice. Pero para llegar a este punto es requisito imperdonable agotar su cuadro clínico, revisar los antecedentes y los síntomas, proseguir con las causas y los posibles remedios, que no excluyen la cábala. A causa de una transfusión de sangre contaminada padece del hígado. Es el único del grupo que tiene posibilidades de sobrevivir desde un punto de vista técnico, siempre que encuentre el nuevo órgano que sustituya al caduco. De cualquier modo, con esa propensión a enfermarse hubiera sido imposible denegarle su credencial de moribundo.

Porfirio conocía el mundo kafkiano sin haber leído una sola página del escritor maldito; sabía por intuición que la vida de Sibel y la suya no diferían mucho de la angustia que siente Joseph K en *El proceso*; a ella la respeta y admira, pero en el fondo algo de Sibel le molesta, quizá en obediencia a que él tiene una mente burocrática que aprecia el orden y las jerarquías, pero ignora todo de la libertad, por eso desdeña la constante rebeldía que ella tiene por bandera.

A causa de la necesidad de un riñón, Sibel se interesó por los vericuetos que dificultan el acceso a los órganos en vías de ser trasplantados, y eso la hermanó con Porfirio. Ambos buscaron y juntos se toparon con el hermetismo de los funcionarios que tenían que ver, así fuera de un modo tangencial, con la transacción de órganos. La turbiedad prevaleciente en estos circuitos, dijo Porfirio, permite especular con cierto fundamento sobre la existencia de un espacio de clandestinidad, quizás hay una red organizada para traficar con los órganos. Fue tal la laxitud de las referencias que obtuvimos, que no pudimos determinar cómo operaba lo legal ni mucho menos el mercado negro. Encontramos evidencias —aunque no muy contundentes— de que algunos indigentes, en especial niños de la calle, han sido secuestrados para extraerles algunos órganos; los rumores y los dichos que apuntan en

esa dirección son cada vez más frecuentes, pero se hace de tal modo que no dejan huellas. Habrá que esperar a que la ambición los descubra, ya que un funcionario corrupto pocas veces es atrapado por su delito, si alguno cae es por soberbio y avorazado, no por robar ni corromperse. El grupo escuchaba con atención, y de vez en cuando alguien asentía con una cabezada para mostrar que seguía la plática.

Pese a la densidad de las desventuras, el ambiente era fraternal, amable. Se podía hablar sin reservas con cualquier integrante de la mesa. El efecto es que nadie quería irse y las horas allí podían estirarse. Al retirarse, cada uno se sentía más lleno de energía que fatigado. Si la reunión se prolongaba Sibel tenía que ir al baño varias veces.

Mientras ella regresaba, Porfirio le contó a Joaquín que hacía pocos meses Sibel había sido requerida en calidad de aspirante número uno para el trasplante por el que tanto había luchado. La donante era una joven de dieciocho años que llevaba casi un mes en estado de coma a causa de fuertes contusiones en el cráneo, como consecuencia de un aparatoso accidente automovilístico en el que perdieron la vida tres personas. El cuerpo de la muchacha presentaba diversas lesiones y magulladuras, así como fracturas en las extremidades inferiores. Gracias a los cuidados de los médicos, los tejidos y huesos dañados estaban restañándose; sin embargo, la probabilidad de que recuperase la conciencia era casi nula. Si hubiese llevado puesto el cinturón de seguridad no habría estrellado la mollera con el parabrisas; pero no se lo abrochó y nada hay más triste que un hubiera, añadió Porfirio con un gesto que significaba resignación.

Sibel, prosiguió Porfirio, se sentía incómoda por esa situación, lamentaba aquel accidente y el triste destino de la muchacha que en un segundo pasó de la vida plena al estado de coma. Estuve con Sibel todo el tiempo, apoyándola en lo que podía, pero no pude hacer nada para que superase la sensación de malestar por recibir el órgano de una persona tan joven cuya vida se truncó repentinamente. Recuerdo que los doctores nos explicaron que es normal que el receptor experimente tal animadversión y hasta sentimientos de culpa, pero eso irá desvaneciéndose ante las exigencias de la rehabilitación y la expectativa de recuperar una vida normal. Le vaticinaron que ella pronto alcanzaría una especie de comunión espiritual con la donante; incluso hay

pacientes que inventan cábalas de agradecimiento y dialogan con sus órganos como si fueran huéspedes que tienen voz y voto cuando las circunstancias lo ameritan. Aunque lo quisiera, no sería uno de esos —remató Porfirio con una sonrisita que resultaba extraña en ese rostro grande y mofletudo— yo tendría que olvidarme de eso para no enfermarme de nuevo.

Joaquín quería saber de Sibel, y le pidió que le siguiera contando. Petición que a Porfirio podía encantarle, aunque la historia en sí fuera un desastre...

—Sigo, sigo —dijo Porfirio entusiasmado por incorporar a otro interlocutor cautivo a su lista—. En la mesa se formaron varios corrillos, pero Joaquín sólo estaba interesado en el suyo para absorber información. —El trasplante debía realizarse de inmediato, pero se postergó 24 horas porque el quirófano no estaba listo. Los esterilizadores del hospital funcionaban a medias por falta de vapor, debido a lo cual se ordenaron las respectivas tareas de mantenimiento para las calderas. Realizadas las reparaciones, la cirugía volvió a programarse y a posponerse, esta vez porque Sibel presentaba síntomas de resfrío...

—...En el ínterin, la donadora volvió del coma milagrosamente. Sin duda, una razón de peso para cancelar el trasplante de un modo definitivo —remató Porfirio—. Sibel tomó la noticia bastante mal, claro, pero noté en sus ojos una tristeza más allá de lo concebible. Se sentía, además, culpable del virtual asesinato que estuvo a punto de cometer. De no ser por la gripe, ella le habría quitado la vida a esa joven. No hubo argumento que la persuadiera de lo contrario, porque para una Sibel en pleno desconsuelo todo encajaba en un embaste de circunstancias improbables donde la única conclusión era matar o morir.

Al contrario que Joaquín, ella prefería morir antes que matar. Entonces —dijo Porfirio— noté que ella no podía más, como quien dice estaba por aventar la toalla. Cayó en un estado de depresión que requirió de ayuda profesional. Fue así que la convencí de que se incorporara al grupo de la doctora Stein. Joaquín estaba impresionado por el desenlace del relato, pero eso no fue óbice para que le preguntara a Porfirio sobre otro asunto aparentemente marginal: ¿cuánto tiempo tenía de conocer a Sibel? Respondió que no mucho, un par de años cuando más, aunque la amistad propiamente dicha nació en los últimos seis meses, que han sido de un intenso y constan-

te apoyo mutuo. A Joaquín le agradó la respuesta porque empezó a atisbar una nueva manera de percibir el paso del tiempo y la duración. Cuando vio la manera en que Sibel y Porfirio conversaban percibió un afecto y esa familiaridad que no tuvo por menos de pensar que eran amigos de toda la vida, y contra esa clase de relaciones prolongadas no podía disputar los privilegios que se derivan de una historia común larga, antigua. Sí —admitió Porfirio— parece poco tiempo, pero la experiencia de la comunión ha sido total y de siempre. Joaquín asintió lleno de alegre optimismo.

Porfirio prosiguió con su interminable perorata y acabó hablando de sí mismo. Explicó que son muchos los enfermos que compiten por la glándula que él necesita, y abrumadoramente escasos los donadores, de manera que son reducidas las probabilidades de salir agraciado en esta contienda desgraciada por cualquier ángulo que se le vea. Pero para retener la atención de Joaquín debía mencionar a Sibel. A mí me gusta platicar con ella, remarcó Porfirio, aprovecho los descansos y al final de cada terapia intercambiamos ideas, planes, bromas y buenos deseos. Es una mujer que entiende los problemas que se enfrentan para obtener cualquier órgano en donación, pero sobre todo entiende de la vida.

Hicieron una pausa para recibir de nuevo a Sibel en la mesa. Esta vez Joaquín hizo el movimiento adecuado para quedar al lado de ella, lo malo fue que Porfirio acaparó el otro costado y acabó mandando en la conversación. Reducido a segunda voz, a Joaquín no le quedaba más que seguir la plática en busca de una oportunidad para intercalar algún comentario, pero si el tema era el de los trasplantes carecía de elementos para participar. Envuelto en la dinámica de Porfirio, Joaquín se limitó a preguntar, y para no ser tan obvio en su tentativa de acercamiento a Sibel, decidió buscar la conversación y apoyo con otros compañeros. No era lo que deseaba, pero consideró que no podía forzar las circunstancias. La parte positiva de esta táctica es que le fue útil para construir después la biografía del grupo.

Un solo cuerpo —dijo Porfirio— puede ofrecer órganos para realizar más de treinta trasplantes, pero debido a la escasez de donantes, el asunto tiende a

convertirse en una práctica de rapiña, propia de hienas y buitres, sin agravio a la estima de estos animales, los cuales cumplen con la función que les ha encargado la naturaleza, y sí los despreciamos es únicamente porque han tenido mala prensa. Hasta ahora los intereses péfidos y la maraña de procedimientos burocráticos frustran la utilización adecuada de la donación como un servicio altruista del más elevado valor ético. Sibel se estremeció por esta descripción tan cruda. Joaquín lo notó y de inmediato quiso reconfortarla dándole una suave palmada en el hombro con lo más tierno de su ser. Parecía un acto muy simple, pero ese movimiento iba preñado de tantas emociones. Había la urgencia de la solidaridad y de la entrega, envuelto de un magnetismo que parecía amor, y era amor. Así cada acción, por mínima y sutil que fuera, producía efectos devastadores sobre las corazas que utilizaban para protegerse. Ella le devolvió la demostración de cariño con un gesto agradecido, en una sintonía secreta y estremecedora. Un intercambio sutil invisible a los ojos de los demás.

El restaurante era modesto, pero podía presumir de buena cocina. Suele ser muy concurrido, aunque en esta ocasión, por ser tarde, había varias mesas libres. Sibel y Porfirio conversaban, mientras Joaquín tenía tiempo de sobra para socializar con los otros compañeros. De todos modos, era manifiesto que algo raro estaba germinando debajo de la mesa. Ella se dio cuenta de que prefería que Porfirio se fuera, deseaba que todos se despidieran para quedarse sola con Joaquín. Era un sentimiento inexplicable, y le costó asimilarlo. Porfirio no se extrañaba del interés de Joaquín por Sibel, pero creía que ella no le iba a corresponder, de manera que no veía mal aprovecharse de los afanes de Joaquín para meter otra de sus peroratas.

Una mesera se acercó a ofrecerles algo, dándole un respiro a Sibel, quien hizo una silenciosa deferencia. Porfirio había comido poco, apenas unas verduras cocidas, aunque con su imaginación degustó el menú completo. Joaquín lo miró con extrañeza; lo que abrió otro tema de conversación, porque Porfirio creyó oportuno glosar sobre la comida. Decía sentirse libre de la avaricia de un hígado, pues reconoce que para obtener un órgano impoluto es inevitable que otro ser humano muera y que otros muchos pacientes sean descartados. Aquí la alternativa es excluyente por definición: supone la muerte del donante y acelera el fin de los que no resultaron elegi-

dos. Tal es la razón por la que Porfirio, en el fondo, prefiere no competir. En cambio, confesó no tener la misma indiferencia respecto de asuntos más terrenales, como su gusto por el tocino, el mojo de ajo y untarle mantequilla al pan. Desde que le vedaron esta clase de sabores concentrados los añora con mayor ímpetu, cumpliendo con la paradoja del espíritu humano consistente en intensificar las sensaciones de placer con aquello que le es prohibido. Para él nada es igual sin la mostaza, las especias, el curry picante o las tabletas de chocolate. Las dietas blandas le han castigado duramente constituyéndose en un infierno paralelo al de su enfermedad; no obstante, sostiene Porfirio, ha mantenido el régimen alimenticio prescrito sacando fuerzas de flaqueza, que en rigor, para él, serían fuerzas de gordura.

Sibel dejó para más tarde la posibilidad de pedir otra cosa, prendiendo en Joaquín el sentido de la solidaridad, obligándolo a aguantarse las ganas de comer a sus anchas —como solía hacerlo cada vez que podía evitar el insípido menú del hospital— conformándose con la tabla de quesos y una sangría sin alcohol.

Súbitamente, Porfirio empezó a carraspear como si tuviera la garganta reseca o algo se le hubiera atorado en el gástrico. Joaquín le acercó un vaso de agua. Porfirio se daba golpes de pecho, literalmente. Primero leves, luego más fuertes. Intentó levantarse, pero le fue imposible, se quedó en el filo asiento mientras intentaba toser. Sibel y Joaquín lo veían sin poder hacer nada. El resto del grupo también se mantenía a la expectativa. Joaquín se puso de pie y se colocó a la espalda de Porfirio con la doble intención de ayudar a levantarlo o darle golpecillos, mientras el acceso de tos se hacía más estentóreo. La desesperación aumentaba; con un brusco e involuntario movimiento Porfirio tiró el servicio de la mesa. El sonido de los cubiertos y los platos fue como un alarido duro de animal herido.

Al principio Porfirio pensó que eran unas flemas, luego vino una desesperante sensación de asfixia. Sentía que algo lo ahogaba y los espasmos de la tos no lo liberaban. Empezó a arrojar sangre por la boca y la nariz, manchando de una manera espeluznante lo que estaba a su alrededor. Más por el susto que por la falta de oxígeno, se desvaneció con la certeza de que moriría. Joaquín también estaba al borde del colapso, aterrorizado, mien-

tras Sibel luchaba por mantenerse ecuánime y útil. Aquel hombre manando sangre sin cesar era un espectáculo dantesco.

Joaquín se quedó completamente paralizado ante aquella montaña humana desgajada. La sangre, el caos de sillas y mesas, la muerte en persona; entretanto, Sibel telefoneó a la Cruz Roja desde su teléfono móvil. No pudo haber hecho nada mejor, con esa oportuna llamada le salvó la vida a su compañero. La ambulancia no se demoró, lo que llevó más tiempo fue la dificultad de los paramédicos para levantar aquel corpazo exánime.

Porfirio llegó inconsciente a la sala de urgencias, allí le aplicaron medicamentos para controlar la hemorragia y le insertaron una sonda por la nariz para ejercer presión con aire sobre las várices que habían explotado. Le fijaron un catéter a la altura del pecho para descongestionar la zona comprometida por el desbordado flujo de sangre, pero una vez que le quiten el susodicho aparato lo más probable es que no sobreviva.

Joaquín se sintió un poco más tranquilo en la sala de espera, pero seguía sin saber qué hacer, se echó de ver que carecía de experiencia en estas lides, en contraste con la calma glacial de Sibel. Naturalmente, el médico se dirigió a ella para explicarle lo sucedido:

—Toda vez que el tejido deteriorado del hígado impide el flujo normal de sangre —dijo el médico— el cuerpo abre a presión vías de circulación alternativas, produciendo inflamaciones en las venas, o sea várices, las cuales aparecieron en el esófago del paciente, y son tan frágiles que pueden reventarse en cualquier instante, como usted lo comprobó. En pocas palabras, estaba ahogándose por dentro mientras expulsaba borbotones de un espeso líquido escarlata por la boca. Sibel escuchó callada. Joaquín se encargó de avisar a los familiares de Porfirio y enterar a los compañeros del grupo que del restaurante pudieron desplazarse al hospital.

La esposa (Lola), llegó 35 ó 40 minutos después, con relativa rapidez tratándose de la Ciudad de México. Ya en la sala todos aguardaban las noticias con un Jesús en la boca. El estado crítico del paciente no podía esclarecerse hasta que pasaran setenta y dos horas. Había que dejar pasar ese intervalo para determinar si la evolución de la crisis tomaba su cauce de recuperación o derivaba en un sesgo fatal cuando retirasen los aparatos. Lo ocurrido espantó a Joaquín de un modo que congeló su capacidad de res-

puesta. Se sentía mal porque su conducta dejaba que desear y seguramente por ello había decepcionado a Sibel. Por otro lado, tenía la impresión de que esto le había templado los nervios y confiaba en que Sibel le comprendería y le diera una segunda oportunidad. Fue como un rito de pasaje a la mayoría de edad. Sí, tenía vergüenza y miedo, pero no era tanto a la muerte como a la ignorancia de lo que debía hacerse. Quizá es un matiz demasiado sutil para explicarlo, pero el fuero interno de Joaquín sabía a qué se refería: la conciencia de que había ingresado por fin a la rara esfera de los moribundos, un submundo al que ahora pertenecía. Dicho de otro modo, este bautismo de sangre lo unió de manera profunda con sus compañeros de destino. Sibel interpretó el evento casi del mismo modo, pero además albergaba un sentimiento adicional que no podía, o más bien, no se atrevía a descifrar. Estaba enamorada. Ese sentimiento la desconcertaba. No pudo evitar pensar en que todas sus experiencias previas, en lugar de traerle felicidad, el amor le había deparado dolor y decepción.

Al explorar semejante novedad sentimental ella reconstruyó la aparición de Joaquín desde que la ocasión en que se desvaneció en la primera sesión. Ciertamente, eran pocos días de conocerse. Sólo unas horas si se comprime el tiempo al tiempo de la convivencia efectiva entre ellos. Destacó en su memoria el momento y el modo en que se miraron cuando acordaron comer juntos, entonces se percató de que él mostraba un interés y una intención que iba más allá del compañerismo. Lo captó enseguida y no le pareció mal. Con tan poco tiempo delante, todos los asuntos relacionados con el corazón fluyen velozmente, entonces los segundos cuentan como horas y las horas son años.

Sibel le abrió el corazón a Joaquín sin pensárselo dos veces. Lo sintió como una necesidad más que como un acto voluntario. Por eso en los primeros momentos en que estuvieron a solas, le habló de asuntos que había callado inclusive en las terapias, revelando partes desconocidas de su vida y de su corazón. Le contó de su ex marido, del divorcio, de la soledad, de las ganas de amar si no estuviera enferma. Joaquín le preguntó por qué había decidido compartir cada detalle de su historia clínica y de su biografía sentimental. Ella no sabía el porqué, y le habría sido imposible razonarlo. Acá no intervino el intelecto. Al confesarse así descubría con sorpresa que po-

día sentir lo que sentía Joaquín. Una afinidad automática y absoluta más allá de la química del enamoramiento.

Sibel pertenecía a una familia de cierto abolengo, en la actualidad venida a menos, aunque ella sigue viviendo como ciudadana del primer mundo. Todo lo tuvo y lo ha perdido casi todo, ya no tenía nada que le importara hasta que apareció Joaquín. Y realmente es como una aparición. Apenas lo ha tratado y sin embargo está persuadida de que pasar estos trances sin él sería el peor de los infiernos.

Desde muy joven viajó alrededor del mundo. Y en su espíritu no dejó de hacerlo nunca. Estaba acostumbrada a imponer su personalidad en medio de cualquier adversidad. Aprendió a no pensar en el dinero ni para bien ni para mal, distaba de ser manirrota. Tenía ideas poco elaboradas acerca de lo complicado que era hacer dinero, concentrándose en el otro polo: ¡gastarlo! Parece fácil gastar dinero, pero en realidad pocos saben hacerlo a cabalidad, pues la posesión de mucho dinero genera situaciones metafísicas de una complejidad que ni Fausto con Mefistófeles tenía. En última instancia, Sibel se adaptó al código que llevaba inscrito en la sangre, el cual no iba a verse afectado por la simple eventualidad de carecer de un capital abundante en algunos períodos de su vida. Cuando tenía con qué era amablemente dispendiosa, cuando no, no.

Consistentemente, Sibel mantuvo una concepción del mundo idealizada, creyendo desde niña que había venido a la Tierra para ser feliz. Se entiende que le faltaba experiencia para pensar así, lo curioso es que se hizo adulta conservando esa convicción. No se doblegó ante la adversidad y ni siquiera su enfermedad a costas le hizo cambiar de opinión: seguía pensando que vivía en el mejor de los mundos posibles. Si había otros mejores y formas superiores de vivir en ellos, no le concernían: éste era el que le había tocado y no deseaba nada más que aprovechar lo que la vida le daba.

Apenas llevaba unos meses en México luego de varios años de residir en Europa, cuando creyó haberse topado con el hombre de su vida. En el esplendor de su juventud se desposó con un empresario exitoso, 20 años

mayor. Un hombre apuesto, mundano e interesante hasta las canas, que cada día acrecentaba su fortuna gracias a una aguda visión para negocios con altos rendimientos. Tenía, además, nervios de acero para realizar inversiones con trasfondo especulativo y amigos íntimos en la cúpula del gobierno, con quienes de algún modo compartía dividendos sin que nadie pudiera constatarlo; era un secreto a voces su condición de “prestanombres” del presidente. También se decía que se beneficiaba de un manejo abusivo de información privilegiada. En suma, fuera de algunos rumores atribuibles quizás a la envidia, el tipo era un formidable cheque al portador.

La madre de Sibel le aconsejó que lo meditara. Para cualquier otra mujer sería una oportunidad inmejorable, pero no para su hija, acostumbrada a alternar con el jet set. El pretendiente parecía muy sólido, tal vez un poco demasiado viejo, pero tenía otros talentos que compensaban las desventajas. Mientras Sibel viajó dejó una cifra indefinida de corazones rotos en el viejo mundo. Cualquiera que hubiese revisado los sellos postales de la correspondencia que recibió en los meses subsiguientes a su repatriación habría pensado que no fue a Italia a estudiar, sino a gestionar la unificación europea.

Como toda hija, Sibel cerró los oídos para los consejos de la madre. No se dio el tiempo de conocer a fondo al pretendiente y tomó la decisión de casarse con cierta precipitación. La única afinidad realmente sólida era que tanto él como ella sabían para qué sirve el dinero y tenían el coraje de gastarlo en consecuencia. Así lo hicieron desde la luna de miel. Pareciera que el ajetreo de uno de esos viajes transoceánicos le dañó el estómago, porque después de unas vacaciones presentáronsele a Sibel diversos desórdenes digestivos y, además, se trajo sin pago de impuestos el horario de París en el biorritmo; un persistente *jet-lag* provocó que durante tres o cuatro semanas se levantara de la cama cuando todos se disponían a dormir, y a la inversa. El marido se sintió personalmente agraviado por aquellos trastornos que lo forzaban a una castidad sin recompensa, y él no era el tipo de hombre que estuviera dispuesto a condonar la deuda corporal del matrimonio por una enfermedad. Exigiría a Sibel el pago del débito carnal con intereses. Fue la época en que por primera vez ella experimentó algunas dificultades para orinar y cuando al fin lograba expulsar cierta cantidad de líquido sentía un dolor leve, pero lo suficientemente molesto para incomodarla.

En su visita al médico le dijeron que se trataba de una ligera infección en las vías urinarias, pero nada de cuidado; le recetaron antibióticos y reposo. Cansada, ingirió el medicamento y se acostó temprano. Había sido una jornada como cualquiera, el único evento inusual fue precisamente la consulta médica, pero en realidad nada que debiera destacarse. En su diario lo consignó de un modo telegráfico: visita al médico. Nada más. Entonces nadie habría imaginado que una sombra siniestra se cernía en su destino, lo cual me hace pensar que tanto la gran Historia como las pequeñas historias de los individuos, se delinean con la participación de personajes que no saben para dónde van y, por lo tanto, lejos están de poder alterar conscientemente la cadena de acontecimientos que culmina en hazañas épicas o innumbrables calamidades. En esto consiste el entreverado de pasiones humanas, circunstancias, accidentes y milagros, que encierra el misterio de la vida; y, para los enfermos, como sugería Schopenhauer, un malestar agiliza la intención de tomar un puñal en cualquier momento para suicidarse (que se refiera a un puñal y no a una pistola delata su pertenencia al siglo XIX; tanto con un arma como con otra, el apunte es válido todavía, y aún no le veo fecha de caducidad).

Joaquín bebía los pasajes de la vida de Sibel con avidez, embriagándose adrede para sofocar el dolor de no haberla conocido antes y en otras circunstancias. No todas las historias que le contaban eran agradables. Pero la voz de Sibel sonaba invariablemente como un suave y misterioso canto de sirenas que lo hechizaba.

En cierta ocasión, Sibel ocupaba el quinto lugar en la lista de candidatos y fue llamada junto con los cuatro que le antecedían, para determinar cuál de ellos era compatible con el riñón oferente de una persona que había sucumbido a causa de un asalto, la cual llegó al hospital en estado lamentable, pero con vida. En la sala de emergencias se hizo cuanto se pudo sin que logran salvarla. Con una varilla de acero, unos rufianes le habían partido la cabeza, destrozándole el cráneo. El dictamen fue muerte cerebral, pero se mantuvo el cuerpo a base de aparatos, en vías de su posible utilización como donador múltiple, pues la mayor parte de sus órganos estaban intactos.

Transcurrieron varios días sin que nadie reclamara el cuerpo, cumplidos el plazo y los requisitos formales procedía desconectar el respirador arti-

ficial que lo mantenía en estado vegetativo. A partir de ahí la cuenta regresiva no puede durar más de cuarenta y ocho horas. Resultó que Sibel era la más abocada para recibir el riñón; otro joven se quedaría con el hígado; el resto de órganos y tejidos utilizables se ubicarían en otros hospitales.

Sibel ingresó al hospital mientras que el resto de los aspirantes se iría a su casa a esperar a que Dios repartiera la suerte de nuevo. Ya antes había sido monitoreada en casos de donadores múltiples, pero al final otros fueron los elegidos. A diferencia de las convocatorias anteriores en que se hizo acompañar por su madre, esta vez había acudido sola. A nadie le avisó ni creyó necesario suspender su agenda del día en la creencia de que estaría libre en un par de horas. De modo que al ser seleccionada la pillaron con una gran cantidad de pendientes y minucias sin resolver. Tampoco traía consigo el hatillo de objetos indispensables, así que nada de pantuflas ni cepillo de dientes; pero qué podía importar si por fin recibiría el huidizo órgano que por tanto tiempo se le había escapado.

Pasó esa noche en vela, en medio de graves reflexiones acerca de la vida y la muerte. Escarmentada por los intentos frustrados que había acumulado, y consternada por el terrible hado del donador, Sibel expresó su voluntad de no exponerse a otra prueba desagradable. Los médicos tenían la autorización para hacer lo que hacían; por ese aspecto estaban cubiertos. La cirugía había sido programada para la mañana siguiente. Pero durante la madrugada, el destino hilvanó una cadena de acontecimientos absurdos. Cuando nadie lo esperaba, a diferencia de Godot, llegó la esposa del interfecto a identificar el cadáver hasta ese momento anónimo. Fue el atestiguar una tragedia: hecha un mar de lágrimas la mujer reconoció a su marido en esa masa inerte que le presentaron. Puesto que el occiso tenía la cara desfigurada, la ahora viuda basó su certeza en una vieja cicatriz en forma de escorpión que el marido lucía en el brazo izquierdo. El forense hizo la comprobación. Sin resquicio de duda, la identificación era positiva; entonces la joven pidió que le entregaran a su esposo para cumplir con el rito funerario. El personal médico trocó su sentimiento de solidaridad con la doliente por una sensación de azoro. Con el mayor tacto se le intentó explicar a la joven viuda el contexto en que había ocurrido el deceso y la forma en que tenta-

tivamente se habían distribuido los órganos; pero ella no tenía oídos para nadie, y difícil es culparla por eso.

—Señora, créame que entiendo su dolor, pero ya nada puede devolverle la vida a su esposo. Probablemente a él le habría parecido un último gesto de caridad que sus órganos fuesen entregados a personas que los necesitan —dijo el doctor en jefe.

—Sólo quiero que me regresen a mi marido. Mi religión no permite la donación. Prefiero morir antes que aceptar siquiera una transfusión de sangre —rebatía la mujer.

—Acaso no se da cuenta de que si usted se lleva el cuerpo sin permitir la donación cargará con la vida de los enfermos que podrían sobrevivir si tan sólo...

— ¡No me importa!, ni siquiera conozco a esas gentes —atajó indignada.

El doctor no pudo conservar la calma, y tal vez eso influyó en el derrotero de la negociación:

—Señora —continuó el galeno —le suplico que no sea estúpida. Allá arriba hay un joven que casi tiene la misma edad de su esposo, y que está esperando un hígado para rehacer su vida. Por un momento haga a un lado su dolor y póngase en los zapatos del muchacho enfermo. Explíqueme que una mujer fanática prefiere dar de cenar a los gusanos, en lugar de salvarle la vida a un ser humano...

Los sollozos de la mujer interrumpieron la peroración del médico. Al final la viuda se salió con la suya, y amenazó con demandar al hospital convencida por su fe de que estaba haciendo lo mejor para su esposo muerto... Sibel se quedó en silencio, asintió como si supiera que exactamente eso iba a pasar, pero sus movimientos mostraban descoordinación, su cuerpo se negaba a digerir la noticia de que la cirugía se había cancelado. Partió a su casa invadida por sentimientos de rabia y desesperación. Lo más fácil era cargarle la cuenta al fanatismo de la viuda; sin embargo, sabía que no era una decisión individual la que le había privado del riñón, sino el carecer de un mecanismo que facilite el desahogo de estos conflictos humanos y éticos sin violentar el estado de ánimo de los deudos. Se dio mil explicaciones sociales y culturales, pero al final no pudo reprimir una imprecación contra la pinche vieja fundamentalista.

La historia de Porfirio no era diferente si bien él había sido enfermizo de toda la vida. Era un hipocondríaco muy creativo para imaginar toda clase de padecimientos sin que eso se tradujera en ausencias en el trabajo. La primera y auténtica incapacidad que recibió fue a causa de un accidente: una puerta de cristal se quebró cerca de su copiosa humanidad, asestándole múltiples cortes, aunque aparatosos en realidad no eran de peligro. La abundante hemorragia que manaba sin pausa impresionó al médico practicante a cargo de las emergencias, quien ordenó apresuradamente una transfusión de plasma para compensar la pérdida. Tal vez el nerviosismo del personal produjo la confusión, tal vez fueron otras las causas, lo cierto es que algo inusitado sucedió en esa sala: un agente letal se introdujo en el torrente hemático del herido.

Pese al prolongado período de convalecencia, Porfirio no logró recuperar su antiguo nivel; sentía un agotamiento constante, fiebres y náuseas intempestivas. El percance que le había producido sólo lesiones superficiales fue interpretado por él como una señal de que debía emprender cambios radicales en su vida. Una invitación para modificar su futuro inmediato sin que supiera todavía de la repugnante calamidad que estaba gestándose en su hígado. La intuitiva anticipación de Porfirio lo predisponía al combate en un terreno desconocido. Regresó a trabajar antes de que le quitaran los puntos de sutura, pero ya no volvió a ser el mismo. El decaimiento físico contrajo su concepción del mundo, haciéndolo pesimista y desconfiado. Durante los lapsos de inactividad cada vez más extensos tenía mucho tiempo para replantearse metas y plazos. Buena parte de su vida la pasó agobiado por los síntomas de unas enfermedades que no tenía. Hoy contempla su incierto destino marcado por una auténtica invasión. Tuvo entonces la certeza de que su estado grave era genuino. Por terrible que sonara ahora sí tenía que pensar en la posibilidad de morir. Esta vez no era una enfermedad imaginaria, sino algo tan concreto como la cirrosis en estado avanzado que le habían diagnosticado. El ejército de antígenos era superior al de los anticuerpos: el cuerpo de Porfirio estaba perdiendo la batalla. Le parecía inconcebible la idea de morir en el corto plazo, como si tener planes bien

proyectados aportara alguna clase de inmunidad; se me figura una superstición idéntica a la de alguien que responde a la noticia intempestiva de que un conocido recién ha fallecido: “¡no puede ser que haya muerto, pero si lo vi ayer!”, como si ese vistazo fuera un antídoto todopoderoso.

Lo acontecido por la hemorragia en el restaurante fue también una prueba para el espíritu de Porfirio. Apenas pudo hablar conversó con su esposa (Lola) acerca de lo que le pasaba por la mente y lloró con rara dulzura. Su intención inicial era contener sus sentimientos para no echar a andar la susceptibilidad a flor de piel de su mujer, de por sí imaginativa para preocuparse por las peores tragedias que jamás sucedían. Resultó que ambos compitieron para determinar quién era capaz de llorar más.

A juzgar por su aspecto exangüe y su contextura tan poco atlética nadie hubiera apostado por una pronta recuperación de Porfirio, sus condiciones físicas eran deplorables. Sin embargo, él tenía un espíritu combativo que trabajaba fortaleciendo su sistema inmunológico, constituyéndose en la prueba de que los deseos de vivir influyen poderosamente en el restablecimiento de la salud. La ruta de la enfermedad hacia el restablecimiento o la muerte se había definido ya en función de la oferta de hígados. Porfirio no podía regresar a la oficina, y tenía que hacer un enorme acopio de fuerzas para modificar sus hábitos alimenticios. Era indispensable que bajara de peso de una manera controlada.

Después del ingreso al hospital Porfirio superó la cresta de la crisis. De la terapia intensiva fue trasladado a una sala de recuperación que compartía con cinco pacientes más. El perímetro de la habitación apenas daba para las camas, no había espacio para las visitas. Los enfermos estaban demasiado cerca uno del otro, tan cerca que los quejidos resonaban como un eco diabólico en los oídos de Porfirio, haciéndole difícil conciliar el sueño. Pero su fatiga era proverbial y terminó por quedarse dormido sin darse cuenta. Las luces de la estancia estaban apagadas y sólo algunos foquillos rojos y verdes de las máquinas se veían como luciérnagas en medio de la oscuridad.

De repente Porfirio despertó con gran sobresalto al sentir que una mano misteriosa lo sujetaba con una fuerza descomunal. Estaba aterrorizado. No era una pesadilla. Intentó desasirse, pero carecía de tono muscular en su brazo. La sonda que tenía en la boca le impedía gritar y con el brazo que

tenía libre no alcanzaba el botón de alarma para pedir auxilio. Estaba oscuro, como quien dice quedó circunstancialmente mudo, ciego y paralizado. Una fantasmal tenaza lo tenía atrapado, cuya fuerza neutralizaba la débil resistencia que Porfirio podía ofrecer. Pasaron dos horas infernales que se le hicieron como una cadena perpetua, hasta que una enfermera pasó por allí haciendo su ronda con una lámpara en la mano. Ella no se mostró sorprendida por el hecho de que el enfermo de la cama contigua se hubiese aferrado a Porfirio en el instante de morir. Con la mayor naturalidad se limitó a separar esa garra entumecida por un casi instantáneo *rigor mortis*, luego limpió la cama para disponerla inmediatamente. Otro usuario la necesitaba. Hizo toda esta labor con total indiferencia, la rutina la había entrenado para soportar la miseria humana, para ella los cuentos de terror de Allan Poe son juegos de niños.

Porfirio, todavía presa del susto, empapado por el sudor y mojado por su propia orina, pidió que lo sacaran del hospital inmediatamente. Lo consiguió no sin antes prometerse que apenas pudiera tenerse en pie iría a la Comisión de Derechos Humanos para denunciar el hacinamiento en que convalecen aquí los enfermos. De momento, sólo le urgía regresar a su casa. Las siguientes noches tuvo horribles pesadillas en las que la Mano pachona, la Llorona, los Nahuales y toda una legión de fantasmas, aparecidos y espíritus vengativos de las leyendas mexicanas, le perseguían.

A diferencia del solitario Joaquín, Porfirio tenía a su familia y muchos amigos. No por ello el papel del grupo de apoyo era menos importante para él. Allí encontró amigos excepcionales, como Cheo, un personaje clave en esta historia de quien no hemos dicho una palabra, porque la técnica narrativa no permite que se cuente todo a la vez. Aunque los hechos sean simultáneos y estén tejidos indisolublemente, primero escribimos sobre un nudo de acciones y luego seguimos con otro, como si fuesen ajenos y distantes en el tiempo.

Cheo es nada menos que el custodio de los diarios de Joaquín y el encargado de divulgar lo allí escrito, algo que lo convierte en otro narrador. De hecho, en este momento no sé si soy una inteligencia narrativa convencional que gobierna esta trama o soy él.

3. ¡Prohibido fumar!

La recompensa definitiva de la muerte, no morir más.
Federico Nietzsche

Cheo tiene cuarenta y cinco años. De tórax inmenso, el cuello como tronco y unos brazos de leñador, da la impresión de que si se lo propusiera podría doblar barras de acero auténticas con la misma facilidad que lo hace el hombre fuerte de un circo con las falsas. Se ha dejado crecer el pelo para hacerse una cola de caballo, redondeando su indiscutible semblante bohemio; en el breve intervalo de un pestañeo sus ojos verdes pasan de la atención plena a la ausencia. Padece una de las enfermedades más extrañas en este particular universo de disfunciones, cuya incubación es dilatada y difícil de diagnosticar. Es una vorágine que progresa de manera implacable y, en su avance al ataúd, confinó al enfermo a una silla de ruedas. Por la falta de circulación, Cheo tiene ennegrecidas las puntas de los dedos de ambas manos. De La plaga es quien más se ha complicado la existencia buscando salidas erróneas para atemperar su malestar, el cual ha devenido por momentos en una ruina espiritual de pronóstico reservado.

Es arquitecto; se licenció con mención honorífica y sorprendentemente en menos de un año como profesional se hizo de un despacho propio, mismo que en corto tiempo creció como espuma luego de cerrar un primer contrato grande que atrajo otros más en una seguidilla que parecía no tener fin, con lo que sus privaciones económicas fueron desapareciendo en la misma proporción. Su esposa (Silvia) estaba orgullosa, pero deploraba que su marido fumara en exceso e ingiriese cualquier clase de píldoras en un afán de prolongar sus periodos creativos. Sin darse cuenta, como suele suceder, Cheo franqueó el límite de lo que se puede considerar normal, llegando al peligroso punto en que no podía dormir sin su “reina” (el

tranquilizante llamado *Rhoypnol*) y como sus efectos disminuyeran empezó a mezclarlos con otras sustancias que ingería con grandes tragos de whisky; luego necesitó duplicar la dosis de *Prozac* para despertar al día siguiente con su cabeza a duras penas despejada.

El matrimonio de Cheo y Silvia funcionó ejemplarmente en los aspectos prácticos, así como el amor supo manejar con mesura el impulso recibido del bienestar económico. A menudo se admiraban por la audacia que habían demostrado para defender su relación a capa y espada frente a los familiares que no le veían futuro. Su deseo de casarse no recibió la aprobación con facilidad, sobre todo de parte de los padres de ella. Ahora los hechos parecían dar la razón a la joven pareja. Comprensiblemente, sentían que ya ningún obstáculo en el mundo podría separarlos y la noticia del primer embarazo hizo que su felicidad fuera completa. Además, al nacer la niña trajo su torta bajo el brazo, pues en coincidencia con su llegada cayeron jugosos contratos para realizar enormes proyectos, incluso Cheo tuvo que buscar apoyo de otros despachos. En este auge, emprendieron la construcción de una enorme casa, proponiéndose inaugurarla en el primer cumpleaños de Naty. Lاپso que se cumplió como un suspiro.

La fiesta se celebró puntualmente y tal como la proyectaron o mejor, sobrepasando el optimismo más complaciente. La celebración fue apoteósica, con juegos pirotécnicos, payasos, magos y una retahíla de detalles a cual más ingeniosos. La estabilidad familiar rebosaba en sentimientos de algarrabía y magnanimidad. En igual tenor transcurrieron años de trabajo para ellos, sin más particularidad que la de una persistente buena estrella; algo destacable en un contexto caracterizado por la inestabilidad de la diosa Fortuna y las múltiples relaciones sentimentales rotas.

En eso estaba Cheo cuando la sociedad de ex alumnos de arquitectura convocó para su reunión anual. Era esa una tradición añeja, pero él no había asistido a ninguno de esos eventos. Silvia tampoco era particularmente afectada a este tipo de reuniones, pero Cheo manifestó su intención de asistir porque quería participar en el partido de fútbol. No sentía curiosidad alguna por volver a toparse con sus antiguos compañeros, pero sabía de la importancia que le concedían al partido (en los campeonatos universitarios habían ganado varios trofeos), y estaba deseoso de retomar su antigua forma física, pare-

ciéndole un buen pretexto para prepararse. Este argumento venció la negativa de Silvia: el partido era un aliciente que alejaría a Cheo de fumar y de las pastillas, al menos por un rato. En contra de lo que cabría esperar por tanto descuido y abuso, él se encontraba en condiciones relativamente buenas, manteniendo una complejión más vigorosa que robusta, no muy diferente de cuando egresó aunque con la cintura más gruesa a punto de echar panza; en todo caso, la perspectiva de la “cáscara” le entusiasmaba.

La convivencia escolar nada tuvo de extraordinario, ni siquiera en la cursilería que las distingue. Las efusiones de sorpresa rápidamente cedieron su lugar a la incompatibilidad reinante entre seres extraños que nada tenían en común, por grande que hubiera sido su afinidad en el pasado. Los años que habían transcurrido —alrededor de una década— no eran tantos como las diferentes etapas de madurez y las desiguales perspectivas de vida que separaban a los antiguos camaradas. Si alguien había progresado en su desempeño profesional era Cheo. Él personalmente había ganado un par de concursos internacionales, y su despacho era reconocido como uno de los más exitosos, tanto por la originalidad de sus proyectos como por las ganancias económicas netas. Era ya un pequeño emporio asociado con una firma estadounidense.

Cheo sólo quería jugar fútbol y entró a la cancha a divertirse. Las acciones fueron monótonas, lentas e ineficaces, pero eso no hizo decaer el ánimo de los que con cerveza en mano apoyaban a los jugadores desde la orilla. Esposas y niños gritaban con una envidia que merecía mejor espectáculo. El primer desgarrar muscular acaeció en los minutos iniciales, mucho antes de que se hubiera dado siquiera una llegada a gol. A poco, los equipos entraron en ritmo y las jugadas se eslabonaron creando situaciones de peligro en ambas porterías. Cheo rompió el empate con un potente tiro de media distancia que hizo inútil la estirada del portero. Lo celebró con mesura. A los pocos minutos abandonó el campo a causa de un golpe que lo lesionó. Presentaba una pequeña huella del impacto que había recibido en la pantorrilla; en realidad la excoriación no parecía de cuidado, pero le dolía lo suficiente para que no quisiera arriesgarse. Se disculpó y se despidió al mismo tiempo con señales malhumoradas. Fue a recoger sus cosas y partió sin más. Silvia un tanto sorprendida cargó con Natalia y se echó al hombro el arsenal de enseres indispensables para la niña. Fue todo tan repentino que

no hubo quien se ofreciera a ayudarlos. A duras penas llegaron al estacionamiento, ella introdujo a Natalia en la parte trasera del auto y se dispuso a conducir en vista de que su marido renqueaba ostensiblemente.

En la casa, Cheo se puso hielo para evitar una mayor inflamación y aliviar la sensación de malestar. Silvia acostó a la niña, y ofreció de cenar al lesionado; ante la negativa se retiró a descansar un tanto preocupada. Tomó una revista y leyó hasta que la venció el cansancio, mientras tanto él decidió pasar la noche en el cuarto de la televisión, para no causar incomodidades con las bolsas de hielo y los almohadones sobre los que había colocado su pierna para mejorar la circulación. Sentía un dolor agudo con una intensidad que le parecía infernal; trató de recordar la acción que le había ocasionado el problema, pero no atinó a determinar si fue una patada, un pelotazo, una colisión o una caída. En fin, el asunto carecía de importancia, pensó que al día siguiente estaría recuperado.

En la mañana, la magulladura había desaparecido, pero Cheo aún sentía cierta irritación. Algunos compañeros llamaron para preguntarle por la lesión y él contestó que se sentía estupendamente. Se enteró de que su equipo perdió tres goles contra uno, sintiendo el escozor que ataca a los ganadores natos, aun tratándose de juegos amistosos. Después de otros telefonazos que acabaron por fastidiarlo, pidió que dejaran de pasarle llamadas, a menos que fueran del despacho. Una semana después el asunto de la lesión había sido archivado, y cuando todo parecía volver a la normalidad, en altas horas de la noche Cheo fue despertado por un dolor súbito. Empezó a gritar como si le hubiesen dado una artera puñalada. El susto que le pegó a Silvia fue como salida de una película de terror. Todavía presa del espanto, ella se levantó de la cama en busca del teléfono. Luchando por moderar la desagradable sorpresa, Cheo le dijo con palabras confusas que no era necesaria una consulta de emergencia, si bien la molestia en la pierna era real, su escandalosa reacción fue motivada por una especie de pesadilla: había soñado que le amputaban la pierna. Sobreponiéndose a la turbación, trató de tranquilizar a su mujer diciéndole que sólo necesitaba una bolsa de hielo y un par de analgésicos. Con avidez se llevó a la boca dos cápsulas, empinándose el vaso de agua entero. Dejó de quejarse, pero la incomodidad lo mantuvo a duermevela el resto de la madrugada.

Al despertar, con una expresión de horror en el rostro, Cheo se descubrió un impresionante hematoma que abarcaba casi la mitad de su pierna. Para no inquietar inútilmente a Silvia decidió ocultárselo. Hartas dificultades afrontó para levantarse y estar listo para dirigirse al despacho. Revisó su agenda con azoro, pues sabía que estaba al tope de compromisos. Cuatro citas seguidas, una de ellas muy importante. Decidió cubrir la junta que consideraba inaplazable, y cancelar las restantes para dejarle un espacio a una consulta médica. En el curso del día fue incrementándose la intensidad de la irrupción dolorosa hasta que de plano alcanzó un umbral insostenible. Para entonces Cheo ya no podía tenerse en pie; sudaba copiosamente cuando le sobrevino un mareo y una fuerte sensación de náuseas. Quién sabe de dónde sacó la fuerza para pedir que lo llevaran a un hospital y que le avisaran a Silvia, antes de caer desvanecido.

En el trayecto al hospital recuperó la conciencia, pero seguía desorientado, no sabía dónde estaba ni adónde lo llevaban. Sólo repetía el nombre de Silvia una y otra vez con voz queda, simulando el rumor de una monótona plegaria. Durante la recepción en el hospital Cheo pudo responder algunas preguntas, se había despejado un poco y, como no llegaba Silvia, fue él quien trató de explicar el posible origen de su dolencia. El relato fue coherente, pero algo no embonaba. Sintiendo como una tarea imposible el bajarse los pantalones, le pidió al médico que rasgara la prenda para que pudiese ver la causa que lo tenía transido de dolor. El aspecto de la pierna hablaba por sí mismo. A falta de mayores datos, el médico creyó oportuno administrarle un tratamiento de emergencia a base de anticoagulantes, vasodilatadores y analgésicos morfínicos, pensando que se trataba de una trombosis periférica. El efecto fue positivo y el mal remitió en las siguientes horas.

El cuadro que presentaba Cheo era sumamente extraño, y causó desconcierto en los médicos, por lo demás, muy dados a enfrentar toda clase de malestares inexplicables. En esta ocasión estaban en ascuas, limitándose a recomendar reposo. Lo que procedía era la realización de diversos estudios para establecer una estrategia terapéutica adecuada. Hubiera preferido no avisar a sus padres, pues aborrecía causar alarma en vano, pero ellos tenían parte de la información en sus cuerpos, porque se precisaba una historia clínica pormenorizada que contemplara más de una generación.

Cheo tomó conciencia de que nunca antes se había enfermado de algo ni medianamente grave, y le pareció terrible descubrirlo en una cama de hospital en espera de unos resultados de los que podía esperarse cualquier cosa, desde algo leve hasta muy delicado, aunque por los dolores tan agudos que padeció debía aceptar que era más probable lo malo que lo bueno. Estuvo internado tres días bajo estricta observación, pero los médicos no lograron establecer un diagnóstico que definiera el desconcertante fenómeno. Lo dieron de alta con las reservas del caso; el resto de la semana lo pasó en casa, convaleciendo sin entender todavía lo que estaba sucediéndole. Aunque las marcas exteriores del daño habían desaparecido, el dolor no sólo continuaba, sino que parecía extenderse.

Los pendientes en la oficina comenzaban a ejercer cierta presión, por lo que Cheo se enfocó en desahogar las cuestiones más apremiantes. Las obras que tenía a su cargo acusaban un retraso fácilmente remontable si lograba reincorporarse pronto. Parecía que lo peor ya había pasado, mas el restablecimiento total no venía todo lo aprisa que hubiera deseado. Para no caer en la desesperación, procuraba darle mantenimiento continuo a la esperanza, constriñendo su mente impidiéndole que divagara en lo que pasaría si se viera impedido de trabajar por un periodo más largo.

Sin que el dolor mitigara del todo, Cheo hizo un esfuerzo para regresar a su rutina. Los estudios no ofrecieron pistas esclarecedoras ni para bien ni para mal. Por lo mismo, no podía establecerse un tratamiento específico. Cheo empezó a adaptarse a las condiciones que su cuerpo le infligía, a base de coraje, disciplina y barbitúricos. Sus jornadas de trabajo, de por sí arduas, se convirtieron en un vía crucis cotidiano; para resistir dependía cada vez más de los analgésicos. En apariencia, había recuperado la normalidad, incluso estaba ya iniciando un periodo de rehabilitación aferrado a la convicción de que tenía los arrestos para superar cualquier obstáculo. La aparición de una insidiosa tumoración lo hizo vacilar, reanudándose un nuevo ciclo de estudios y tratamientos, aunque ninguno fue efectivo para evitar el surgimiento de moretones en su pierna, produciendo dolores tan intensos que nadie podría soportarlos sin la ingesta de poderosos fármacos. Al principio las dosis eran moderadas, pero cada vez fue haciéndose necesario incrementar la potencia de los medicamentos.

Así pasaron tres años de altibajos y de continuos experimentos infructuosos, hasta que un especialista determinó que los síntomas correspondían a un mal conocido: *Paniculitis Reticular Recidivante Aguda y Crónica-Enfermedad de Weber and Christian*. A Cheo no le decía nada ese descubrimiento, pero su calvario finalmente tenía un nombre. Se trata de un padecimiento del sistema circulatorio, raro en extremo, cuya morbilidad es de un caso por cada veinticinco millones de personas. Es muy poco lo que se sabe de esta enfermedad y se desconoce un tratamiento positivo. Pero al menos tenía ya una referencia concreta, un punto de partida firme, quizá un motivo de esperanza depositado en los avances de la ciencia.

La enfermedad impuso ciertas condiciones en la vida de Silvia y Cheo, reclamaba tiempo y cuidados, pero a final de cuentas fue absorbida por las rutinas con que ellos le hicieron frente. El amor y el optimismo hicieron más que los tratamientos ortodoxos y su consabida profusión de medicamentos. Contaban con un seguro médico de elevada cobertura que les permitió emprender una serie de expediciones para consultar expertos. Abrigaban la impertérrita convicción de que alguien tenía la fórmula para liberarlos del azote que los hacía sufrir, por lo tanto, era cuestión de encontrarlo, y buscaron con denuedo. Consultaron más de una docena de médicos, se esforzaron hasta lo indecible sin lograr recompensas significativas.

El trabajo empezó a escasear no bien se corrió la noticia de la vulnerable condición de Cheo, aparte de sus constantes ausencias con motivo de los tratamientos a que se sometía, más las horas y la energía que consumía en averiguar cuáles y dónde se localizaban los centros de investigación adecuados. Silvia se mantuvo de una pieza, pero él empezó a tener rachas de escepticismo y mal humor por la falta de buenos resultados. En lapsos de debilidad Cheo contravenía las indicaciones, abusando de lo que le quedara más a la mano, fuera una dosis de *Nubaín*, alcohol o tabaco, donde lo más peligroso, por cierto, era el cigarro, dado que la nicotina le espesaba la sangre congestionando todavía más su precario sistema circulatorio. Él lo sabía, pero terminaba por rendirse ante un dolor y una angustia incontrolables.

Una mezcla de compasión y furia incendiaba el corazón de Silvia, y con esta carga explosiva se detonaban escenas conyugales violentas, sembrando resentimiento y desesperanza en ambos. Es curioso, apenas ella se abando-

naba al desaliento, él respondía apelando a lo mejor de sí mismo para salir del hoyo depresivo. Y a la inversa. En esta tesitura se mantuvieron varios meses, que si peleaban o que si no; en una de esas, movidos por los efectos de una dulce reconciliación, engendraron una noticia que más tarde los sorprendería. El nuevo embarazo de Silvia fue recibido con una sensación ambigua de alegría y pesar, aunque por momentos la balanza se cargaba a lo segundo. El advenimiento de un hijo podría ser el cemento que sellara el resquebrajamiento causado por las agresiones que se habían proferido en los momentos álgidos, pero también era evidente la consternación por el impacto que mellaría aún más el estado crítico de su economía.

Además, indagaron hasta la obsesión para determinar las posibles consecuencias que pudiera tener la enfermedad de Cheo sobre el feto, pactando con el corazón en la mano que el embarazo sería interrumpido apenas se tuviera la mínima certeza de que el bebé heredaría el padecimiento. La investigación fue complicada porque en realidad no existían antecedentes en qué fundar las hipótesis pesimistas. Desde un punto de vista lógico era poco probable que una enfermedad de tan ínfima incidencia pudiera ser hereditaria. Esta vez la ley de las probabilidades se cumplió. Finalmente, Marcos nació sin problemas, superando sin daño lo complicado que fue el contexto emocional de su periodo de gestación. Con su sonrisa la criatura parecía decir: ¡no hay problema! El niño fue un bálsamo en esta constante de dolor. Mientras el despacho caía en picada. Para no cerrarlo Cheo buscó asociados, mismos que llegaron con relativa facilidad debido al prestigio bien cimentado del despacho. Primero pactó con un socio, luego vino otro, y otro más hasta que Cheo perdió toda influencia sobre el negocio que con tanto tesón había fundado. Económicamente, estaba peor que al principio del matrimonio, pero se trataba de la vida, no de dinero, por lo que siempre se podía reiniciar, aunque fuera desde cero. Vendieron la casa y se fueron a vivir a un pequeño departamento rentado, en la orilla de la ciudad. Durante nueve años sobrevivieron a las crisis en rangos de peor a mal; las breves y espaciadas buenas rachas apenas sirvieron para apaciguar a los prestamistas.

Cheo sufría de dolores lacerantes casi todo el tiempo, hasta que experimentó un dolor que no había sentido, más agudo en la pierna izquierda. El efecto de los sedantes fue nulo; pasó la noche aquejado por molestias

devastadoras. El equipo médico se declaró incompetente para atender un mal del que sabían muy poco, recomendándole a Silvia que gestionara el traslado de su esposo a un hospital de especialidades en donde contarán con mejor equipamiento y más ciencia, porque allí habían realizado ya todo lo que humanamente podía hacerse. Ella hizo lo conducente. Cheo fue internado en otro nosocomio, y fue sometido enseguida a otra cirugía. Los resultados no mostraron la mejoría esperada y pronto no hubo acción más que añadir. Discurrieron veintiséis días de internamiento sin que el paciente exhibiera señales de bienestar. Le practicaron un bloqueo que por alguna razón inexplicable lo dejó inmovilizado del tronco inferior, con pérdida de sensibilidad en la pierna derecha y sin control de esfínteres.

Los médicos intentaron sofocar el persistente dolor de Cheo con meticoloso profesionalismo hasta que se llegó al tope que cubría el seguro, por lo que le dieron de alta sin haberlo restablecido en lo más mínimo. Convaleció en casa de un modo penoso, con el espíritu invadido por inquietudes y desasosiegos inenarrables, erizado por el dolor, maldito dolor hostigándolo sin tregua. Hasta el ruido más insignificante lo cimbraba como si se tratara de un avión supersónico pasando a unos metros de su cabeza; y el pétalo de un rosa sobre su pierna era capaz de producirle la sensación de un hierro candente, ni siquiera a sus hijos podía tenerlos cerca sin sentirse crispado en cada poro de su piel... Esa distancia forzosa que debía interponer con sus seres queridos lo lastimaba más que la enfermedad.

Un disminuido Cheo, arrebuado en sus sábanas, no tenía aliento ni para quejarse. Utilizó la poca conciencia que le quedaba después de tanto medicamento para tratar de no orinarse, pero fue inútil: la incontinencia lo humillaba una y otra vez. De pronto, inadvertidamente, se le desprendió un fragmento de su pie. Silvia pidió ayuda a gritos cuando descubrió el dedo gordo de su marido entre las sábanas. Una ambulancia recogió al aturdido paciente.

Pocas personas tienen idea de la importancia que tiene el dedo gordo para plantarse con seguridad, al menos eso fue lo que intentaron explicarle a Cheo para que tuviera paciencia a la hora de emprender la rehabilitación, pero no tuvo oportunidad de comprobarlo, porque la herida de la operación nunca cicatrizó, lo cual obligó a otra cirugía para contener el proceso gangrenoso. Se convino una medida drástica: amputar la pierna izquierda diez centímetros arriba de la rótula.

La pérdida de un pedazo podrido de su cuerpo, apenas le provocó una ligera cabezada de resignación. Los dolores que lo martirizaban le habían insensibilizado más que toda la sarta de bloqueos que los médicos habían intentado. Cuando le anunciaron la cirugía, se limitó a decir: ¡otro de mis sueños que se hace realidad! Pensó que al menos durante la anestesia total aboliría los constantes agujonazos que lo martirizaban. Pese a que no entendía la enfermedad en su totalidad, sabía lo que conllevaba y decidió que lo más conveniente era permanecer en casa acostado con sus pies en volandas. Tarde o temprano vendría el momento de regresar al quirófano. Como ya presentaba un síndrome de dependencia por la morfina, Cheo recurrió a un tratamiento de acupuntura, que resultó nulo de toda nulidad. El malestar se generalizaba. Desesperado, exploró todo lo imaginable. Un tratamiento herbolario que concluyó con la amputación de un dedo, cuya cicatrización tardó poco más de seis meses. En el ínterin, la ulceración se extendió. Así le llegó su oportunidad a los remedios naturistas, que igualmente le dieron significado al concepto de fracaso. La enfermedad avanzaba como una marea lenta que tarda en romper, pero en cuanto lo hace inunda y obstruye la periferia del sistema circulatorio. Agotados los recursos de alópatas, homeópatas, acupunturistas y herbolarios; frustrado por sanadores, chamanes, brujos, niños milagrosos y charlatanes; desencantado por los ángeles, los santos protectores y los arcanos, Cheo apenas consiguió redefinir en su diccionario personal la palabra impotencia. Se sentía vencido en toda la línea, comprendió que hasta el momento todos sus esfuerzos habían sido infructuosos. Ya sin la esperanza de sanar, se conformaría con que las ráfagas de dolor que lo atormentaban le dieran una tregua.

En un acto irreprimible de desesperación frente a los brutales achaques, Cheo se clavó una jeringa en el dedo índice con la intención de inyectarse un anestésico, pero sólo consiguió que casi automáticamente apareciera una ulceración, consumiéndole toda la yema. Un mes después del arrebato fue necesario mutilarle el dedo pinchado. Tardó cuarenta y cinco días en cicatrizar, no así el sentimiento de culpa que aún está lejos de suturar. Visto en otra perspectiva, podríamos decir que la cuota resultante fue mínima: si el pinchazo hubiese caído en el centro de la palma, probablemente estaríamos hablando de la pérdida total de la mano. Se impone una terapia psico-

lógica, a la que Cheo se resiste por temor a que le priven de narcóticos. Tal indisposición supersticiosa hizo fracasar a varios psicoterapeutas. Por otra parte, el dolor en la pierna derecha se incrementó y la capilaridad epidérmica llegó a un grado de fragilidad imposible; pero ya nada le importaba a Cheo y decidió que no se sometería a más tratamientos. Para decirlo tajantemente, tenía la intención de dejarse morir.

En dieciséis años de padecer la *Paniculitis reticular recidivante*, el saldo era: un dedo de la mano diestra, la pierna izquierda de la rodilla para abajo y el pie de la otra cortado por encima del tobillo. Por si las mutilaciones no fueran suficientes, se avizora un divorcio: el proceso de la enfermedad no entendía de corazones ni razones. Silvia lo había aguantado todo y tenía para más si se trataba de la enfermedad, pero eso no incluía la adicción a las drogas. No pudo soportar ver a Cheo inyectándose morfina todos los días.

Él tomó la noticia de la peor forma. Hecho un energúmeno atenzó a Silvia con sus todavía poderosos brazos y la abofeteó. Perdió la cabeza. Al día siguiente Silvia regresó con unos grandes lentes oscuros para ocultar los moretes en los ojos y acompañada por una abogada, cuya presencia estuvo de más. Cheo estaba tan avergonzado que prefirió firmar los papeles rápidamente para que ella pudiera retirarse como era su deseo. El divorcio le dolió más que todo el dolor de su padecimiento. Era fácil suponer que sin el apoyo de su esposa claudicaría, pero por esas cosas inexplicables que la vida tiene se creció ante la adversidad. Los terribles agujijones que lo inmolaban un rato sí otro también, siendo como eran siempre, pasaron a un segundo plano. La separación le significó descender al más profundo de los infiernos. Como venida de una alucinación, sintió haber recibido una orden: la asombrosa deliberación para dejar la morfina. Algo aparentemente sin explicación, lo cierto es que desde entonces dejó de drogarse. Aún pensaba en la muerte, pero Cheo se prometió que estaría “limpio” cuando llegaran los estertores finales: quería pensar que su cadáver pasaría cualquier prueba antidoping. Transcurrió un año sin que se presentaran cambios catastróficos en el ritmo de su padecimiento. La falta de medicamentos no incidió de un modo apreciable en su organismo, salvo por el martirio del dolor. La enfermedad seguía evolucionando, es verdad, pero de algún modo la entereza que había mostrado lo hacía sentirse un poco mejor.

El aparato digestivo de Cheo empezaba a descongestionársele tanto como su mente sobrecargada de malos presagios. Asimismo, el influjo de las sesiones de AA le abrió un panorama de posibilidades espirituales, sosegándolo y liberándolo. La dependencia emocional de los analgésicos cedía de forma perceptible, aunque para enfrentar los periodos críticos se permitió ciertas dosis controladas. Habría sido inhumano pretender superar el asalto del dolor sin semejante recurso, pero en lo que concernía al tabaco, alcohol y morfina, no se concedió la más mínima defeción. Aunado a ello, Cheo se opuso a repetir los tratamientos ya fracasados y a recurrir a las puertas falsas que habían demostrado su ineficacia. En contra de la opinión de los médicos, sugirió abreviar el repunte del padecimiento con otra amputación. Los especialistas aconsejaban postergar tal cirugía; sin embargo, se rindieron ante las evidencias ofrecidas por el paciente.

No había cicatrizado completamente el muñón de su pierna, cuando Cheo empezó a asistir a la terapia de la doctora Trinidad Stein. En menos de un mes el arquitecto había cambiado radicalmente: el cuerpo reducido a la mitad, pero su espíritu se había expandido. Un inesperado aire de optimismo refrescaba el carácter del enfermo. De forma misteriosa la vida compensa por un lado lo que quita por otro. Él abrió los ojos respecto de su condición existencial. Al carecer de ambas piernas obtuvo, por fin, la visión íntegra de su destino humano ceñido a una silla de ruedas, aceptando una serie de adaptaciones con las que tenía que familiarizarse. Causaba admiración ver en ese cuerpo mutilado una fuerza inconmensurable.

Joaquín se le acercó, si bien ya no estaba desesperanzado, ahora se sentía confundido. Pensaba que algo podía aprender de ese optimismo, pese a la enfermedad más cruel y el abandono. Platicaron largas horas mientras esperaban la recuperación de Porfirio y de esa conversación resultó este capítulo.

—¿Cómo es que puedes sentirte bien estando en esa silla? —inquirió Joaquín con una sinceridad curiosa que desterraba toda mala intención.

—Es sencillo —dijo Cheo— ahora todo en mi vida marcha sobre ruedas... Bueno, un lugar común, pero ahora aplicado a un hecho singular: ¿cuántos como yo pueden decir lo mismo? —remató el arquitecto.

La visualización es uno de los ejercicios de la terapia que más agrada a Joaquín, porque le gusta imaginarse su curación. Con los ojos cerrados, reconstruye el escenario donde su sistema inmunológico penetra formidables tumores y los destruye. Trata de limpiar su espíritu no menos que su sangre. Cada uno de estos intentos son como las señales de un faro que se abren paso en medio de la niebla espesa, para guiar a los marineros desorientados por una tormenta; esas imágenes redentoras son débiles destellos de una mente creativa cuyo resplandor orada las sombras del homicidio de Lamparero que todo enturbian. Joaquín naufragaba en la tormentosa soledad sin que él lo hubiera decidido, y del mismo modo le llegó la luz con la presencia luminosa de Sibel. El filósofo Pascal sostenía que, pese a vivir en sociedad, el hombre nace, vive y muere solo. Y Joaquín parecía seguir el aforismo al pie de la letra, pero entonces ¿qué papel juegan los demás en la vida de un individuo? ¿Cómo pensar esa sed insaciable de otro que llamamos amor? Fue preciso indagar en tu historia sentimental, Joaquín, para que te dieras cuenta de que tus relaciones amorosas transcurrieron siempre a una velocidad inusitada, tanto era el vértigo que a veces pensabas que eso que fue en realidad no fue, como si todos y cada uno de tus recuerdos hubieran sido implantados en tu memoria para darte una identidad ficticia que ahora no reconoces ni entiendes; incluso dudas de si lo que hoy es, es.

Desde el primer esbozo en tu diario, notaste que las líneas dominantes de tu biografía conducían a un relato que te resultaba plano y sin emoción, ceñido a la verdad de una vida sin emoción y plana. En contra de Schopenhauer, quien sostenía que *“la historia de la vida es siempre la historia de un sufrimiento”*, tú no habías sufrido verdaderamente y carecías de una historia. Pesaba en ti, Joaquín, la soledad, el tedio y la falta de pasión, hasta que sobrevino la enfermedad y, poco después, un homicidio. Tu vida era una madeja de incontables hebras, y tras ella una Parca voraz quiere cortarla de tajo con su filosa guadaña. Leíste unas páginas de tu diario, y te sorprendió haber plasmado tu vacío existencial sin suprimir detalles cuestionables ni añadir gratuitamente excusas. El resultado fue un amasijo de pasiones frustradas al que no se le veía intención ni oriente. Por eso te

retumbaba la frase de batalla del grupo: ¡Vivir sin sentir es vivir sin sentido!, un mero tópico, pensaste al escucharla por primera vez; sin embargo, tenías que admitir que tus experiencias eran pobres porque provenían de un protagonismo carente de significado en la gris monotonía en que convertiste tu vida. Algo que no daba visos de cambio hasta que subiste al carro de la muerte en persecución de tu propio fantasma. Ahora Sibel y el renacimiento del amor contradice todo lo que has pensado.

Te veo, Joaquín, expurgando en tus cuadernos, buscas algún indicio de los tiempos mejores. Hojeas con mirada atenta, das vuelta a las páginas con movimientos frenéticos, pero tus esfuerzos son inútiles. Por más que exprimes tu memoria no encuentras una edad de oro. Te cuesta recordar lo que jamás sucedió. Hacia atrás nada te produce añoranza, salvo la emoción de la lectura: la filosofía y la literatura, como si tu vida no fuera más que una ficción. Quizá suena terrible, pero sería eso o nada. ¿Es cierto eso de que la historia es la ficción de lo que sucedió, mientras que la ficción es la historia de lo que pudo haber sido? Con Sibel en tu vida todavía puedes cambiar algunos “fue” por “así quise que fuera”, y reconstruir sin fatalismo el camino que te trajo a este punto muerto de tu vida —sin omitir el artero homicidio—. Buscas una acción que explote los yacimientos de valor y profundidad proveniente de tantos libros leídos; hoy estás en condición de superar tu falta de decisión para actuar. Ninguna de tus habilidades y preferencias te proveyó de confianza, pero tu enfermedad mortal, sí. Con tu desidia querías plagiar a tu amado Schopenhauer: *“la vida es tan corta, insegura y fugaz que no vale la pena hacer un gran esfuerzo”*. Al fin y al cabo cualquier empeño acaba en la muerte; el más popular de los filósofos mexicanos, José Alfredo Jiménez, quizá tiene razón cuando afirma que la vida no vale nada (y con deudas, menos).

Sibel aparece en todos tus pensamientos, Joaquín, no puedes ni quieres dejar de pensarla, aunque esa obsesión te desconcierta. ¿Enamoramiento? Te niegas a reconocerlo. ¡No es amor, es imposible que lo sea!, tratas de convencerte. Es más fácil creer en lo imposible que en lo improbable, escribes o piensas que lo escribes. En tu diario aparecen tachaduras muy significativas; párrafos completos quedan así anulados. De las líneas legibles rescato: *Tener fe es la voluntad de sumergirse en una creencia en la que nadie*

más cree. *Mi cura es imposible, pero necesito creer que todavía hay por allí un remedio. Necesito asirme a los vuelos de la fantasía, si encuentro el amor podré exiliarme de mi cuerpo enfermo para descifrar el enigma de la muerte...* Hay, además, varias citas de Schopenhauer: *“Podemos considerar también nuestra vida como un episodio fútil y perturbador en la dichosa paz de la nada”*. Reblandecido por la certeza inapelable de la enfermedad corroyéndote, te niegas a aceptar la posibilidad del amor, amando: Sibel te desarma y confronta. Ni el solitario empedernido que fue Arthur Schopenhauer puede brindarte consolación; además, estoy seguro de que también él habría abjurado de sus principios si hubiera conocido a una mujer como Sibel.

Tratas de guarecerte en tu soledad, por moribunda más sola y ciega. Los días se acumulan en progresión geométrica. Puedes elucubrar a tu antojo. Lee con atención, Joaquín, de lo que tú haces una coartada tu admirado filósofo hizo su proyecto de investigación: *“la vida es una cosa precaria y yo me he propuesto consagrar la mía a reflexionar sobre ella”*. (No queda claro si se refería a lo que entraña vivir o a que es una cosa precaria todo lo que concierne a la vida, pero en definitiva no es el alcahuete de tus pobres ideas, al menos escribió creyendo que él pertenecía a la posteridad). Tú ni siquiera te atreves a soltar tu corazón. Sibel te espera y tiene prisa; como a ti, le queda poco tiempo, ya casi es un fantasma.

Hace pocas semanas estabas hundido en una sensación de náusea, tal como la describía Sartre, aunque en realidad era tu propio vómito. Meses de tortura sin encontrar una explicación que te devolviera la calma. Ningún lenitivo para esa ansiedad sin límites. Hoy conoces el pronóstico: estás desahuciado, pero no eres el único. Usurpado por emociones indescifrables, Joaquín siente la agitación del enamorado —incluso la muerte te da unas breves vacaciones—. El tiempo prosigue su cuenta regresiva. Tienes frente a ti una nueva oportunidad de sobreponerte, ay Sibel.

Octubre 13

Joaquín tomó la tribuna, quiere liberar su pecho de tanta carga almacenada en estos días, pero no se atreve a ir directamente al grano. Confesar lo que

siente por Sibel ahora es como enterarla de un sentimiento personal mediante la prensa. Finge; prefiere desmenuzar la jornada posterior al 11 de septiembre porque a la distancia le parece clave. Fue por la conmoción que produjeron los actos terroristas y el asesinato de Lamparero, que llegaste al grupo y pudiste conocer a Sibel. Resulta intrincado explicar el itinerario que recorrió para llegar a este punto. Puede parecer triste, pero estar todavía aquí es un regalo, y amarla es una dicha. Aunque dure poco no dejará de ser un obsequio maravilloso. La amas porque muere contigo y la amarás después de muerta. Admites que no entiendes por qué ese acontecimiento (el S-11) te sacó del letargo ni cómo fue que ella se metió en tu corazón.

Reuní fuerzas —confiesas en tu diario— para enfrentarme al espejo y observé un rostro, en primera instancia, normal. Lejos estoy de aparecer demacrado, mis gestos conservan sus líneas de expresión habituales y mis mejillas su rubor. Joaquín explica que había evitado toda clase de reflejos para no chocar con su propio rostro, temeroso de toparse con una efigie irreconocible. Esperabas una imagen tétrica, un espectro con grandes órbitas oscuras y una palidez sepulcral. Para sorpresa tuya, Joaquín, en la visión de cara a cara contigo mismo descubriste una mirada profunda y una expresión vital que jamás habías conocido; tan profunda que parecía de otro, como si la imagen reflejada fuera independiente y poseyera albedrío en ese mundo paralelo de espejos. No viste con tus ojos ignorantes de señales mortales lo que quizá sería evidente para un observador especializado. De inmediato, rasuraste la barba que orlaba tus mandíbulas con aire patético y después de un confuso encadenamiento de hechos llegaste aquí.

Sentiste unas ganas urgentes de ser otro, Joaquín, pero no eres Fernando Pessoa, careces del genio para crear heterónimos. Nunca podrás decir: “...*puse en Caeiro todo mi poder de despersonalización dramática, puse en Ricardo Reis toda mi disciplina mental vestida con la música que le es propia, puse en Álvaro de Campos toda la emoción que no doy ni a mí ni a la vida*”. Tú te despersonalizaste sin dramatismo ni poder, careciste de disciplina, no vestiste nada de música y además te quedas con mucho que no diste a nadie ni a ti ni a la vida. Este amotinamiento interno negándote a ti mismo te empujó a hacer cosas de las que te avergüenzas, dejaste escapar a la bestia: Mr. Joaquín Hyde.

Ante el grupo no te atreves a mencionar la palabra homicidio; sin duda es lo que más te pesa, no por arrepentimiento, sino porque crees que es un tabú que te quita el derecho de amar y ser feliz. Si bien antes del crimen no habías amado ni gozado de felicidad alguna, saberlo ahora es tu castigo. Te queda el consuelo de repetir en voz baja unos versos de Pessoa: *“A los dioses tan sólo pido que me concedan el no pedirles nada. La dicha es un yugo y el ser feliz oprime porque es un cierto estado. Ni quieto ni inquieto mi ser calmo quiero alzar por encima de donde los hombres placer o dolor sienten”*.

En la tribuna sueltas algunas de estas frases, hablas con gestos convincentes y voz grave, evitando los ojos de Sibel, quien no ha dejado de abrazarte con su mirada constante. Al entregar el micrófono la buscas con el rabillo del ojo. Al final de la sesión Sibel te pide que la saques del hospital. Y te besó con un beso fugaz, su boca apenas rozó tus labios, pero no fue un accidente, se acercó así porque lo deseaba. El corazón de Joaquín parecía estar acostumbrándose a los sobresaltos y dio un vuelco eufórico como si quisiera escaparse por el esófago. La metáfora no te gustó porque te recuerda a Porfirio. Si no por la enfermedad, allí mismo habría sido todo para ti. Pero no es la Patas de catre reclamándote, ella también puede esperar... Poco a poco se fue vaciando el salón, Sibel se adelantó, mientras tú, Joaquín, permanecías estático desfondado por esa boca perfecta. En verdad no podías dar un paso, sostenido apenas por tus piernas titubeantes. Alguien te preguntó si te sentías bien, y contestaste que sí, tratando de disimular el motín dentro tu pecho. No pensaste que era un infarto porque sabías que era el efecto del amor. Dudas entre alcanzar a Sibel o huir.

Un beso pequeño y mustio abolló tu armadura sin darte la oportunidad de apelar a los resguardos que vendrían a sustituirla. Ser estrujado por este beso mortal es una tremenda vuelta de campana en sentidos insospechados. Ay, Joaquín, viviste toda tu vida esperando que alguna vez te pasara algo grandioso, y la espera te hizo existir sin ser. Hoy tomas la vida con la actitud de quien vuelve al terreno de juego como titular, después de haber sido sentado en la banca toda la temporada por razones extradeportivas. Jugando todo es intenso y digno de asombro, el cielo es más cielo, los árboles se contonean y puedes leer los mensajes que emiten con su lenguaje metafísico: el de ser verdes y no saberlo, diría Pessoa. Las flores y el agua

despiden destellos de divinidad. Incluso en el ambiente urbano, generalmente gris y ocre, los colores de las cosas serpentean brillantes atrayendo mariposas de existencia improbable en la masa de aire contaminada que recubre el cielo capitalino. En una palabra: amor. En todas las palabras: Sibel. Ella te lo dijo claro: en lo que a mí concierne resumo la conciencia de mi muerte ya próxima en una sola actitud: andar el camino hacia mi propia aniquilación como quien va a una boda. En contraste, Joaquín todavía no encuentra una actitud a su medida, pero al menos, gracias a un simple y a la vez portentoso beso, ya es consciente de la conciencia de Sibel, la de una existencia dolorida y agónica aventurándose para exprimirle a la vida hasta la última gota de amor.

Es la primera vez que Joaquín morirá tan rotundamente (antes había tenido muertes menores en cada fracaso y cada pérdida, pero hoy se trata de una prueba que lo rebasa). Había que tomar las cosas con filosofía; filosofía estoica para mayor abundamiento. Pero carece de la serenidad de Séneca y no tiene la integridad de Sócrates; sólo sabe que no es inocente, que su alma está partida en dos, una no quiere morir y la otra tiene miedo de vivir. Los versos de Pessoa ascienden por la fuerza de su precisión, y Joaquín se asombra cuando escucha de su boca: *“Mitad somos lo que somos, y otra mitad lo que pensamos. En el torrente una mitad llega a la orilla y la otra se ahoga”*. La vida es una caída constante en el abismo, pero antes de estrellarse es posible flotar y hasta encontrar un precario equilibrio en el aire. Un instante armonioso que generalmente no se valora porque ni siquiera se le capta, estando como estamos ocupados, siempre evaluando y lamentando los fracasos durante el descenso a la nada. Por eso el tópico más terrible de cuantos existen es justamente el que revela que los seres humanos no saben lo que tienen hasta que lo ven perdido.

La magnitud del infortunio humano, para Joaquín reducida a la condena sin fecha que pende sobre su cuello, le ha tomado por sorpresa. Es explicable que no sepa cómo reaccionar ante su muerte ni ante las tragedias ajenas. Otra vez el 11 de septiembre, otra vez la guerra, la muerte colectiva enlutando al mundo. Pagan los inocentes, paga Lamparero. La flaca te pesa como si estuviera encarnada. Es una carga inmensa que se suma a otro costal: la conciencia homicida que cargas. Es una tragedia no saber morir, la

cuestión es cómo procesar la muerte por dentro: “*Una de las grandes limitaciones, y aún deberíamos decir de las vergüenzas de las culturas todas hasta ahora sídas, es que ninguna ha enseñado al hombre a ser bien lo que constitutivamente es, a saber, mortal*”, dice Ortega y Gasset.

Tal vez sea una equivocación —confiesa Joaquín— pero a veces me permito engañarme asumiendo que mi problema no existe, y que el parte médico que me desahucia en realidad no es más que una confusión o un yerro administrativo que traslapó varios archivos clínicos adjudicándome un diagnóstico que en realidad no me corresponde. A veces también me imagino que el drama de mi muerte anunciada es un mal sueño y que lo único que me hace falta es despertar; entonces siento una marejada de confianza, sonrío y hasta me pellizco un brazo para ubicar en qué parte del mundo se encuentra mi conciencia. Siento la presión de mis dedos en la piel, me duele de tan fuerte que aprieto. Significa que no estoy dormido y que en todo momento permanecí en vigilia, por lo tanto nada ha cambiado: sigo siendo mortal por el sólo hecho de estar enfermo de esa ineluctable enfermedad que es la vida.

Joaquín sale en sentido contrario a donde se encuentra Sibel, cada paso que da lo aleja. Ella espera desesperadamente. No se siente desairada, sino preocupada. Le pasan por la mente mil imágenes trágicas. No sabe que Joaquín se muere por amanecer entre sus brazos si sólo pudiera vencer el miedo que lo atenaza. Otro habría sido el giro de toda esta historia si Joaquín fuera menos antihéroe. Pero quizá semejante cambio incluyera mi supresión como voz narrativa. Viéndolo bien, me limitaré a mi vicario papel de narrador mientras Joaquín se aferra al suyo.

La relación con Sibel no puede prosperar, piensa, se interponen más obstáculos de los que Jane Austen fue capaz de inventar en sus novelas de amor. En tu caso, Joaquín, no hay orgullo y sí un poquitín de prejuicio; básicamente el problema no es la distancia social como la hay entre Lizzy y Mr. Darcy, que terminan amándose porque entienden el amor del mismo modo, y al final se reconocen iguales pese a sus diferencias de clase y rango social. En ti no opera este discernimiento, eres un cadáver aplazado; y Sibel estará más viva que tú aunque se muera. Pero más vale ser cauto a la hora de enjuiciar a un individuo tanto si creemos conocerlo como si no. Nadie

sabe cómo responderá en situaciones imponderables. El amor es algo muy delicado cuando se está al borde de la muerte.

Es inimaginable lo agotador que puede ser una vida que deja pasar un día tras otro sin hacer nada, esperando sin embargo que algo nuevo suceda. En lugar de describir aquí cómo Joaquín desperdicia el tiempo, al narrador le hubiera gustado que el personaje mostrase agallas para adoptar una actitud más firme, congruente, y poder relatar cómo se acerca a Sibel para ofrecerle el amor que no sabe que tiene; pero entonces habría sido otro y no él el ejecutante valeroso. ¿De qué me serviría sobrevivir si no es para ser el que no he podido ser hasta ahora?, consigna él con letra titubeante en un trozo de papel. Lo más fácil era ir a buscar a Sibel, pero Joaquín hizo lo difícil: huyó. Lo venció el miedo otra vez. Y vencido, se atrincheró en su departamento. Tuvo el cuidado de desconectar el teléfono y apagar las luces para dar la impresión de ausencia. Hubiera querido enviarle un mensaje a Sibel, pero también le faltó valor para ejecutar esa inútil cortesía.

Encerrado en tu habitación, Joaquín, pretendes reescribir los hechos para borrar el tormento incomprensible que te impidió acudir a la cita. Déjame aclarártelo: crees que no eres una persona digna para ella, eres un asesino y tienes una clara conciencia de tu mala conciencia; no quieres involucrarla ni hacerle daño, como a Miranda en otros tiempos. Quisieras arrancar de tu corazón todo lo que sea sentir, pero una vez más la parálisis de tu voluntad te obliga a hacer lo contrario de lo que realmente deseas. Este sería el punto central de un trabajo psicoterapéutico: ¿por qué no eres capaz de hacer lo que realmente quieres hacer? En cambio, hiciste algo que no querías y que requería, por lo tanto, una fuerza inusitada. Para huir debes borrar tu propio ser. ¿No fue así que mataste a Lamparero? Joaquín se empeña en matar posibilidades antes de que nazcan. Se niega a volver al hospital, no quiere regresar a la terapia. Le pasa por la cabeza la idea de suicidarse. La vida no es más que una urdimbre de problemas parciales que tienen una solución definitiva. Por eso querer vivir no es más que una adicción cuya cura radical es la muerte. Basta un verso de Sor Juana para resumir este insufrible estado de ánimo: “*muero porque no muero*”.

II PARTE
iMorir viviendo!

*Ah, si afronto confiado la vida,
lo incierto de la suerte,
sonriente, impensando la posibilidad
cotidiana de todos los males,
inconsciente al misterio de todas
las cosas y todos los gestos,
¿por qué no he de afrontar sonriente,
inconsciente, la Muerte?*

Fernando Pessoa

4. Un caso de negligencia

La muerte (o su alusión) hace preciosos y patéticos a los hombres. Estos se conmueven por su condición de fantasmas, cada acto que ejecutan puede ser el último; no hay rostro que no esté por desdibujarse como el rostro de un sueño. Todo entre los mortales tiene el valor de lo irrecuperable y de lo azaroso.

Jorge Luis Borges

Paréntesis reflexivo de Joaquín sobre la vida.

Si a los que figuran en activo se les aúna la vivencia de los miembros que se adelantaron ya, se puede afirmar sin caer en la exageración que la terapia grupal de la doctora Trinidad Stein se las ha visto con toda clase de virus, gérmenes, padecimientos crónicos, complicaciones, insuficiencias, síndromes, tanto males comunes como exóticos. “La plaga” es una variedad siberítica de descomposición, además de los desajustes psicológicos previos o aparejados y consecuentes: depresión, ansiedad, paranoia, neurosis, bipolaridad, esquizofrenia...

Puede decirse que este colectivo se ha convertido en una radiografía de la pirámide social del país: abigarrado mosaico de desigualdades, obligada interdependencia y extraña solidaridad entre individuos pertenecientes a diferentes estamentos. La mayoría de los concurrentes a la terapia se atienden en instituciones de salubridad pública, algunos en hospitales particulares de categoría mediana, más otros enfermos que involucran familias ricachonas. Hay un paciente que se cuece aparte, a quien con ceremonia todos se refieren como don Jorge, perteneciente a una reducida elite de multimillonarios.

Con o sin dinero para los gastos médicos, algunos de los moribundos han dejado de acudir a los santuarios de la medicina occidental, resistiéndose a los tratamientos agresivos y a seguir trasegando sus organismos con medicamentos inocuos de dudosos efectos lenitivos, mucho menos quieren saber nada de las quimioterapias.

Antes de que la categoría de “enfermos terminales” se entronizara en sus cuerpos, cada integrante de La plaga con su copiosa o endeble provisión de

recursos económicos y culturales, ha buscado alternativas de curación abarcando, entre todos, la totalidad del panorama de remedios curativos hasta ahora conocido, desde el último experimento de la ciencia moderna hasta lo más recóndito de la milenaria sabiduría oriental; y consultado expertos en un ancho abanico que incluye tanto a eminencias que han ganado el Premio Nobel como a curanderos del pueblo yaqui. Unos exponiéndose a tratamientos de medicina con tecnología nuclear; otros, consumiendo polvos mágicos y hierbas silvestres.

El inefable conjunto del que ahora forma parte Joaquín ha viajado tanto como el grandioso Ulises, recorriendo quién sabe cuántas veces el itinerario a Ítaca; incluso hay quienes descendieron al *Hades* y regresaron para contarlo. Tal ha sido el lento peregrinar de los moribundos, obligados a incursionar por senderos escarpados y caminos agrestes, en una permanente cuesta arriba para intentar salir de un inframundo plagado de celos carontes y feroces cancerberos, cuyas aduanas, como es de suponerse, son difíciles de transitar.

Diversos aceros han interesado estos magros cuerpos, entre los trepanados y mutilados hay cicatrices que indican quien ha llorado lágrimas de sangre por un costado; unos y otros van dejando jirones de piel en cada intervención quirúrgica. A lo largo del fatigoso trayecto que ha de culminar en la muerte, los moribundos han soportado toda clase de climas emocionales, padecido suplicios inimaginables, ramalazos de miedo, incomprensión y desasosiego; pese a la discriminación y el descenso a la escala más baja de la vida social, son pocos los moribundos que defecionan, aunque todos alguna vez hayan pensado en la eutanasia y desde luego en el suicidio.

La soledad, el sinsentido y hasta el tedio son enemigos poderosos, especialmente si se coligan con una enfermedad dolorosa. Basta un ligero amago del corazón, un insignificante parpadeo del cerebro, quizá una convulsión repentina o una persistente fiebre para corroborar la inutilidad de cualquier resistencia. No obstante, los moribundos ahuyentan el deseo de claudicar impulsados por inmotivadas ternuras, sobreponiéndose a intensas zozobras, reanimados por la generosidad de personas con inmenso corazón cuyo único sentido de vivir es estar siempre dispuestas a desvivirse por los enigmáticos y vulnerables viajeros que somos los seres humanos.

Sin descanso, los enfermos prosiguen este errar por confines ignotos hasta que inadvertidamente vuelven al punto de partida, y como Cándido, el famoso personaje de Voltaire que regresa a su jardín después de darle la vuelta al orbe, los caminantes se percatan de que todo lo que buscaban en otra parte está y siempre estuvo frente a ellos, y también adentro. El mundo entonces aparece como el mejor de los posibles, y todo lo que sucede, sucede para bien, y porque es bueno es íntegro y no excluye el mal. Por eso, aun desahuciados, estos seres humanos angustiados y doloridos aprenden a vivir y morir sin distinguir si viven o mueren, con la conciencia de vivir muriendo y morir viviendo.

Si antes de nacer no éramos y después de morir no seremos, la vida es un extraño paréntesis entre dos inmensas nada, dicen los poetas. La existencia es un asombroso pulular entre dos ausencias, y cada cosa lucha para mantener su lugar en el mundo... *“En el espacio infinito —dice Schopenhauer— innumerables esferas luminosas, alrededor de las cuales gira una decena de otras esferas iluminadas más pequeñas, cuyo núcleo es candente aunque están cubiertas por una dura corteza fría sobre la cual una película mohosa ha generado seres vivientes y pensantes: tal es... lo real, el mundo”*.

Los seres humanos, para llegar a ser lo que son, como cualquier cadena de montañas, tejido vivo o el más fino detritus del subsuelo, precisaron de miles de años para tomar su forma actual. Tal es la imagen de la vida y, al igual que ella, la muerte viene, se posa y se va. Así una historia individual es apenas un pliegue entre milagrosos arribos y despedidas: *“Después de la muerte serás lo mismo que eras antes de nacer”*, escribió Schopenhauer.

Desde una altísima organización espiritual se desciende a una índole mineral, los inquietos átomos se unen al azar formando sedimentos y aleaciones: por aquí, se convierten en el aire que la tierra respira; por allá, en la gota salina que abandona el mar y lleva dentro de sí la vida del planeta; acullá, el polverío de estrellas, o la lluvia que regresa a su fuente. La vida fluye entre dilatados magmas vivientes brotando del mar, bordeando atmósferas glaciales o temperaturas calcinantes. El milagro de pequeñas ferocidades danzando en todos los recovecos, mordiendo y arañando, proyectándose en dimensiones infinitamente diminutas o en organizaciones celulares inmensamente grandes y complejas. La divinidad de las cosas

minúsculas se entrelaza para formar gigantes inconsútiles, lo mismo somos parte de un astro gigantesco que la arenilla parda de costas sin nombre. El aleteo de los microorganismos es un baile que celebra la vida y la muerte. El plancton alimenta a las ballenas, los peces pequeños son tragados por presencias marinas voluminosas, sumándose a los inconmensurables ciclos de fagias. Esas muertes contribuyen a la proliferación de la vida en los periodos de apareamiento, superando la barrera de los litorales y de los lugares inhóspitos, transportándose en una cresta alta y blanca o ahogándose en el piso espumoso de las lentas olas de la evolución. En tierra firme, uno más uno son tres, cuatro o cinco nuevos seres, o miles de huevecillos y millones de posibilidades: enjambres, colonias, nidos, manadas y sociedades, conformando el pulso de la naturaleza que vibra en expansivas ondas; flujos vitales esparciéndose en incontables vasos comunicantes. El bamboleo de alta mar y los temblores de tierra adentro dejan de asustar, porque la vida humana, incluso reducida a la particularidad de cada individuo de la especie, es también un eslabón de ese paisaje rebosante de inquietos protozoarios dispuestos a reproducirse. Una energía cósmica se desborda para amalgamar lo disperso, reintegrándonos para volver a ascender: la conciencia toma conciencia de sí misma y ya no nos sentimos insignificantes ante la inmensidad de valles, cimas, abismos y mares, ni siquiera sabiendo que el planeta que habitamos es apenas un corpúsculo ínfimo flotando en un pliegue de una galaxia marginal.

Los moribundos, en el límite de la vida, sintiéndose malheridos e inútiles, abandonados y sin salvación, son los soldados anónimos cuya misión es rescatar la importancia de la vida, por la sencilla razón de que las personas sanas no se ocupan ni piensan en eso. En el moribundo hay una experiencia del vacío que es la muerte agazapada, y es en la cotidianidad donde emerge la magnificencia del ser —es lo que los sufíes denominan *fana* o desaparición del ego—. Superado el temor del ocaso personal, el espíritu se serena: muere en calma quien ha vivido plenamente. Por eso Séneca no se alteró cuando supo que Nerón lo incriminaba sin fundamento en una conjura en la que ciertamente no había participado, y como castigo le ordenó quitarse la vida. Los seres queridos del filósofo lloraban histéricamente cuando Séneca empezó a ejecutar la voluntad caprichosa del emperador. Se cortó las venas,

pero su sangre espesa, de viejo, no fluía con fuerza, entonces se rasgó los tobillos sin conseguir una buena hemorragia, y después se devanó las corvas para ganarle a la lentitud. Como tampoco progresaba el sangrado detrás de las rodillas, pidió que le prepararan cicuta, en recuerdo de Sócrates. Hizo todo esto con un ánimo imperturbable, pues según él era imposible disfrutar cabalmente de la vida sin estar preparado para abandonarla en cualquier momento. Ya lo decía Sócrates: “*para aprender a vivir bien hay aprender a morir bien*”. Cuando un cuerpo joven y sano es atacado de repente por una enfermedad contagiosa y mortal, la decisión de jugar a la vida requiere de muchísima determinación, porque en esas circunstancias sería más sencillo renunciar a la vida. El papel de La plaga alcanza entonces su máxima dimensión, ya que en ningún otro lugar se palpa mejor la importancia de las relaciones personales. El dolor duele más a solas; en la soledad las penas adquieren la densidad de los objetos sólidos formando una barrera física que intensifica el aislamiento.

Al igual que en cualquier espacio donde concurren diferentes personas que tienen el común denominador de sentir que las circunstancias les rebasan, de pronto hay momentos de gran lucidez, catarsis colectiva y perentoria redención; y en rápido zigzag, se pasa a instantes espinosos a fin de examinar la tremenda humillación de ser reducido a un mero bulto por la degradación corporal, lo que sin duda constituye una pena adicional. A diferencia de otras esferas de relaciones interpersonales, cada uno de los que participan aquí, a su aire, busca una felicidad serena y la encuentra tan sólo por la inmensa fortuna de amanecer vivo un día más, y no pregunta si mañana sucederá lo mismo.

Nueva amistad, otro horizonte.

No Rosa ni siquiera *Rose*, sino *Rous* —así se llama y tal es la forma de escribirlo— es una niña de tan sólo once años, pero para lidiar con la muerte es una veterana consumada. Es un personaje difícil de describir y de hacerlo verosímil porque no piensa ni habla de acuerdo con su edad, sino como adulto, un adulto inteligente, maduro e informado, lo cual no siem-

pre resulta creíble. Joaquín se acercó a la niña atraído por un singular magnetismo.

Rous le dijo que estaba contenta de tener un nuevo amigo, aunque con un gesto de quien alza los hombros para decir ni modo, lamentaba que su ingreso al grupo significara que iba a morir pronto, pero mientras eso pasa le brindaba su amistad. Lo dijo de un modo natural y no se oyó tan terrible como se lee. Hablaba con conocimiento de causa, pese a su corta edad se le habían muerto ya varios amigos.

En Rous habita el terrible *Sarcoma osteógeno esclerosante*. Una de esas enfermedades voraces que cuando atrapan a un cuerpo infantil con sus garras homicidas no hay manera de zafarse. Las causas de este padecimiento todavía son desconocidas, sólo se sabe con seguridad que su evolución es rapidísima e invariablemente fatal. Suele atacar más a niñas que a niños, entre los seis y nueve años de edad, (¿quién sabe por qué aquí también opera desventajosamente la cuestión del género?). Aún con los agresivos tratamientos experimentados la sobrevida estimada se reduce a tan sólo seis meses, cuando más ocho. Entiéndase que las laceraciones que produce el sarcoma se expanden simultáneamente en todas las regiones del sistema óseo de las víctimas sin que haya un poder humano que las aplaque. A pesar de los terribles augurios, la niña ha demostrado una resistencia excepcional, rompiendo con el esquema hasta entonces documentado. Por esa razón el Centro de Enfermedades Óseas de la Facultad de Medicina de la Universidad Duke accedió a revisar su historial clínico a fin de encontrar una explicación lógica al aguante sin igual que mantiene con vida a Rous. Esta enfermedad es una especie de celada terrorista que coloca varias bombas en diversos sitios del esqueleto y puede detonarlas al mismo tiempo o una por una. Una vez que la primera ha explotado en un lugar estratégico, pasa poco tiempo para la metástasis; pero Rous ya soportó casi tres años. Algo sin precedentes.

Los padres de Rous han querido ver en esa excepción la posibilidad de que el proceso se alargue indefinidamente hasta transformarse en una remisión completa. No hay quien se atreva a contradecirlos ni poner en duda la consistencia de tales conclusiones que, de cumplirse, serían de esos sortilegios de uno en un millón. Hasta este momento, no hay indicios que revelen

una causa orgánica excepcional para explicar este fenómeno de sobrevida, y no quieren darle demasiado peso a la actitud de la niña, a esa entereza y esa fuerza del espíritu que la mantiene lúcida y hasta alegre en grandes tramos de cada día. Los investigadores admiten la singularidad, pero prefieren mantenerse cautos. Descartan, eso sí, la posibilidad de la cura.

Justo en el día de su cumpleaños, los médicos le cercenaron a Rous la pierna derecha con la intención de detener el mal; pero la cirugía mutilar produjo un pírrico resultado por no decir nulo. Postrada en una silla para adultos, la niña se ve más pequeña de lo que en realidad es, como si el tiempo se hubiera suspendido en su cuerpo, igual que en la historia de Oscar en *El tambor de hojalata*, donde Günter Grass da rienda suelta a la imaginación, alejándonos de la realidad cotidiana para llevarnos a una realidad más profunda donde un niño decide no hacerse adulto. Si bien Rous es todo lo profunda que se quiera, no ha dejado de ser niña; es más, empieza a ser una adolescente a quien se le ve crecer la turgencia de su pecho. Tiene modales rebeldes y esos gustos contradictorios.

Por separado los rasgos de Rous son convencionales, pero en conjunto ofrecen un aspecto excepcionalmente agradable, sobre todo cuando ríe. Se expresa con una soltura inusual, salpicada de una coquetería conmovedora por su inocencia. Le describió a Joaquín los flagelos de su padecer como si se tratara de un simple resfrío. Es la decana del grupo por ser quien más temprano y por más tiempo en proporción con su corta edad tomó conciencia de que su destino le deparaba una muerte prematura. Morirá en un suspiro igual que esos insectos cuyo ciclo de vida no rebasa las veinticuatro horas. Es fugaz y perenne, todo en ella trasmina brevedad y eternidad, como aquellas “*rosas que en el día en que nacen en ese día mueren. La luz para ellas es eterna —dice Pessoa—, porque nacen nacido ya el sol, y acaban antes que Apolo deje su curso visible*”.

Hay otros compañeros de La plaga que han estado enfermos durante más años, pero de allí no les vino automáticamente la idea de que iban a perecer. Veteranos como Cheo y Sibel tardaron una eternidad en caer en la cuenta de que los procesos mórbidos que los diezmaban culminarían en la tumba. De repente, una crisis o una turbación a la que no estaban acostumbrados les develó el secreto que habían rechazado, fue entonces cuando el

pensamiento de la muerte les sorprendió como un ladrón furtivo que sale de un rellano oscuro.

Los padres de Rous son de las pocas personas no enfermas a las que se les permite el acceso a las sesiones de tanatología, además asisten a una terapia especial para los parientes o afines de los enfermos terminales. Es un matrimonio joven puesto a prueba. Tienen dificultades entre sí; no son afectuosos el uno con el otro, lo que no les impide hacer gala de una cortesía mutua. Cuando ella regresa del trabajo, él saca su cara de un viejo y gastado volumen: *La historia de Roma* de Theodor Mommsen, le da un beso en la mejilla, pregunta cómo le fue sin interesarse por la respuesta porque la lectura le pide volver. Ella responde que le ha ido bien, y se va en busca de Rous. No han logrado amoldarse para aumentar su potencial como pareja; ambos son fuertes, pero cada quien tiene su manera de manifestar su fortaleza y acaban por debilitarse. De ningún modo figura en su cabeza renunciar a la esperanza de que Rous venza a la enfermedad. Es difícil saber cómo se las ingenian para estar permanentemente como sombras discretas alrededor de su hija. Después de tres años de suplicios en sus rostros se dibujan las huellas del agotamiento. A veces, Rous se ve más entera que ellos, lo sabe y trata de ayudarlos disimulando su propio dolor.

Rous tiene un sentido del humor agudo, que no pocas veces linda en lo siniestro; a ella se le ocurrió que las reuniones con la doctora Trinidad, más que una terapia grupal, eran las de un club de amigos. Más tarde lo bautizó con el nombre de "La plaga". Contra lo que pudiera pensarse, las reuniones del club suelen ser animadas, sin que eso signifique que las intervenciones no sean densas, frecuentemente salpicadas de anécdotas tan deprimentes como una condena injusta. Lo mismo surgen épicas de superación que de fracaso y decaimiento. En la tribuna puede haber declaraciones de impotencia y enseguida darse el redescubrimiento de la fe. En todo caso, las sesiones brindan paz y hasta un poco de alegría. Sin saber cómo esta travesía colectiva se alza en los moribundos como la actividad más atractiva de la jornada.

La aguda inteligencia de Trinidad siempre encuentra el modo de contribuir con un apunte certero para develar incógnitas y aquietar la impaciencia de los pacientes. Su agudeza arroja luz sobre los convencionalismos consagrados a desfigurar el proceso natural de la muerte. Tres mujeres, en

los espacios cortos, son y ofrecen motivos inapelables para creer en las posibilidades infinitas de la vida. Trinidad, Sibel y Rous destacan, aceptando de antemano que la calidad humana y otras propiedades anímicas y morales están distribuidas en el grupo. Cada individualidad aporta su granito de arena y contribuye a que la terapia colectiva sea una inyección de aliento para tan cansadas existencias.

Cualquiera de los enfermos puede salir con un apunte inteligente lo mismo que con una veleidad que arruina la seriedad de un debate complicado. Todos participan en la construcción de un nuevo día, instilados por generosas dosis de piedad y buen humor cuando el dolor lo permite; consecuentemente salen de estos actos pletóricos de confianza en el porvenir, aunque éste se reduzca a unos instantes más. Si bien la intensidad de las emociones aumenta en esta fase dramática de la vida, es frecuente que los moribundos no desarrollen una capacidad equivalente para expresarlo, quizá por eso tienden a aislarse. En la víspera de las reuniones de La plaga aumenta la ansiedad de los miembros. Flota una inquietud: ¿quién no vendrá hoy? Como en una ruleta rusa no se sabe quién será el siguiente receptor de la bala mortal. Una vez que se pasa la lista de presentes nadie vuelve a pensar en ello.

20 de octubre

Con apenas decir “¡hola!, Sibel” Joaquín daba término a las angustias nocturnas que le robaban el sueño. Sólo dos palabras que, más que palabras, eran las claves para descifrar el código de un día feliz. Después podía aprovechar el silencio, dejarle todo al cuerpo, anestesiarse la mente y desbaratar toda propensión alarmista y desconfiada. En cada gesto y movimiento había amor, pero también miedo.

—Tengo que decirte algo que convendría callar —dijo Joaquín con la intención de colocar el tema y al mismo tiempo con el temor de hacerlo.

—Ah... —cortó Sibel—. Ella lo esperaba. Sabía lo que iba a pasar enseguida y lo que pasaría a partir de entonces. —Tengo una regla, un filtro para no andarse con rodeos. Si no quieres hablar de algo, no lo menciones; si lo anuncias, quedas obligado a exponerlo —dijo curiosa y provocadora.

—Lo lamento —respondió él con una expresión corporal que tampoco parecía lamentarlo en absoluto—. Es que es un contrasentido: Te amo, pero...

—Te entiendo —interrumpió Sibel—. Me recuerdas un poema de Neruda.

Lo recitó en serio como si fuera broma:

—*Sabrás que no te amo y que te amo/ puesto que de dos modos es la vida/ la palabra es un ala del silencio/ el fuego tiene una mitad de frío...*

—No. No me entiendes. Yo te amo y te amo, pero no sé qué hacer con mi amor. No, en estas circunstancias. Sabes a qué me refiero, así que no me obligues a ser más explícito —contestó con voz grave. —Lo que pasa...

—Lo que te pasa —le interrumpió Sibel con energía— es que todavía ignoras lo que significa ser un moribundo. Para que te enteres, también tenemos derecho a sentir, necesitamos igual que todos o más que nadie la dulce sensación de un cuerpo cálido pegado al nuestro. Parece que tú no te puedes figurar lo que pasa por la mente de quien ya no espera de nada de la vida y de pronto se le presenta el amor, o por mejor decir, una leve y frágil oportunidad de volver a amar. ¿Acaso crees que eres el único al que le pasa esto que parece una fea broma de la vida? Sí; un amor que duele sin estar enfermo... Perdóname, no tomes esto como una recriminación, sólo deseo que no me tengas miedo y que no desconfíes de lo que sientes —concluyó Sibel en tono conciliador.

Joaquín enmudeció, porque si algo quería ocultar era el miedo que sentía; se quedó con la confusión de quien ha sido descubierto en un trance bochornoso. Había transcurrido una vida completa sin que tuviera la menor idea de la existencia de Sibel, y ahora con apenas unos días de tratarla sentíase desvalido por partida doble. En primer lugar, no podía ignorar que tenía poco tiempo para reparar el terrible error del destino al permitir que transcurrieran sus vidas sin que supieran el uno del otro. En segundo, no sabía cómo amarla sin amargura. La irrecusable escasez del tiempo que le quedaba a ambos lo distorsionaba todo. Amar así lo martirizaba.

Por precipitado que pareciera él empezó a no poder pensar el mundo sin Sibel. Y se sonrojó imaginando que si algún espectador oculto le hubiese visto la cara, habría descifrado la pasión secreta que anidaba en su corazón

y que todavía se afanaba en ocultar: ¿cómo amar sin eludir el hecho de que la muerte merodeando tan cerca envenena todo sentimiento? Joaquín se había percatado de que ya no le temía tanto a la muerte, sino a la idea de morir solo. Una disyuntiva como esa le complicaba las cosas porque no podía estar seguro de si lo que sentía por Sibel era realmente amor o era el miedo a morir en soledad. Ni siquiera era lo que sentía, sino lo que creía que debería sentir aferrándose como un náufrago a una boya. Esa era la razón por la que le trastornaba la intensidad con que Sibel lo buscaba. Ella iba siempre un paso adelante en todo, tomó la iniciativa y le besó, confirmando la existencia de ardorosos sentimientos recíprocos junto con el tropel de sensaciones revoloteando en el estómago. La reciprocidad no es lo tuyo, Joaquín. Por tu experiencia con Miranda sabes que para sostener una pareja es bastante y suficiente con que uno ame. Miranda te amó con toda su alma sin correspondencia, y con esa entrega incondicional alcanzó para que viviesen juntos por un tiempo. Hoy tú tienes el amor que no fuiste capaz de dar antes, puedes depositar toda la pasión que haga falta, y te sobraré. Apenas unos días antes hablar de amor les habría resultado poco menos que absurdo. De allí su afán de entrecomillar lo que sentían, para Sibel era imprudencia, para Joaquín miedo; otra vez el verso implacable de Sor Juana resumía la situación de ambos: *“Amor empieza por desasosiego”*.

Como si Trini hubiese adivinado las cuitas de los enamorados, disertó sobre la naturaleza de la angustia existencial:

Los seres humanos somos los animales del miedo, por eso inventamos límites a fin de sentirnos seguros en terrenos que creemos pisar firmemente: hasta aquí el cuerdo, más allá la superficie irregular de la locura. De este lado, lo razonable; lejos, el movedizo fango de lo desconocido. Hemos querido separar la vida de la muerte, y dicha escisión duplica el problema: miedo de vivir y miedo a la muerte. Por ese pavor inventado hemos tolerado lo intolerable, sea en las relaciones de pareja, en la familia o en el trabajo. El miedo es una ilusión, pero no por eso deja de tener consecuencias... Si rompemos los límites que el miedo nos impone, pronto dejaremos de tener límites en absoluto, concluyó la doctora. Guardó silencio para observar el efecto de su argumento. La respuesta silenciosa de los oyentes la satisfizo, entonces propuso una meditación. Pidió que todos hicieran un esfuerzo

para alejarse de las preocupaciones y pensaran únicamente en momentos de felicidad. Joaquín estaba muy inquieto, por lo que tuvo que hacer acopio de concentración para seguir las instrucciones. Cerró los ojos para retraerse mejor; prófugo de su cuerpo, abandonó la ruinosa cárcel de carne y huesos que lo mantenía preso, alejándose sin rumbo fijo de creencias y hábitos restrictivos que lo hacían reo. Se deslizó en un recoveco del infinito donde no existía la sucesión del antes sano y el después enfermo. Se encontró con el deseo: un insecto extravagante que aprovecha la oscuridad nocturna y entre sábanas tibias espera el momento para penetrar en oscuros rincones y morder como una pulga traviesa e insaciable un apetitoso cuerpo caliente. Imaginó una Sibel alada revoloteando suavemente muy cerca de su pecho... De pronto, el chasquido de la campana turbó su fantasía de manera brutal, haciéndole pegar un grito que desgarró el silencio reinante. En la ronda para compartir los resultados del ejercicio, Joaquín confesó que había tenido una experiencia indescriptible, con un sesgo que podría calificarse de arrebató místico, era lo más divino que puede ser lo humano. Se guardó el mensaje final: ¡el amor por Sibel!

22 de octubre

La existencia de Rous ha transcurrido en el incesante trajinar de un hospital a otro, entrando por la fuerza de las circunstancias en íntimo contacto con el pesar humano. Su historia clínica abarca la totalidad de su vida consciente. Se le han borrado de la memoria aquellos días en que no sentía terribles dolores, por lo tanto carece de una referencia que le permita diferenciar la salud de lo mórbido. Para esta niña lo normal es el achaque, el tamborileo constante de la dolencia. Se ha acostumbrado a convivir con la presencia descarada de la muerte y ha aprendido a considerarla como algo natural. Habituada a la zozobra de un mundo marcado por la crueldad de una patología incurable, lo efímero se transforma en eternidad cuando pasa por su espíritu.

Rous empezó a vivir desde un punto al que la mayoría llega para morir; se extinguirá antes que sus padres y con ello transgredirá la lógica de la

herencia. Cada día despierta con la conciencia de su fragilidad; su idea más elaborada del porvenir es la próxima hora. El futuro es una temporalidad tan inasequible para ella que no se molesta en considerarlo. Por lo tanto, no necesita de un plan. La fugacidad de la vida lo convierte todo en una aventura, una oportunidad que se esfuma inmediatamente si no la aprovecha. El gozo y no el dolor han sensibilizado su inteligencia natural. A su edad posee una sabiduría que va más allá de lo que puede enseñársele con lecciones escolares, por ese motivo la doctora, después de un par de sesiones individuales, la aceptó en el grupo de adultos pese a que aún no cumplía los 9 años.

El dato clave del modelo de vida que Rous ha elaborado es la indiferencia, en el sentido de que carece de apegos que la hagan sufrir. Sin saberlo sigue al pie de la letra a San Francisco de Asís: “yo necesito poco, y lo poco que necesito, lo necesito poco”. Ella toma lo que le dan sin intentar acumularlo. No le hace sentido guardar nada para mañana, porque no tiene un mañana seguro. Su avidez para gozar de las cosas es tan elemental como la de un ternero acometiendo sobre jugosas ubres. Toda su vida es un continuo aprender a morir. Por eso estar a su lado produce efectos sedantes, tranquiliza a quienes están hartos de tanto buscar y nunca encontrar la manera de burlarse de la Huesuda.

La ignominiosa enfermedad no le impide ser también una niña de 11 años. Puede ser enfadosa como cualquier púber. Tararea canciones de Shakira. Ama a Ronaldinho. Es un demonio moviendo los controles de un *playstation*. Ve los programas de moda y cuando el dolor se lo permite duerme como una bendita abrazando un oso de peluche. No pierde el tiempo en lamentaciones y paladea con delectación cada pedazo de vida. Bien mirado, es un privilegio ver el mundo con sus ojos. Todo sería más fácil si uno tuviera el valor de guiarse con esa sabiduría, porque en lo que ella hace se palpa la hondura que conviene a los rituales sagrados, sea comer, jugar o conversar con Dios.

El papá de Rous es profesor de historia. Sabe una gran cantidad de cosas, más de lo que puede resultar práctico. La mamá se llama Mari Paz. Es una mujer eficiente. No es muy guapa, pero su fuerte personalidad la hace atractiva, especialmente para ese tipo de hombres que valora la agresividad

femenina. En el terreno profesional le va de maravilla. Es directora de un importante Banco. La fatalidad que persigue a su hija la ha empujado a refugiarse en el trabajo; paradójicamente se ha convertido en una máquina que asombra por su dedicación. Asume la mínima tarea con un fervor casi religioso. Trinidad le sugirió que tal vez necesitaba un descanso, porque nadie puede trabajar a ese ritmo sin convertirse en una bomba de tiempo. Ella se ofendió y con brusquedad respondió que no se trataba de una depresión disfrazada, sino la conciencia de que sólo con las excelentes prestaciones que obtiene sufragaba los onerosos gastos generados por el estado permanentemente delicado de su hija.

Mari Paz y su esposo formaban un matrimonio bueno a secas, con sus altas y bajas como cualquier relación de pareja; quizá el punto más controvertido corresponde, precisamente, al arreglo económico que se descarga en ella; pero él posee la inteligencia para aceptar que la provisión del hogar cada vez más descansa en los hombros de su mujer; y ella, la delicadeza para asumir su mérito sin exigir compensaciones extraordinarias. Los ascensos de Mari Paz alcanzaron un punto en que la disparidad de los ingresos fue demasiado contundente, entonces surgieron algunos desacuerdos y se multiplicaron las asperezas. Sintiendo incomprendida, ella buscó apoyo fuera de casa y desgranó su rosario de penalidades con quien quisiera escucharla. Salió a tomar un café con un compañero de trabajo que se había mostrado particularmente compasivo y atento; las tazas de café se convirtieron en copas de Martini. Entre la seducción de ser escuchada y el relajamiento se hicieron amantes. Pronto Mari Paz se encontró en la encrucijada de mantener o no la infidelidad. Pensó en separarse, aunque no le interesaba continuar su relación extramarital. Entonces, sobrevino la enfermedad de la niña, produciendo un terremoto en la esfera emocional de una estructura conyugal ya sentida.

Estaba a punto de cumplir ocho años cuando Rous empezó a sentir molestias en una piernita. Al principio Mari Paz no le dio importancia porque no detectó ninguna señal adicional al dicho de la niña. Accedió llevarla al pediatra porque Rous persistía en su queja. El pediatra realizó una auscultación sin encontrar nada anormal. Como no se apreciaba golpe o excoriación en la zona que presuntamente le dolía a la niña, los cuidados se

redujeron a una pomada analgésica y trato cariñoso. Tal vez, elucubró el especialista, la víspera del próximo cumpleaños la ponía nerviosa produciéndole un espejismo de dolor. Así que Mari Paz extorsionó a Rous con promesas y cariños, haciéndole sentir que si no se curaba no habría festejo. Ella estaba muy ilusionada con la fiesta y fue capaz de reservarse para sí el dolor que iba aumentando progresivamente, y que ya no se circunscribía sólo a la pierna.

Llegó la fecha anhelada. La mañana era clara con un sol esplendente. Rous se veía como otra Alicia en el país de las maravillas, con su vestido azul cielo y una especie de delantal blanco. Jugaba feliz en el jardín con un gato, mientras el resto de los niños se divertía a la carta con un amplio menú de opciones. De pronto, el gato se alejó y al ir tras él ella se cayó. Fue un incidente que aconteció muy rápido, quizá un amiguito la empujó o tal vez se tropezó sola. La caída había sido de lo más simple, pero Rous gritaba con todas sus fuerzas. Cuando el payaso que amenizaba la fiesta se acercó para levantarla se dio cuenta de que la niña presentaba una aparatosa fractura, porque una piernita le colgaba en un ángulo improbable. El festejo se acabó en ese instante y el pastel con las ocho velitas apagadas se convirtió en el símbolo más pronunciado del absurdo.

A primera vista el ortopedista intuyó que se trataba de una fractura patológica, pero ¿qué la originaba? Realizó una biopsia. El patólogo examinó el tejido. Los médicos explicaron al padre de Rous lo que estaba pasando, quien a su vez transmitió a Mari Paz el terrible diagnóstico. ¿Qué procedía? Pocos pros y muchos contras; aunque Mari Paz se negaba tuvo que ceder ante las explicaciones de los médicos y dio entre lágrimas la autorización más difícil que podía imaginarse: dio su anuencia para que le amputaran la pierna a Rous. La cirugía mutilar no resultó como se esperaba, porque el mal que detectaron es típicamente bilateral y simétrico, es decir, si aparece en el lado izquierdo seguramente yace también en el derecho; y puede tomar pocos huesos o todos. La actividad del tumor es tan intensa que invade las partes blandas del cuerpo con huesos neoformados.

—Osteoblástico —dijo el doctor para darse a entender— significa que hay hueso o material duro desarrollándose fuera de control. Y la metástasis o propagación del cáncer es muy rápida en el sistema óseo y no tarda en

alcanzar los pulmones. Mire —añadió con un semblante de consternación ante una madre que escuchaba sin comprender— no quiero confundirla con términos médicos ni ocultarle la verdad. No hay palabras para aminorar lo que tengo que decirle: la niña no tiene remedio. A lo sumo le quedan unos seis de meses de vida. Le aplicaremos dosis paliativas de analgésicos y reconstituyentes para mejorar su estado general, pero la esclerosis de los huesos y las metástasis en los pulmones son procesos que avizoramos en corto plazo, algo irreversible —admitió el doctor con ánimo alicaído. El padre de Rous sintió que un rayo lo partía. Mari Paz empezó a llorar con un llanto tembloroso que le hacía perder el control de su cuerpo y la asfixiaba. Se abrazó a su esposo sintiendo que no podía mantenerse en pie, y allí se quedaron trenzados intentando no derrumbarse. El médico vio tan alterada a Mari Paz que consideró oportuno recetarle un calmante, pero apenas lo tragó arcadas poderosas lo devolvieron al piso. Entonces le aplicaron una inyección para tranquilizarla.

La transformación que experimentó la pareja a consecuencia de la tragedia fue inesperadamente positiva para su relación. Se tornaron más tolerantes, incluso en aquellos aspectos en que nunca se habían entendido. Ambos se sentían culpables y sin ponerse de acuerdo coincidieron en asumir el padecer de la niña como una severa reprimenda por el modo en que dejaron que su vida en común se deteriorara hasta un punto casi insopportable. Sabían que era imposible enfrentar por separado una situación tan terrible, que además involucraba elementos tan desemejantes: los sentimientos, la culpa, el dinero, el tiempo, la fe y la ciencia. Si cada quien se empeñaba en hacer prevalecer su punto de vista y si se enfrascaban en espinosos juegos de poder no podrían ayudar a Rous. Mari Paz y su esposo se necesitaban como nunca se habían necesitado dos seres desvalidos e impotentes, que veían cómo una enfermedad sin cura diezmaba a la niña que habían concebido otrora llenos de amor. Sin acordarlo, empezaron a revivir sentimientos y expectativas que habían tenido al principio de su relación y que la cotidianidad había cauterizado. No sería exagerado decir que, a raíz de la pena que los unía, volvieron a enamorarse como en los primeros días, pero ahora más y mejor con el respaldo de una larga historia común. Juntos recuperaron las pequeñas atenciones mutuas que habían desaparecido bajo la

herrumbrosa mancha que produce la pérdida de interés por el cónyuge, sobre todo cuando se descubre que la forma de realización personal de uno no ocupa un lugar primordial en las aspiraciones del otro.

La enfermedad de Rous desató un extraño juego de ecuaciones, él tomó conciencia de lo subestimado que se había sentido en los últimos tiempos, y Mari Paz admitió que su rencor se había originado porque no sentía el apoyo de su marido, ese también fue el principal móvil de su adulterio; pero ahora el rencor hacia su marido se había convertido en rencor contra ella misma por haberlo engañado a tontas y locas sólo para desquitarse. Tenían ante sí una dura prueba y estaban juntos para superar esos intervalos terribles en que todo parece escaparse de las manos y el mundo se desmorona. Tenían miedo, rabia, desesperación, se sentían impotentes, pero no podían renunciar ni fracasar. El amor, otra vez, era el antídoto ante ese miedo que les carcomía hasta los huesos (¡vaya metáfora!) Tres años después de aquella fiesta infantil interrumpida. Rous persistía en su vocación de jugar a la vida.

23 de octubre

Porfirio hacía uso de la palabra desmenuzando cada una de sus aflicciones como sólo él sabía hacerlo, dándole importancia a signos que no la tienen y describiendo cada aspecto de su agonía personal en sus mínimos ángulos... De pronto fue interrumpido: el cuerpo de Rous comenzó a agitarse como si lo hubiera penetrado un demonio, y unos instantes después era presa de un impresionante jadeo convulso. No hay palabras para narrar el clima de estupor que inundó el ambiente. Trinidad superó la conmoción que a todos paralizaba y junto con la enfermera personal de don Jorge se extremaron por aplacar el irregular contoneo de la niña, antes de que cayera de su silla. Joaquín salió rápidamente en busca de ayuda. Casi a rastras trajo al primer tipo que vio con bata blanca y estetoscopio al cuello. Habría matado de nuevo por salvar a Rous. Al punto, la enfermera le refirió los signos vitales de la niña, cuyos niveles eran peligrosamente bajos.

Minutos después volvió una calma aparente, por cuanto que la angustia era muda y paralizante. Tendida en el piso, Rous estaba bañada en sudor,

desmadejada. Le limpiaron los espumarajos de la boca. La humedad hizo que el deshilachado fleco se le pegara a la frente. Apenas desaparecieron las venas que latían con fiereza en su sien, toda perturbación visible huyó de aquel rostro violentamente silenciado. De no haber atestiguado la tormenta precedente hubiérase dicho que la niña dormía apaciblemente con esa expresión de quietud perfecta presidiendo sobre los párpados cerrados, como si aquel martirizado cuerpo gozara meciéndose en los brazos de la muerte. El médico que la auscultaba con artificial serenidad, preguntó por el número de la habitación de la niña a fin de solicitar su expediente:

—No es interna —contestó el padre de Rous débilmente, todavía bajo los efectos de la estupefacción.

—¿Cómo?, ¿entonces qué hace aquí? —dijo el médico dando un salto hacia atrás, como si hubiese sido rechazado por una descarga eléctrica.

—Este es un grupo de apoyo, pero no hay tiempo para explicaciones —terció Trini con aplomo—. Lo importante es que atienda a la niña sin dilación —y tomó del brazo al doctor encomiándole para que continuara su auxilio. El médico se desasíó de Trini con un brusco movimiento. Se abrió paso y salió farfullando maldiciones; algo dijo acerca de que iba en busca de su maletín. Imposible obstruir su fuga. Entretanto el cuerpo de Rous expiraba sin estertores. La enfermera lo advirtió y empezó a gritar: ¡Ay, Dios mío, no te la llesves! ¡Aaaay...!

Trini inició un masaje cardíaco para revertir el paro respiratorio. ¡Se nos va!, siguió mascullando la enfermera con los labios fruncidos mientras ayudaba a marcar el ritmo para que la doctora oprimiese el pecho de la paciente. Se notaba que lo que estaban haciendo era poco menos que inútil. ¡Respira, por amor de Dios! ¡Respira...! La doctora actuaba con la competencia que es de suponerse en una profesional, pero la falta de reacción de la niña se reflejaba en la mirada de Trinidad. Finalmente, el repertorio de primeros auxilios funcionó. Rous empezó a respirar sin volver en sí. La enfermera indicó con cierto alivio que la niña estaba respondiendo, pero más que una evaluación objetiva, era el deseo de que la paciente superase el terrible alud que la tenía postrada. A las quinientas, llegó una representante del hospital con las formas correspondientes para el ingreso a urgencias, y dio el anuncio de que los servicios de emergencia estarían por llegar. Trini

la urgió a gritos: ¡cómo es posible que demoren tanto! ¡La niña necesita oxígeno...!

Impecable en su traje sastre bien cortado, de elegante color azul marino, una mascada con el logotipo del hospital estampado, y prendido a la solapa un vistoso adefesio dorado que indicaba el nombre de la portadora, la ejecutiva pareció ofenderse por la brusquedad con que la habían recibido, y no encontró mejor respuesta que la de retirarse, seguida del padre de Rous a quien previamente había ubicado y hecho una discreta seña para atraer su atención. Mucho después llegó un paramédico. La niña seguía en estado crítico, pero empezaba a dar señales de recuperación, su pulso aunque débil era estable.

Con excepción de los que tenían una labor específica en este cuadro emergente, los circunstantes estaban sumidos en un letargo, notoriamente consternados para reaccionar con mayor viveza. Los instantes decisivos se desarrollaron tan rápido que nadie pudo decir de qué iba el asunto. Afuera de la sala, la representante le pidió al padre de Rous una tarjeta de crédito para cumplir el requisito de ingreso, éste le largó la única que tenía y firmó sin leer las formas que le presentaron. Cumplido el trámite regresó para estar cerca de su hija, cuya faz reflejaba una belleza serena, extraña a todo el ajeteo que la situación había precipitado. La representante regresó para anunciarle al afligido papá que su tarjeta había sido rechazada:

—¡Señorita, debe haber algún error! ¡Le aseguro que tengo saldo a mi favor!

—Sí; pero aquí requerimos cuando menos dos mil dólares o equivalente como fondo de garantía, y usted tiene un límite de crédito menor.

—¡Juro que responderé! ¡Atiendan a mi hija...! —rebatió en un tenor que fluctuaba entre la súplica y la exigencia.

—Señor, comprendo la situación, pero no puedo acceder a su petición —dijo la mujer, sonriendo como en un anuncio de pasta dental—. Créame que no está en mis manos...

—La niña tiene seguro médico, ¡mire! —dijo, al tiempo que de su cartera extraía el plástico que lo acreditaba— es cuestión de un telefonazo...

La empleada identificó al vuelo la compañía aseguradora que respaldaba al interlocutor, y definitivamente el hospital no tenía tratos con ese esta-

blecimiento porque demoraba los pagos, de modo que se mantuvo en su actitud renuente:

—Para mí sería suficiente con su palabra, sin embargo la política del hospital es muy estricta —repuso dueña de sí— no le exagero si le digo que perdería mi empleo si desatiendo el reglamento.

El padre de Rous no era muy a propósito para lidiar con este tipo de trabas burocráticas, máxime bajo el aturdimiento provocado por la crisis de su hija. Con el tiempo corriendo en contra calculó que sería inútil prolongar el ruego:

—¿Para qué me alcanza, pues? —preguntó desanimado.

—Para pagar la ambulancia que lleve a su hija al lugar que usted me indique... siempre que sea dentro de la zona metropolitana —agregó carente de tacto, aunque sin malicia.

24 de octubre

El grupo se enteró de la perversa negociación hasta el día siguiente, cuando Mari Paz y su esposo se presentaron a la sesión. Parecían tranquilos, incluso habían tenido cabeza para comprar un ramo de flores para la doctora. El estado de Rous era estable, aun sin haber recobrado el conocimiento.

—Los doctores dicen que todo saldrá bien —profirió Mari Paz con gesto convencido.

En el corrillo, el padre de Rous reconoció que afrontaban dificultades económicas muy serias, y que ahora se agudizaban debido a que con motivo de la emergencia un agente de seguros removió algunos expedientes y se descubrió que presuntamente la niña ya estaba enferma cuando la aseguraron. Al omitirlo en la solicitud, la responsabilidad de la compañía caduca automáticamente bajo la presunción de fraude. La susodicha aseguradora no sólo se negaba a cubrir los gastos, sino que reclamaba la indemnización correspondiente, más intereses y recargos por lo que habían erogado en los últimos tres años. Mari Paz confiaba en que el enredo se aclararía, pues todas las imputaciones eran absolutamente falsas; no obstante, en el corto plazo debían solventar una serie de compromisos que los tomaba desprevenidos.

Porfirio echaba lumbre por los ojos, las orejas le ardían en vivo incendio grana, en él señal inequívoca de iracundia. Arengó al grupo que de por sí estaba exaltado para protestar enérgicamente por el comportamiento inhumano del personal que le había negado los servicios elementales a una niña en plena agonía. A lo menos le revocarían la patente al doctorcillo que manifiestamente traicionó el juramento hipocrático. Discutieron la estrategia a seguir; unos querían tomar por asalto la Dirección del hospital y reclamar tumultuosamente; otros opinaban que este incidente podía trascender si lo manejaban con mesura. Porfirio sabía negociar, pero quería pelear. Incluso en su estado convaleciente estaba provisto de las herramientas necesarias para desempeñarse como canciller del grupo.

Se acordó redactar un documento en el que se exigiera el esclarecimiento de los hechos y se deslindaran las responsabilidades, dando a entender que estarían dispuestos a llegar a los tribunales y exhibir el asunto en la prensa, a menos que la reparación de este crimen de lesa humanidad consistiera en una indemnización razonable y que, por lo pronto, el hospital de aquí en adelante se comprometiera a asumir la responsabilidad médica de atender a Rous.

Para La plaga había una serie de cuestiones éticas que entraban en juego. La mayoría estimó que lo primero era resolver los problemas prácticos inmediatos. Por grande que fuera el encono no debían perder de vista el asunto principal. Era bueno ser personas con capacidad para la indignación moral, pero era mejor ser eficientes en la búsqueda de la justicia, con una reparación contante y sonante. De otra manera los agobiados padres de Rous no sólo serían maltratados por mentalidades estrechas, sino que además acabarían ahogados por las deudas, amén de que su hija seguía debatiéndose entre la vida y la muerte. El colectivo ejercería presión sobre el director del hospital para resolver el problema de la atención médica, y sólo en segunda instancia se exigiría que quienes actuaron con negligencia fueran cesados, independientemente de que le fincarán una demanda judicial al médico que abandonó a Rous en los instantes cruciales. Con la cobertura del seguro de Rous en el congelador, hubo una revalorización de la máxima utilitarista “el tiempo es dinero”: cada día que ella pasara internada costaría miles de pesos. La táctica que adoptó La plaga estuvo presidida por la pru-

dencia, era mejor que quemar toda la pólvora en una pirotecnia de palabras soeces. En lugar de una nutrida procesión de voces y estados de ánimo sublevados, una avanzadilla encabezada por Porfirio se presentaría a la oficina del director con un pliego de peticiones. Era un texto moderado que detallaba la presunta negligencia, y sólo en entrelíneas se dejaba ver que el asunto podía dirimirse en el terreno legal. Fue lo que se consideró adecuado para abrir las negociaciones.

*Hay quienes no pueden liberarse de sus propias cadenas,
y sin embargo pueden redimir a sus amigos.*

Federico Nietzsche

Además de los problemas del hígado, Porfirio es sugestionable como pocos, al menor síntoma siente el filo del bisturí a punto de abrir su carne. En sentido estricto no es un enfermo terminal, sino por principio. No obstante, su vida corre más peligro que un soldado en medio del fuego.

Un infalible *savoir faire* le indica cuándo actuar con la firmeza de un sargento y cuándo es menester hacerse rematadamente sumiso. Era la persona ideal para parlamentar con el director. Cuando éste se enteró que afuera de su oficina hacía antesala esta carismática presencia, se puso nervioso. Intentó negarse a recibirlo pretextando que estaba en acuerdo; pero Porfirio irrumpió en la oficina, pese a los esfuerzos de la secretaria por impedirlo. El director es un hombre pequeño en varios sentidos, lo único que tiene grande es la avaricia. Heredó de su madre inglesa una piel muy blanca, y del padre ruso la afición al vodka, quien por ser un oficial del ejército zarista se vio forzado a abandonar Moscú en 1917, a causa de la revolución bolchevique. Se fue a Londres, allí contrajo matrimonio con una enfermera del hospital donde llegó a ser administrador general. Y terminaron residiendo en México por razones desconocidas, aunque no se excluye que el motivo fuera escapar de un asunto judicial. Durante las correrías perdieron una hija. Ya con los años a cuestas, en 1933, nació su segundo hijo, futuro director del hospital.

El director cuida de su aspecto personal, o más bien su manera de vestir. Usa trajes bien cortados, camisas impecables hechas a la medida, destaca el nudo Windsor en la corbata Hermes. Considera el inglés como su lengua materna, por lo tanto, el español es su segunda y la domina perfectamente, pero su habla acusa un acento extraño. Tiene un carácter más asustadizo que flemático, y lo refleja en su rostro poco agradable para no decir repelente por su fuerte parecido a una anguila. El hombrecillo se dio cuenta de que estaba en el ojo del huracán y por su mente se esbozó un rápido replanteamiento del escaso respeto que le había merecido hasta entonces la legitimidad de sus acciones al frente del hospital. Aturdido por la presencia de Porfirio, se preguntó si de allí vendría la escalada de sospechas acerca de una desviación de fondos que cargaba en su conciencia. De hecho, por menos, uno de los candidatos a la presidencia afrontaría un juicio de desafuero con motivo de unas obras públicas relacionadas con terrenos irregularmente acreditados y que beneficiaban a uno de los hospitales de la cadena que él representa. El director fingió aplomo para dilatar la conversación mientras pensaba en qué hacer y decir. Dentro de todo, era un tipo astuto. Buscó una expresión benigna para su rostro, quería evitar que el conflicto creciera. Además, le importaba que no le costara mucho dinero.

Porfirio no podía dejarse dominar por la ira que lo quemaba por dentro e hizo un considerable esfuerzo para conservar la dignidad de una apariencia glacial, mientras aguardaba a que el director le dirigiera la palabra, pero éste no parecía tener interés en iniciar la plática. Luego de un prolongado silencio en que no hicieron más que mirarse, Porfirio supo lo que convenía hacer: se acercó al escritorio y con delicadeza removió los montones de papeles apilados en la superficie de aquel suntuoso mueble —los bloques de expedientes cayeron crujidoramente— y en el espacio que quedó libre fue empujando con lentitud el documento del grupo hasta dejarlo en los propios belfos del administrador. Sin pronunciar una sola palabra, el canciller miró con amenazantes ojos de mafioso y giró sobre su eje con inverosímil agilidad para su gruesa complexión. Regresó sobre sus pasos con más galanura que un torero partiendo plaza. La encomienda estaba cumplida. Porfirio se dirigió al elevador satisfecho.

25 de octubre

El director no pudo dormir, estaba realmente preocupado, y guiado por ese estado de conciencia culposa tomó decisiones radicales para cortar de tajo las raíces del conflicto. Condescender lo haría aparecer no sólo débil, sino culpable. Lo primero sería cierto, pero no podía permitirse lo segundo ante un grupillo de famélicos moribundos. Sólo don Jorge y el paciente del fideicomiso le preocupaban, a ellos les daría un trato especial. La respuesta al pliego demoró apenas un día. El director de antemano se deslindaba de toda responsabilidad por lo ocurrido a Rous. Y para ganar tiempo, instruyó al representante legal de la institución para suspender las sesiones de tanatología con el pretexto de que no se entorpecieran las investigaciones que mandó realizar. Para decirlo más claro: la terapia de tanatología fue clausurada. Trinidad seguiría en la plantilla laboral, pero se la relevaba de sus tareas, por lo que su consultorio quedaría fuera de servicio hasta que se girasen nuevas instrucciones. La mente del director calculó que no era necesario cesarla, la renuncia vendría sola, era cuestión de tiempo, y se ahorraría una indemnización. Le tocaba a la doctora Stein luchar por prolongar la vida del desahuciado grupo. La escueta circular leída por Porfirio conminaba a la indignación. Los pacientes estaban dispuestos a batallar por la defensa de Rous, los derechos laborales de la doctora groseramente abolidos y *last but not least* porque se respetase la dignidad de los moribundos.

En el interior de La plaga cada quien tenía una opinión de lo que debería hacerse, y muy pocos una idea de lo que realmente podían concretar; fiel a una vocación democrática que no siempre podían manejar, el grupo parloteaba enjundiosamente; las voces se confundían en una catarata de sonidos ilegibles, asemejándose al bullicio de un rumor de aguas. Para explotar la acuosa metáfora, añado que las vicisitudes arrastraban al grupo como piedras en el lecho de una corriente poderosa que avanza hacia una caída irrefrenable. La guerra había sido declarada, y la clausura de la terapia era un intento vil para desarticular la resistencia. La directiva del hospital tenía el tiempo a su favor y los enfermos las horas contadas. Había que impedir que aquellos botarates pasaran por encima de los moribundos con monstruosa impunidad. No bastaba con indignarse. En el rostro de Trini se

esculpíó un ceño furioso, pero tuvo la cabeza fría para trazar un panorama sin falsas expectativas. Pese a que todos los asuntos lucían con igual nivel de urgencia, hubo un rápido consenso en el momento de establecer las prioridades. Resultó crucial contar con un punto de reunión, consecuentemente el primer problema era determinar un lugar al que todos los enfermos pudieran acudir a partir del día siguiente.

La doctora ofreció su departamento, era espacioso y estaba bien ubicado, pero tenía la desventaja de estar en el cuarto piso de un edificio sin elevador. Si se resolvía la cuestión del ascenso para los que carecían del fondo físico para subir por las escaleras, el asunto quedaría zanjado. Pero antes de pasar al siguiente punto, Porfirio protestó. Era de los que no podían subir ni un escalón y, por lo tanto, él no estaba convencido de que el tema estuviese suficientemente discutido:

—Si no queda definido el acceso —argumentó con un estilo que delataba el origen sindicalista de sus recursos oratorios— no hemos resuelto el problema. Con un tono irónico dijo que es difícil que una persona que no tiene por seguro cómo subir unas escaleras pueda sentirse optimista de su capacidad para cambiar el mundo. A la sazón se revisaron otras opciones, pero los ofrecimientos por un motivo o por otro tenían más inconvenientes que ventajas.

—Estoy de acuerdo con Porfirio —sostuvo Sibel con cierto dejo de impaciencia— pero no es necesario que le demos una solución definitiva en este preciso momento. Ofrezco la renta de un salón en algún hotel céntrico por el tiempo que sea necesario, así tendríamos un margen decente para ubicar un lugar idóneo sin tanto apresuramiento. Sibel estaba atenta para incidir en la toma de decisiones, mientras su mente abría archivos enteros de su biografía, entremezclando la situación presente con su pasado. No se le escapaba que todo el embrollo era a causa de la negativa del hospital a atender a Rous y no podía evitar recordarla tendida en el suelo; tenía la imagen grabada en su conciencia como una res un herraje, además relacionaba el cuadro clínico de la niña con el de ella, como si fuese simultáneo el momento en que la infección de sus vías urinarias se complicó afectando el funcionamiento de los riñones y la declaración del sarcoma el día de cumpleaños de Rous.

Sibel recorrió la película de su vida. Después de acudir a urólogos y nefrólogos, se impuso la necesidad de atenderse en el extranjero. Para entonces ya era víctima de fuertes achaques en la espalda, fiebres constantes, micción con agudos dolores, presencia de sangre en la orina y fuertes altibajos en su presión arterial. Un día como hoy amaneció en uno de los seis magníficos edificios interconectados que conforman el complejo *The Methodist Hospital*, que a su vez está unido a un enjambre de vías que facilitan el acceso a hoteles de gran turismo, funcionales estacionamientos, centros comerciales y boutiques exclusivas.

Luego de numerosos tratamientos fallidos, le recomendaron una cirugía para fijar un riñón que presentaba una movilidad anormal conocida como *nefroptosis*. Lo recuerda vivamente, desde entonces lo que le dijeron los médicos fueron especulaciones: nunca se pudo desentrañar realmente la naturaleza específica del mal que la afectaba. Sólo se sabía que el problema estaba en los riñones que dejaban de funcionarle. La enfermedad de Sibel es lo que se dice un problema multifactorial y creciente, que si no es atendido oportunamente su evolución impide que la composición de los líquidos corporales se activen en las proporciones adecuadas, lesionando desde el árbol vascular hasta los huesos, pasando por el corazón, los pulmones y el conjunto neurológico, con serias repercusiones que pueden ocasionar la muerte. Al cabo de varios meses de incomodidades y molestias intermitentes esa alarma inicial que le impedía orinar sería el motivo de que la desahuciaran.

De mortal tedio fue el transcurrir del tiempo sin que apareciera un donador. Fatigada de tanta espera inútil, Sibel pidió que le avisaran a su marido para que viniese a recogerla. Quería regresar a casa lo antes posible. Durante todo el internamiento —cerca de dos meses— hubiera querido la compañía de su marido, pero fue su madre —la de ella— quien estuvo a su lado, mientras que él apenas pudo quedarse un corto fin de semana. Los negocios no tenían para cuando terminar, argumentó. Esperaba concluirlos mucho antes, pero las cosas no salieron como había previsto; por lo tanto, velando por la salud de Sibel y simultáneamente por la del ventajoso trato

comercial *in progress*, le sugirió a la suegra que convenciese a su hija para que permanecieran en el hospital, mientras él haría todo lo posible por conseguir el maldito órgano, así fuera en el mercado negro. Hay que reconocer que cumplió lo prometido. En menos de quince días obtuvo un riñón, pero resultó inocuo. Y un mes más tarde se pactó con otro posible donador, pero los estudios de compatibilidad otra vez dieron negativo. Agotada por tantos intentos frustrados, Sibel decidió regresar a México sin más demoras.

La nefropatía le había maltratado, pero más le afectó la ausencia de su esposo y su imperdonable falta de sensibilidad. A partir de entonces entre ellos se abrió una distancia, primero leve y luego abismal, que jamás pudieron superar. No es preciso ahondar en la ruptura del matrimonio endosándola a la enfermedad; a lo mucho fue el detonador que puso en evidencia las aristas más filosas, y que los cónyuges blandían acaso sin darse cuenta. Quizá por ser ambos demasiado modernos esperaron más de lo aconsejable el momento oportuno para replantear su relación. Dejaron crecer el silencio y el desencanto, y de pronto era tarde para curar el resentimiento. Ya no pudieron restablecer la conexión. Acabaron como unos perfectos desconocidos. A los diez meses del padecimiento renal de su mujer, el cabrón del marido —como lo están leyendo— se procuró una amante que lo compensara por la congoja que le producía el vertiginoso decaimiento de su esposa. Nada personal: puro desahogo sexual; los sentimientos poco o nada tenían que ver con la decisión de ponerle a esa sustituta un departamento para tenerla de planta. Ambas resoluciones respondían a una cuestión práctica, como si fuera un *business*; apenas Sibel logre restablecerse dejaré a la otra, dijo alguna vez el marido en plan de confidencia. Pero ella tenía un concepto diferente de lo que es práctico y lo que no. Apenas descubrió el intríngulis sexual botó al infiel con una determinación insobornable.

Al marido le costaba una barbaridad admitir al adulterio como una causal de divorcio. Hombre práctico, él mismo se encargó de tramitar la demanda correspondiente torciendo las cláusulas del precontrato matrimonial. No quiso ser mezquino, más bien pretendía dejar a su cónyuge en una condición tan desfavorable que la hiciera pensar en una reconciliación, después de todo aún la quería. Pero con la táctica de ponerla en la calle sólo pudo demostrar que no se había tomado la molestia de conocer a

su mujer: ella jamás hizo el menor esfuerzo por conseguir algún dividendo a costa del juicio de divorcio, ni siquiera la reparación moral ni mucho menos un arreglo económico; sólo quería borrarlo de su vida, por lo que el proceso fue expedito y tajante. Después de firmar los papeles correspondientes no volvieron a verse ni a dirigirse la palabra.

Al evocar a Rous, Sibel no podía dejar de pensar en sí misma, en parte porque compartían la misma historia de agonía y desazón. Ambas afrontaron una primera operación que no representó mejoría. Para la niña significó la pérdida de una pierna y el descubrimiento del sarcoma en sus huesos; mientras que la intervención quirúrgica de Sibel arrojó un diagnóstico inesperado al detectarse un reblandecimiento en el riñón más allá de lo que hubiera podido calcularse; los cirujanos descubrieron también un exceso de tejido graso degenerativo. En suma, cada pérdida parcial era como un ensayo general de la pérdida total que se resume en una palabra: muerte.

La propuesta de un local rentado daba la solución al debate, y todos ofrecieron su cooperación en la medida de sus bolsillos. Porfirio tenía cierta reserva económica, pero siempre le parecía de mayor mérito conseguir apoyo de los verdaderamente ricos, y sugirió que se podría organizar una colecta, callejera si fuera preciso, generando aprobación y consenso entre los moribundos de base, debo reconocer. Con varios años de discapacidad en su haber, Cheo pensaba diferente. Había tenido mucho tiempo para reflexionar sobre los diferentes tipos de ayuda:

—Antes de pasar a otra cosa —empezó su participación moviendo la cabeza de un lado a otro nerviosamente, como pidiendo indulgencia por tener dominio de las ideas, pero no de las palabras— quiero retomar algunos aspectos... En primer lugar, lo que nos proponemos necesita de una organización diferente a la de un mero grupo de terapia. No quiere decir que nos vayamos a convertir en una agrupación política ni mucho menos, sino que por los compromisos que aparecerán vamos a necesitar recursos para subsistir como grupo. Como saben, aparte de mis pies, he perdido infinidad de cosas a causa de mi enfermedad. Hubo un momento en que no

tenía ni para comer; me quedé desempleado y mi esposa, como es natural, tenía que ver por mis hijos antes que por mí... —hizo una pausa exigido por un imperioso nudo en la garganta—. No quisiera extenderme en mi situación personal, pero me parece indispensable decir que con una buena silla de ruedas, cuyo costo ronda los dos mil dólares, yo podría estar sentado ante un restirador mucho tiempo y podría desplazarme con mayor holgura para trabajar y procurarme no sólo mi propio sustento sino el de mi familia. En la destartalada silla en la que estoy ahora apenas puedo guardar el equilibrio sin apoyar mis manos en las agarraderas —ilustró gráficamente golpeando los brazos de la silla con cierta violencia— estoy obligado a usarla porque no tengo opción. Ingresé a varias asociaciones de discapacitados con el fin de buscar un financiamiento comprometiéndome a devolver con creces la ayuda que me dispensaran. En ninguna de estas organizaciones me sentí a gusto porque en ellas había tipos muy viciados que no sentían el menor aprecio por sí mismos y se habían olvidado de todo lo que son capaces de hacer; en lugar de buscar apoyo para poder trabajar preferían manipular a la gente para sacar limosnas. Pronto su tarea se redujo a causar lástima y luego repartirse el botín. No necesito abundar en que los individuos más descarados y cínicos son los que ocupan las posiciones de privilegio. Por eso sentí un fuerte escozor cuando aquí se propuso realizar una colecta. Entiendo el ánimo con que fue sugerida, pero no estoy de acuerdo. Ni pedir ni recibir es malo, el punto es a cambio de qué. No se trata de devolver peso por peso, sino de nunca olvidar que aún desahuciados somos personas y no hemos perdido la dignidad.

Porfirio, más sindicalista y kantiano que nunca, admitió que Cheo tenía algo de razón, pero de la metafísica de sus costumbres sacó algunos argumentos a favor de impedir que se descalificaran *a priori* las tácticas de recaudación más prometedoras. Una cosa es la rectitud y otra un exceso de purismo, dijo concluyente. Además, comentó que para la identidad del grupo era indispensable un nombre. Detestaba, con todo respeto para Rous, que el grupo mismo propalara aquello de que eran “La plaga”. Sugirió uno nuevo más acorde y menos indecoroso. Pese a la elocuencia de Porfirio su participación no encontró eco. Eran La plaga y a mucha honra.

Una vez desahogado el orden del día, Sibel quiso responder a Cheo y definió lo que era su compromiso personal. Se refirió a la huella que le marcó el haber presenciado la recaída de la pequeña Rous, en el breve espacio de aquellos cinco minutos demenciales. Aunque ya era tarde, nadie osó interrumpirla. Parecía que Sibel estuviera estrujando las palabras para extraerles la quintaesencia de su significación con un habla rítmica y pausada: la hermosura de un poema mayor. De su rostro iluminado brotaba una ternura inusitada. Ni un gurú hubiera logrado la profunda comunión que ella consiguió exponiendo la desnudez de su alma. Redimidos por la grandeza evanescente del mensaje, los integrantes de La plaga batieron palmas con más furor que los antiguos griegos al final de una Tragedia. La antigua costumbre del aplauso nació precisamente para sacudirse el poder hipnótico que ejercen la belleza, la verdad y la justicia, cuando se muestran al espíritu humano con tal sencillez. La asamblea se levantó, pero todos se quedaron en sus lugares. Nadie quería romper el embrujo inexplicable que los tenía absortos. Con expresión dubitativa, casi con temor, Cheo sugirió continuar en otro lado, pues los afanadores enviados dolosamente por el director para boicotearlos habían hecho acto de presencia con la falsa misión de pulir y desinfectar pisos y paredes. Uno de los moribundos propuso ir al jardín para retomar los asuntos pendientes, pero don Jorge no deseaba salir del edificio ni romper el estado anímico al que habían sido proyectados por la fuerza de aquella pieza oratoria. Mediante su enfermera el viejo Jorge dejó sentir una poca de su enorme influencia dentro y fuera del hospital, ante lo cual los renuentes trabajadores terminaron por retirarse con sus bártulos de limpieza al hombro. Sin proponérselo, el trámite le sirvió para captar el interés de los presentes. Una vez despejado el terreno se adueñó de la situación:

—Les suplico —dijo con una voz casi demasiado grave y una sencillez desusada en él— que acepten mi casa como nuestro lugar de reunión fijo. Propongo que la cita de mañana sea aquí a la hora acostumbrada. Arreglaré que haya el transporte adecuado para que todos asistan. Después de lo dicho por la señorita Sibel estaremos de acuerdo en que hoy por hoy nada queda por agregar.

La unanimidad fue automática. El vetusto ricachón entraba a la escena cuando todo el tiempo se había mantenido distante y ajeno. Era un hecho

que la suspensión perpetrada por el director lo afectaba, aunque en un grado diferente a los demás. En cualquier caso, el giro de los acontecimientos le causaba perjuicios directos. Y una vez agraviado despertábase en él un iracundo sentido de la justicia que clamaba por la venganza. En otras palabras, la miopía del director del hospital había puesto sobre la mesa una coartada idónea para que don Jorge tomara como suyo un conflicto que en esencia tenía un carácter colectivo.

El mismo 25 de octubre en otro orden de acción.

En el consultorio, con un hilillo de voz, la doctora X le pidió a Joaquín que se descubriera el brazo, colocó entonces una gruesa liga debajo del bíceps y esperó unos instantes. Como no saltaba la vena que buscaba, con una mano sostuvo el codo de Joaquín y con la otra le dio unos golpes con la yema de los dedos en el anverso de la coyuntura, como si palmeara un tristísimo cante jondo. Mientras se dejaba hacer, Joaquín observó los largos y nudosos dedos de la doctora, cubiertos con unos guantes de látex que operaban diestramente sobre su humanidad. Se embebió en esa laboriosidad hasta perder la noción del tiempo y del lugar. Borró la diferencia entre la destreza profesional y la caricia imaginada de Sibel. Pensaba en el amor mientras esas falanges desconocidas, anónimas extensiones de *Plutón*, oprimían su carne. Un súbito dolor lo devolvió a la realidad: el pinchazo fue breve, apenas lo suficiente para llenar de sangre una jeringa.

No había día en que no le practicaran un examen a Joaquín, pero era la primera vez que la doctora X se encargaba de esta rutinaria intervención. Aunque era una veterana mostraba el nerviosismo de una novicia, tanto que llamó la atención del paciente, y eso es mucho decir porque en general apenas entraba a un consultorio Joaquín reducía al mínimo la eficacia de su capacidad sensorial; un hábito que desarrolló para no ser dominado por el miedo que le tiene a las jeringas en particular, y pavor a los doctores en general.

Motu proprio la doctora hizo una confesión ce por be. Habló de la rara aversión que la dominaba, aceptando de antemano que era una reacción completamente irracional que de extenderse a otros pacientes pondría en peligro su carrera. El tema era que no podía reprimirla. Joaquín no entendió y así se lo hizo saber. Sucede que la especialidad de ella era nada menos que

la anatomía patológica, eso explica el sentido de la confesión: le anunció que era la designada para hacerle el estudio *post mórtem*. Él permaneció en silencio, sin saber qué decir. La pausa se hizo insufrible, y es que en su destacada trayectoria la especialista había realizado cientos de autopsias, con resultados que la consagraron como una figura de la medicina forense. Los gajes de su oficio le habían conducido, en aras de la investigación científica, a disecar numerosos cadáveres, sin haber tenido la ocasión de conocer con vida a ninguno de los óbitos. De manera que tratar a Joaquín, verle sonreír, respirar... le había despertado un pudor que devino en una sensación de angustia. Creo entender lo que le sucede, dijo Joaquín más lacónico que de costumbre. Buscó una frase de Schopenhauer, apeló a Nietzsche, pero a diferencia de otras ocasiones, esta vez no encontró una sentencia adecuada para distender la situación.

5. El Cid campeador

*Una sola hora de serenidad ante el cercano y penetrante ojo de la muerte...
...Una mente superior que pudiera dominar esta broma cruel que es la vida.*

Thomas Mann

26 de octubre

Don Jorge debió haber sido corpulento en su juventud, ahora su piel seca se ha convertido en un recubrimiento endeble que casi deja en la superficie una porosa osamenta. Una combinación de descuido y un supersticioso miedo al urólogo postergó indefinidamente el chequeo preventivo que le habría aligerado parte de la carga que ahora lleva a costas sin remedio.

Después de un largo periplo por diversos establecimientos de salud europeos y norteamericanos, cuyo puerto final había sido el *Marriot Medical Center* de Houston, don Jorge decidió emigrar a su terruño. Era capaz de soportar muchas adversidades, pero ya estaba hastiado de la insulsa comida foránea. Internado aquí reposa en una habitación comparable a la suite presidencial del *Waldorf-Astoria*. Se ha arrogado varios privilegios en su condición de V.I.P., de cualquier modo tal inscripción aristocrática y sajona (*Very important people*) tarde que temprano derivará en la más democrática y latina R.I.P. (*Resquiescat in Pacem*).

Don Jorge es dueño de un carácter bronco que corta de tajo la mínima intención de compadecerlo. No bien hace uso de la tribuna su semblante parece recobrar la energía desperdigada por las molestias que lo abaten. Discute dogmatizando. Escucharse diciendo que “el mundo está vuelto de cabeza y sin posibilidad de arreglo”, le produce un placer difícil de explicar. Su filosofía es simple: todo anda mal, y lo poco que hay de bueno ha dejado de ser como era antes. Deplora esta época de valores y objetos desechables. Concibe la vida como una lucha a muerte, por consiguiente todo lo que ha

acumulado y todo lo que sabe hacer deriva del reto perenne que sale a su encuentro por el hecho de ser quien es. Nada en su gesticulación trasluce resignación, especialmente cuando de su mano marchita despinata un dedo de señalar flamígero con el que es capaz de intimidar al mismísimo presidente de la nación. Las malas pulgas de don Jorge causan antipatía, haciendo parecer muy lógico que un individuo tan enfadado y enfadoso sea consumido por la caótica reproducción de células neoplásicas malignas que invaden un tejido tras otro hasta que el reguero acabe por chupar completamente lo poco que le queda de vida a este cuerpo proveyecto.

Según las enseñanzas de la Nueva Era cada quien es responsable de su enfermedad; y define a grandes rasgos el fenómeno del cáncer como una manifestación somática de sentimientos reprimidos: el coraje crónicamente obturado, la ira mal canalizada a través de berrinches porque voló la mosca, tienden a metabolizarse produciendo cualquier cantidad de estragos en el organismo. Estas conclusiones, aparentemente justas, son imprecisas y conllevan un sufrimiento adicional a la enfermedad, debido a la dosis de fanatismo y torpeza con que algunos seguidores de la novaera las han interpretado. Ser responsable de una enfermedad alude a la capacidad que poseen los seres humanos de responder, esmerarse para dar respuesta al malestar, sea con un cambio de actitud, una resistencia imaginativa, un comportamiento flexible, una meticolosa búsqueda o un simple dejarse llevar por la lógica del cuerpo. Ser responsable no significa culpabilidad. La tergiversación de unas sentencias de la filosofía oriental, por lo demás sabias, ha producido efectos diametralmente opuestos, haciendo sentir a los enfermos culpables de sus propios males, como si fueran pocos los quebrantos que las diversas patologías por sí mismas infligen. La Nueva Era, además, se ha manchado de tintes ultraconservadores, articulándose, por ejemplo, con el estigma que señala a los infectados de Sida como los pecadores que pagan por donde pecan. Ya antes y con el mismo furor, sobre todo desde la iglesia, se pensó así del cáncer, la sífilis, la hemofilia y, remontándonos más atrás todavía, la peste que asoló a la Europa medieval tragándose un tercio de su población. No fueron pocos los que pensaron que la razón de esas epidemias era la ira de Dios. En esta lógica acerba, movida por el miedo y la ignorancia, la sociedad culpabiliza a los diferentes (los judíos fueron el

chivo expiatorio en la Edad Media) y excluye a los enfermos graves de los espacios de la vida “sana”, independiente de las anomalías y epidemias que en el fondo no respetan ninguna regla social.

Don Jorge está por cumplir los setenta y cinco años. Poco se sabe de su pasado. Sólo por dos o tres pavoneadas que él mismo ha deslizado de manera aislada, consistentes en proclamar su antigua inopia, se deduce que empezó su imperio con una mano delante y otra atrás. Salvo por este desliz, todo en su carácter muestra el sello de la abundancia. Pese a que sus ojos hundidos en sus cuencas han perdido el brillo pícaro que distingue a los más grandes hombres de acción —apenas diferente del de los truhanes— a leguas se le nota que la ha corrido en grande durante una buena parte de su vida; en la próstata pueden detectarse las huellas de la mucha diversión que se ha procurado. Más por viejo que por diablo tiene un sobrado conocimiento de los resortes que mueven el mundo. No pocos conflictos resolvió en su accidentada trayectoria basándose en su sagacidad de fiera salvaje antes que en su poderío económico. Es un hombre poco sentimental, quizá el único acontecimiento que logró ablandarlo fue la pérdida de su esposa, pero de eso hace ya una eternidad.

Lo que concierne a su vida matrimonial truncada pertenece a lo más recóndito de su pasado, salvo por sus dos hijos: Juan Manuel y José Enrique. Entre ambos administran la fortuna de don Jorge. No son todo lo brillantes que su padre hubiera deseado, pero sí lo suficientemente ambiciosos para invertir en cuidarse el uno al otro. No son tan duros de entendederas para ignorar que carecen del talento para producir más de lo hasta ahora acumulado por su padre. En sus inicios cometieron yerros que costaron mucho dinero, pero entonces don Jorge tenía la energía para subsanar con dividendos tales pérdidas. Aunque deseosos de quitarse el yugo paterno, Juani y Pepe ya no toman riesgos por iniciativa propia. Hablan constantemente con su padre para tratar asuntos relacionados con los negocios, pero lo visitan con escasa frecuencia.

Por primera vez en mucho tiempo don Jorge decidió levantarse de su silla. Había empeñado su palabra con el grupo y quería hacer las gestiones personalmente. Se descubrió más encorvado y torpe, pero de su rostro desapareció la expresión avinagrada que lo ensombrecía. Hubo una época en

que fue generoso —tan remota que ni él mismo la recuerda— entonces tenía un alto concepto de la amistad. Ayudaba a cuantos podía incluso sin conocerlos, pero fue descubriendo que muchos de lo que se decían “amigos” le utilizaban. La experiencia del abuso encalleció su corazón y poco a poco fue desterrando de sí toda manifestación de altruismo. Como no tuvo el coraje para volver a amar, se puso a odiar con un odio alienado. Y por odiar a sus enemigos acabó odiando a todo el mundo. De un modo enfermizo empezó a desconfiar hasta de su propia sombra; se entiende que le reportara un placer tan intenso como mórbido el excitar sentimientos de aversión en cuantas personas tratase. Así entre peor, mejor. Con los años aprendió a imprimir en sus gestos el mayor desprecio de que era capaz a fin de borrar cualquier intención de estima hacia él; quien lo despreciaba le hacía su juego. Por lo mismo, no estaba preparado para manejar las exteriorizaciones emocionales como la compasión y el afecto desinteresado. Aunque jamás lo hubiera aceptado, también él tenía miedo de ser lastimado y decidió enjaretarse una máscara, la del odio, para protegerse. Un sismo de pasiones soterradas, la promesa de paraísos perdidos, el dolor ajeno experimentado como una extensión del propio y acaso también el beso de la muerte, estaban haciendo pedazos sus más sólidas defensas.

El giro de los acontecimientos ocasionado por la situación de Rous cimbraba a don Jorge, anulando su personalidad soberbia y autárquica. Ante la niña, él se sentía desarmado. Esa inocente le obligaba a revisar los argumentos sobre la existencia de Dios; por un lado, el inmisericorde osteosarcoma le recordaba sus irreverentes días de ateísmo cuando negaba la existencia de Dios; también pensaba que si Él era un invento de los hombres, no habría piedad en el mundo para reponerse de tan grande ausencia, siguiendo a los escritores rusos con eso de que: si Dios no existe, todo está permitido. Inadvertidamente, empezó a orar por el restablecimiento de Rous como no lo había hecho desde la muerte de su esposa, fecha en que enterró su fe.

Meses atrás, José Enrique había trasladado provisionalmente su residencia a la Casa Grande, para que no quedara deshabitada mientras su padre se recuperaba en el hospital. Desde que don Jorge se enteró de ese cambio supo que Pepe estaba motivado por intenciones que iban más allá de la vigilancia de la propiedad. Podía esperarse que su presencia en la casa

causara cambio de muebles, abrir y pintar paredes, aparición de nuevas plantas, tapizar o retapizar sillones, pues era un conocedor de las modas y le fascinaban las formas vanguardistas, aunque en ocasiones agobiaba por su excesiva finura. Don Jorge le habló por teléfono a su hijo y le dio instrucciones para que al día siguiente estuviera todo dispuesto para recibir en casa a los que calificó como sus mejores amigos.

José Enrique disimuló mal su desagrado e ideó mil excusas para desactivar el proyecto de su padre. No contaba con que él estaba demasiado convencido de lo que quería para permitir que los melindres de otros lo desalentaran. Pepe siguió intentándolo hasta que don Jorge perdió los estribos y anunció de un sólo tirón lo que hubiera preferido exponer en partes.

—¿Dime cuántos invitados son para alquilar un salón apropiado? —preguntó José Enrique.

—Creo que no entendiste mi encargo —arremetió don Jorge subiendo el tono de voz— te estoy pidiendo que prepares la casa, no un local. Quiero organizar reuniones todos los días a partir de mañana.

—¿Y dónde voy a vivir yo?

—¡Ay, hijo!, ¡No te pongas en ese plan...! Hasta donde yo recuerdo tienes tu propia casa...

—¡Vamos, papá!, quiero decir que esto es tan repentino, que es como si me dejaras a media calle. Por lo menos dame unas semanas para preparar a mi esposa.

—No te estoy corriendo, si lo prefieres puedes quedarte con tu mujer, a quien por cierto no me has presentado... ¡quédense en alguna planta de la casa!, pero creo que mis amistades no serán de tu agrado.

—Te invité a mi boda y me dijiste que la pospusiera hasta que regresaras —interrumpió José Enrique sin poder dominar el enfado porque otra vez su padre había sacado el asunto de la boda— estabas en Alemania o no sé dónde...

—Tienes razón, ahora que me lo recuerdas —cortó don Jorge con sorna— estaba en un precioso lugar con vista a los Alpes. Cosa curiosa, había por ahí un doctor metiéndome la mano por el culo para ver si debía operarme.

—¿...?

La conversación con Pepe había sido desagradable, pero nadie le iba a mellar el ánimo a don Jorge. La fastidiosa conferencia le sugirió que tomara precauciones adicionales para llevar a efecto los nuevos planes que comenzaban a repiquetear en su cabeza. En lugar de solicitárselo directamente a sus hijos, le pidió a la que había sido su secretaria particular de toda la vida —ahora en un puesto honorario porque no quería jubilarse— que le hiciera una transacción a una cuenta especial por la cantidad de veinte mil dólares, sugiriéndole discreción. La mitad de esa suma sería depositada anónimamente en la cuenta del papá de Rous. Por desgracia ni con todo el dinero del mundo podía sacar del coma a la niña, pensó el viejo.

30 de octubre

En menos de veinticuatro horas don Jorge solucionó los problemas que se había planteado en aras de objetivos superiores. La mayor dificultad residió en conseguir los números de la cuenta bancaria del padre de Rous sin que éste se enterase, pero se las ingenió para acceder mediante una de sus enfermeras al archivo del hospital, de donde sustrajo el raquítrico informe que relataba la negativa al ingreso de Rous por falta de garantías económicas. Apenas una cuartilla necesitaron esos mequetrefes para consignar la odisea de la niña como un simple evento administrativo; uno más de los que con frecuencia lidiaba la sección de ingresos, bajo la política de que si alguien quería servicios gratuitos debía ir a una beneficencia.

Le resultó interesante descubrir la perspectiva burocrática del hospital al constatar que los directivos se tomaron la molestia de enviar copias de estas pobres relatorías al departamento legal, habida cuenta de las demandas que eventualmente debían afrontar. Leyó a vuelo de pájaro el machote que había firmado el padre de Rous —a reserva de un estudio más detenido, era obvio que contenía cláusulas de exoneración a favor del hospital— del legajo tomó el registro de la tarjeta de crédito rechazada y ubicó por vía telefónica la cuenta bancaria donde depositó su aportación. Ordenó que devolvieran los documentos a su lugar y no quedó huella de la furtiva intromisión. Obtuvo más información de la esperada; al instante se dio cuenta

de que incluso bajo su férula el grupo tenía pocas posibilidades de sobrevivir a una batalla legal contra el hospital, a menos que él aventara carretadas de dinero bueno a un negocio malo. Se preguntó si tal evaluación era un síntoma de ablandamiento; conjetura que desechó de inmediato porque ahora se sentía casi tan fuerte como en sus mejores años. Tenía la lucidez para recordar su creencia de que el hombre de éxito no es aquel que gana todas las guerras, sino el que saca partido hasta de las derrotas, y llegado el caso sabe cuándo es oportuno replegarse. En consecuencia, se sintió comprometido a ejercer un liderazgo sobrio para conducir al grupo a un terreno en donde se aprovechara la energía demostrada por individuos como Sibel y Cheo, en lugar de desgastarlo enviándolo a un conflicto estéril. Don Jorge construyó un consenso en torno a su punto de vista sin recurrir al peso del poder económico. En su opinión, los compañeros del grupo se sentían demasiado agraviados para aceptar limosnas. Estaban en pie de guerra y, por lo tanto, reacios a que se les hablara de paz.

La primera reunión en la casa de don Jorge inició con puntualidad. Dos ambulancias y un autobús de sus negocios transportaron sin incidentes al grupo compuesto por veintidós miembros, seis familiares, tres enfermeras y la doctora Stein. El anfitrión escrutó las reacciones de sus invitados. Nadie pareció mayormente deslumbrado por la magnificencia de las instalaciones. El estado de Rous era todavía crítico y pesaba sobre la sensibilidad de los convocados. A diferencia de las sesiones ordinarias, el ambiente era de tensión y pesadumbre. Paradójicamente, en los rostros demacrados había una vitalidad inédita, como si los ojos de todos se hubieran conectado y por lo mismo reflejaran el brillo de una determinación común; la sinergia de las miradas con vistas a un sólo objetivo parecía desatar fuerzas increíbles. Era el tipo de motivaciones macizas que conocemos como el sentido de vida.

La asamblea estaba tan caldeada que parecía evocar una conjura en contra de poderes despóticos; estaban demasiado excitados para sólo demostrar preocupación por Rous. Incluso los que usualmente eran huraños a la tribuna quisieron compartir sus opiniones. Con hidalguía cada uno exteriorizó la rabia que incendiaba su fuero interno. Predicaban una cruzada con un fervor que podía llevar a las lágrimas. En cuanto a los aspectos prácticos, las propuestas resultaban fuera del lugar. Sea como fuere, este esfuer-

zo prometeico comunicaba la ternura del que está herido de muerte y no puede legar otro patrimonio que su integridad.

Con gran satisfacción íntima don Jorge sabía que la cuestión monetaria había dejado de ser una prioridad para los padres de Rous. Le era imprescindible que nadie tuviera conocimiento de que él había sido el mecenas, pues temía que se esfumara el espíritu de contribución que ahora estaba experimentado el grupo con místico desapego. Tantas decepciones a consecuencia de su mucho dinero, le hacían precavido y desconfiando. Creía que si su secreto llegaba a descubrirse prematuramente se entorpecerían sus planes de organizar una empresa no lucrativa para apoyar no sólo a Rous, sino a todos los niños o adultos que padecieran adversidades similares a las que había escuchado a lo largo de muchas sesiones de La plaga.

—Si ustedes no encuentran inconveniente —dijo don Jorge— iniciaré un cabildeo dentro de la junta del hospital, donde tengo un par de conocidos; además, tenemos que investigar cuáles han sido las consecuencias concretas de la negligencia.

—Necesitamos —dijo Trini secundándolo— una valoración médica neutral que determine, por un lado, los daños infligidos a Rous por la enfermedad y los efectos de la irresponsabilidad, por otro...

Trini sabía cómo se las gastaba el director para anular las demandas por negligencia en contra del hospital. En cuanto a su persona, le costaba explicar que la pérdida de su empleo, con toda esa carga de prepotencia y abuso, no era algo que le molestara más allá del enojo inmediato. En cierto modo, era una forma de poner fin a la presión a que fue sometida por el director. La clausura de la terapia le daba una salida fácil porque desde hacía tiempo su situación laboral era precaria. Lo que realmente le molestaba era lo sucedido a Rous. Una noche de insomnio le hizo reflexionar sobre las posibles salidas del conflicto. Era sensible a la explosión de ánimo que movía a todos y, aunque la verdad los respaldase, los juegos de fuerza en los juzgados son ciegos y se guían únicamente por la acumulación de poder. Poder para engañar, someter, coartar, corromper, manipular y, desde luego, poder de matar, ¿acaso no fue eso lo que hicieron con Rous?

El director del hospital intentó hablar con Trinidad, primero le dijo que reconocía su trabajo y que era el momento de hacer cambios, prácticamente le ofreció un ascenso. Pero a la vez le encomiaba a modificar su actitud, quizá era el momento para tomar vacaciones, porque la veía muy estresada. Por su parte, Trinidad no tomó una actitud de confrontación, dándole por su lado al director.

1 de noviembre

Joaquín le pidió a Moisés Sabaj que analizara el caso clínico de Rous. El doctor hizo lo propio. No pudo menos que aceptar que el paro respiratorio de la niña era una consecuencia normal de la *Osteosarcomatosis*. Lo más probable era que la metástasis en los pulmones fuera la causa de la insuficiencia respiratoria; pero el retraso con que el equipo de emergencia aplicó el oxígeno y los fármacos revitalizantes produjo una hipoxia que derivó en el estado de coma. Para determinar la severidad del accidente cerebral vascular era preciso esperar para ver cómo reaccionaba la niña.

2 de noviembre

Mientras afuera se celebraba el Día de los Muertos, los moribundos luchaban por su vida en grupo. El padre de Rous acudió a la reunión de La plaga. Dijo que el estado de su hija se mantenía sin cambios y quería transmitir una noticia que consideraba alentadora. En su cuenta bancaria habían depositado diez mil dólares:

—Parece que el director del hospital —abundó Porfirio— encontró más sencillo indemnizar que arrostrar la vergüenza pública. Es evidente que nuestra lucha habría desprestigiado a la institución, incluso si no obteníamos el triunfo en el campo legal.

—¡Justo por eso quiero expresar mi gratitud por este logro! —intervino el padre de Rous—. Abrí una cuenta con ese dinero para que ustedes supervisen la manera en que lo empleo.

—En verdad es una extraordinaria noticia, es como una señal providencial —terció Sibel con gran alegría. Le parecía un presagio de la recuperación de Rous.

—La razón de que conozcan la cuenta —dijo el papá de Rous— obedece a que fue la lucha del grupo la que rescató este dinero. Si por desgracia nuestra hija... bueno, saben lo que quiero decir, Mari Paz y yo hemos decidido regresar el dinero a La plaga para hacer frente a emergencias como la que nosotros acabamos de sufrir.

Al finalizar la parte formal de la sesión, Joaquín se acercó a Sibel para compartir sus reservas. El ofrecimiento del padre de Rous le pareció tan conmovedor como insensato. El dinero era de ellos, no tiene por qué dejarlo a la voluntad del grupo, dijo. En su opinión la indemnización del hospital había sido demasiado fácil; por eso quería abundar en privado sobre todas estas sospechas, y le pidió verla después. Las cosas sentimentales entre ellos (Joaquín y Sibel) se habían estabilizado gracias a sus diarios. Así, ella pudo leer todo lo que J había escrito últimamente. En principio, aceptó el intercambio de aquellas confesiones escritas sin tener claro qué podría esperar de su lectura. Pasó la noche leyendo el diario de Joaquín y a partir de esa información se hizo una idea clara de un hombre acosado por la muerte y la soledad, con el giro imprevisto de haberse topado con un tipo del que ya estaba perdidamente enamorada, que es la única forma decente de amar: perdidamente. Sibel confirmó parte de lo que pensaba de Joaquín, pero además descubrió aspectos que no se habría imaginado. Cuando él empezó a escribir no tenía idea de quién podría leerlo, jamás pensó en las motivaciones de algún lector potencial. Simplemente tenía urgencia de escribir y nunca habría podido anticipar que precisamente la primera lectora encontraría en esas líneas desesperadas y sedientas de afecto el impulso para amarlo.

Sibel cedió su diario actual y aun otros del pasado. Joaquín los absorbió con la avidez de un condenado a muerte esperando las noticias de su absolución. Al final de este ejercicio sentían conocerse en aspectos tan íntimos que no se cuentan sino a desconocidos con la certeza que después de la conversación no volverán a coincidir, como participarle una historia personal sórdida a un taxista. En honor a la verdad, Joaquín y Sibel no habían tenido muchas oportunidades de platicar ni de mucho menos de tratarse.

Todo lo que sabían de ambos derivaba de una intimidad fugaz que se activó en el instante en que se miraron con atención, y les bastó ese par de segundos para construir la imagen entera, corregida y probablemente aumentada, del otro. Cada vez que se veían a la cara reconocían la idea que se habían forjado de las personas que eran. Muchas parejas conviven muchos años sin llegar a conocerse realmente, porque sólo son capaces de ver lo que previamente habían imaginado. Con el paso del tiempo la imagen puede fortalecerse y ser el pilar de un amor duradero; pero igualmente, la imagen puede independizarse de la realidad y producir la convicción de haber estado unido con la persona equivocada. Joaquín y Sibel no tienen la presión del futuro, saben que el tiempo no es su mejor aliado, se aman *in articulo mortis* obligados a ganarle a la prisa: cargaron su memoria de vida mediante los diarios personales. Sin decírselo ni escucharlo directamente de sus bocas, intercambiaron la verdad de sus sentimientos. Y la verdad obtenida por la palabra escrita los desconcertaba, llenándolos de ilusión y otra vez miedo: todo eso que antecede al amor y ya es amor. Descubrieron al unísono que: “*No se andaban buscando, pero andaban por encontrarse*”.

Joaquín tuvo el presentimiento de que conocer a Sibel revocaba su destino. Ignoraba el sentido de semejante transformación, pero para bien o para mal quería estar a su lado. Y se lo dijo sin pensarlo. Ni en sueños se hubiera imaginado con derecho a develarle cara a cara la turbulencia de su corazón. Finalmente, él había accedido a una cima de la existencia —un Everest emocional—; un lugar elevado, de difícil arribo, donde cuesta hasta respirar y donde un paso en cualquier dirección lleva al abismo. Al abrir sus diarios intercambiaron los juegos de llaves de las puertas de su paraíso íntimo, grandioso, magnífico, pero lamentablemente en peligro de extinción. En medio del trasiego, en lo más abrupto de un conflicto que involucraba la precaria salud de Rous y el fin de La plaga, brotó entre ellos una declaración de amor, de escasa claridad si se quiere, pero en todo caso quedaba registrado en su memoria. Era como si las palabras actuaran con independencia y supieran con certeza algo que para la mente de ellos aparecía como una idea confusa.

Ajena a la novelita que los amorosos escenificaban en el breve espacio de un corazón estrechándose a otro, Trini se acercó para invitarlos donde

Rous. A nadie más avisó porque ver a la niña en ese estado requería mucha entereza, y podía ser una experiencia desalentadora para sanos y enfermos. Los tres salieron de la casa de don Jorge rumbo al hospital.

Mismo día de noviembre, por la tarde.

Previendo el impacto que el encuentro con Rous podría tener sobre el ánimo de Sibel, Trini improvisó una reflexión con carácter preventivo mientras conducía el auto. Resulta difícil repetir al pie de la letra esas indicaciones, porque a la sazón Joaquín estaba inmerso en una nube de cavilaciones simultáneamente tristes y románticas; sus sentimientos zigzagueaban de Rous a Sibel, conforme *Eros* y *Tánatos* se arrebataban la iniciativa en su eterno pugilato.

La tanatóloga se referiría al tipo de percepción con que podrían ver a Rous. Presenciarían como en un espejo la propia dimensión vegetativa, aparentemente inanimada y sin embargo tan vital como cualquier otra manifestación del ser. La posibilidad de establecer contacto con Rous dependía de los instrumentos que se emplearan para conseguirlo; limitándose a los sentidos acostumbrados, difícilmente aguzarán la sensibilidad para ver y escuchar con cada célula del cuerpo. Sólo convertidos en radares hipersensibles por el atrevimiento del espíritu es posible captar las ondas de conciencia infinitesimales que hacen accesible el diálogo hasta con las piedras. ¡Hay que sumergirse a la profundidad en que Rous espera! Trini no había exagerado. La visión fue impresionante: Rous yacía en su lecho rodeada de un montón de aparatos, cuyo metálico latir sondeaba las endebles señales de vida aún palpitantes en aquella corporeidad casi inerte. Joaquín sintió cómo se le endurecía el corazón, pero no lo suficiente para dejar de agradecer al cielo que le permitiera enfrentar esta experiencia acompañado de Sibel. Entonces volteó su rostro hacia ella, cuyos labios erraron y su intento de sonrisa se congeló en una mueca indefinida que él tomó como un gesto de reciprocidad, como si también hubiese escuchado la voz interna. Fuera de este paréntesis, nulo era el consuelo que el mundo podía ofrecer a los moribundos. La niña había ocupado tanto tiempo la frontera de la vida y la muerte que su cuerpo careció del resquicio para albergar el soplo mortal cumplidamente; acaso la única ventaja, si puede decirse así, es que hoy su dolor no le dolía. Tal vez el espíritu que habita en Rous se negaba a elevarse

para seguir alabando la profusa experiencia humana de gozar la Tierra durante su fugaz estancia.

Si esta fuera una narración convencional el autor se habría apegado desde el principio a las reglas más elementales del oficio, absteniéndose de calificar los hechos como ha venido haciéndolo. Hubiera trazado los acontecimientos con base en la acción, en puros verbos: anda, calla, habla, hace y deshace; sin utilizar un sólo adjetivo y no habría abusado de las metáforas ni de las reflexiones de Schopenhauer. En lugar de escribir: “me sentía tan sólo como un poeta en el trance de llenar su declaración de impuestos”, narraría un montón de peripecias para que el lector, de estar bien enarbolados los sucesos, concluyera: ¡Caramba!, este tipo está más solo que Robinson Crusoe sin Viernes y sin perro en una isla desierta. Por desgracia, este texto no es un ejercicio literario convencional. Si lo fuera, en lugar de esbozar esta frágil teoría sobre la imposibilidad de la vida novelada, las siguientes líneas estarían abocadas a inventar una cura milagrosa para salvar a una Rous no velada todavía; sacarla de este mortuorio relato y, por qué no, si la ficción puede permitirse todo, de un plumazo reponerle la pierna que los médicos se vieron forzados a amputarle con una pierna biónica. Me valdría un comino que el acontecimiento resultara inverosímil y le restase credibilidad a lo escrito antes y callado después. Estaríamos frente a un autor incongruente, pero ganaríamos una vida. Entrados en gastos añadiría una página en la que sin demasiadas explicaciones se diera por sentada la remisión de todos y cada uno de los pesares que abaten a los personajes, que incluyera, desde luego, la recuperación de Sibel, la reconciliación de Cheo y Silvia... En lugar de Los Moribundos el título adecuado sería el de Los Sobrevivientes.

Serían tantos los redimidos y felices, que el escritor tendría que dedicarse a narrar cuentos de hadas y cursis historias de amor... Aquí no vale el voluntarismo, la pequeña Rous permanece en su mortal reposo, huérfana de la “extremidad inferior derecha”, como dice su historia clínica, sumida en un marasmo que no hay Dios que lo entienda. Ni una puñalada como la que

recibió Lamparero causaría mayor daño que el que inflige ver a esta inocente en tan lamentable y definitivo estado de postración. Escribir que el narrador se siente solo y vencido frente a este espectáculo es sobreañadir, porque con apenas leer este pequeño párrafo es posible saber que la soledad es más que una mera apreciación. No me basta con decir que me gustaría ver el mundo y la vida desde otro ángulo, con otro enfoque. Ver a Rous me deja en el peor de los desamparos sin atinar qué hacer en la víspera de la muerte ajena. En este preciso instante, el único martirio de Joaquín es el silencio de Rous y la imposibilidad de beber con ella un poderoso veneno, sentir simultáneamente el efecto de su actividad en la sangre, y morir la misma muerte al mismo tiempo.

Tanto Mari Paz como el padre de Rous alimentan la fantasía de cambiarse por su hija; tomar el lugar de ella y ser cualquiera de los dos quien expire en este dolor sordo que es el estado de coma. También Joaquín y Sibel abrigaron esa ilusión de ocupar el lugar de Rous para salvarla, pero ambos desistieron al percatarse de que si la muerte transigiese tampoco le otorgarían tiempo extra, y en tal caso cada uno de esos días con sus noches suplementarios serían igualmente de agonía. Ante la cama donde la niña está postrada, Joaquín intercambia algunas palabras con Sibel. No saben qué hacer. Instintivamente se toman de la mano para soportar unidos semejante tragedia. Lloran juntos; el dolor vibra en ellos al unísono.

En la soledad, ante la hoja en blanco de su diario, Joaquín descubre una profunda transformación en su capacidad de amar y en la naturaleza del amor que creía imposible para él. Todo esto le parece demasiado meloso, puerilmente romántico, pero porfía en el tema. Ya no se pregunta qué puede saber del amor, ni qué puede hacer ni qué le es permitido esperar. Lo envuelve una paz que no había experimentado. Por supuesto, está triste y abatido por la suerte de Rous, aunque sabe que la pequeña no entiende la muerte como una calamidad, sino la oportunidad de distanciarse por fin del dolor.

Joaquín descubre que no teme ya a su propia muerte; comprende que el dolor y el sufrimiento no son lo mismo. El dolor que sintió ante Rous—tomado de la mano de Sibel— es natural. La muerte es natural. Mientras que el sufrimiento es ese artificio de la mente que le hace a uno preguntarse

por el tiempo que le queda a Rous y el tiempo que le resta para amar a Sibel. Sufrir es no comprender el dolor, negarse a aceptar lo natural. Es sencillo, no hay excepciones: el ciento por ciento de los que viven, mueren. El sufrimiento es la incomodidad resultante de esforzarse por tratar de evitar lo inevitable. De todos modos la muerte llega. Hay que dejar que el dolor sea, sin sufrimiento, piensa Joaquín un tanto sorprendido de su reflexión. En realidad no lo pensó, lo sintió. Dejó que su cuerpo elevara sus pensamientos. Tal es la novedad. Con esta inteligencia, entendió que su misión era acompañar a los padres de Rous para que dejen de buscar en sus sueños una manera de recusar esta condena sin esperanza de enmienda. Una misión que exige serenidad, auto dominio. Ve con claridad que la rápida y completa simpatía que sintió desde el principio por la niña lo preparó para abolir en su fuero interno toda pretensión de eternidad personal. La muerte está aquí, y él, con todas sus letras, aguarda serenamente. Ahora le parecería ridículo pedirle clemencia a la calavera.

15 de noviembre

Sibel y Joaquín tomaron por rutina establecida ir a visitar a Rous después de las sesiones en la casa de don Jorge. Luego de acompañar a la niña, terminaban juntos el día, logrando así una profunda compenetración. A través de la lectura de sus diarios, como si éstos fueran un mapa, ubicaron los lugares estratégicos de sus respectivas almas, lo que les permitió dirigirse sin rodeos inútiles ni dilaciones al centro del corazón.

La atmósfera de la casa de Sibel era propicia, la extraña decoración parecía tomar ahora un sentido que nadie había descifrado. La proliferación de objetos que ella coleccionó con desmesura, el atiborramiento patológico, es aquí un escenario adecuado para profesar su amor. En cada uno de esos objetos coleccionados Joaquín encontró un código que lo remitía a los estados de ánimo de Sibel, con los que armaba no una arqueología del saber, sino una genealogía de saberla. Tenía ante sí una radiografía del alma, como el tronco de un árbol con todos esos anillos dibujados por dentro. Joaquín empezó a repartir besos a cada uno de los sibelianos objetos resca-

tados por su amada. (No sé si semejante transparencia sea buena para todas las relaciones, pero para Joaquín y Sibel fue como contar con las llaves de Quirón, capaces de abrir las puertas secretas de una persona).

Pese a los augurios de un prematuro desmoronamiento, ambos estaban dispuestos a amarse para toda la vida, y tenían más posibilidades de lograrlo que otras parejas pletóricas de salud. Confirmaron que amar es un crimen pasional que no puede realizarse en solitario; se precisa de un cómplice, y en este caso desacostumbrado, hay un factor adicional de complejidad: uno de los dos (o ambos) morirá pronto. Debido a ello, la energía destinada a sobrevivir a solas fue canalizada en el amor y en amarse en un presente perfecto, antes que en tiempos compuestos en los que intervienen el haber habido, el hubiera y tantos habría hecho sin hacer.

La obsesión por coleccionar de Sibel era su forma de buscar la eternidad, tendiéndole trampas a la muerte presentida. Los objetos del pasado, por primera vez, sobraron. Adiós a las estrategias para confundir la mente mediante pequeños apegos. No más de esa baldía resistencia anticipándose a la muerte irremisible. Ya no estaba sola y con su nuevo e inesperado compañero, juntos, degustaron la muerte provisional a delicados sorbos. Sus conversaciones se prolongaban hasta altas horas de la madrugada. Mientras la luna se impacientaba, ellos aprovecharon que tenían en común la persistencia del insomnio, y que ahora se convertía en una oportunidad creadora hasta que el lechoso fulgor del amanecer invadía la estancia. Los rayos del sol decretaban la despedida con el tiempo justo para integrarse a otra jornada tan nutrida de hospital, con sus medicamentos, terapias y tratamientos. Esas despedidas eran tan inoportunas que sin siquiera planteárselo determinaron que Joaquín trasladara su residencia a la casa de Sibel. La mudanza fue sencilla y expedita, en realidad él no necesitaba nada que no cupiera en su habitación del hospital. Además, aun conservaba su departamento de la colonia Roma, donde sus libros, archivos y otras pertenencias estaban a buen recaudo. Iban allí de vez en cuando para buscar algún volumen y mientras ella hojeaba libros, él aprovechaba para quitar el polvo y hacer un poco de limpieza.

Joaquín tenía ciertas obligaciones para con el hospital, asistía a las consultas diariamente y seguía las instrucciones que le daban; no de un modo

ejemplar, apenas lo necesario para evitar que lo pusieran bajo custodia. Así podía disponer de las horas muertas en los cambios de turno de los médicos para hacer lo que deseara; lapsos de libertad que aprovechó para salir con Sibel. Incluso fueron al desfile del 20 de noviembre, tomando las providencias para que los rayos de sol no le afectaran a ella. Otro día lo dedicaron a recorrer las iglesias de la ciudad. Le prendieron una vela amarilla al *Señor de las Maravillas* y le colgaron listones de colores a *San Charbel* en otro templo del centro. Los lazos que tendieron para asirse a la vida y la pasión nocturna del dúo fueron luces descollantes en la negra historia que los envolvía.

23 de noviembre

Rous superó el estado de coma, pero no recibiría visitas. Estaba sumamente agotada. Mari Paz le encomendó a Sibel la feliz comisión de ser la portavoz de la buena nueva. Excuso mencionar la algarabía del grupo al enterarse del progreso que todos deseaban, en parte porque es fácilmente imaginable la efusión de regocijo que provocó la anunciada recuperación de Rous, y en parte, porque esa dicha fue efímera. Rous quería hablar con Joaquín, su más reciente y afín amigo. Su condición era precaria, había perdido el movimiento del cuello para abajo, la lesión cerebral alcanzó a las células sensitivas, lo cual de algún modo hacía más benévola su situación puesto que por no sentir no sentía dolor. De extraña manera su cuerpo había encontrado una fórmula para vencer el acicate de las dolencias, conservando además la parte de la corteza cerebral que permite el contacto con el mundo exterior. El semblante demasiado enteco de Rous la hacía ver más desmejorada que cuando estaba en coma y sólo parecía dormida. Pese a su extrema debilidad, hizo un esfuerzo que pareció descomunal para pedirle a Joaquín que le quitara la mascarilla de oxígeno, y con un débil movimiento de las cejas transmitir su deseo de que él se acercara lo más posible:

—No te pongas triste, Joaquín, ahora nada me asusta —alcanzó a susurrar antes de hacer una larga pausa para recuperar el aliento; él le pidió que no hablara, era evidente que le costaba trabajo hasta mover los labios. Le pedía silencio, pero ella estaba dispuesta a proseguir— mis papás están más

unidos que nunca, yo ya cumplí mi misión y ahora soy más útil muerta porque mi vida, mi pobre vida sólo les hace sufrir... —un acceso de tos sofocó lo que vendría a ser su testamento.

Inmediatamente Joaquín tuvo que reponerle la mascarilla para que pudiese respirar. Había llegado el momento de hacerle las promesas imposibles: ¡pronto te recuperarás!, ¡aguanta, estarás bien...! Pero Rous extenuada al máximo sólo tenía una reserva de energía para parpadear, como si con ese ínfimo movimiento quisiera comunicar que entendía lo que le decían, y agradecerlo. Todavía hizo un último acopio de fuerza y pidió que le desprendieran la mascarilla de nuevo. Abrió sus ojos desmesuradamente, dejando ver la ruta indecisa de sus pupilas ya sin fulgor:

—Joaquín —musitó con el aliento entrecortado— te tengo una buena noticia: ¡morir no duele...!

Él se quedó más inmóvil que el cuerpo tendido que tenía enfrente como un objeto desconocido. El semblante de Joaquín tenía más de cadavérico que el de la niña. Sibel prefirió salir de la habitación porque sentía que iba a desmayarse, y Trini la acompañó para asistirle. El padre de Rous permaneció unos pasos atrás; lo embargaba un sentimiento híbrido a un tiempo angustioso y dulce por el descanso merecido que la vida le debía a la niña después de una derrota fielmente sufrida. Desde su posición, en segunda línea, veía cómo el mundo se derruía, sin atreverse siquiera a mirar el óbito. La carne de su carne empezó a irse desde aquella fiesta de cumpleaños fallida y ahora caía en picada hacia un abismo de detestable descomposición; aunque el tamaño de la tragedia era descomunal, era consciente de que sólo procedía aguardar a que en su lengua apareciese la miel espesa de la resignación para cobijar con dolorosos besos a una Mari Paz destrozada, y sobreponerse al infinito pesar con el apoyo mutuo.

La esperada muerte de Rous acaeció con la estela de dolor y drama de las fatalidades inesperadas. Tres largos años de alerta roja constante habían preparado el terreno; sin embargo, cuando por fin expiró tomó a todos por sorpresa. Su padre quitó a la niña todos los aparatos que aún tenía conectados a su cuerpo, lo hizo lentamente como si fuera a prepararla para vestirla. Al terminar de liberarla, la cargó en brazos apretándola fuertemente, desesperadamente, y salió de la habitación sin dejar de abrazarla, como un loco

pretendiendo encontrar un remedio imposible que le devolviera el tesoro que le habían arrebatado sin misericordia; sobre la marcha una enfermera intentó apuradamente cubrir con una sábana el corpecico desmedrado de Rous, pero el improvisado sudario cayó unos metros después. Alertada por los gritos, Trini acudió para contener aquella carrera delirante. Fue necesaria la participación de varios ayudantes para que aquel hombre desesperado se desprendiera de su mortal y rosa posesión. Lo más impresionante para mi memoria es el recuerdo del pie de Rous, esa pequeña y desmadejada extremidad colgando inerte por debajo del brazo del padre, es algo que no puedo olvidar.

24 de noviembre

La defunción de la niña fue una abrumadora conmoción que el grupo resintió como una brusquedad semejante a la que produce la ruptura de las amarras de un puente, el puente que perentoriamente exime de caer en el abismo. Tristes y exhaustos se quedaron los moribundos, dispuestos a saltar por propia voluntad hacia esa caída interminable. Pero la vida continúa con propósitos indiscernibles para la mente humana. En la misma semana del más sentido de los duelos, los sobrevivientes tuvieron que dejar el corazón para volver a sus asuntos.

Don Jorge sumó, a su de por sí vehemente desazón, las terribles maquinaciones que sus hijos estaban fraguando. A diferencia de la acostumbrada actitud hermética que había mantenido durante años, esta vez no hizo el menor esfuerzo para ocultar su desierta pena. Echaba en falta a Rous como nunca se lo hubiera imaginado; no obstante, se vio obligado a romper las exequias a causa de los apremios mundanos. Con su talante alicaído era imposible no sentir una súbita inclinación hacía este anciano más allá de lo que inspira el elemental sentido de la compasión. Las transformaciones que estaba experimentando el viejo Jorge eran un indicio de que también su vida estaba replegándose. Él parecía consciente del proceso que lo llevaría a la muerte y no hizo ningún intento de resistencia. También en su mirada reapareció una luz, un rasgo de naturalidad como una sonrisa fresca, ra-

dianter, casi infantil, como si el espíritu de Rous hubiese emigrado hacia aquel cuerpo proveccto.

Dos días transcurrieron entre el fallecimiento de Rous y su cremación. El proceso legal en puerta requería que se realizara una autopsia, algo a lo que se negaban sus padres. Finalmente, la autopsia sí se llevó a cabo sin aportar nada; los restos fueron llevados al panteón donde se celebraría una ceremonia luctuosa y le entregarían las cenizas a Mari Paz. Allí estuvieron los integrantes de La plaga que podían desplazarse y se sintió la presencia ausente de los que no pudieron ir. Don Jorge estuvo al frente en todo momento.

27 de noviembre

Cuando todo apuntaba a que la reunión del grupo sirviera para procesar el duelo, hubo un cambio inesperado. Ajeno a la hosquedad que lo caracterizaba, don Jorge pidió el micrófono para revelar parte de la infamia que estaba martirizándolo. Más que un desahogo era la necesidad de compartir las inquietudes de su espíritu; necesitaba saber que formaba parte de un grupo al que le costó integrarse. (Algo nada sencillo; a Joaquín le consta). Aún a su edad, don Jorge necesitaba aprender a quererse y sentirse querido por una bondad cierta e incondicional. Bastaba con aceptarse a sí mismo tal como uno es, con lo bueno y con lo malo, en la virtud y la mezquindad asaz que engloba a todos los seres humanos. Él tuvo el valor de hallar su propia aceptación, aunque parecía tarde.

Don Jorge habló de sus suplicios por cuenta del cáncer, incorporando los datos que antes había omitido para aminorar la traición perpetrada por sus hijos. En primer lugar, José Enrique (o Pepe, su hijo menor) enrareció la relación paterna con el pretexto de que su padre había decidido no regresar al hospital y suspender cualquier clase de tratamiento, pese a que adolecía de anemia y deshidratación, más una infección en las vías renales y otras señales que auguraban la evolución de una metástasis. En segundo lugar, Pepe estaba enojado porque lo habían despojado de la casa que ya consideraba suya, y que ahora presentaba el aspecto de una beneficencia pública

donde moraban cuerpos inútiles y sus humores putrefactos espesaban el ambiente hogareño. En tercero, Juan Manuel (Juani, el hijo mayor) descubrió un faltante de veinte mil dólares, y como hostigara a medio mundo con amenazas e insultos, la secretaria de todas las confianzas de don Jorge no encontró motivo para seguir ocultando la buena obra del hombre que consideraba su verdadero jefe. Lejos estaba de imaginar que la acción que ella ponderaba por su recia contextura moral sería interpretada como el más lesivo de los oprobios. Y es que conociendo como creía que conocía a su padre, Juani decidió que era imposible que su viejo regalara tanto dinero a una persona que prácticamente no conocía, le parecía un acto de liviandad que sólo efectúa alguien que está afectado de sus facultades mentales —de otro modo, al menos hubiera pedido un recibo válido para deducir impuestos—. Y junto a las quejas que Pepe venía haciendo acerca del estólido comportamiento del viejo, Juani no tuvo más que colegir que su padre había perdido la razón.

Una vez que Juani y Pepe redondearon las conclusiones acerca del extravío mental de don Jorge, decidieron que había que tomar las medidas necesarias para quitarle autoridad a su padre con el fin de evitar que efectuara operaciones financieras, pues al paso que iba acabaría por regalar el patrimonio familiar a las hermanas de la caridad; ya cualquier sorpresa podía esperarse si el viejo fue capaz de dilapidar veinte mil dólares en lo que dura un suspiro. Por un momento el hijo mayor pensó en buscar la forma de recuperar ese dinero, pero le pareció más urgente proteger el grueso del capital. Cambió impresiones con Pepe y por lo así ventilado confirmaron, no sin tristeza, que su padre había caído en un peligroso desvarío senil.

En la obligada consulta con el abogado, le explicaron el caso con sucesos verídicos y una poca de elocuencia mendaz, de modo que el jurista les recomendó como lo más apropiado emprender un juicio de interdicción con el propósito de obtener el control completo de los bienes de don Jorge. Para mayor discreción, y sobre todo para no ofender los restos de lucidez que pudiera tener todavía el enfermo, el abogado les sugirió que repartieran un poco de dinero para aceitar los engranajes de la maquinaria jurídica, a fin de que el proceso se llevara a cabo rápidamente con la falsificación del peritaje médico y además evitando los trámites que requerían la presencia

de don Jorge, para no minar el escaso vigor del viejo. Al punto iniciaron las gestiones calculando que en un plazo máximo de tres semanas tendrían la resolución judicial en sus manos, aunque claro, con incentivos monetarios de por medio, el vericuetto legal podía recortarse. A juzgar por el aspecto abatido de don Jorge, incluso un mes se vislumbraba como un trecho que difícilmente podría atravesar vivo. En la lógica de los hijos era mejor tener la tranquilidad de haber hecho lo correcto, que arrepentirse después a causa de la desidia. Amaban a su padre, pero en el mundo de los negocios hay tareas sucias que deben ejecutarse sin contemplaciones. En todo caso, él no tenía por qué enterarse de lo que estaban tramando: ¡era por su bien!

¡Oh, Destino! El decano Ruiz Esparza, abogado retirado que para mantenerse informado adoptó como su principal ocio revisar el Boletín Judicial, que compraba por cinco pesos en el Tribunal Superior de Justicia. (Sólo un tipo como él podía encontrar entretenimiento en una publicación oficial donde se listan los acuerdos sobre los asuntos en trámite en los que se haya dictado una resolución o realizado alguna acción importante). Pese a su avanzada edad —era contemporáneo de don Jorge— Ruiz Esparza todavía era diestro y sus facultades intelectuales estaban intactas, se ocupaba de muy pocos casos cuando le destituyeron de su cargo honorario en el Comité directivo de la Barra de Abogados, y eso lo deprimió.

No tengo que decir que, en el curso de esta narración, el gris pasatiempo de revisar el Boletín Judicial resultó clave, ya que por esta circunstancia se topó con el nombre de don Jorge Hernansánz, y luego de una eficaz indagación se enteró del precario estado de salud del presunto incapacitado mental. Picado por la nostalgia quiso despedir a su mejor cliente de aquellos tiempos de gloria en que ambos eran jóvenes, fuertes y adinerados, haciéndole una visita. Se dirigió, pues, a casa de don Jorge. Tocó la puerta. Tardaron en responder. Estaba a punto de irse después de insistir con el timbre varias veces, pero finalmente un mozo le abrió. Preguntó por el paradero de su amigo y entregó una esquila previamente preparada con una nota de enhorabuena, y mucho se sorprendió al saber que don Jorge estaba allí, puesto que lo creía en reclusión hospitalaria. Lo hicieron pasar indicándole que debía aguardar unos minutos para ser recibido. El visitante echó una ojeada al lugar. Era admirable la calidad y el buen gusto del mobiliario,

aunque quizá la decoración era un poco demasiado moderna y suntuosa para ir a tono con la personalidad austera de don Jorge, por lo que dedujo que él no había participado en lo que a todas luces era una remodelación reciente. Después de revisar la disposición de las luces que destacaban algunos objetos de arte, Ruiz Esparza dejó de observar el escenario para recrearse en la figura del amigo, lo recordaba con brumosa melancolía. Tomó conciencia de que no tenía la más remota idea del semblante que luciría su distinguido anfitrión.

Finalmente, apareció la apagada figura de don Jorge, llegó con pasos cortos y muy lentos, arrastrando los pies, apoyado en una andadera, con lo que respondía a la expectativa fijada por el abogado de toparse con un hombre avejentado y enfermo; pero conforme las remembranzas fueron alegrando el corazón del presunto débil mental, cierto fulgor resurgió en el rostro de Jorge. La plática fue amena y duró varias horas; en más de una ocasión Ruiz Esparza quiso dar término a su visita, reparando en la salud de Jorge; pero éste venía a más conforme transcurría la conversación. Tanto fue así que, con positiva alegría, el abogado deslizó la causa eficiente que lo había empujado a realizar la visita.

—Puede que estés enfermo, Jorge, pero sin duda tu mente conserva la lucidez de siempre; de manera que no entiendo cómo alguien pudo promover el procedimiento de interdicción en que estás metido —dijo el decano animadamente, como si de antemano asumiera una equivocación en el dato que había recogido, seguramente se trataba de un homónimo.

—Pues yo no he tenido noticia de demanda alguna; pero tú sabes que gente envidiosa sobra —respondió don Jorge sin desestimar lo que había escuchado—. Tal vez convendría que investigaras.

—Para mí sería un placer. Ya sabes que soy dueño de mi tiempo (prefirió no confesar su retiro); pero debe tratarse más bien de un error mío —dijo sin estar ya tan convencido.

El resultado de la indagación determinó que la querrela era efectiva y que fue presentada nada menos que por los hijos: Juan Manuel y José Enrique, además el proceso estaba por concluir. Por mucho tiento que empleara Ruiz Esparza, la terrible información que había obtenido era una bomba de consecuencias perniciosas para don Jorge, de modo que si no se había pirado

antes, ahora sí le habían puesto un clavo a su ataúd. Tal vez era mejor callarlo, pero el viejo tenía derecho a conocer la conspiración que estaba gestándose en su contra, y cuanto antes mejor, puesto que el factor tiempo era determinante.

—¡Vaya!, por fin esos ingratos tuvieron los cojones para actuar por cuenta propia. Lástima que se equivocaron de presa. Con qué estoy afectado de mis facultades mentales, ¿verdad? ¡Pues este chiflado les hará ver su suerte a ese par...! ¿Dónde está Dios para que venga a poner orden? —exclamó.

La noticia motivó en don Jorge agudos sentimientos de decepción, pero además tuvo el efecto colateral de infundir un deseo de venganza que liberó la fuerza hasta entonces encapsulada por el cáncer. Con los diez mil dólares que le quedaban promovió las acciones necesarias para dar carpetazo al juicio en su contra. Mandó llamar a un notario distinguidísimo e irreprochable, con quien certificó un nuevo testamento en el que daba las instrucciones para crear un fideicomiso con toda su fortuna, cuyo único objetivo sería soportar una institución de ayuda para enfermos terminales, discapacitados y demás rubros afines de los desheredados de la Tierra, la cual estaría a cargo de la Dra. Trinidad Stein, quien manejará a su arbitrio los destinos de la Fundación siempre que responda al espíritu de ayuda y solidaridad, etcétera. Por lo cual recibirá una compensación económica de... No dejaba un sólo detalle al azar.

En un rubro especial el testador se refería a los hijos, quienes recibirían una discreta cantidad, en razón del tiempo que estuvieron al frente de las empresas, pero en definitiva quedaban al margen. A la sazón, se cumplieron las diligencias pertinentes que daban fe del acto, Ruiz Esparza firmó como testigo, con lo que automáticamente quedó revocado el testamento anterior.

30 de noviembre

Otra vez don Jorge compartió su dolido sentir por la conducta de sus hijos, luciendo una presencia de ánimo de escasa potencia y un semblante para tirar a la calle; dejó en la audiencia la sensación de que el final del otrora

altanero empresario estaba próximo. Conforme pasaron los días y las noticias de Ruiz Esparza fueron positivas, dio muestras de recuperación. Se le veía reanimado, dicharachero. La expresión del rostro de don Jorge se dulcificó no bien perdonó a sus hijos, lo que no significó dejar de luchar.

Frente al regalo maravilloso de vivir unas horas más, los problemas mundanos palidecen y los enfermos se sienten mejor acompañados entre presencias desarboladas que sufren idéntica suerte más que por personas sanas, quienes, pese a su sincero apoyo, son incapaces de comprender la intransferible profusión de sentimientos que sólo pueden experimentar las personas que han perdido la salud de un modo definitivo. Aquí, el perdón al enemigo o a las personas que por alguna razón (o sinrazón) lastimaron al prójimo, desciende fácil por el cambio de perspectiva que viene con la certeza de la muerte. Perdonar es precisamente eso: ubicarse a la distancia en la que la ofensa se aprecia insignificante. Don Jorge llegó a la antesala de la tumba con muchas razones para pedir perdón y con ansias de perdonarlo todo, incluso las ofensas que no le han hecho. Consiguientemente, la reelaboración del testamento le trajo mucha paz. Sabía que toda su fortuna estaba a su disposición otra vez, y por lo tanto podía actuar según su voluntad.

Joaquín, por su parte, había llegado a una conclusión parecida respecto del equilibrio entre la vida plena y una muerte asumida ecuánimemente. Al estar escribiendo acerca de la muerte de Rous lo inundó un deseo enorme de llorar. Intentó contenerse sin éxito... Lloras a rienda suelta, al tiempo que te perdonas por la muerte de Lamparero, por el repentino adiós de Miranda, por tu abuelo y por tus padres muertos antes de que pudieras valerte solo. Hasta rezó por los muertos en las Torres Gemelas, lo cual ya era una exageración (pero sé que lo hiciste con franqueza y por eso lo consigo); no te habías acordado del S-11 desde que Sibel se adueñó de tus cavilaciones, así de veleidosa es la mente. Tal fue lo que garabateaste en el diario con tinta de lágrimas serenas. Quizá por el hueco lastimero que había dejado Rous, la sensibilidad del grupo quedó a flor de piel, a merced de toda manifestación de ternura. Por su parte, el estado de salud y de ánimo de don Jorge presentaba unas fluctuaciones muy pronunciadas; de un momento a otro se anegaba en el severo azote de su enfermedad, lo mismo que se expandía rozando la cima de la serenidad perfecta.

1 de diciembre

Por la tarde, don Jorge convocó a una reunión a la doctora Stein. Allí le dio a conocer sus últimas disposiciones testamentarias; especificó un ideario y el programa de acción de lo que esperaba fuera una fundación altruista de primer orden. El espíritu de la obra era un derroche de filantropía y mística disposición de servicio. Trini, acaso inhibida por consideraciones profesionales, se inclinaba a creer que había que pensar las cosas dos veces:

—Ojalá usted tuviera idea de lo profundamente conmovida que estoy por su acto de generosidad —dijo Trini embargada por un sentimiento intenso que bordeaba en la estupefacción—. Yo le pediría que reflexionara con mayor detenimiento las consecuencias de su decisión. Entiendo que usted, como cualquiera en su caso, se sienta lastimado y lleno de coraje por lo que sus hijos pretendieron hacerle. Procedieron de un modo injustificable y yo menos que nadie quisiera eximirlos de su responsabilidad, pero sería aconsejable que hablara con ellos, quizá se aclararían algunas cosas. La experiencia de la doctora con los enfermos de cáncer que finalmente llegaban al nivel en que la muerte es inminente, le indicaba que era frecuente la aparición de creencias destinadas a apaciguar los temores, lo que motiva acciones de reconciliación, sea bajo la forma de fe religiosa o con acciones para ordenar las cosas pendientes a través del perdón y, asimismo, la reelaboración del testamento. No es extraño que esas preocupaciones de los enfermos terminales deriven en acciones o propósitos de acciones descomunales y no pocas veces descalibradas.

—Gracias, doctora, por su noble opinión —contestó don Jorge—. Para ser franco, no esperaba menos de usted, aunque ahora esté equivocada. Déjeme ponerlo de este modo: la decisión que he tomado no estuvo dictada por un afán de venganza contra mis hijos ni nada que se le parezca. Confieso que en el primer momento me enfurecí y sólo pensaba en el modo más terrible de desquitarme, pero ¿sabe una cosa?, ya no estoy enfadado. Aunque sea difícil de creer, hasta podría decirle que casi les agradezco a mis hijos su perversa conducta, porque con ello me abrieron los ojos... Tal vez deba dar un rodeo para explicarme. Mi cuna fue menesterosa. No fui a la escuela, aunque siempre fui un ávido aprendiz y un lector voraz. Fui

autodidacta y diletante, pero no me lo creo. Por descontado que intervinieron muchísimos factores más allá de mi voluntarismo para que yo pudiera salir a flote de un montón de adversidades, sin excluir el azar y mi buena estrella; de todos modos, me queda la impresión de que forjé mi destino rompiéndome el lomo veinte horas al día. Nadie me regaló nada, o me regalaron cosas que luego quisieron cobrarme y que yo además hubiera podido conseguirme de otra manera si tal era mi deseo; pero realmente tuve pocos deseos para mí. A medida que tuve éxito y empecé a acumular una riqueza respetable me preguntaba para qué servía, y nunca encontré una respuesta que me convenciera. En un tiempo pensé que mis logros eran para asegurar el futuro de mi familia, pero la incompatibilidad de caracteres con Juani y Pepe me distanció de ellos y, sobre todo, la muerte de mi esposa me hizo dudar. A mis hijos, que más bien eran hijos de su madre, les enseñé a trabajar y a vivir bien, ese es mi legado, aunque aprendieron mejor lo segundo. Estoy seguro de que la habilidad que no tuvieron para acrecentar mi fortuna, aparecerá para mantener sus lujos y pretensiones. A cada uno le dejo cincuenta mil dólares, mucho más de lo que yo tenía cuando empecé. Por otro lado, el total de mis bienes asciende a más de mil millones, y endosárselos a mis hijos no hubiera servido para mejorar el mundo. Tampoco me lo creo demasiado. Nací en un mundo gobernado de manera estúpida, dominado por estúpidos; y cuando me vaya seguirá igual o más estúpido. Pero sé que con mi legado se puede hacer algo inmediato por algunos seres enfermos y maltratados.

La muerte de Rous me afectó de un modo que ni yo mismo entiendo. Me inundó de tristeza y mermó mis ya escasos deseos de seguir viviendo, pero además trajo consigo nuevas metas, elevadas aspiraciones que le dieron sentido a mi último aliento. Para decirlo más claro, la niña me devolvió la fe; su muerte me dio la respuesta que anduve buscando sobre el significado más profundo de mi abundancia. No se cómo decirlo... pero apenas suscribí mi última voluntad en el nuevo testamento, una luz me iluminó. Mi existencia dio un vuelco y ahora siento en mi cuerpo la ligereza de un ánima; casi no siento la pesadez de un viejo con tantos años a cuestas. En mi estilo de vida hice cosas buenas y malas, como cualquiera, dijo don Jorge; pero sólo ahora veo con claridad que incluso cuando actuaba equivocada-

damente, con motivaciones aviesas y lleno de resentimiento, respondía a un plan superior. Resulta paradójico que una de las acciones más razonables que he hecho a lo largo de mi vida haya dado pie a que me considerasen loco. No se crea, doctora, también me he preguntado si todo lo que ahora pienso con tanta transparencia es una locura. Y he llegado a la conclusión de que lo es: la locura que cambia el mundo, que rompe los moldes y los límites estrechos de los que usted nos ha hablado a menudo en las terapias. Me honra participar con usted y me congratulo de haber tenido la oportunidad de atentar contra la cordura. Creo que fue Cervantes quien preguntaba: ¿prefieres una locura inteligente o una cordura tonta?

—Le he seguido punto por punto —insistió Trini—. La fundación es una promesa formidable; pero si desea cambiar de opinión, le recuerdo que está en su derecho de realizar cualquier rectificación y jamás pensaré mal de usted si posteriormente hace otro testamento. Esto último lo dijo con un tono de madre ante un hijo que no se decide a confesar su falta aunque sabe que lo han descubierto.

Hacía tiempo que don Jorge no se sentía tan espléndidamente, mucho más de lo que él mismo creía merecer. Estaba muy contento, pese a los transportes de dolor que por momentos erizaban su piel. La muerte venía a constituir la coronación de su obra, la firma con que el artista se independiza de su creación para exponerla a los ojos del mundo. La bendición de la locura, del loco amor por la vida y por la inocencia; piedad por el dolor humano.

3 de diciembre

Después de esa reunión de crucial importancia, Joaquín recibió las instrucciones para dirigirse a las personas que realizarían la transformación de las empresas de don Jorge, a fin de evitar, en la medida de lo posible, pérdidas y desfalcos. Habría auditorías, ventas, cierres y un sinnúmero de actividades administrativas y financieras que los bufetes correspondientes debían ejecutar. Además, supervisaría y en su caso aceleraría las numerosas tareas especificadas en un grueso documento que don Jorge mandó preparar, mismo que

el viejo entregó con muestras de orgullo, y cuya pureza era del todo ajena a la vanidad, pues a estas alturas de la partida Jorge abolía la mínima señal de autocomplacencia.

Aquella reunión significó para Trini la asunción de una responsabilidad enorme, que aceptó de buen grado sabiéndose respaldada por personas de excepcional calidad. Las tareas que le asignaron requerían tal vez una gran experiencia de tipo empresarial, una esfera que apenas conocía, pero en realidad no tenía que ejecutarlas personalmente, su principal contribución residía en la entereza que infundiría a través de la presencia del grupo, en términos de una lealtad insobornable.

7 de diciembre

No hubo tiempo para reflexionar sobre la magnitud de la tarea que se avizoraba, porque don Jorge decidió que de esta vida había tenido suficiente. Se negó a recibir los santos óleos; incluso sin los sacramentos él se sabía purificado y absuelto, por consiguiente la presencia del vicario estaba de más. Prescindió del servicio religioso para no distraer su espíritu y poder morir en paz, alcanzó a decir en sus últimos momentos. Si se fija la vista, uno tendrá la ocasión de comprobar que en la mascarilla mortuoria de don Jorge quedó impresa una sonrisa pícaro. Quizá lo único que falló en el cálculo de aquel hombre previsor fue la tremenda resistencia que sus Juani y Pepe ofrecieron a su última voluntad.

9 de diciembre

Resultaría morboso describir aquí las reacciones de los hijos de don Jorge al ser notificados de la existencia de un testamento que los desheredaba. Más bien debemos ocuparnos de las fuerzas oscuras que ellos desataron para tratar de legitimar el documento en el cual fungían como únicos beneficiarios, pactando con toda una legión de demonios al servicio de *Mammón*. Asimismo, excuso revelar en detalle la manera en que los hermanos

Hernansánz acusaron a la doctora Stein de lavar el cerebro a sus pacientes para despojarlos de sus bienes. Junto a esas deleznable tácticas, apelaron también al juicio de interdicción que habían promovido en su oportunidad. (Pero luego se dieron cuenta, no sin sorpresa, de que esa medida les perjudicaba, pues dicho caso se había sobreseído por una decisión a todas luces legítima a cargo del Juez correspondiente.)

A Juani y Pepe, entonces, no les quedó más remedio que dirigir todas sus baterías a objetar la autenticidad del último testamento, calificándolo de apócrifo, manipulado y viciado de origen. Sintiendo víctimas de la peor de las injusticias, el par de desheredados se asumía con derecho a disponer de toda clase de recursos para defenderse, incluyendo argucias ilícitas e inmorales. Movieron el cielo y la tierra en la creencia de que la razón les asistía; cayeron en la cloaca de la corrupción por propia voluntad, sin sombra de culpa ni huellas de arrepentimiento. De hecho, con la ventaja que les otorgaba su posición en los negocios al momento de arrancar las hostilidades, los hermanos incómodos dispusieron del dinero que ya no les correspondía, a efecto de comprar la voluntad de hombres clave en la resolución de conflictos judiciales, como el adolescente ambicioso que mata a sus ricos padres y luego ante el jurado pide clemencia arguyendo que es huérfano.

Nada escatimaron para poner las cosas en su lugar; envalentonados por sus primeros avances, los muy hijos estimaron que habían derrotado a su padre en los mismos albores de la contienda. Pero si La plaga lograba reponeerse de los descalabros, el Cid Campeador no sería el último en ganar batallas después de muerto. Debo decir que el grupo tardó en oponer resistencia porque antes debía desahogar el duelo por la pérdida de uno de sus miembros; lastimoso evento que invariablemente cimbra el sentido de la existencia de los sobrevivientes. Si bien este deceso venía acompañado de una misión que apelaba a lo mejor del grupo, era menester guardar luto a la memoria de don Jorge. Cumplido un plazo prudente, convocaron a una reunión con carácter de asamblea.

La plaga fue desalojada de la Casa Grande, aboliendo la disposición del testamento que la establecía como la sede definitiva de la Fundación proyectada-. Pero ningún miembro estaba dispuesto a que las cosas se quedaran así. Formaron diversas comisiones para repartir las responsabilidades.

Sibel se encargaría de las relaciones públicas. Porfirio organizaría las tareas y objetivos día por día, de modo que con una agenda bien armada casi todos se dedicaron a lo importante. En una interpretación ampliada de su vocación de arquitecto, Cheo asumió la tarea de construir una red de apoyo externo para el grupo, y de trabar los primeros encuentros con los personajes que don Jorge había previsto. Mari Paz se hizo cargo de las finanzas; y Joaquín, por contar con mayor capacidad física puesto que su enfermedad aun era asintomática, fue encargado de la supervisión general.

Al frente de la cuestión legal quedó el abogado que el benefactor había designado: Ruiz Esparza, un viejo lobo de mar que se las sabía todas en esta compleja trama construida para repartir justicia, aunque todavía haya muchas injusticias. La responsabilidad de todo el conjunto recaía en Trinidad Stein. Sería prolijo enumerar las demás delegaciones que ocupaban a todos y cada uno de los miembros del club, a más de familiares, amigos y simpatizantes, que salían de quién sabe dónde. Incluso los enfermos más graves cooperaron una barbaridad teniendo la delicadeza de no morirse durante esta etapa sombría de peripecias judiciales y traicioneros embates por la espalda.

14 de diciembre

Al cabo de una semana de operaciones, La plaga era una organización cuya disciplina táctica y pundonor habría sido la envidia de un comando militar. Esto sin considerar que cada uno de los miembros además arrostraba su guerra interna contra las enfermedades, los achaques y mermas físicas de toda índole. Nunca fueron tan iguales los diferentes, y nunca los diferentes lucharon tanto por una igualdad inalcanzable. Todos tenían un objetivo preciso no ya para sí mismos, sino por otras personas de salud desgajada. Tenían un motivo de inspiración trascendente, una verdadera pasión los impulsaba a mantener la osadía de vivir, venciendo abominables patologías y la corrupción de valores. Los moribundos no podían permitir que se siguiera negociando con el dolor humano.

También hubo declinaciones y enfermos que no se comprometieron. Así es la vida, para qué negarlo. A riesgo de caer en la unilateralidad de

dividir a los integrantes de La plaga entre personajes buenos y malos, prefiero no hacer eco de las defecciones, pues también entre los que decidieron irse había buenas personas y buenas intenciones, así como entre los que se quedaron hubo acciones reprobables que hubiéramos preferido cambiar. Si no menciono a los que se fueron, en parte, es porque ya no fue posible saber de ellos. La mejor arma del grupo era una conciencia sublevada, que ejercía una poderosa fascinación en el interior del colectivo, y que de alguna manera se proyectaba hacia la periferia. Tal era el ambiente, la ruidosa bulla y el chacoteo, que las reuniones daban la impresión de gran actividad y poderío, aunque una corta valoración del abogado otorgaba escasas posibilidades de triunfo, sobre todo si la doctora Stein se empeñaba en negarse a recurrir a las *mordidas* y cuanto chanchullo existe al margen de la ley, pese a que son elementos reconocidos en la práctica como los instrumentos más eficaces y expeditos para hacer justicia en nuestro medio.

—Nada hay más expedito que la inteligencia y la honradez —argumentaba Trini en lo que a todas luces aparecía como una ingenuidad colosal—. Sería traicionar a todo lo que creo si cedo a sus pretensiones y recorro a la corrupción para hacer que se respete la ley.

—Me ata las manos con su obstinación —respondía el licenciado casi con repulsa.

—Nada sé de leyes —argumentó Trini— pero conozco la idiosincrasia del país en que vivo. No le pido que modifique el sistema judicial, sino que en calidad de mi representante actúe de acuerdo con mis convicciones. No es mera pose, es la manera de honrar a una persona que legó la custodia de quién sabe cuántos millones de dólares. Si es imposible cambiar a los demás, como usted sostiene, no veo porque insiste en cambiarme a mí. Es a los corruptos a los que tiene que convencer.

—¡Vale!, ¡haré lo que pueda, pero no le prometo mucho! —dijo Ruiz Esparza consumido por la impaciencia, pero dispuesto a respetar la voluntad de la doctora—. ¡Espero que después no tenga de qué arrepentirme! —musitó entornando sus ojos oscuros y avispados.

—Eso es precisamente lo que deseo: ¡qué nadie de nuestra parte tenga motivo de arrepentimiento!, porque esta disputa no es por dinero, sino por la dignidad —replicó Trini.

El licenciado se retiró con el ánimo espoleado; si bien no creía en la efectividad del juego limpio, al menos empezó a considerar el alcance de una actuación inteligente absteniéndose de embarrarles las manos a individuos detestables; planteado así el asunto hasta revestía cierto interés filosófico. En su larga carrera profesional jamás se había siquiera cuestionado a la *untada* como una forma de corrupción, considerándola como un componente natural del funcionamiento procesal. Sería un reto al verdadero talento ganar un caso sin esta clase de recursos oscuros, pensó. Ni duda cabe que se requeriría de enorme laboriosidad e ingenio para estar a la altura de tan noble desiderátum. Sería toda una proeza para Ruiz Esparza despedirse definitivamente de los litigios con una victoria tan formidable; por si eso fuera poco, se embolsaría alrededor de un millón de dólares (cuota fija que el mismo licenciado estableció en homenaje póstumo a don Jorge, pues la mayoría de los grandes bufetes en este caso se hubieran ido sobre el porcentaje, entonces estaríamos hablando de unos diez millones, más los *sablazos* para allanar el camino). Tiene razón la muchachita de trapío, este asunto no es de dinero, concluyó el decano al aceptar para sí el inopinado veto de las prácticas viciadas. Era una complicación adicional, pero que también añadiría estima a la vocación que él amaba a pesar de las truculencias implícitas que debían dominarse, y para las cuales él se consideraba un maestro, pues no sólo se trataba de repartir el *embute*, sino de desarrollar la sensibilidad de saber a quién, cómo, cuándo y cuánto, todo un arte cuya práctica exige intuición, audacia, sentido de la oportunidad y también, justo es reconocerlo, una buena dosis de cinismo.

16 de diciembre

El grupo empezó a navegar en los ríos revueltos de la justicia sin una idea clara de los peligros que arrostraba. Se aventuraron con pasión e inocencia a la tarea de enderezar entuertos, fundados en la esperanza de que la Ley, ciega, con una espada en una mano y con la otra sosteniendo una balanza, estaba de su parte. Nada más alejado de la realidad. La instrucción del caso y las actividades inherentes a la disputa reclamaron la intervención de la

mayoría de los miembros de La plaga. Participaron con enorme entusiasmo dispuestos a defenderse hasta con uñas y dientes. Aunque los resultados de lo que hacían estaban por verse, la sensación de triunfo superaba los vagos presentimientos de adversidad que de tiempo en tiempo revoloteaban. Era inexplicable de dónde salía tanto optimismo; por entonces cada hecho, tuviera o no relación con el proceso, era leído como un signo que confirmaba la buena ventura.

En opinión de Joaquín, la fuente de toda esa vena rebosante de esperanza provenía del espíritu de Rous, cuya manera de vivir la muerte encarnaba el ideal de la liberación del sufrimiento. Eso mismo extrajo de la conducta de Jorge, toda vez que confirmó que su hipótesis inicial acerca de quién había depositado el dinero en la cuenta del papá de Rous, si bien no atinó las motivaciones profundas del noble viejo. Además, el entusiasmo de Porfirio imprimía un toque de carnaval al quehacer colectivo. Dijo que organizaría una serie de festejos en honor de la vida, porque Rous se lo había pedido, asegurando que no hay mejor forma de despedir a los muertos que con música. Bajo el legado de Rous era posible volver a reír, incluso cuando el contexto era de luto y en medio de una despiadada batalla judicial.

A diferencia de otros emplazamientos legales que precisaban de la mayor discreción, como fue el fallo obtenido por don Jorge en el juicio de interdicción, aquí se necesitaba lograr una presencia importante en los medios de comunicación; difundir el caso para tratar de que la opinión pública se manifestara. Había que ejercer una presión suplementaria sobre las autoridades a falta del poder persuasivo de los billetes. Porfirio gozaba de una popularidad con la que nadie rivalizaba. Y como se le daba de maravilla presentar las situaciones de un modo que prendía la piedad y la indignación de sus oyentes, pronto consiguió una respetable infraestructura electrónica de comunicaciones y recursos varios. Abrió un foro especial en la Internet para discutir los pormenores del juicio con el mundo, y por ese medio La plaga recibió numerosas muestras de apoyo de diferentes países, pues muchos patrimonios de instituciones altruistas habían pasado o estaban pasando por el abominable trance de ser disputados por esposas legítimas, amantes, segundos o terceros matrimonios, hijos naturales, parientes leja-

nos y sociedades filantrópicas que, ya sea con fundamento o con meros ardides, cuestionaban o defendían la última voluntad de los testadores.

Algunas personas acudieron al grupo pidiendo alguna clase de apoyo, otras se acercaron para compartir sus experiencias ofreciendo consejos y solidaridad, aunque tampoco faltaron insultos y amenazas. El despojo de herencias era un fenómeno mucho más frecuente de lo que el grupo suponía, tanto si se ventilaban cuantiosos bienes como modestos patrimonios. Más de una gran fortuna había sido pulverizada o congelada al entrar en el terreno de la maquinaria legal; o, en perjuicio de las partes involucradas, el grueso de una sucesión podía acabar repartiéndose en las cuentas de los abogados desalmados que hacen de cualquier disputa un festín. Las novelas de Dumas, Víctor Hugo, Balzac y Dickens juntas no ofrecen tanta variedad de personajes inmundos y situaciones de injusticia, como el universo que Trini y sus moribundos descubrieron a causa del conflicto. Pero no son los primeros ni serían los últimos, si el mismísimo Sófocles tuvo que enfrentar un juicio de interdicción para conservar sus bienes, ellos también podrían hacer algo. (Dicho sea de pasada, el poeta griego salió airoso, con sus setenta años a cuestas, siendo capaz de escribir tragedias hasta el momento de su muerte cuando frisaba los noventa).

6 de enero

La Navidad y las fiestas de fin de año pasaron desapercibidas para el grupo. Las muertes de Rous y de don Jorge, la expulsión del hospital, la reorganización de La plaga, la preparación del juicio por la herencia y la defensa de Trini (quien había sido demandada penalmente por los hijos desobedientes), conformaban una constelación de asuntos que requerían atención y dejaban poco margen siquiera para relajarse un minuto. Al principio del año vinieron las audiencias, los requerimientos, las comparecencias, el fallo y la derrota. Lo que hubiera llevado meses o incluso años se desahogó en pocos días, gracias al dinero que metieron los hermanos para acelerar los trámites y torcer los resultados a su favor. Inmediatamente, Ruiz Esparza interpuso el recurso de apelación. Pero el impacto sobre el ánimo del grupo

fue devastador. Las huestes originales de La plaga jamás llegarían a la segunda instancia ni presenciarían cómo el abogado apelaría al juicio de amparo para detener al menos temporalmente al bando enemigo. Todo eso podría llevarse hasta el 2010, acaso con el regreso del PRI en Los Pinos, pero ya entonces las tendencias adversas eran claras, a menos que algo muy poderoso alterara el curso de los acontecimientos.

Lo más factible era que los moribundos perderían una por una las instancias en que se dirimen las sentencias. Sin un golpe del destino que nadie podía siquiera imaginar Trini se quedaría completamente sola y derrotada. La controversia legal dejó su apariencia espectral de relaciones entre juristas, gestores y gatos de juzgado, para adquirir una contextura substancial, maciza y palpable, como un dios furioso que desciende a la tierra y se deja ver, reclamando culto y sacrificios. Los enfermos terminales se olvidaron de sí mismos y nada hacían más que pensar y vivir para esta deidad inefable, doblegados a esa deidad insaciable que los consumía por dentro y por fuera, adueñándose de la mente y voluntad de La plaga, administrando el odio y la impotencia en las débiles individualidades. Posesos de demonios antiguos que decidieron modernizarse alimentados únicamente por dólares, los moribundos empeñaron lo que les quedaba de vida; ese gesto era el último recurso que impedía que el buque fantasma se fuera a pique. Perdida la brújula, los enfermos se comportaban con la misma obcecación y avaricia que la contraparte, aunque el dinero realmente poco podía importarles en el entendido de que nada modificaría el curso trágico de la enfermedad terminal que en sus diferentes modalidades condenaba a cada quien en los siguientes días, semanas o algunos meses cuando más.

Trini percibió el cambio de mentalidad del grupo y se asustó; la mayoría estaba demasiado inmersa en el garlito de las pasiones terrenales para darse cuenta de las implicaciones en el plano de la conciencia. La ambición de ganar a toda costa el juicio les había corrompido el espíritu. Creyeron que sus patologías les daba el derecho a pontificar sobre asuntos mundanos, y que la desgracia les permitía complacerse en adulaciones sin pagar el precio. Asumieron que la vida les debía algo, desarrollando un sentimiento de compensación temerario y perverso.

—Nada de lo que sucede en esta vida es para compensar —dijo la doctora Stein con un dejo de decepción, luego de que la derrota en los tribunales le abriera los ojos—. Simplemente la vida es así. Las cosas cambian de atributos, de posición, de dueños, porque esa es su naturaleza volátil y mutable, no necesitan de un motor externo que las impulse. Si nos ha de ir como en el cielo, bueno está, y para eso no hace falta que nadie sufra o muera en la Tierra para pagar una cuota. Y si nos va tan desastrosamente como en el juicio que acabamos de perder, de cualquier modo irán apareciendo realidades nuevas, y lo bueno no vendrá para equilibrar lo malo. Por lo tanto, las experiencias que sobrevengan a partir de nuestra derrota serán también buenas y malas. No pueden ser sólo buenas o sólo malas, sino buenas y malas. Por eso, en mi vida he procurado gozar lo que tengo y hay, aquí y ahora, tal es mi credo y todo el tiempo he querido compartirlo tanto con mis pacientes como con mis seres queridos...

Les agradezco, continuó Trini, todo lo que me han enseñado para vivir y morir. Al fin, ustedes y yo somos iguales; en el fondo sufrimos por las mismas razones y nos emocionan motivos similares. Quién no ha pensado en el amor o en la felicidad; ahora nos conformaríamos con un poco de paz, es verdad, aquellos grandes sentimientos se han alejado dejándonos vencidos. En lo personal, abrigaba la esperanza de que esta batalla judicial fuera como un faro que nos permitiría alumbrar nuestros estrechos horizontes de vida. Pensaba en el resplandor de una nueva esperanza que nos sacaría del letargo o de la vacilación provocada por la muerte que llevamos a costas. Y en cierto modo esta querrela lo hizo, al menos en los primeros días. Noté cómo crecíamos y me sentía casi contenta; pero una vez que vino la derrota nos empequeñecimos. Significa que no he hecho bien mi trabajo, pues mi objetivo principal es que cada quien reconozca en sí mismo la razón de una existencia plena; en lugar de eso promoví que identificaran su estima en la consecución de un logro de menor valía, un asunto de abogados. Me dejé llevar, corrí desaprensivamente con el riesgo de hacerlos codiciosos y por ello más vulnerables. ¡Ya ven lo que pasó! Les pido perdón. La única acción congruente que procede es mi renuncia ante ustedes; mi puesto en el hospital francamente me tiene sin cuidado, agregó desganadamente, sintiéndose vacía y vencida.

Si bien, Trini tenía razón en cuanto al extravío en una lid engañosa y turbia como un caso judicial, lo cierto es que ella no era la única responsable. La plaga cayó en los mentideros de la legalidad por propia iniciativa, estaban enfermos pero no eran menores de edad, cada uno es responsable de sus decisiones y de su propia mezquindad si fue mezquino. El objetivo del grupo era claro y justo, pero lo perdieron al sobrecargar su percepción con supuestos falsos y motivaciones espurias que después nadie supo manejar. Aún se podía sentir la compenetración silenciosa que unía a los miembros del grupo, toda vez que comprendieron la naturaleza de los errores cometidos. Decidieron mantenerse en la lucha no ya para vencer al enemigo, sino para conservar su propia estimación. A partir de entonces se desapegarían del resultado, concentrándose en el proceso. Dejarían de extorsionar a los dioses orando por la venganza y volverían a vivir día por día, para vivir.

El acuerdo fue unánime; no hubo necesidad de arengas ni debates. La nueva solidaridad se palpaba. Si en algún momento se propusieron disuadir a las personas saludables a través de la culpa y la conmiseración, ahora persuadirían con argumentos más fuertes, sanos. Limitarse a los juzgados los encandiló; era mejor dejar que los abogados hicieran su parte, mientras que los moribundos se concentrarían en lo suyo, y por añadidura quizá lograrían conmover la sensibilidad de una sociedad indiferente. Trini se recuperó de la fatiga moral y embargada por una emoción profunda aceptó mantenerse en la lucha. Por su parte, la relación de Joaquín y Sibel se consolidó. Se amaban como locos de atar, desatados.

6. ¡Sobre mi cadáver!

Cada soplo de aire que inhalamos impide que nos llegue la muerte que constantemente nos acecha... En última instancia la muerte debe triunfar, pues desde el nacimiento se ha convertido en nuestro destino y juega con su presa durante el breve lapso antes de devorársela. Sin embargo, proseguimos nuestra vida con gran interés y solicitud durante el mayor tiempo posible, de la misma manera en que soplamos y hacemos una burbuja de jabón lo más grande y larga posible, aunque con la certeza total de que habrá de reventarse.

Arthur Schopenhauer

2 de febrero

El cuerpo de Porfirio no podía más. Una nueva crisis se desencadenó provocándole una parálisis general. Coincidentemente, Joaquín fue también testigo de esa debacle, pero a diferencia de la primera vez, estaba preparado. Prestó los primeros auxilios con bastante oportunidad y sin vacilaciones hasta la llegada de los servicios de emergencia. En cuestión de minutos Porfirio ingresaba al hospital. Allí lo estrujó un síncope y la muerte clínica por un angustioso lapso de ciento treinta segundos: el interfecto vivió la experiencia de la luz al final de un túnel, sensaciones de paz y la etérea volatilidad de la carne. Pero al final el espíritu de Porfirio se negó a seguir la luz y retornó de las entrañas del submundo reconciliado con la muerte. Los doctores que lo resucitaron conservan en su memoria los aspectos mundanos de este milagro. Fue una escena bochornosa, en particular el momento en que aquel enorme cuerpo totalmente exánime arrojó un cuajerón gigantesco por la boca, como reacción mecánica a las descargas eléctricas. Un ser humano ordinario se hubiera aterrorizado, pero los doctores se transforman en superhombres en los casos de urgencia, y responden más allá de los límites naturales. Son superhombres, tal como Nietzsche lo entendía, no la historieta. El corazón de Porfirio volvió a latir. Superó la batalla en la que traspasó las fronteras de la muerte.

4 de febrero

Había un hígado disponible para Porfirio. Y de inmediato se programó la intervención.

—Por fin la medicina social te hace justicia —bromeó Sibel— entiendo que en este país hagan falta muchos riñones, pero habiendo tantos hombres que son un hígado no comprendo su escasa oferta.

Sibel y Joaquín acompañaron a la familia de Porfirio durante la cirugía, y transmitieron un jubiloso estado de ánimo, al grado de que parecía que estaban en una tertulia. Nadie tuvo la menor duda de que el trasplante sería un éxito. Sólo Lola se resistió un poco con un semblante preocupado y presa de los nervios, pero al cabo de un rato también cambió su expresión tensa y cesaron sus interminables padrenuestros por su marido, incorporándose al humor festivo del grupo.

14 de febrero

Porfirio se restableció a pasos agigantados, ya su cuerpo había aceptado el nuevo hígado secretando cantidades industriales de bilis sin la más mínima señal de rechazo. En vista de su progreso natural le suspendieron los fármacos. Como una ironía pensada por una mente maléfica, Lola sufrió un aneurisma cerebral que le produjo un derrame masivo, dejándola a merced de una apoplejía. Tres días de hospital y angustia inenarrables. Muda resistencia de un espíritu fuerte y un cuerpo desactivado; nula contribución de una ciencia impotente; ni las inútiles súplicas a Dios ni el fangoso llanto de Porfirio devolvieron la salud a su esposa. Con la energía que tenía Lola era difícil imaginarse que pudiera morir de un día para otro, aunque la muerte invariablemente viene de un día para otro.

18 de febrero

El grupo asistió al sepelio de Lola con más incredulidad que pena, ahí vieron por última vez a Porfirio. Ni sus hijos saben adónde está ahora, y se teme por su suerte. No hay quien le encuentre sentido a esta fatalidad. Por otro lado, la esperanza renace, por decirlo de algún modo. La ex esposa de Cheo (Silvia) se enteró de que en Cuba están realizando con éxito tratamientos a base de ozono para problemas circulatorios. Por lo que alcanzó a entender parecía la alternativa que habían buscado durante años. Se comunicó a la estación de televisión donde pasaron el programa y logró hablar con el expositor invitado, comprometiéndose a enviarle la historia clínica de Cheo. Así, el expediente llegó al Centro de Investigaciones Médico Quirúrgicas de Cuba. Los especialistas recomendaban una hospitalización de veinticinco días y exigían la presencia de un acompañante, lo cual implicaba gastos de transporte y hospedaje, más los medicamentos y gastos varios, conservadoramente se calculó una suma de cinco mil dólares. Ante la imposibilidad de sufragar tal monto, Silvia buscó toda clase de apoyos. Acudió a fundaciones altruistas y dependencias de gobierno sin conseguir nada más que inútiles horas de antesalas. Pero era una mujer de lucha y no se desanimó. Ante los nulos resultados, gestionó una entrevista con el Embajador de Cuba, quien le ofreció la gratuidad de los servicios inherentes al tratamiento en el Centro de Investigaciones del Ozono, incluso la alimentación, pero la situación de su país no permitía una sola erogación suplementaria.

Entre los amigos juntaron para comprar los boletos de avión, quedando alrededor de ochenta dólares para gastos. Cheo y Silvia viajaron como antaño en busca de la esperanza. Su presupuesto sólo les alcanzaba para completar la fase inicial del tratamiento, y si los resultados eran positivos harían todo lo posible por regresar sobre la base de una certeza sólida. Él no iba muy convencido, pero tan sólo por volver a estar cerca de Silvia valía la pena el esfuerzo. Ella, por su parte, tenía el presentimiento de que la experiencia sería provechosa; y en lo que al corazón se refiere había borrado toda posibilidad de reconciliación, lo cual no era obstáculo para apoyar a Cheo sin condiciones, al fin y al cabo alguna vez lo había amado y era el padre de sus hijos.

24 de febrero

La tónica de los días anodinos se vio alterada por el amor y la guerra. Joaquín lo esbozó en su diario: la ternura de Sibel y el pesado latigazo de la tragedia asaeteando a Porfirio, sin olvidar los contubernios de la administración de justicia... Ruiz Esparza descubrió los conductos por los que los hijos de don Jorge inyectaron dinero en el armatoste judicial. Conocía los detalles de la sucia operación, pero sus fuentes no testificarían ni locos, por lo tanto carecía de pruebas, lo que en la lógica del proceso equivalía a no tener nada. En otras circunstancias, la salida obvia hubiera sido aumentar la postura del contrincante, pero, por un lado, el “anzuelo” tendría que ser jugoso; y por otro, había la consigna de no desfigurar principios sublimes para amoldarlos a fines prácticos manchados por la corrupción. En tal escenario de transparencia se había fraguado el primer revés, y en la medida en que las condiciones se mantuvieran invariables, no se veía cómo evitar la derrota en la segunda instancia. La perdieron. Y de nuevo apelaron. Ya sólo quedaba la tercera y definitiva instancia, pero seguían sin encontrar el modo de revertir los resultados negativos. La discusión giró en torno de propuestas sobre la ética de las costumbres y la pertinencia de ciertas tretas en la consecución de objetivos superiores. Ruiz Esparza estaba dispuesto a poner dinero de su bolsillo, no quería quedarse en la estacada cruzado de brazos, luego de que el respeto a principios inamovibles de la ética le restara eficacia a sus gestiones. Una parte del grupo apoyaba la postura de repartir algunas “gratificaciones”, en calidad de una excepción marcada por las propias circunstancias. No obstante Trini se opuso al soborno, dando cumplida prueba de su integridad que más bien parecía capricho.

Joaquín también tenía una opinión muy clara de lo que debía hacerse; no tenía duda de que al menos por esta vez ni Dios vería mal que ellos hicieran a un lado ciertos escrúpulos, pero no encontraba los argumentos para horadar el purismo exhibido por la doctora. Pidió la palabra con una franca rabieta. Una vena gruesa apareció en su frente al tiempo que los ojos se le inyectaron de reflejos escarlatas, su mirada empezó a enturbiarse. Como si deseara alargar la pausa para acrecentar el interés del auditorio, aspiró bocanadas de aire lenta y profundamente. Los “duros” del grupo aguarda-

ban con impaciencia su participación esperando por fin un poco de pragmatismo. Pero antes de hablar Joaquín se dobló por un repentino soponcio: una especie de alegato somático ante la inflexibilidad ética. Los presentes se asustaron; sólo Trini conservó la calma buscando una respuesta en su rica experiencia profesional. Lo examinó y enseguida intuyó la causa profunda. Otro ataque de ansiedad. Preparó un placebo con una solución a base de agua bidestilada y alcohol, la cual no tenía más efecto que el de producir un gran dolor al momento de aplicarla. Joaquín aguantó la bomba y se despabiló, pero afirmaba que seguía sintiéndose descompuesto.

—Es que todas estas cosas me ponen mal —dijo aterido por el impacto de la inyección.

—No te preocupes —respondió Trini con una cara inocente— lo que acabo de recetarte es la solución para muchos de tus problemas.

—Pues será lo que digas, pero siento que me estoy muriendo —alcanzó a proferir en medio de jadeos que provocaban que su pecho vibrara espasmódicamente.

Trini preparó una segunda dosis con mano experta y le aplicó otro piquete para levantar muertos; luego el tercero. Media hora después amagó con el cuarto, pero para entonces Joaquín estaba completamente recuperado, declarando que aquella medicina era milagrosa ya que nunca se había sentido mejor. Trini lo sabía: ningún paciente, ni siquiera los más sicóticos le habían soportado más de dos inyecciones. A veces es pertinente emplear un poco de despotismo en los tratamientos, siempre que sea un despotismo ilustrado. El obligado receso por el ataque de ansiedad daba tiempo para un tentempié y esperar a que se disiparan por completo los nubarrones del susto.

Sibel estuvo taciturna, por momentos se desvanecía ligeramente y entre mareos su mente jugaba con el tiempo, transportándola arbitrariamente del pasado a un pliegue del futuro. Su experiencia de la vida antes de la enfermedad, en contra de lo proclamado por Buda, tuvo hasta ese entonces pocos momentos de sufrimiento. Volvió al tiempo presente y sin mucho pensar concluyó que estaba mejor con Joaquín que cuando estaba casada con la

opulencia y la falsedad. Permanecía en silencio mientras escudriñaba grandes fragmentos de su biografía. Sibel no sabía qué fuerza la transportaba en el tiempo; en todo caso, su credo sobre el aquí y ahora se mantenía firme. En estos momentos no le vendría mal un potente analgésico, pensó.

Llevaba varios días inapetente y con el estómago revuelto. Más pálida que de costumbre, sus ojos brillaban con la intensidad de una gata agazapada. Joaquín le preguntó que qué le pasaba. Ella hizo algún gesto, pero se rehusó a contestarle de un modo explícito. Aquella lasitud era inquietante, él se quedaría sentado a su lado por si algo se le ofrecía, pero nada podía hacer para sacarla de esas confusas evocaciones.

Después de varias horas de alegatos el grupo decidió que lo mejor era filtrar en la prensa la información obtenida por el abogado; cuestión delicada porque a pesar de ser verdadera no estaba respaldada con la fuerza de las pruebas. La celada consistía en tender diversos hilos, quienquiera que jalara se toparía con el ovillo de la corrupción. Sibel le tocó el hombro a Joaquín, y con un ademán deshilvanado le indicó que quería hablar más tarde sobre ese punto. El regreso a casa fue extraño. Permanecieron callados durante el camino, pero el silencio estaba sobrecargado y concitaba vaticinios aterradores. Joaquín ayudó a Sibel a bajar del auto y se enfilaron a la puerta del departamento, antes de entrar ella se plantó ante él y mirándolo muy fijamente le dijo algo terrible. Joaquín se quedó petrificado. Era algo demasiado rudo para ser una broma y demasiado claro para malinterpretarlo. Tardó en reaccionar. Al principio pensó que Sibel acusaba los efectos de una depresión, pues todos estaban tristes y vapuleados por el infortunio de Porfirio y Lola, también estaba fresco el sepelio de Rous y el deceso de don Jorge, además los moribundos estaban decepcionados por el fallo judicial que los puso contra la pared. Sibel dijo que se sentía bien, vaya, con el dolor habitual y prosiguió la conversación con Joaquín:

—Varias veces creí que había encontrado al hombre de mi vida, y me equivoqué en cada ocasión. De todos los aspectos de mi persona, el único en que fui una bruta reincidente fue en el terreno sentimental. Ahora he

logrado algo más difícil: dar con el verdadero amor, no sé cómo decirlo, ¡eres el hombre de mi muerte...! —hizo una pausa mientras se debatía entre continuar o quedarse en silencio. Se preguntaba si la frase que había empleado era afortunada o fallida, o había sido simplemente un lapsus al querer decir “el hombre de mi vida”. No lo sabía, le bastaba con saber que Joaquín era su verdadero hombre, y era bueno para una cosa o para otra, especialmente en estas circunstancias en que la muerte estaba tan cerca. De repente su expresión corporal, antes vigorosa, desapareció; las palabras de Sibel brotaron como dictadas por un autómeta.

—Mi cuerpo me ha enviado una señal. A la mejor estuvo allí siempre, pero la acabo de descifrar. Ya lo comprenderás si te llega a pasar: creo que es el instinto de muerte... Sé lo difícil que es para ti escucharme hablar así. Pero necesito que no te me descompongas porque requiero de todo tu amor: ayúdame a encontrar la forma en que mi despedida traiga algún beneficio para el grupo. Créeme, no se trata de una obstinación caprichosa, sino de un mandato inexorable que sentí desde lo más profundo de mi ser, es como si se hubiera enlazado mi vida con la muerte. Tú eres mi único sostén, mis brazos, mi movimiento, mi alma...

Joaquín no entendió de qué iba la cosa, pero sabía que ante él se perfilaba una tarea sobrehumana.

—Estaré a tu lado. Te lo prometo —dijo emocionado, con lágrimas a punto de desbordarse.

26 de febrero

El encadenamiento natural de la reciprocidad transportó a la pareja a regiones insospechadas. Se comprendían como si fueran una sola existencia repartida en dos cuerpos maltrechos. Experimentaron la saciedad acariciando lo insaciable con la sola mirada, y como una cosa lleva a la otra, de pronto se anudaron con hilos de fuego hasta fundirse en llamaradas de gozo. Tan ocupados estaban con las exigencias de *Tánatos* que se habían olvidado de atender las necesidades de *Eros*. Sibel lucía una expresión inusual, provocativa y concupiscente, no tenía que pronunciar palabra para comunicar

sus deseos en procura de lascivia. Ella creó el ambiente perfecto, por cursi que pareciera, flores, música suave, velas, aromas dulces de incienso por todos los rincones, incluso descorchó una botella de algo espumoso sin alcohol que sabía a rayos, pero el gesto valía por una *Dom Perignon*. Ella dejó su copa a un lado, le quitó la suya a Joaquín, tomó la botella y le dio de beber en la boca. Él percibió el cosquilleo de las burbujas en la nariz y no sabemos lo que sintió cuando le derramó lentamente el simbólico elixir en el pecho. Joaquín se dio cuenta de que no había pensado en el sexo desde aquella vez en que miró los senos de Trini (por cierto se avergonzó de ese detalle no porque le pareciera malo, después de todo la doctora tenía unos pechos respetables, sino porque aquello que sintió en la primera terapia se había sublimado en un sentimiento superior). ¿Cómo no iba a aumentar su proclividad a los éxtasis místicos luego de tan prolongada abstinencia?, bromeó consigo mismo. Ante la seductora iniciativa de Sibel no tenía tiempo para indagar en esos detalles de la existencia que en otra época acaparaban cuatro de cada cinco pensamientos. Intimidado por la decisión de su compañera para extraer la verdad radical de una sensualidad postergada, Joaquín no respondía en el mismo tenor, obligando con ese embotamiento a que ella pasara de las insinuaciones a demandas más específicas. Él se condujo torpemente.

—¡...pe... pero en nuestro estado... eso es imposible —tartamudeó Joaquín rompiendo el encanto de la sugerencia.

—¿Por qué? ¿Acaso no me amas? —se quejó ella.

—Sabes que te amo, pero no sé cómo hacerlo si ni siquiera puedo rozar tu piel sin lastimarte —adujo, consciente de que la enfermedad de Sibel había agotado sus endorfinas, péptidos, feniletilamina, dopamina, norifinafrina y el resto de las sustancias químicas del amor con las que el cerebro se provee de sensaciones placenteras.

—Ya veo... —exclamó Sibel sin sentirse desairada— es verdad que casi todo mi cuerpo está diezmado, pero mi principal órgano sexual permanece intacto... ¡Pon esa silla aquí!, ¡siéntate! ¡Mírame a los ojos! Concéntrate en mi voz, permíteme que te acaricie con ella... ¡Vamos, relájate! ¡No seas mojigato...! ¡Conéctate conmigo! —decía al tiempo que se acercó para tocarlo muy levemente con la punta de sus dedos, inspirándole confianza.

Joaquín se abstuvo de responder del mismo modo por temor a escocerle la piel, pero ella tomó su mano y la condujo directamente a su húmeda vagina; en efecto, no hubiera soportado el dolor si él hubiera tocado los pezones. Con un guiño le ordenó que se despojara de la camisa. Después señaló sus pantalones.

—¡No! —dijo con cierto embarazo. Sentía el aliento de Sibel como una voluptuosa caricia en la oreja. Siguió moviendo sus dedos con extrema delicadeza en los recovecos de ella, cada vez más mojada y caliente. Sólo entonces Joaquín empezó a notar el impacto de los escarceos en una parte estratégica de su anatomía.

—¡...!

—¡Oh! ¡Ah...! —gemía Joaquín provocado por la lubricidad de su seductora.

Sibel prosiguió con el acto amoroso, lamiendo con dulzura y destreza. La intensidad de los sentimientos así convocados hacía polvo las barreras corporales que los separaban. Él se derramó en su cara y ella se humedeció aún más hasta alcanzar un sonoro éxtasis instantes después. Brindaron por el amor, por la vida y hasta por la muerte. Si alguna vez el sexo unió a dos seres fue en este acto donde concurrieron mil esencias; juntos destilaron gotas de felicidad hasta alcanzar el más ardiente de los orgasmos. Sudaron copiosamente en lo que fue una unión sacramental. Un acto casi religioso de secreciones marinas, un manto de fluidos que no necesitaba prolongarse en la penetración. Amor sin rastro, ecos de caricias, reverberaciones de suspiros y erótico gemir, el sobresalto de la respiración entrecortada, rostros desfigurados por el placer y el dolor esculpido por la violencia sutil de la danza amorosa; eran como dos esculturas de arena derritiéndose en una cálida playa con los lengüetazos del mar.

Joaquín admiraba extasiado la silueta de Sibel a contraluz, arrullado por el rumor urbano procedente del otro lado de la abierta ventana. Al despuntar el alba, evocaron las imágenes de su fugaz triunfo sobre la adversidad. Ella prolongó su excitante susurro sin abstenerse de usar palabras cachondas; sobrada de liberalidad erradicaba lo vulgar de la vulgaridad. Joaquín nunca habría creído que los mejores besos prescindieran de boca y labios. La caricia de la *Diosa del Amor* era como asir una seda finísima con las manos, etérea

como una brisa y más intenso que el coito que no podían tener. Iniciaron un nuevo día y renacieron jurándose entrega absoluta para toda esta vida y para otras, seguros de que con una pasión tan profunda la transmigración de las almas era un deber. El amor vence a la muerte, como en Tristán e Isolda. El amor los desamordazó de la enfermedad; Sibel hizo lo que deseaba, pese a lo disminuido de su cuerpo, bordeando la zona del misterio donde no alcanzan las neuronas ni los instintos para resolver el enigma: más de dos millones de insectos diferentes, casi un millón de plantas, cerca de veinte mil especies de peces, alrededor de nueve mil especies de pájaros, más de seis mil millones de personas... todo un cóctel de apareamientos de proporciones planetarias y, sin embargo, tenían que haber sido Joaquín y Sibel, sólo ellos, fundidos para completar esta fusión que reabrió con ganzúas las puertas del Edén.

El equilibrio que Sibel jamás pudo conseguir para sus líquidos corporales devino en una prodigiosa estabilidad emocional. Se amaron en la muerte instantánea, lenta y sublime del orgasmo. ¡Déjame vivir tu muerte porque mi muerte está muerta! musitó Sibel de todo corazón mientras su boca herida besaba los heridos labios de Joaquín. Apretujados en una sola sombra sellaron su destino único.

27 de febrero

Mientras Joaquín le ayudaba a hacerse la diálisis, notó que tras el cubrebocas la faz de Sibel se iluminaba. Ella se apresuró a empalmar las líneas de transferencia, el adaptador de titanio y los paquetes de infundir y drenar. Terminada la limpieza de su sangre, Sibel dijo que tenía un plan. Debían convocar a una conferencia de prensa en la explanada del hospital. Había que arreglárselas para que asistieran las cámaras de televisión y la mayor cantidad de periodistas.

—La conferencia tiene que realizarse pronto. Hay que hablar con Cheo, le encantará montar el tinglado —dijo Sibel entusiasmada.

—No quiero ser aguafiestas, pero la verdad es que la prensa no tiene por qué interesarse por nuestras cuitas, todos los reflectores están concentrados en esa ficción de Vamos México —replicó Joaquín con timidez.

—Tienes razón, pero Cheo inventará el pretexto perfecto. Diremos que tenemos pruebas de un gran fraude en la Bolsa...

—Eso tampoco es noticia en este país —arguyó Joaquín como abogado del diablo.

—Entonces daremos a entender que sabemos quién es el autor intelectual de los crímenes políticos más recientes o le endilgaremos un amante a la primera dama, ¡no importa!, el chiste es que estén los medios... Además, tienes que protegerme para que nadie se me acerque, mi piel está hipersensible.

—Lo sé —dijo Joaquín jugando con lo sucedido en la noche anterior. Quería bromear para distender la atmósfera. Sibel lo entendió, y esbozó una sonrisa. Pero insistió en que necesitaba estar protegida. —¡No te tocará ni el sol!, afirmó con determinación.

Al cabo de unas horas habían elaborado un plan bastante detallado. Delegaron las responsabilidades con instrucciones precisas. La precaria salud de Sibel no dejaba margen para errores. Pese a su rigurosa dieta, su nivel de glóbulos rojos era bajísimo (es decir, estaba anémica) y, por otro lado, el exceso de fósforo en la sangre afectaba a sus huesos, que eran ya frágiles y quebradizos. Asimismo, el fósforo infiltrado en la piel le producía agudos accesos de comezón, un ardor indecible por lo que el mínimo roce la lastimaba mucho más que antes. Sibel utilizaba la silla de ruedas para no consumir su escasa energía, pero podía caminar. Sólo que cada día le costaba más trabajo tenerse en pie, en parte por la debilidad de su sistema óseo, y en parte, por los altibajos de su presión arterial, que súbitamente la desorientaban y le producían sensaciones de mareo, náusea y hasta ligeros desmayos.

El grupo aceptó de buen grado las nuevas tareas. Era importante hacer algo, moverse para sacudir los ánimos depresivos luego de un periodo de inactividad y frustración por la sorpresiva muerte de Lola y la huida de Porfirio como un animal que busca un sitio abandonado para ir morir sin ser molestado. Como lo anticipó Sibel, Cheo se lo tomó muy en serio encargándose especialmente de la prensa, debido a que el poder de la opinión pública era uno de los mitos que más respetaba. Pero la tensión era mucha y era alarmante ver el estado de agitación que producían en Cheo estas tareas; se lo hicieron saber, lo cual lo excitó aún más pues temía no ser

digno de confianza. Pidió que dejaran de preocuparse por él y por la posibilidad de una recaída en las drogas.

Prepararon el magno evento a una velocidad inimaginable, pretendían la participación de representantes de los derechos humanos, una comisión de diputados, la Asociación contra la discriminación de los enfermos de Sida y varios grupos que luchan por los derechos de los discapacitados y la población de la tercera edad, etcétera, para llamar la atención sobre las irregularidades cometidas durante el proceso judicial por la sucesión testamentaria, mismo que parecía llegar a su fin anticipadamente en obediencia a un arreglo corrupto entre los hijos de don Jorge y los jueces. Los ojos de Sibel perseguían a Joaquín, aunque fingían mirar hacia otra parte; mientras, la efervescencia en el local era estimulante. Los teléfonos repiqueteaban sin pausa. Antiguos trabajadores de Cheo se presentaron para construir una tarima especial con un andén de acceso para la silla de ruedas y un podio desmontable. Se notaba la fatiga de Sibel, así que la obligaron a que tomara un reposo. Se despidió temprano de los compañeros agradeciéndoles su colaboración. Entonces le pareció importante despedirse también de sus padres. Les llamó por teléfono como si cualquier cosa, porque no tenía fuerza para verlos.

—¿El discurso? —preguntó Joaquín.

—¡Está listo! —aseveró Sibel con una pizca de indecisión.

—Déjame echarle un ojo... —dijo Joaquín con ánimo de cooperación.

—No te preocupes —cortó ella con una sonrisa.

—Enséñamelo —insistió él con la mejor voluntad.

Por respuesta, ella sólo se tocó la sien con el dedo índice. Había decidido que improvisaría. Joaquín se enfadó porque la actitud de Sibel era desconcertante. Intuía que debía estar pasando algo muy delicado, y que ella quería llevar la carga sola. Sibel se había esforzado hasta lo indecible para que su cuerpo estuviera en condiciones de aceptar el nuevo órgano. Las funciones fisiológicas y los órganos ligados al riñón se le habían atrofiado, por lo que emprendió dolorosas terapias para ponerlos a punto. Puso todo lo que estaba de su parte para reactivar su maltrecha fisiología, en especial la vejiga, la cual se le había contraído por la falta de uso. Hacía bastante tiempo que había dejado de orinar por medios naturales, de suerte que el

procedimiento para darle consistencia y elasticidad al aparato urinario fue un verdadero tormento medieval. Sibel ya no podía mantenerse en forma para recibir un trasplante. La infección de las vías urinarias devenía en un factor mortal irreparable en esta etapa tardía, cuando las complicaciones sistémicas han causado ya un deterioro masivo sin posibilidades de rehabilitación. Aunque el Club de los Amigos del Riñón le pusiera en fila una docena de frijoles mágicos, en definitiva la última oportunidad para ser elegible se había esfumado. Todo esto es más terrible de lo que se puede escribir. La muerte presentida, luego anunciada así, es una conmoción que cimbra las estructuras más profundas de lo que somos y arrasa con todo aquello que creemos ser. Lo que le pasa a Sibel nada tiene que ver con las odiseas victoriosas de la superación personal, como las que Hollywood proyecta dulcificando los dramas internos de los seres humanos con la victoria de la estrella sobre el mal que los amenazaba, como Rocky Balboa. La trama de la vida es sencilla: cada camino depara goces y desgracias. Algo que le costaba comprender a Joaquín, pues él tenía una idea peculiar del karma, asumiendo que todo el gozo de la vida se paga con dolor, de manera que durante años se impuso gozar lo mínimo para no tener que amortizarlo después con quién sabe qué clase de martirios.

Con Sibel sucedía lo contrario: cada instante de gozo pleno era una expropiación legítima a un mundo pletórico de sufrimiento. Fue así que desmenuzó todas las facetas de su padecimiento. Le explicó a Joaquín que, con el propósito de disminuir las constantes visitas al hospital, ella se adiestró para hacerse las diálisis en casa (es decir, el proceso de extraer los desechos de la sangre con un líquido especial irrigado a través de una membrana semipermeable que cubre la cavidad peritoneal). Al principio no fue fácil, recordó, pero luego de varios titubeos en los primeros intentos, acabó siendo una artista. La cuestión mental era lo más difícil de manejar, pues la diálisis no tarda en convertirse en una atadura ya que debe realizarse todos los días cada cinco horas, con gran cuidado para evitar infecciones o daños. Hay que asimilar que se trata de un recurso terapéutico que ofrece una sobrevida corta y penosa: la mayoría de los enfermos que llegan a esta situación fenece entre los doce y treinta meses. De este modo, dijo Sibel, empecé a conocer y respetar mi cuerpo. Es imposible determinar un límite de lo que

puede hacer un cuerpo para mantenerse vivo: el conjunto de órganos, funciones, intercambios, flujos, síntesis químicas, campos y redes electromagnéticas, poros y capilaridades. Todo eso le parecía asombroso, pero le asombraba todavía más el hecho de que su escasa salud dependiera de un par de órganos del tamaño de un puño, por cuyos múltiples vasos procedentes de la arteria renal se extrae la urea, la creatinina e infinidad de productos de deshecho, a fin de mantener el equilibrio del líquido que debe permanecer en el cuerpo. Los excedentes, bajo la forma de orina, son expulsados por los uréteres y la vejiga para purificar la sangre, con lo cual en el torrente sanguíneo se mantiene la cantidad justa y armonizada de ácidos, azúcar y la sal de la vida.

—Métete en mí —insistió Sibel—. Mi cuerpo ya dio todo de sí, me duele y me pesa como un fardo. La vida ha sido generosa conmigo y yo estoy agradecida. Me sobrepuse a la zozobra de una enfermedad incomprensible, duré tres veces más que el promedio. Tal vez te parezca un acto horrendo y loco, pero para mí la muerte equivale a la conquista de una cima trascendente... No renuncio a mi voluntad de vivir, sino a la vida que por sí sola ha decidido irse antes de lo que yo hubiera querido... Abrazame, procúrame tú mis últimas sensaciones corporales, aunque sean de dolor. Amaré la crispación de mi piel y esa daga dulce de tus caricias perforando mis debilitados músculos. Entra en mi cerebro y piénsame con mis pensamientos para que mi amor por ti te sea inteligible —le dijo Sibel mortalmente enamorada, lo que hizo que su discurso sonara como una parrafada de *El ángel sin cabeza* de Vicky Baum. Joaquín se hizo un lugar junto a ella de modo que pudieran reposar muy cerca sin lastimarla. Se tomaron de la mano y vivieron una muerte íntima, sin prisa ni ansiedad, morosamente, para dilatar la expansión gozosa. Ya en la madrugada cayeron en un sopor benévolo sin llegar a conciliar el sueño. Tenían que descansar. Les esperaba un agitado día. En su diario, Joaquín transcribió un fragmento del poema *La muerte y la doncella*, de cuyo autor no recuerda el nombre:

La doncella

*Vete, vete, te ruego,
ay, feroz esqueleto.*

*Querido, aún soy joven,
vete y no me toques.*

La muerte

*Hermosa figura, dame la mano,
soy amigo, no vengo a castigar.
Anímate, no soy hombre feroz,
que dormirás suavemente en mis brazos.²*

4 de marzo

Cuando llegaron a la explanada del hospital Sibel y Joaquín se encontraron con la ausencia del público. En verdad Cheo había hecho una labor titánica, pero no generó lo que se esperaba, de hecho nada. Si acaso puede decirse que consiguió un éxito singular: sólo llegó un periodista. En ese momento Cheo estaba en el estrado, desde su silla, revisaba la calidad del sonido que emitían los altavoces. Confiaba en que la gente se reuniría a última hora. Lo cierto es que el evento ya se había retrasado más de media hora. Quizá las autoridades del hospital boicotearon el acto, a lo lejos podía verse un pequeño pelotón de guardias de seguridad. Pero ante la nula asistencia no había razón para que se acercara. Trini no daba crédito a la impresionante logística desplegada por el grupo, y lamentaba que no hubiera testigos para apreciarla. Permaneció largo rato sentada con sus piernas colgando en una orilla de la tarima, reflexionando sobre el significado de este evento. Todo apuntaba a un fracaso. Desde su puesto de vigilancia Joaquín la observaba. La doctora lucía jeans y la camiseta con el estilo de siempre. La sencillez de su atuendo destacaba una apostura natural, de modo que una vez salvada la impresión inicial de desaliño, uno podía encontrarse con una personalidad carismática.

Pese a que acudió apenas una docena de personas, Sibel insistió en subir a la tribuna. No se ganaba mucho con negárselo, de manera que Joaquín la condujo al estrado en medio de vítores y consignas combativas inexis-

2 Poema de Matthias Claudius, musicalizado por Franz Schubert.

tentes. Era una mañana bastante asoleada para ser invierno. El cielo lucía un azul sin nubes y sorprendentemente claro, desde los pisos altos del hospital podían verse los volcanes. Los vapores de la contaminación ambiental no se condensaban todavía. Joaquín fijó la silla de ruedas y le acercó el micrófono. Cuando todo estuvo listo se alejó. Ya no eran doce sino siete las individualidades que componían el público, aparte de los integrantes de La Plaga. Entre los asistentes, el periodista sacó una cámara de video y se acomodó en la tarima para enfocar mejor. La superficie se había levantado metro y medio del nivel del piso para que la oradora estuviera a la vista de la multitud imaginada. Joaquín mostró celo para que ninguno de los ayudantes sobrepasara el proscenio, de hecho los obligó a bajarse, quería que se cumpliera el dispositivo de protección que le prometió a Sibel, aunque no hubiera quien lo aboliera. Era como si estuvieran ensayando para cuando viniera el evento formal.

Joaquín subió a la tarima e hizo la presentación de Sibel a la rala asistencia, como si hubiera cientos de personas. No había perdido el buen humor. A los periodistas se les había explicado previamente que las pruebas de lo que se denunciaría allí serían entregadas al final de la arenga. Cheo dijo algo acerca de que se había descubierto todo lo referente al asunto de la leche contaminada que había matado a decenas de personas; y que se darían a conocer los nombres de los funcionarios involucrados, entre los que destacaban figuras de altísimo nivel en la jerarquía política. La opinión pública de ningún país puede pasar por alto un crimen tan infame, de suerte que los periodistas no tenían por menos que acudir, creyó; pero no vinieron. Un día antes, un periodista le preguntó a Cheo por qué hacían eso, si era más sencillo hacer la denuncia en un juzgado o mejor aún acudir directamente a un noticiero de televisión. Él explicó que la razón de que todo esto se revelara en un acto de masas era para la salvaguarda de los denunciantes, quienes ya identificados por la prensa estarían a salvo de atentados por parte de los políticos que se resguardan en la sombra y lanzan amenazas de muerte con la peor intención de cumplirlas. El razonamiento era increíble y, por supuesto, no le creyeron.

La escenografía era impresionante incluso para los compañeros de La plaga que no acababan de entender por qué no se iban todos a casa si en fin

de cuentas no había gente a quien dirigirse. En cierto modo, nadie conocía el propósito del acto. Ni Joaquín sabía cuál era el atractivo ni el propósito de continuar este espectáculo más bien fantasmal. No obstante, Sibel se empeñaba en proseguir y mostraba en el templete una entereza sobrenatural. Se veía más bella que nunca, por sí sola constituía un espectáculo. Es una lástima que no hubiera un artista para pintarla, un cuadro que fácilmente rivalizaría con las mujeres de Goya y Klimt. Incluso Joaquín, al ver a Sibel sentada como en un trono elevado, se olvidó de que estaba en el caldoso con la vida pendiendo de un hilo a punto de romperse. Ella sacó unas tarjetas para apoyarse durante su alocución. Se ajustó con un dedo las gafas oscuras, aclaró la garganta a unos centímetros del micrófono e inició su intervención. Habló de su enfermedad, de las dificultades para acceder a órganos de trasplante, de su vida, hasta llegar a su condición de enferma terminal. No hizo denuncias de carácter político y se abstuvo de criticar el sistema hospitalario privado, ni mencionó los regazos del sistema público de salud, ni tan siquiera aludió a la negligencia que provocó la muerte de Rous. Sibel no necesitaba de datos escabrosos para llamar la atención a través del morbo y la molicie. En rigor sólo se dirigía a Joaquín, el video estaba registrándolo todo, pero le hablaba únicamente a él. En apretado resumen trazó su biografía como una odisea humana de dolor y esperanza. Definió su mal no sólo por los trastornos corporales, sino a partir del efecto que tuvo en su concepción de la vida y el entendimiento de la muerte. Agradeció a La plaga, a Trinidad y a todos los que hicieron algo por ella dentro y fuera de la terapia. Con voz firme dictó los principios de acción y la base ética del grupo de apoyo que encabezaría la doctora una vez que se ganara el juicio pendiente. Expresó su sentir con una magia inigualable; sólo quienes estuvieron presentes podrán saber qué clase de grandeza encerraba el mensaje transmitido por una vibración sin palabras. El único periodista que acudió no se lamentó de haber sido engañado, estaba lejos de sentirse burlado o decepcionado por no recibir hasta ese momento la denuncia prometida. Lo dicho hasta entonces no era material de ocho columnas, pero había llegado a lo más profundo de la sensibilidad humana (que el periodista ni siquiera sabía que tenía). Sinceramente condolido, el hombre del video, hacía esfuerzos para contener las lágrimas. Lo que oía no era una queja lastimera,

Sibel producía un mayor impacto precisamente porque el drama que estaba compartiendo no venía de una enferma derrotada, sino de una personalidad erguida, pese al carácter extremo de su desventura. De repente, Sibel dejó caer las tarjetitas que sostenía con la mano, se agachó simulando buscarlas y se perdió momentáneamente detrás del podio. Los paquetes de siero y las bolsas de las diálisis apiladas en su costado estaban llenas de alcohol y otras sustancias altamente inflamables; en un instante las perforó, se empapó e inició el fuego. Había preparado una especie de bomba molotov. En cuestión de segundos, una combustión fulminante lo consumió todo. Aquel cuerpo que supo amar a Joaquín ardió con increíble facilidad, como si fuera papel delgado y seco. ¡Gritos de horror! ¡Confusión! ¡Alarma! ¡Dolor! ¡Espanto...! La respuesta de los que allí estaban fue tardía, Joaquín fue el primero en reaccionar, pero a causa de su premura cayó a la orilla del templete, se golpeó el estómago, sacándose el aire. Pese a su desesperación tardó casi un minuto en incorporarse. El viento de la tragedia se esparcía en cenizas: la muerte respondió a la convocatoria de un modo inverosímil.

Durante aquel infernal desenlace mi único pensamiento era abrazarme a Sibel para morir abrasados —escribió Joaquín.

—Cuando discutí con ella acerca de su muerte, pensé que hablaba en sentido figurado. Supuse que alegaba por su derecho a morir y que había decidido, por ejemplo, dejar de hacerse su diálisis y con eso hubiera bastado. Pero en ningún momento imaginé que su elección incluía inmolarsse como un bonzo. Es sorprendente que estas cosas sigan pasando. A pesar de mi tristeza y de mis dolores inauditos, decidí permanecer unos días más aquí hasta cumplir con las tareas que mi amada Sibel me encomendó.

El periodista tenía por fin su noticia. Lo había filmado todo, el documento apareció en los noticieros de televisión, en las primeras planas de los periódicos y en el ciberespacio se subieron las imágenes de la tragedia, con ese sensacionalismo propio de los *mass media*. Inmediatamente se hizo el símil con aquel joven que en la *Primavera de Praga* empleó a su propio cuerpo en llamas como una barrera infranqueable para detener una hilera de tanques del ejército invasor. Se habló de los bonzos como una tradición del lejano oriente, de monjes budistas rebeldes y otras imprecisiones más.

6 de marzo

Las imágenes grabadas, los fragmentos del discurso y las declaraciones que Sibel dejó constituían un material valioso, pero la noticia estaba todavía incompleta. Ese interés por redondear la explosiva nota dio pábulo a numerosas preguntas e indagaciones por parte de una prensa ávida, todo lo cual condujo de un modo casi natural a la disputa por el fideicomiso encomendado por don Jorge. Como quien no quiere la cosa, aun bajo un estado de conmoción, Joaquín soltó varias pistas cuyas investigaciones comprometerían a diversas personalidades de la administración de justicia, asimismo, filtró nombres, fechas, cuentas bancarias y una retahíla de detalles que obtuvo de Ruiz Esparza, reservándose la fuente. El escándalo de la avaricia y la corrupción de algunos magistrados se convirtió en objeto de análisis en los programas de debate de la televisión y en innumerables artículos de fondo. El resultado final fue el desenmascaramiento de personajes abominables.

7. Epitafio

*No es que muera de amor, muero de ti.
Muero de ti, amor, de amor de ti,
de urgencia mía de mi piel de ti,
de mi alma de ti y de mi boca
y del insoportable que yo soy sin ti.*
Jaime Sabines

21 de marzo

En los últimos días estaba sucediendo algo muy extraño en los exámenes médicos que le practicaban a Joaquín. Al parecer la enfermedad no sólo no avanzaba, sino que remitía hasta casi desaparecer. Esto le generaba un problema “técnico” al doctor Arroabarrena, ya que no podía explicarlo, es decir, ignoraba qué parte del tratamiento suministrado produjo ese milagroso efecto. La otra opción era tener que admitir que el diagnóstico fue equivocado desde el principio y, por lo tanto, el paciente nunca estuvo enfermo de lo que creían, con lo que el financiamiento llegaría a su fin de forma deshonorosa; y la vergüenza al principio. Arroabarrena no podía saber que el amor de Sibel encerraba un poder curativo como el que se le atribuye a los santos, y que ella amando y dejándose amar curó los males existenciales que ocasionaban los males corporales de Joaquín. Al anular su ansiedad, desvanecer su miedo a la muerte —y el miedo en general— desapareció la enfermedad. Era cosa de llenar los vacíos, contener la náusea, en fin, la construcción a dúo del sentido de la vida y convertirla a ella —a Sibel— antes que a la ciencia, en la principal protagonista de la curación. Una ofensa fetichista que la ciencia médica y, sobre todo, la industria farmacéutica simplemente no pueden digerir. Se cumpliría entonces el aforismo de Voltaire: la ciencia médica es un conjunto de procedimientos para entretener al paciente mientras la naturaleza por sí sola (o de la mano de Sibel) hace la tarea de restablecer la salud.

Joaquín lo supo al día siguiente de que hizo el amor con Sibel con sexo incluido, cuyo ritual fue como un exorcismo para todos esos demonios in-

ternos que solían paralizarlo de puro temor y dudas. Estaba por comentárselo a Moisés Sabaj, ya con la sospecha de que Walter Arroabarrena estaba ocultándole algo: no sabía qué, pero intuía que era de vital importancia. Con todo y con eso, después de la partida de Sibel, Joaquín no podía menos que cumplirle a don Jorge y respetar su parte de compromiso con el fideicomiso. De manera que aprovechó la primera oportunidad que le brindó Arroabarrena ingiriendo un fármaco experimental que le provocó un decaimiento fulminante. Apenas tuvo fuerza para repetir unas palabras del futurista Marinetti: ¡Dejad entonces que vengan los alegres incendiarios con dedos carbonizados! Pensaba en la muerte de Sibel, eso explica su serenidad ante la muerte; después de tanta angustia resumada resulta felizmente irónico que su despedida definitiva haya sido apacible; él estaba consciente de cuáles serían sus últimos pensamientos. No los que le llegaron, sino los que quiso pensar, dando la impresión de que sabía perfectamente en qué momento cerraría los ojos para no abrirlos nunca más, como si toda su vida hubiese sido diseñada no para matar ni para ver morir a Sibel, ni siquiera para amarla hasta que la muerte los separara y seguirla amándola después, sino para vivir por fin un día en que plenamente y en total cabalidad pudo decir ¡esto quiero!

En la víspera estaba tan contento como si lo hubieran invitado a una fiesta, quizá la boda imaginada por Sibel. El hombre asustado que meses atrás se había desmayado en la terapia por un ataque de ansiedad, era ahora una ficción literaria, por cierto un tanto increíble, como quien dice el ser auténtico de la joaquinidad estaba de lo más jodido por el tratamiento experimental y radiante al mismo tiempo por la expectativa de la reencarnación. En lo que vino a ser su último aliento, Joaquín acudió a la casa de Cheo con un montón de papeles: hojas mecanografiadas, bolsas de pan, servilletas y trozos dispares con apuntes hechos a mano, varios cuadernos de notas y diversas historias clínicas. Además, una caja con cintas magnetofónicas y un atado de radiografías. Fue la última voluntad de Joaquín dejarle al arquitecto la tarea de poner fin a las memorias que venía escribiendo contra viento y marea, pues le interesaba incluir en su diario los pormenores del juicio y, particularmente, el fallo definitivo. A Cheo le pareció que semejante responsabilidad estaba más allá de sus posibilidades, en especial lo hizo dudar la obligación de reseñar el

homicidio de Lamparero y no sé cuántas aberraciones más. Como no encontrara pies ni cabeza a los manuscritos, y como lo suyo no era escribir, se limitó a transcribir lo que encontró legible en los diarios para dar forma a lo hasta aquí dicho. La vida y la muerte de Joaquín son aquí la vaga interpretación de esas palabras reescritas.

El proceso judicial por la herencia de don Jorge se prolongaría varios años más, de manera que los enfermos terminales de La plaga en la época de Rous no vivieron para conocer el resultado, salvo Cheo. El arquitecto al fin viajó a Cuba a completar su tratamiento de ozono, que produjo resultados fabulosos; el mal que lo aqueja es irreversible, pero le quitaron el dolor y contuvieron el avance de la enfermedad, al grado de que es más probable que se muera de una gripe antes que de la *Paniculitis*. La relación con Silvia no se reanudó como se lo había propuesto en sus mil fantasías; de un modo tajante sin llegar a ser grosera, ella le pidió que dejara de insistir en el tema, sobre todo por respeto a su pareja actual. Cheo entiende tal decisión y la acata como puede.

La plaga A.C., le financió una silla de ruedas electrónica, un prototipo con aditamentos especiales de titanium y fibra de carbono como la que usan los Ferrari de fórmula uno, así como innovaciones ergonómicas a base de suspensión hidráulica diseñadas en la NASA, que le permiten trabajar varias horas consecutivas sin la menor señal de incomodidad. Ahora divide sus actividades entre la arquitectura y la labor en el grupo, que para el caso es lo mismo. Además, dicta conferencias para jóvenes que están luchando contra las adicciones. Naty, su hija mayor, comparte con él la pasión por el fútbol. Marcos, el menor, es un tanto más reservado y no entiende ni jota de ningún deporte; para conversar prefiere al novio de mamá, aunque empieza a comprender a su padre, y la caída en las adicciones, y esa enfermedad incomprensible, y el divorcio. Dicho sea de paso, durante su estancia en la Isla, Cheo conoció a otros enfermos, en concreto una parte de los damnificados del desastre nuclear de Chernobyl de 1987. Los que eran niños en el momento de la tragedia, quince años después son jóvenes con una vida por delante; es sorprendente ver cómo se han adaptado al estilo caribeño. Prefieren vivir en Tará —así le dijo un taxista que se llamaba la zona en que viven en la Habana—. Por ningún motivo quieren regresar a Ucrania. Uno de ellos lo expresó en el poema “Cuba”:

*Has pasado a mi vida por derecho
y ya tu ceiba, razonada y pura,
incrusta sus raíces en mi pecho.
Pronto será mi cuerpo una espesura
de ceibas y palmas sin orilla
donde, en constante búsqueda de altura,
brote y se perpetúe tu giraldilla.*

Al escuchar estos versos, las lágrimas se le saltaron a Cheo. Entonces supo que antes de que muera del todo sus piernas habrán renacido en otro cuerpo, para continuar los pasos interrumpidos por su enfermedad, buscando completar el trasplante de su espíritu, y poder empezar a soñar ya los sueños que no ha soñado. Anhela que le sea dado el olvido: el don de no saber quién es, perdiéndose en la dulce enajenación de satisfacer el deseo nonato que lo aguarda en la vera de su silla mientras día a día, podado, muere su muerte en paz.

El decano Ruiz Esparza ofreció una espléndida cena para celebrar que el padre de Rous abandonó la cárcel. El asunto de las aseguradoras comprometió su libertad durante varios meses, pero al final lo exoneraron de los falaces cargos que le hicieron. Usted disculpe, le dijeron al liberarlo. Fue una velada deliciosa, suscitando un entusiasmo fuera de lo usual, quizá lo que sólo puede inspirar la reparación de la justicia, si a eso se le puede llamar así. La inspiración, o sea, recibir el espíritu dentro de uno, hizo que Trini bailara toda la noche, y no bien vio a Mari Paz supo de inmediato que las visitas conyugales habían tenido su efecto. No sólo percibió el embarazo, sino que incluso determinó el sexo de la criatura: un hermanito de Rous. Nadie más que ella podía saberlo, pero son cosas que acaban por saberse con pocos centímetros que crezca el abdomen. Entre ditirambos y carcajadas contagió al grupo la alegría de haber encontrado la razón de su existencia: entregarse a la conservación de La plaga. Trinidad Stein dejó las consultas particulares para dedicarse exclusivamente al proyecto humanitario vislumbrado por don Jorge, en detrimento incluso de su vida privada; carece de lazos afectivos más allá de la convivencia que le ofrece La plaga. Aún no sabe nada del tumor que se cierne en su matriz, mortal si no lo descubre a tiempo. En la fiesta, conoció a Víctor, el hijo menor del decano; quien re-

cientemente terminó una especialización en psicología junguiana, aunque su formación original es la veterinaria. Resulta un tanto extraño, pero sostiene que ambas disciplinas son más afines de lo que parece (habría que escuchar la opinión de sus pacientes, por lo menos la de los que pueden hablar). Quizá sea apresurado afirmarlo, pero parece que *Cupido* les tiró un flechazo y ahora viven bajo el influjo de un mismo encantamiento. Esa noche los ojos de ambos brillaron con un registro distinto, hechizados con el canto por dentro. Es imposible anticipar por dónde brota el amor, sale por cualquier rendija con promesas de eternidad aún si se tienen las horas contadas. (Siempre están contadas, sólo que los moribundos son más conscientes de que no les quedan muchas). La vida de Joaquín fue el renacer amoroso de los moribundos, por eso la muerte de Sibel, más que una inmólación, fue la propagación del incendio que mantiene caliente el espíritu de los amorosos que le sobreviven.

Joaquín tenía una cuenta pendiente con la justicia, por eso le parecía de vital importancia que sus amigos supieran que estaba completamente sano cuando murió. No conoció los análisis que lo demostraban, jamás le enseñaron los últimos resultados y quizá no los habría comprendido de haberlos tenido ante sus ojos. Allí está su karma. A manera de despedida, confesó algo que no escribió en su diario. Dijo que no había tenido intención de atentar contra la vida de Lamparero, pero que, en efecto, lo había matado. Ya no recordaba ni cómo y nunca supo por qué. Fue una terrible felonía y lo lamentaba profundamente, pero nunca tanto como haber dejado vivo a Arroabarrena, cuya ambición, después de todo, le permitió a Joaquín lavar un poco de la sangre que manchaba su conciencia, pagando esa vida que debía con la muerte propia. Una manera extraña de compensar el mal irreparable que hizo. Aquí se entromete la voz narrativa tomándose una última licencia literaria: cobijado por la certeza de que el misterio de la vida continúa su trayecto hacia la eternidad mediante una peregrinación tumultuosa en la que por unos pocos días con sabor de eternidad confluyeron Sibel, Joaquín, Rous, Jorge, Porfirio y su esposa muerta de repente. Es sorprendente cómo los hechos en apariencia fortuitos e inconexos de la biografía de un individuo vulgar cobran una coherencia inesperada si se los enmarca en una visión global y son observados como un bloque sin alterar

su discurrir. Joaquín, después de todo, vivió, mató, amó, conoció la soledad, el miedo, la adversidad y la felicidad. Al final eligió la libertad, sólo le faltaba morir, y, pues eso, se murió. Pero ahora no era el simple colofón de una vida ordinaria, sino una meta intermedia entre el cuerpo y el espíritu en busca del espíritu —Sibel— que le precedió, dentro de una ruta enloquecida y enriquecida con decisiones cruciales, matizadas por expansiones amorosas fugitivas y perecederas, como Quevedo afirmando ser polvo, pero polvo amoroso. La existencia individual es parte de un continuo ir y venir general; una biografía que en su singularidad anuda la interminable cadena de eventos dolorosos, placenteros, adversos y favorables, necesarios y fortuitos, incluso los acaecidos antes del nacimiento y después de la muerte. Este diario es un laborioso cultivo de hechos con los que se entretejió una historia maciza. Se cuenta, se oye y, si es vista con ojos serenos, se contempla la luz y la oscuridad, el sueño y la vigilia, el norte y el sur, el éxito y la caída, lo grande y lo ínfimo, la experiencia cumbre y la circunstancia nimia. En el balance definitivo cada componente de la memoria goza de necesidad, formando con estos trozos la divina armazón del cosmos, incluyendo el azar al azar: el paso detenido de la hormiga que aplastamos ayer; las mañanas desperdiciadas en la cama ancha y grande de pura soledad; la calle que ya no existe, el desaparecido hotel Regis de la esquina de Juárez y Balderas. El tiempo ido, las omisiones. El tornillo inútil sin la tuerca. La bomba implacable. Las torres caídas y las que volverán a edificarse en la Zona Cero. Un tsunami gigantesco... el efecto de la mariposa. O sea, los pequeños fragmentos del ser y el estar sin los cuales no sólo nuestra vida, sino la historia de la humanidad quedarían incompletas. En Joaquín encontré —confiesa el narrador— la claridad para comprender el significado profundo de un verso que Octavio Paz se adelantó a escribir, dejándonos la formidable responsabilidad de leerlo *post mortem*:

*Yo no daría la vida por mi vida,
Es otra mi verdadera historia.*

FIN

Puerto Vallarta, Verano de 2008.

Contenido

I PARTE

¡Vivir muriendo!

1. La misteriosa condena	9
2. La tanatología	61
3. ¡Prohibido fumar!	105

II PARTE

¡Morir viviendo!

4. Un caso de negligencia	127
5. El Cid campeador	159
6. ¡Sobre mi cadáver!	197
7. Epitafio	217

Los moribundos

terminó de imprimirse en noviembre de 2010
en los talleres de Ediciones de la Noche,
Madero 687, Colonia Centro,
44100, Guadalajara, Jalisco, México.
www.edicionesdelanoche.com

Composición tipográfica: Laura Biurcos Hernández.

La edición consta de 1 000 ejemplares.